

ANATOLE FRANCE

El asador de la Reina Pie de Oca

Edición de Santiago R. Santerbás



Hijo de librero, familiarizado desde su infancia con volúmenes y manuscritos antiguos, frecuentador de salones y tertulias literarias, novelista, colaborador de diversas publicaciones periódicas, Premio Nobel de Literatura, la celebridad de Anatole France es prácticamente universal. La fotografía lo ha inmortalizado con su rostro largo, sus ojos burlones, su gran nariz, su bigote y sus barbas blancas, y su obra constituye el legado de un escritor inteligente, original, atrevido, culto sin alardes de pedantería, libre de ataduras religiosas o doctrinarias, irónico, recio y humano.

El asador de la Reina Pie de Oca, narrada en primera persona por el único hijo del propietario de un figón o asador situado en el corazón histórico del Barrio Latino de París, es una novela que cuenta las andanzas juveniles de su protagonista en medio de un laberíntico repertorio de personajes singulares, en un ambiente en ocasiones esotérico y fantasmagórico.



Anatole France

El asador de la Reina Pie de Oca

ePub r1.0
Titivillus 23.02.17

Título original: *La Rôtisserie de la Reine Pédauque*

Anatole France, 1892

Traducción: Santiago R. Santerbás

Edición: Santiago R. Santerbás

Ilustración de cubierta: Enseña de taberna. Siglo XVIII (Museo Carnavalet, París)

Diseño de cubierta: Diego Lara

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN



Anatole France.



FRANÇOIS-ANATOLE Thibault, más conocido como Anatole France, nació en París, en el número 19 del quai Malaquais, el 16 de abril de 1844. Su padre, François-Noël Thibault, campesino autodidacto descubierto y protegido durante su servicio militar y posteriormente por su superior, el coronel Henri-François Huchet, conde de La Bédoyère, bibliófilo apasionado por los documentos históricos, había llegado a ser, a través de diversos y favorables avatares, propietario de la *Librairie Politique de France-Thibault*, situada bajo el domicilio familiar. No se trataba, pues, de uno de esos pintorescos tenderetes de *bouquiniste* adosados al pretil de los muelles del río, sino de un local comercial instalado en la planta baja de un inmueble. Los Thibault —padre, madre e hijo— efectuaron varias mudanzas durante la década siguiente, pero nunca abandonaron el tramo de la orilla meridional del Sena comprendido entre el Pont des Arts y el Pont Royal. Finalmente, la familia y la librería se asentaron en una prolongación del quai Malaquais correspondiente al actual número 9 del quai Voltaire. El establecimiento pasó a denominarse *Librairie de France, achat de bibliothèques et livres sur la Révolution*; y François-Noël Thibault firmaría desde entonces «France, libraire».

«Nunca escogí un seudónimo», confesaría Anatole France en 1895 a un periodista que le había interrogado sobre dicho tema. Y explicaba:

No tengo, propiamente hablando, un seudónimo. El nombre de France es un apodo más antiguo que yo; soy de una antigua familia de vendimiadores angevinos que, cerca de Saumur, vive aún en dos o tres pueblos. Mi padre se llamaba François-Noël Thibault. Era conocido en su tierra natal por el diminutivo de su primer nombre: France. Es el nombre que conservó durante los ochenta y cinco años de su vida, laboriosa, modesta y llena de honor. La costumbre, más fuerte que la ley, me impuso a mi vez este nombre de France, que llevo como él lo llevó^[1].

Sin embargo, en sus años de estudiante de secundaria en la institución Sainte-Marie y, luego, en el prestigioso colegio Stanislas, en Montparnasse, rubricaría sus primeras composiciones literarias con una fórmula mixta: Anatole France-Thibault. Los títulos de esos trabajos escolares, hoy perdidos o prácticamente inasequibles, revelan el interés de su joven autor por las materias históricas: *La légende de Sainte Radegonde*, *La légende de Gutenberg*, *Méditations sur les ruines de Palmyre...* Son evidentes la influencia paterna y el género de lecturas domésticas a las que tenía más fácil acceso. Anotemos un curioso dato premonitorio. En la última página de *La légende de Sainte Radegonde*, France trazó una especie de plano de los muelles del Sena próximos a su domicilio: un cuadrado representaba la librería paterna, otro designaba la cúpula del Instituto, sede de la Academia Francesa, y una línea recta unía ambos lugares. El muchacho anticipaba inconscientemente el trayecto que, treinta y cinco años después, recorrería ataviado con el pomposo uniforme de académico.

Nuestro autor fue un estudiante vulgar, ni brillante ni vergonzosamente torpe. En noviembre de 1864, poco antes de obtener sin excesivo lucimiento su diploma de

bachiller en letras, publicó, por primera vez con la firma de Anatole France, un artículo en el que pretendía haber descubierto un poema inédito de André Chenier^[2]. El artículo dio lugar a una acalorada polémica que divirtió mucho al joven France, futuro causante —y, a veces, víctima— de innumerables controversias.

Aunque François-Noël Thibault albergaba la esperanza de que Anatole fuera su sucesor en el negocio de la librería, éste tenía, si bien de forma imprecisa, la idea de dedicarse a la creación literaria. Pero no era fácil iniciar la carrera de escritor sin respaldo financiero o social. Y France lo sabía de sobra:

Mis padres no eran suficientemente ricos para que yo permaneciera mucho tiempo a su cargo. La preocupación por mi porvenir me hacía estar inquieto y desasosegado. En seguida presentí que no encontraría fácilmente un lugar en una sociedad en la que, para avanzar, había que abrirse paso a codazos; es un arte que yo desconocía^[3].

Como tantos otros escritores en agraz, France incurrió temporalmente en el campo de la poesía; nos ha dejado algunas muestras deplorables. Alternó la composición poética con la crítica literaria, actividad para la que indudablemente se hallaba más dotado. Así, publicó artículos y reseñas en revistas de cierta calidad pero de escasa tirada y breve existencia, como *Le Bibliophile français*, *L'Amateur d'autographes* —propiedad de su íntimo amigo Étienne Charavay, hijo de su padrino de bautismo—, *Le Chasseur bibliographe* y la *Gazete rimée*. Cuando el avisado librero y editor Alphonse Lemerre, propietario de la *Gazette bibliographique*, comenzó a publicar libros de poesía cuyos principios estéticos se oponían a los aún vigentes del romanticismo, el joven Anatole France, recomendado por Catulle Mendès —visitante de la librería paterna—, formó parte del equipo que trabajó en la preparación del primer volumen del *Parnasse contemporain*, que saldría a la luz en marzo de 1866. Subtitulado *Recueil de vers nouveaux*, constaba de unas trescientas páginas, y entre los autores reunidos —que, dicho sea incidentalmente, habían sufragado la edición— figuraban, además de Catulle Mendès, el exromántico Théophile Gautier, José María de Heredia, Sully Prudhomme, François Copée y Leconte de Lisle, quien se convertiría en incuestionable jefe espiritual de los parnasianos. Aun siendo miembro del equipo editorial y poeta por amor al arte, Anatole France no se asomaría a las páginas de la recopilación. Sus versos, mayoritariamente de tema amoroso, adolecían tal vez de incurables resabios románticos. No dejaba de ser lógico.

Porque, sin llegar jamás a ser un seductor, France fue un impenitente cortejador, no siempre correspondido, del sexo femenino. Sabemos, por sus retratos y por las descripciones de sus contemporáneos, que era alto y huesudo, un tanto desgarbado, carilargo y dotado de una gran nariz aguileña. Al ser llamado a filas en tiempos de la guerra franco-prusiana, fue declarado inútil por «debilidad de constitución». Con el paso de los años fue adquiriendo una apariencia más consistente y, cuando encanecieron su barba y su bigote, un aire entre patriarcal y de sátiro. Pero volvamos a sus años jóvenes.

Hablábamos de amores. Sus primeras musas fueron posiblemente una meritoria del Théâtre Français, Isabelle Constant, la hija de un numismático, llamada Isabelle Combrouse, y otra actriz, Elise Devoyod, destinataria de cuarenta apasionados poemas. El presumible carácter platónico de esos amores se hizo, al parecer, carnal en Anne-Marie Gaillard, dama divorciada de un aristócrata, que, a partir de 1868, con el nombre postizo de Nina de Villard, recibía a escritores y artistas en su salón de la rue Chaptal. Nina hacía gala de pianista y autora teatral, y, según parece, compartía sus favores entre Anatole France y el inventor y poeta Charles Cros. La equívoca situación perduró hasta que, en marzo de 1872, con ocasión de una memorable algarada, el celoso y violento Cros asestó a France un sonoro bofetón, al que éste, cobardemente, no osó responder.

La desaparición de Nina de Villard no supuso la renuncia a las aventuras sentimentales. Podemos anotar sucesivamente los nombres de Elise Rauline, que tomaría el velo de novicia; Marie Mottet, que se casaría con el escritor Émile-Paul; y Marie Charavay, hermana de su amigo Étienne, que uniría su vida a la del conspicuo francmasón y periodista Étienne Colfavru. Según Edouard Leduc, su reciente biógrafo, Anatole France era un epicúreo apasionado que amaba a las mujeres como Hugo, como Lamartine, como Vigny y tantos otros:

Observando todos los personajes femeninos que ha puesto en sus libros, es evidente que France se ha complacido en dar una dimensión del culto eterno a la adoración de la mujer por su propio cuerpo. Ella es la gran educadora del hombre en cuanto le enseña que el instinto es más fuerte que la razón^[4].

En abril de 1875, gracias a Laconte de Lisie, que era subbibliotecario del Senado, France, que seguía trabajando en las ediciones posteriores del *Parnasse contemporain*, obtuvo un discreto empleo de inspector en el palacio del Luxemburgo; el sueldo no era cuantioso, pero le libraba de preocupaciones alimentarias. Sin abjurar por completo de su vocación poética, resolvió probar fortuna en el género teatral. Se inspiró en una balada de Goethe, *Die Braut von Korinth* [La novia de Corinto], para escribir la tragedia en verso *Noces corinthiennes* [Bodas corintias], que escenificaba la agonía del civilizado mundo pagano frente a la crueldad del fanatismo cristiano. Publicado por Calmann-Lévy —en la práctica, editor exclusivo de France—, el libro obtuvo críticas generalmente favorables, aunque no ditirámicas. Hubo, claro está, excepciones: Émile Zola, cuyo ideario estético rechazaba la viabilidad del teatro versificado, trató desdeñosamente a France de «neo-griego». La obra sería representada una sola vez en el Cercle des Arts Intimes el 24 de febrero de 1884: su tono anticlerical no agradó a un público más o menos sometido a la influencia neocatólica surgida en Francia a finales del siglo XIX. Habría que esperar al 30 de enero de 1902 para que el Théâtre de l'Odéon la incluyera oficialmente en su repertorio^[5]. Con las *Noces corinthiennes*, France dio por concluida oficialmente su producción poética. Cuando, tras la publicación de *Thais* en 1889, Charles Maurras, ferviente admirador suyo, le preguntó si tenía preparado algún volumen de versos, le

respondió: «No. He perdido el ritmo»^[6].

A comienzos de 1877, durante una velada en el Théâtre de l'Odéon, le fue formalmente presentada a France una joven «muy fresca, muy blanca, como un río de leche», que llevaba el aristocrático nombre de Marie-Valérie Guérin de Sauville. Pronto se habló de matrimonio. El siempre escéptico Anatole escribiría: «Se ha dicho que estábamos hechos el uno para el otro. Lo dudo, pero deseo cambiar de existencia». Hija de un funcionario del Ministerio de Hacienda, Valérie tenía trece años menos que el escritor. Pero la diferencia de edad no era tan significativa como la económica: mientras la familia France carecía de fortuna —François-Noël había traspasado en condiciones desfavorables el negocio de librería—, los padres de la muchacha, aunque no pertenecían a la nobleza, poseían un apreciable patrimonio inmobiliario. La boda civil se celebró el 28 de abril de aquel mismo año en la alcaldía del distrito VI; la ceremonia religiosa, de la que el novio no pudo zafarse, en la iglesia de Saint-Sulpice. Los recién casados se instalaron en una modesta vivienda, propiedad de los Guérin, en el número 3 de la rue Louis-Philippe, en Neuilly-sur-Seine. Allí escribió Anatole France su primera obra narrativa, *Jocaste*, un espeluznante melodrama que sería publicado por entregas, sin mención del nombre del autor, en *Le Temps*, del 9 al 24 de octubre de 1878. Un año después, Calmann-Lévy la editaría en un volumen junto con otra novela corta, *Le Chat maigre* [El gato flaco], de tonalidad más optimista. La relación entre France y los Lévy molestó a Alphonse Lemerre, que se tenía por editor exclusivo del autor; afortunadamente se llegó a un acuerdo provisional de carácter conciliatorio.

La vida no era fácil para el incipiente novelista. Buscando relaciones para asentar su posición en la sociedad y en los ámbitos intelectuales de la época, empezó a frecuentar salones que, bajo el amparo de personalidades ilustres —por lo general femeninas—, congregaban a artistas y literatos. Citemos en primer lugar el de la princesa Mathilde, hija de Jerónimo Bonaparte, cordialmente apodada «Notre-Dame-des-Arts», que en su salón de la rue Courcelles recibía los miércoles a personajes tan famosos como Taine, Ernest Renan, Pierre Loti, Daudet, Paul Borget, el científico Claude Bernard y los músicos Saint-Saëns y Georges Bizet. En uno de los *garden party* que daba el escritor Edmond About en su mansión de Châtenay-Malabry, nuestro autor conoció a Juliette Adam, protegida y consejera del político Gambetta y fundadora de la *Nouvelle Revue*, cuyas páginas ofrecía a los jóvenes escritores. Allí publicó Anatole France la primera parte de un libro integrado por dos novelas cortas bajo el título global de *Le Crime de Sylvestre Bonnard, membre de l'Institut* [El crimen de Sylvestre Bonnard, miembro del Instituto]. Su condición de hijo de librero familiarizado desde su infancia con volúmenes y manuscritos antiguos se pone de manifiesto en la historia de Sylvestre Bonnard, erudito académico en busca de un fragmento inédito, traducido al francés, de la *Legenda aurea*, el célebre santoral de Jacopo della Voragine; el valioso documento llegará a sus manos gracias a la generosidad de una elegante dama a la que antaño había conocido en apurada

situación económica. La segunda novela corta se titulaba *Jeanne Alexandre* y utilizaba de nuevo el personaje de Bonnard como anciano benefactor de una niña, nieta de una mujer a la que había amado en su juventud. El libro obtuvo un éxito fulminante. La Academia Francesa le concedió el premio Monthyon. Y seis meses después de salir a la luz se publicaba la tercera edición.

El año 1881 fue favorable para Anatole France. Él y su esposa se mudaron, a expensas de la dote aportada por los Guérin, a un pequeño hotel particular situado en el número 5 de la rue Chalgrin, a dos pasos de la plaza de l'Étoile: un lugar de aspecto campestre, ajeno todavía a las reformas urbanísticas del siglo XIX. El 1 de marzo, Valérie dio a luz una niña que recibiría el nombre de Suzanne. Y el escritor se convertiría en director literario de la librería Charavay, instalada en la rue Furstenberg, junto a Saint-Germain-des-Près. Tan solo una reclamación judicial a instancia de Alphonse Lemerre turbaría la tranquilidad de su antiguo colaborador. Para calmar al pertinaz litigante le entregó el original de una obra narrativa, *Les désirs de Jean Servien*; publicada en abril de 1882, recibió una tibia acogida.

La actividad literaria de Anatole France no se limitaba a la creación novelesca. Con su propio nombre o con seudónimos (Gérôme, Noël Parfait) colaboraba asiduamente en diversas publicaciones periódicas, como *Le Temps* o *L'Univers Illustré*. El periodismo, en su opinión, no dejaba de poseer un gran valor didáctico para cualquier escritor: «El periodismo no es una escuela de estilo tan mala como suele decirse. No me consta que por su causa un talento se haya echado jamás a perder, y veo, por el contrario, que ciertos ingenios han adquirido una soltura y una vivacidad de la que carecían en sus comienzos»^[7].

Hacia 1883, por mediación de Jean Psichari, yerno de Ernest Renan, Anatole France tuvo la oportunidad de visitar en su despacho al autor de la —aún hoy— controvertida *Vie de Jésus*, que contaba ya sesenta años y había recuperado la cátedra de hebreo en el College de France tras la caída del Segundo Imperio. Desde el primer momento fluyó entre ambos una corriente de mutua simpatía. France siempre consideró que «uno de los bienes más valiosos que puede darnos la vida es el honor de haber conocido a tal hombre»^[8].

También seguiría cultivando beneficiosos contactos sociales. Siendo ya autor de cierto renombre, sería admitido con facilidad y agrado en los más notables salones literarios. Por ejemplo, en el de la condesa Jean de Foynes, apodada la «Dama de las violetas», que en su salón de los Campos Elíseos recibía, entre otros, a Flaubert, Dumas hijo, Henry Houssaye y Sully-Prudhomme, y que, según el lenguaraz periodista y comediógrafo Henry Rochefort, no era ni condesa ni de Foynes. Otro salón acogedor era el de madame Aubernon de Nerville, que llevaba el sobrenombre de «Dama de la campanilla» y recibía los miércoles en su casa de la rue Astorg. Fue allí donde Anatole France encontró a la que habría de ser su musa más preclara y su amor más notorio: Léontine Arman de Caillavet.

Nacida el 14 de junio de 1844 —dos meses después que Anatole France—,

Léontine Lippmann había vivido en el seno de una familia burguesa, opulenta y cultivada, de origen judeo-austriaco. A los veintitrés años contrajo matrimonio con Albert Arman de Caillavet, rico propietario de viñedos, pródigo y tolerante. En 1869 tuvieron un hijo, Gaston, futuro alumno del Liceo Condorcet y discípulo y amigo íntimo de Marcel Proust.

El empleo de France en la biblioteca del Senado le dejaba suficiente tiempo libre para seguir frecuentando salones y tertulias. Esto no le impidió reunir laboriosamente documentación para escribir un libro que se titularía *Les Autels de la peur* [Los altares del miedo] y que estaría formado, como otros anteriores, por una colección de relatos o novelas cortas; nunca llegó a ver la luz. Habitado a agrupar bajo un título común fragmentos narrativos inéditos o publicados anteriormente en periódicos o revistas, en *Le Livre de mon ami* [El libro de mi amigo] reunió dos conjuntos de relatos breves, *Le livre de Pierre* y *Le livre de Suzanne*, salpicados de escenas históricas y recuerdos personales. Adoptaría el mismo sistema en la composición de otro libro inicialmente titulado *Nos enfants* [Nuestros hijos] que, con ligeras variantes, se publicaría posteriormente como *Pierre Nozière*. En todo caso, el prestigio intelectual de Anatole France hizo que, a finales de 1884, fuera nombrado caballero de la Orden de la Legión de Honor. Las malas lenguas difundirían el rumor de que la condesa de Loynes no había sido ajena a esa distinción.

Anatole y Valérie France formaban, a los ojos de cualquier espectador ignorante de la realidad, un matrimonio ejemplar. Por su parte, los Arman de Caillavet gozaban de la libertad de costumbres característica de la plutocracia francesa ilustrada; añádase a esto que, según la opinión general, Albert era un marido complaciente y sin celos. Durante el verano de 1887, los France fueron invitados por los Caillavet a pasar unas vacaciones en su residencia de Capian, en la Gironde. Aceptaron la invitación. Y sucedió lo previsible. Léontine, que por entonces mantenía relaciones amorosas simultáneas con el helenista Victor Brochard, profesor en la Sorbona, y con un tal Gasson, acaudalado viticultor de la región, se enamoró de nuestro autor y rompió apresuradamente esos dobles lazos sentimentales. Anatole France correspondió al amor de la dama. De regreso a París, empezaron a cartearse; su estilo epistolar, al principio afectuoso pero cortés, cobraría paulatinamente matices apasionados. Hasta el punto de que ambos llegaron a tutearse... en privado, por supuesto. El escritor comenzó a visitar con asiduidad el domicilio de los Caillavet. Al fin, acudía con tanta frecuencia y naturalidad al número 12 de la avenue Hoche que el marido de Léontine, haciendo gala de un desconcertante sentido del humor, se presentaba como amo de casa a los visitantes desconocidos y, sonriendo, aclaraba: «No soy Anatole France».

Albert Arman de Caillavet, su esposa y Anatole France constituirían uno de los *ménages à trois* más civilizados e insólitos de la *belle époque* parisiense. Los tres viajaron juntos por media Europa, compartieron descabelladas intrigas políticas a favor del general Boulanger y participaron en románticas campañas culturales en pro

de la restauración de la lengua y la literatura occitanas. Como era lógico, la vida conyugal de los esposos France se hizo intolerable hasta el punto de imposibilitar cualquier tentativa de reconciliación. Ambos —por separado— revelaron sus confidencias a una amiga común, la novelista Gyp^[9]. Pero todo fue inútil. Se sucedieron varias escenas folletinescas. Finalmente, una mañana de junio de 1892, Valérie penetró furiosa en el gabinete de trabajo de su marido y le lanzó un gravísimo insulto. Sin perder la calma, France recogió el artículo que estaba escribiendo, depositó la pluma y el tintero en una bandeja y, como no había tenido tiempo de vestirse, salió de su casa en bata y con la bandeja en la mano, y se refugió en el cercano hotel Carnot, desde donde envió un mensajero para recuperar su ropa. Valérie presentó ante el juez una demanda de divorcio. Y el escritor se instaló provisionalmente en una pequeña vivienda de la rue Sontay. Y siguió trabajando. Porque, pese a los conflictos familiares y al desorden vital que éstos provocaban, Anatole France nunca dejó de escribir.

Inspirándose quizás en una función de marionetas basada en un drama de la monja medieval Hroswitha de Gandersheim (siglo X), que escenificaba, en un tablado de títeres del pasaje Vivienne, la conversión de la meretriz Thaïs, había iniciado en la *Revue des Deux Mondes* la publicación de tres «cuentos filosóficos», representado cada uno de ellos por un símbolo floral —el loto, el papiro y el euforbio—, que, como de costumbre, serían agrupados y editados por Calmann-Lévy bajo un título global: *Thaïs*. El libro, carente de nervio narrativo, describía en tonos líricos las vidas paralelas del austero e inexorable monje Pafnucio y de la tentadora Thaïs en el desierto de la Tebaida. A la postre, invirtiendo la lógica de sus destinos respectivos, la pecadora alcanzaba la santidad y el anacoreta, víctima de alucinaciones eróticas, iba al infierno. La obra recibió feroces críticas de los sectores clericales.

El 11 de mayo de 1890 murió François-Noël Thibault. Anatole sentía por su padre una devoción sin reservas, y la muerte del antiguo librero le sumió en una profunda tristeza. Tres meses antes, incitado por madame de Caillavet, había dimitido de su cargo en la biblioteca del Senado. Las circunstancias intensificaban su tendencia natural a la melancolía. Llevaba algunos años reuniendo documentación para escribir una biografía de Juana de Arco, personaje que siempre le había fascinado por sus orígenes humildes y su carácter rebelde y heroico frente a la mediocridad de un rey indeciso y cobarde y unos cortesanos intrigantes y acomodaticios. Con el fin de avivar la marcha de este proyecto, France contrató los servicios de un joven que se suponía experto en historia y literatura medieval: Jean-Jacques Brousson. Al parecer, sus conocimientos históricos y literarios no eran tan notables como se le atribuían. Sin embargo, permaneció junto a France, como secretario o acólito, hasta 1909; y, a la muerte del escritor, publicaría un libro de anécdotas más o menos indiscretas, pero realmente amenas, que obtuvo gran resonancia popular: *Anatole France en pantoufles* [Anatole France en zapatillas]^[10].

Las estancias de Anatole France en el piso de la rue Sontay eran más nominales

que efectivas. De hecho, la mayor parte de su tiempo transcurría en la avenida Hoche, donde había adquirido la costumbre de comer y cenar casi diariamente. Albert Arman de Caillavet y su hijo Gaston consideraban hasta cierto punto molesta la asidua presencia del escritor. Pero Léontine, haciendo caso omiso de tales reparos, convirtió una amplia y luminosa habitación del segundo piso en gabinete de trabajo y biblioteca, en la que France pudo hallar reunidos casi todos sus libros junto a otros nuevos procedentes de los numerosos viajes de su anfitriona a países extranjeros. Allí pudo continuar escribiendo con un sosiego y una comodidad que hasta entonces le habían sido negados.

No podemos limitar la actuación de Léontine Arman de Caillavet al simple papel de amante y generosa albergadora de Anatole France. Era una mujer inteligente y culta. Dominaba con su personalidad un salón literario por el que habían desfilado todas las glorias de la época. Y no carecía de fuerza de voluntad. Mediante una especie de obstinación sistemática llevó a Anatole France a

[...] abandonar su universo de indolencia y callejeo para convertirse en un escritor estudioso, aplicado, en resumen, para hacer de un perezoso un trabajador. Si no una inspiradora, será al menos una estimuladora de su talento, pasando largas horas en la biblioteca a fin de descubrir nuevos temas de meditación, hojeando libros extranjeros de cuyas traducciones se cerciora ella misma y acumulando una masa imponente de documentos e informaciones útiles^[11].

Fue en ese clima estimulante y tranquilo, rodeado de libros —cálido cerco de papel que siempre había amado—, donde Anatole France puso punto final a *La Rôtisserie de la Reine Pédauque* [El asador de la Reina Pie de Oca], que el lector tiene en sus manos.

VIAJE AL OCULTISMO

A diferencia de otros títulos anteriores compuestos de varios relatos novelescos o anécdotas vagamente autobiográficas, *La Rôtisserie de la Reine Pédauque* es, en rigor, la primera novela larga escrita por Anatole France. Publicada inicialmente por entregas en *L'Écho de Paris*, del 6 de octubre al 2 de diciembre de 1892, Calmann-Lévy la editará en un volumen el 22 de marzo de 1893. La lógica satisfacción derivada del nacimiento de una nueva creación literaria producida en un apacible período de gestación se verá, en este caso, mermada por algunas circunstancias adversas. El 2 de octubre de 1892 ha muerto Ernest Renan, a quien France consideraba «el mejor de los hombres, el más sencillo, el más dulce y, al mismo tiempo, el corazón más firme que haya latido en este mundo»^[12]. El 5 de marzo de 1893 muere Hippolyte Taine, maestro de la crítica literaria y antiguo contertulio en los salones de la condesa de Loynes y de madame Aubernon de Nerville. Y el 2 de agosto, France recibe la sentencia dictada en el procedimiento de divorcio instado por

su esposa; el divorcio es admitido a expensas del escritor, y Valérie conserva la propiedad del hotel de la rue Chalgrin y la custodia de su hija Suzanne, de doce años de edad, percibiendo además una pensión de 350 francos mensuales. Agreguemos un dato personal en cierta medida extravagante: aunque Léontine de Caillavet siempre le ha dado muestras de un amor sin fisuras, Anatole France comienza a sentirse atormentado por unos intensos celos retrospectivos de los que darán fe novelesca diversas escenas de *Le Lys rouge* [El lirio rojo], publicada un año más tarde. Pero volvamos a *La Rôtisserie*.

Narrada en primera persona por Jacques Ménétrier, hijo único del propietario de un figón o asador situado en la rue Saint-Jacques esquina a Saint-Benoît-le-Bétourné, en el corazón histórico del Barrio Latino de París, *La Rôtisserie de la Reine Pédauque* es una novela que describe las andanzas juveniles del protagonista — apodado afectuosamente «Tournebroche» (es decir, «Girabrocheta» o «Giraespetón») — en medio de un laberíntico repertorio de personajes singulares: en primer lugar, el bondadoso y algo desquiciado abate Jérôme Coignard, según el narrador, «el espíritu más gentil que haya florecido jamás sobre la tierra», que reparte sus desvelos entre el amor a los libros, la evocación de apolilladas historias galantes, la defensa de la ortodoxia religiosa y, de cuando en cuando, alguna partida de naipes regada con unos vasos de vino; el enlutado y enigmático señor de Astarac, cabalista, espiritista, alquimista y apóstol del credo esotérico, que despierta en el joven Jacques —y en el lector poco avisado— un buen número de dudas existenciales; el cruel judío Mosaïde, de origen portugués, edad incalculable y terribles antecedentes delictivos, espécimen literario representativo de un antisemitismo radical que nunca profesaría Anatole France^[13]; y su bella y utilitaria sobrina Jahel, ocasional ninfa noctívaga, que seducirá con idéntica facilidad al ingenuo narrador de la novela y al impulsivo y galante señor de Anquetil. No echemos en olvido a otros personajes secundarios: los padres de Jacques —el tabernero Léonard Ménétrier, abanderado de la cofradía de asadores parisienses, y Barbe, su «santa y digna esposa»—; el hermano Ángel, pícaro monje capuchino, embaucador de beatas y vendedor de falsas reliquias y estampitas sanadoras; el viejo señor de La Guéritaude, usurero burlado; la atractiva encajera Catherine, que purgará sus pecados, como Manon Lescaut^[14], al otro lado del océano; el cura vendimiador, el barbero-cirujano y su esposa, en la aldea de Borgoña donde morirá el abate Coignard; y algunos más, con o sin nombre, que configuran un animado retablo descriptivo de la sociedad francesa de comienzos del siglo XVIII.

Ahora bien, en ningún caso debemos pensar que Anatole France haya escrito, como en el caso de *Les Dieux ont soif* [Los dioses tienen sed]^[15], una novela histórica. Aunque son numerosas las referencias a personas, obras y sucesos reales, en *La Rôtisserie* abundan, premeditados o no, los anacronismos. Cuando France escribe en el verano de 1892 a su amigo Pierre Nolhac, filólogo clásico, pidiéndole que redacte el epifanio latino de Jérôme Coignard, le indica: «Este abate, que ama el vino y las mujeres, murió piadosamente el 9 de noviembre de 1728». Esto nos hace

detectar errores cronológicos evidentes. Así, por ejemplo, el joven señor de Anquetil afirma en presencia del abate que ha participado en la batalla de Parma, que tendría lugar en 1734, seis años después de la muerte de Coignard. Y cuando, al final del relato, el joven narrador, recién convertido en propietario de la librería *A l'Image de Sainte Catherine*, alude al librero-editor de Amsterdam Marc-Michel Rey, parece ignorar que éste no empezaría a publicar hasta 1779 las famosas ediciones de clásicos griegos y latinos llamadas *bipontinas*. Mencionemos un pequeño desliz vitícola: en Borgoña no se vendimia en noviembre, sino a comienzos del otoño^[16].

Habría otros motivos, y no sólo los derivados de los desacuerdos cronológicos, para situar la acción de esta novela en la primera mitad del siglo XVIII. Y, precisando aún más, durante la regencia de Felipe de Orleans (1715-1723) y los años inaugurales del reinado de Luis XV, a quien hace referencia expresa una cancioncilla satírica que entona el buen abate Coignard en los prolegómenos de su agonía. Advirtamos que, a causa de las deudas contraídas por Francia a consecuencia de la política expansionista de Luis XIV y del fracaso del proyecto de saneamiento financiero ideado por el escocés John Law, la sociedad francesa nos ofrece un contraste brutal entre la situación deprimente del *tiers état* —estado llano, al que pertenece la mayoría de los personajes de la novela— y el lujo ostentoso desplegado, en muchas ocasiones a duras penas, por una aristocracia al borde de la claudicación. Es una época en la que conviven las blancas pelucas y la greñas villanas: el más artificioso rebuscamiento estético —el apogeo del estilo rococó— y los vestigios más arraigados del oscurantismo popular. El siglo XVIII no ha llegado aún a convertirse en el «Siglo de las Luces». Recordemos que, a excepción de Montesquieu, que ha publicado las *Lettres persanes* [Cartas persas] en 1721 y *De l'esprit des lois* [Del espíritu de las leyes] en 1748, las lumbreras de la Ilustración no darán a conocer sus obras hasta la segunda mitad del siglo: la *Encyclopédie* de Diderot comienza a aparecer en 1751: *Du Contrat social*, de Rousseau, se publica en 1762; el *Traité de la tolerance*, de Voltaire, en 1763, y su *Dictionnaire philosophique*, un año después; y Beaumarchais estrena en 1775 *Le Barbier de Séville* y, en 1784, *Le Mariage de Figaro*, dos comedias que, según opinión generalizada, hicieron más que cualquier tratado teórico a favor de la Revolución Francesa. Los títulos y autores que el abate Coignard menciona a lo largo de la novela son, o bien joyas clásicas, como las *Metamorfosis*, de Apuleyo, o su imprescindible *De consolatione philosophiae*, de Boecio, o bien obras del siglo XVII relacionadas en su mayor parte con la polémica doctrinal desatada entre católicos ortodoxos y jansenistas; la indudable erudición de Anatole France, forjada paulatinamente desde su niñez en la librería paterna del quai Malaquais, se complace en sacar a colación nombres de historiadores y teólogos que hoy se limitan a almacenar polvo en los estantes más inalcanzables de las bibliotecas menos frecuentadas. También aparecen por las páginas de *La Rôtisserie* extraños títulos de oscuros autores que tratan de cuestiones esotéricas y ciencias ocultas. El propio France, en una nota inicial a pie de página que atribuye al editor y que no figura en el

manuscrito original, menciona un librito del abate Montfaucon de Villars titulado *Le Comte de Gabalis ou Entretiens sur les Sciences secretes et mystérieuses suivant les principes des anciens mages ou sages kabbalistes* [El conde de Gabalis o Conversaciones sobre las ciencias secretas y misteriosas según los principios de los antiguos magos o sabios cabalistas], que parece haber servido de inspiración para ciertos pasajes de la novela; por lo pronto, como desdichado precursor de Jérôme Coignard, el abate de Villars —citado por Voltaire en el catálogo alfabético de autores incluido al final de *Le Siècle de Louis XIV*— murió violentamente, y «se dice que los silfos le habían asesinado por haber revelado sus misterios». Sí, aunque parezca increíble, es el escéptico patriarca de Ferney quien nos proporciona esos curiosos datos, y será Anatole France quien los utilice como material narrativo. Silfos, salamandras, ninfas, criaturas etéreas, raíces de mandrágora, conjuros terribles y eficaces... pueblan un paisaje novelesco que discurre por el Barrio Latino de París, los aledaños del Bois de Boulogne, las orillas del Sena y, en una fantasmagórica fuga terminal, los viñedos de Borgoña. Y aun sabiendo que las ideas y venidas de los personajes acaecen en la primera mitad del siglo XVIII, los viejos rótulos y enseñas de la rue Saint-Jacques —la mercería de las *Tres Doncellas*, la taberna del *Pequeño Baco*, la librería con la *Imagen de Santa Catalina* y, naturalmente, nuestro asador de la *Reina Pie de Oca*— nos llevan imaginaria e insensiblemente al París de Jean de Meung y François Villon^[17]. Como por arte de magia.

¿Quizás Anatole France pretendió escribir una obra perteneciente al género que hoy denominaríamos «literatura fantástica»? La hipótesis no se nos antoja razonable. Sin embargo, podríamos admitir que no tuvo inconveniente en irrumpir con su acometividad e ironía habituales en el maremágnum de teorías y creencias esotéricas sustentadas a finales del siglo XIX por escritores que alcanzaban notable éxito editorial. Publicaciones y revistas como *Le Lotus* [El loto], controlada por la misteriosa y célebre Hélène Blavatsky, y *L'Initiation*, dirigida por Gérard Encause, conocido por el sobrenombre de Papus, difunden las ideas y las obras de los principales escritores franceses cultivadores de la teosofía y el ocultismo. Joséphine Péladan, que adopta el altisonante título asirio de «Sâr», es tal vez el primero que, en su novela *Le Vice suprême* [El vicio supremo] (1884), intenta servirse del ocultismo como materia narrativa. Ahora bien, estos autores no han pasado a la historia de la literatura francesa por sus méritos creativos, sino acaso por haber ejercido cierta influencia en algunos escritores de auténtica valía interesados por cuestiones esotéricas, como Gerard de Nerval, Barbey d'Aurevilly, Augustin Thierry, Villiers de l'Isle-Adam y Guy de Maupassant. Citemos entre los arquetipos literarios, pues no deja de venir a cuento, al canónigo Joseph-Antoine Boullan, satanista y erotómano, que ha inspirado *Là-bas* [Allá lejos] a J. K. Huysmans; el reverendo Boullan muere en Lyon, el 4 de enero de 1893, en oscuras circunstancias, y Anatole France se ocupa del asunto en un oportuno artículo^[18].

Sería desacertado incluir a Anatole France entre los prosélitos del esoterismo.

France reconoce que se siente vivamente atraído por la fantasía literaria, que ama los cuentos de Perrault, *Las Mil y una noches* y la *Odisea*, y que comparte «ese gusto depravado por lo absurdo y ese amor a lo irracional que cada uno de nosotros lleva escondido en un repliegue de su corazón». Y termina confesando: «Apuleyo es mi debilidad»^[19]. Pero la devoción casi vergonzante a la irracionalidad no pasa de ser una de tantas flaquezas que France reconoce como suyas sin padecerlas efectivamente. Porque siempre será un racionalista escéptico, un incrédulo burlón que a veces cae en la debilidad de admitir los desatinos humanos nacidos del sentimiento; y él es el primero en cometer tales desatinos. En el fondo es un heredero espiritual de Rabelais, de Montaigne y, sobre todo, de Racine, «el mejor, el más grande de los poetas», junto al cual «Corneille no es más que un hábil declamador»^[20]. Sin embargo, aunque no declare expresamente su deuda con Voltaire, creemos que el autor de *Candide* es, al menos en este caso, el principal acreedor de Anatole France. Se ha indicado que *La Rôtisserie* no es una novela fantástica o esotérica; antes bien, en ella se parodia sin compasión, pero con elegancia y un sólido bagaje cultural, a los escritores adictos al ocultismo. Podríamos, pues, calificar esta obra de «satírica», y sin duda lo es; pero, adoptando la terminología volteriana, sería esencialmente una novela «filosófica». Las relaciones entre el abate Coignard y Jacques Ménétrier nos hacen evocar las existentes entre el sabio Pangloss y Candide; las desventuras amorosas de nuestro protagonista nos traen a la memoria las sufridas por el héroe de Voltaire; y la resignada y tranquila administración de la librería de la rue Saint-Jacques parece reiterarnos que «il faut cultiver notre jardin»^[21]. En la prosa de France reviven el humor, la vivacidad, la tersura y la claridad de la volteriana. Esas palpables cualidades determinan que *La Rôtisserie de la Reine Pédauque* sea una de las obras de Anatole France que se leen con más agrado. Y que el abate Coignard y su discípulo sean dos personajes tan familiares y memorables.

El propio France se ha percatado de ello, pues en octubre de 1893, siete meses después de la aparición de esta novela, Calmann-Lévy publica *Les Opinions de M. Jérôme Coignard, recueillies par Jacques Tournebroche*, libro carente de hilo argumental, formado por supuestos diálogos entre el abate y su discípulo que, en pureza, constituyen breves ensayos del autor sobre temas de actualidad o intemporales: los ministerios, la ciencia, el ejército, las academias, la justicia..., que en ocasiones adoptan una forma narrativa.

El fiel Jacques Ménétrier, de nuevo bajo el apodo de «Tournebroche», volverá a aparecer quince años más tarde para apadrinar en las prensas de Calmann-Lévy una colección de relatos titulada *Les Contes de Jacques Tournebroche* (diciembre de 1908), integrada por varias narraciones breves que Anatole France había publicado anteriormente en revistas y periódicos. Señalemos como dato anecdótico que el cuento titulado «Mademoiselle Roxane» no parece ser obra de France, sino de madame de Caillavet; se trataría, pues, de una curiosa parodia literaria.

Pero, como suele decirse, ésa es otra historia.

El triángulo sentimental Albert-Léontine-Anatole se mantiene aparentemente incólume. El hijo de los Caillavet, Gaston, antiguo condiscípulo y amigo de Marcel Proust, se casa con Jeanne Pouquet, a quien también había cortejado en su adolescencia el futuro gran novelista; los recién casados viajarán por Italia en compañía de madame de Caillavet y France. Este viaje, en especial la visita a Florencia, será un factor de inspiración de la ya mencionada *Le Lys rouge* [El lirio rojo], obra que refleja solapadamente las cada vez más tumultuosas relaciones entre el escritor y su amante y que, calificada por algunos críticos de «novela mundana», obtiene un considerable éxito.

Anatole France es ya un autor famoso. Sus obras inmediatamente posteriores —*Le Jardin d'Epicure* [El jardín de Epicuro] y *Le Puits de Sainte Claire* [El pozo de Santa Clara]— suponen un regreso a la fórmula recopilatoria de textos breves. En agosto de 1894 compra por setenta mil francos un pequeño hotel en Villa Saïd, calle privada cercana a la avenue Hoche, que pronto se ve abarrotada de libros, esculturas, cerámicas, tapices y objetos diversos adquiridos en subastas y tiendas de anticuarios. El mencionado Jean-Jacques Brousson^[22] nos informa de la fiebre coleccionista de France y de las personalidades que desfilan por su casa.

Llueven sobre el escritor dignidades institucionales. El 14 de julio de 1895 recibe la cruz de oficial de la Legión de Honor. Y el 26 de enero de 1896 es elegido, como era previsible, miembro de la Academia Francesa. Ocupa el sillón que ha dejado vacante Ferdinand de Lesseps, el constructor del canal de Suez, implicado en el escándalo financiero de Panamá; paradójicamente, en vez de glosar con todo lujo de detalles los méritos de su predecesor —quien, dicho sea de paso, nunca produjo una obra literaria—, pronuncia un caluroso panegírico de Ernest Renan. Por esas fechas, redacta unas breves páginas de compromiso que, debido a las circunstancias, pasarán a la historia de la literatura: el prólogo para *Les Plaisirs et les Jours* [Los placeres y los días], el primer libro publicado por Marcel Proust. Durante el verano, en compañía de Léontine de Caillavet —responsable, según las hablaturías, tanto de la elección de la Academia como del prólogo al librito de Proust—, viaja a Egipto a bordo del barco de línea *Le Niger*; y, al regreso, el trío habitual emprende un crucero por el Adriático en un nuevo yate, *La Mélusine*.

En enero de 1895, *L'Echo de Paris* había publicado la primera de unas crónicas imaginarias tituladas *Nouvelles Ecclésiastiques*, firmadas por el notorio descreído y anticlerical Anatole France. Se trataba de textos con estructura narrativa en las que se presentaban diversas figuras de clérigos provincianos. Estas colaboraciones periodísticas serían el germen del ciclo novelesco que conocemos como *Histoire contemporaine* y que viene a ser, además de una sátira de los rebuscados manejos del clero de la época, un admirable fresco de costumbres. La *Histoire contemporaine* consta de cuatro títulos que, sin responder a un plan preconcebido, forman un

conjunto homogéneo. El primero de ellos, *L'Orme du mail* [El olmo del paseo] (1897), describe las intrigas urdidas en torno al nombramiento de un obispo en la sede vacante de Turcoing; sobre ese telón de fondo se narran las decepciones íntimas de un universitario marginado, Lucien Bergeret, protagonista efectivo del ciclo, a quien el novelista conceptúa de «irreligioso, con decencia y buen gusto». En *Le Mannequin d'osier* [El maniquí de mimbre] (1897), Bergeret y sus cuitas domésticas ocupan el primer plano del relato; la aparatosa escena en que el marido engañado se deshace violentamente del maniquí reproduce una similar vivida realmente por Anatole France^[23]. En *L'Anneau d'améthyste* [El anillo de amatista] (1899) se eleva la categoría profesional de Bergeret, pero sus funciones interpretativas se reducen a las de actor de reparto; las páginas del libro están cuajadas de temas políticos, y entre éstos surge, inquietante y polémico, el llamado *affaire Dreyfus*. El cuarto y último volumen de la tetralogía, *M. Bergeret à Paris* [El señor Bergeret en París] (1901), será una simple secuela narrativa de los anteriores.

En efecto, el *affaire Dreyfus* conmocionó y dividió radicalmente a la sociedad francesa. Como es sabido, a finales de 1894, el capitán de Estado Mayor Alfred Dreyfus, de origen judío, fue acusado de enviar documentos secretos al gobierno alemán y, consecuentemente, procesado, degradado y condenado a deportación perpetua en la Isla del Diablo, en la Guayana. Averiguaciones posteriores arrojan dudas sobre el desarrollo del proceso, y empieza a considerarse la posibilidad de un error judicial y de una revisión de la sentencia. Los franceses antisemitas se enfrentan a los revisionistas. El 13 de enero de 1898, Émile Zola publica en *L'Aurore* su célebre carta al presidente de la República: «J'accuse» [Yo acuso]. La situación se complica: son arrestados el comandante Esterhazy (probable traidor) y el coronel Picquart (partidario de la revisión); y Zola, procesado y condenado nominalmente, se refugia —como antes hicieran Voltaire y Victor Hugo— en Inglaterra. La carta de Zola contará con el apoyo inmediato de una «lista de protestadores», también llamada «petición de los intelectuales», organizada, entre otros, por Marcel Proust y firmada a petición de éste, en primer lugar, por Anatole France; seguirán a su firma las de Charles Péguy, Octave Mirbeau, André Gide, Georges Courteline, Sully-Prudhomme... y las de algunos destacados políticos, como Blum, Jaurès y Clémenceau. Se ha especulado sobre los motivos que inducen a France a militar activamente en el bando «dreyfusard», y se han mencionado sus estrechas relaciones con miembros prominentes de la alta burguesía judeo-francesa; sin ir más lejos, con madame Arman de Caillavet. Pero lo cierto es que el escritor posee una incuestionable rectitud mental, y, si proclama la inocencia de Dreyfus, no será por amor a una dama judía, sino porque en realidad cree inocente al procesado. Aunque ha mantenido duras polémicas de carácter literario con Zola, cuyo naturalismo crudo y ramplón le produce un rechazo visceral, le apoyará abiertamente en este trance. Y cuando Zola es expulsado oficialmente de la Orden de la Legión de Honor, France, en testimonio de solidaridad, devuelve su condecoración a la Cancillería. No terminan

ahí sus reacciones. Dado que *L’Echo de Paris* sigue obstinado en una campaña «antidreyfusard», orquestada por antisemitas tan recalcitrantes como Charles Maurras, Paul Bourget y Maurice Barrès, antiguos amigos —y admiradores confesos— de Anatole France, éste deja de colaborar en dicho rotativo y ofrece sus trabajos a *Le Figaro*, que acepta el ofrecimiento con rapidez y satisfacción, pues la firma de nuestro autor goza de una insuperable valía periodística. La actitud de France parece incomodar a algunos de sus colegas de la Academia, que le reprochan haber infringido el principio de neutralidad política que la docta institución considera fundamental; advirtiéndole que su presencia bajo la cúpula del Instituto de Francia no es acogida con unánime agrado, decide abandonar en febrero de 1900 el más preclaro consistorio de la cultura nacional. No volverá a poner los pies en la Academia Francesa hasta el 13 de julio de 1916.

Convertido progresiva y casi fatalmente en hombre público, le llega la hora de los discursos y las celebraciones multitudinarias. Émile Zola, que ha podido regresar libremente a París, muere en septiembre de 1902: apenas ha sobrevivido un lustro a la causa de sus últimas desazones. Anatole France pronuncia su elogio fúnebre ante una inmensa muchedumbre en el cementerio de Montparnasse. Un año más tarde pronunciará otro discurso en Tréguier (Bretaña), feudo tradicional de la clergalla francesa, con motivo de la inauguración de un monumento a Ernest Renan; asiste al acto Entile Combes, experto en cuestiones teológicas y supuesto masón, presidente del Consejo, responsable de las leyes que establecen la separación radical de la Iglesia y el Estado, y autor de un libro, *Une Campagne laïque*, que será prologado por France.

Si la vida pública del escritor marcha por unos cauces previsibles, su vida privada conocerá problemáticos vaivenes. Su hija Suzanne, divorciada de un fugaz matrimonio, se casa en segundas nupcias con Michel Psichari, nieto de Ernest Renan, cinco años más joven que ella; Anatole France se niega a asistir a la ceremonia y rompe definitivamente con Suzanne, aunque más adelante recibirá en su casa y tratará con gran cariño a su nieto Lucien. Las relaciones de France con Léontine de Caillavet, que ha perdido sus atractivos físicos y su agilidad mental, se deterioran paulatinamente; ello no impide que realicen juntos algunos viajes por Europa y las costas mediterráneas. En abril de 1909, France se embarca hacia Argentina y otros países sudamericanos con objeto de dar una serie de conferencias sobre Rabelais, Auguste Comte y sus propias obras; durante el viaje, organizado por la actriz Marguerite Moreno, viuda del escritor Marcel Schwob^[24], conoce a los miembros de una compañía teatral de la Comédie-Française y, reverdeciendo indomables querencias, se enamora de una de las actrices, Jeanne Brindeau —sobrenombre escénico de Jeanne-Louise Déjary—, que destaca en papeles trágicos y cuenta dieciséis años menos que nuestro autor. El amorío alcanza difusión general, y se llega incluso a hablar de un próximo matrimonio. Al recibir la noticia, Léontine intenta suicidarse recurriendo a la inhalación de gas; no lo consigue, pero la frustrada

tentativa dejará perniciosas secuelas en su organismo. Se ignora la clase de intervención que ha podido tener Jean-Jacques Brousson en todo este enredo; lo cierto es que, el 30 de junio de 1909, France despide a su sedicente secretario.

También se ignoran las circunstancias concretas que han de dar lugar a las íntimas relaciones de Anatole France con Emma Laprévotte, ama de llaves y mujer de confianza de madame de Caillavet, que la llama afectuosamente «mademoiselle Perfection». Los hechos se suceden a un ritmo vertiginoso durante el año 1910. El 12 de enero, Léontine, víctima de una doble congestión pulmonar, muere en su domicilio de la avenue Hoche. El suceso afecta hondamente al escritor. Sin embargo, poco después —¿quizá para consolarse evocando a la difunta?— se encuentra de tapadillo con Emma Laprévotte. En marzo viaja a Italia con su amigo, el doctor Paul-Louis Couchoud, historiador de las religiones, y la periodista húngara madame Kosmutza. En junio tiene una *liaison* con una dama cuya inicial «S» puede corresponder a Thalita Schuttée, amante de su viejo amigo Georges Brandès; y otra con Jane Catulle-Mendès, viuda del célebre periodista y escritor. En septiembre, vive un corto idilio con Marie Scheikevitch, que había sido amiga íntima de madame de Caillavet. Arrinconemos brevemente el anecdotario sentimental para dar cuenta de que, el 8 de octubre, en el campamento militar de Châlons, Anatole France permanece veinte minutos en el aire, a treinta metros de altura, a bordo del aeroplano pilotado por el famoso aviador Maurice Farman^[25]; la experiencia, según el neófito, se asemeja a «posarse en aire endurecido, comprimido, como en una superficie de hielo»^[26]. Volvamos a tierra firme y anotemos que, a mediados de diciembre, Emma Laprévotte se instala definitivamente, como gobernanta o concubina, en Villa Saïd.

Los ajeteos de estos últimos años no son obstáculo suficiente para que Anatole France, además de firmar crónicas y artículos en diversos medios periodísticos y sacar a la luz dos volúmenes de la *Vie de Jeanne d'Arc* (1908) y algunos libros formados por textos breves, como *Crainquebille*, *Putois*, *Riquet* (1905), *Les Contes de Jacques Tournebroke* (1908) y *Les Sept Femmes de la Barbe-Bleue* (1909), escriba y publique tres obras maestras de tonalidades muy diferentes que bastarían por sí solas para cimentar la gloria de su autor: *L'Ile des Pingouins* [La isla de los pingüinos] (1908), *Les Dieux ont soif* [Los dioses tienen sed] (1912) y *La Révolte des Anges* [La rebelión de los ángeles] (1914).

L'Ile des Pingouins narra la historia de unos pobres e inocentes animales convertidos en cristianos a causa del bautismo colectivo que les ha administrado san Maël, un anciano misionero tan virtuoso como corto de vista. Víctimas del deplorable error, generaciones sucesivas de hombres-pingüinos vivirán las etapas más representativas —y abominables— de la historia occidental: guerras e injusticias, persecuciones e intolerancia religiosa. Llegados al apogeo de la revolución industrial, los personajes de esta fábula cruel se verán forzados a la autodestrucción.

Les Dieux ont soif es, en sentido estricto, una novela histórica que describe la evolución mental y activa del joven Evariste Gamelin, pintor mediocre y fanático

doctrinario, durante el período de la Revolución Francesa conocido como el Terror. Seguidor incondicional de Robespierre, Gamelin es elegido miembro del consejo general de la Comuna y, revestido de un poder ilimitado, da rienda suelta a sus mezquinos resentimientos. Esta novela ha sido, a veces, objeto de interpretaciones capciosas e incluso tachada de reaccionaria, cuando en rigor se trata de una melodramática requisitoria contra el fanatismo, sea éste de la tendencia que fuere.

La Révolte des Anges es un producto mixto de la incurable irreverencia y la sorprendente erudición religiosa de Anatole France. Su arranque argumental deriva de un pasaje del *Libro de Henoc*^[27] referente a los ángeles caídos, expulsados del cielo, que pretenden seducir a las mujeres de la tierra, dedicarse a la práctica del arte y reinstaurar a Satanás como soberano del universo. La novela es, en definitiva, un recorrido irónico y pesimista por los problemas y las contradicciones de una sociedad al borde de una guerra que ha de estallar efectivamente en el plazo de cuatro meses. Aunque la obra recibe una acogida entusiasta, es probable que su sentido profundo haya escapado a muchos de sus lectores. Y, lo que es más grave, de sus críticos.

Se podría suponer que, habiendo llegado a la vejez aureolado por una fama quizá discutible pero evidente, Anatole France se acomoda en un pedestal que lo mantiene gloriosamente aislado de todo cuanto es ajeno a su obra literaria. Pero no es así. Los viajes e intervenciones públicas que realiza en esos años, además de ponerle en contacto con las personalidades más notables de su tiempo, suelen tener finalidades humanitarias y progresistas. Y así, con ocasión de una multitudinaria conferencia pacifista celebrada en la explanada del Trocadero, el escritor denuncia «un mal más mortal que la guerra: la paz armada»^[28]. En Londres es recibido, entre otros, por Rudyard Kipling y George Bernard Shaw; y asiste, junto a su buen amigo Jean Jaurès, fundador del diario *L'Humanité* —con quien le unía una cordial relación desde el *affaire Dreyfus*—, a un mitin, en el que toma la palabra, contra el servicio militar obligatorio en Inglaterra. En Bruselas, a petición de Émile Vandervelde, durante la inauguración de un centro de educación obrera, pronuncia un discurso a favor del socialismo y la paz.

En marzo de 1914, France y Emma Laprévotte abandonan Villa Saïd y, tras una breve estancia en Versailles, se trasladan a La Béchellerie, palacete señorial del siglo XVII situado en las afueras de Saint-Cyr-sur-Loire, cerca de Saumur. La mansión es inicialmente alquilada por 750 francos al trimestre; dos años después, France la comprará por 45.000 francos.

El 31 de julio, Jean Jaurès es asesinado en el Café du Croissant, en Montmartre; al autor del disparo, un tal Raoul Villain, se le considera miembro de Action Française, el partido nacionalista y reaccionario, precursor del fascismo, fundado por Charles Maurras y Léon Daudet, antaño amigos de nuestro autor. El 2 de agosto, en primera plana de *L'Humanité*, encuadrada por una orla negra, se publica una carta necrológica de Anatole France. Los acontecimientos se desencadenan con siniestra rapidez. El mismo día, Alemania invade Luxemburgo; el 3 de agosto declara la

guerra a Francia; el 4, el ejército alemán entra en Bélgica; y el 5, Inglaterra declara a su vez la guerra a Alemania. Caen las bombas sobre la catedral de Reims, y France publica en el periódico *La Guerre sociale* un artículo tildando de «bárbaros» a los alemanes, pero esperando que, una vez lograda la victoria, «proclamaremos que el pueblo francés acoge en su amistad al enemigo vencido»^[29]. Esta última frase provoca una oleada de protestas, injurias anónimas y amenazas. El escritor, desconcertado y deprimido, se refugia en La Béchellerie y llega a acariciar la idea del suicidio.

Anatole France será siempre un centro de atención —un acumulador de afectos y aversiones— hasta el fin de su vida. Parece como si, a medida que envejece, le acosaran con igual intensidad los triunfos y las desgracias. En febrero de 1916, Emma es operada de cáncer de mama; la intervención concluye felizmente, pero la salud de la enferma quedará muy deteriorada. Una semana después, France participa en una manifestación de apoyo a los armenios oprimidos por los turcos, aliados de Alemania. Y el 13 de julio, tras dieciséis años de ausencia voluntaria, deseando quizá reforzar la imagen de una reconciliación entre intelectuales de todas las ideologías frente al enemigo común, regresa a París para asistir a una sesión extraordinaria de la Academia. En abril de 1917, Michel Psichari —nieto de Renán y marido de su hija Suzanne— muere en las trincheras. Un año más tarde, la Comédie-Française repone las *Noces corinthiennes*. Y el 28 de octubre, pocos días antes de la firma del armisticio que dará fin a la Primera Guerra Mundial, Suzanne France muere a causa de la llamada «gripe española» sin haberse reconciliado con su padre, que será designado tutor oficial de su nieto Lucien. En enero de 1919, Calmann-Lévy edita *Le petit Pierre*, obra supuestamente autobiográfica en la que France se presenta al lector, no como vástago de un humilde librero de ocasión, sino como hijo de un médico; pese a tales supercherías, un tanto pretenciosas, la obra posee un encanto indudable. Durante el verano, Emma sufre un ataque de hemiplejía, del que se repone con prontitud. La actividad del escritor en el terreno periodístico-político no conoce treguas: firma en *L'Humanité* un llamamiento contra el bloqueo de Rusia por las potencias occidentales y otro a favor de las víctimas del hambre en Austria. Aunque ya ha cumplido los setenta y seis, vive una fugaz aventura amorosa con Alice Brisard, esposa de un alto funcionario que, según las habladurías, debe su posición a las influencias de Anatole France; éste ha sobrestimado sus fuerzas, y la hazaña erótica le depara un espasmo vascular y una parálisis parcial de la que se restablecerá en la clínica de su amigo el doctor Couchoud. Resuelto a ordenar su vida, el 11 de octubre de 1920 se casa con Emma Laprévotte en la alcaldía de Saint-Cyr-sur-Loire: la finalidad del matrimonio es, ante todo, garantizar la seguridad económica de la esposa. Un año después, el 10 de noviembre, France recibe el Premio Nobel de Literatura desbancando a escritores tan elucidados como H. G. Wells, Thomas Hardy, Henri Bergson, Gabriele d'Annunzio y Máximo Gorki. «La más horrible de las guerras —afirma en su discurso oficial, en Estocolmo— ha sido seguida de un tratado

que no fue un tratado de paz, sino la prolongación de la guerra»^[30]. Al regreso de Suecia, en Berlín, recibe la visita de Albert Einstein, que se declara su admirador. Cuando en marzo de 1922 se inicia en la Rusia soviética el primero de los grandes procesos contra supuestos enemigos del régimen, France envía un telegrama: «En nombre de los intereses superiores de la humanidad, no ejerzáis sobre adversarios políticos actos que podrían ser interpretados como una venganza. Llevaríais así un perjuicio irreparable a la causa de la liberación de los trabajadores del mundo»^[31]. Reforzará el telegrama con una carta abierta a Gorki sobre el mismo problema. *L'Humanité* responde publicando varios artículos contra France. Los ataques le llegan desde los frentes más dispares: el 31 de mayo, un decreto del Santo Oficio de Roma incluye toda su obra en el Índice de Libros Prohibidos. El escritor recibe la noticia con mal disimulado alborozo, pues viene a ratificar su opinión sobre la intolerancia y el oscurantismo religioso. Volverá a dar pruebas de su ironía y su escepticismo en el último de sus libros, *La Vie en fleur* [La vida en flor], secuela de *Le petit Pierre*, editado por Calmann-Lévy en 1922. En noviembre, con motivo del quinto aniversario de la revolución bolchevique, publica en *L'Humanité* un cordial «Saludo a los soviets». Le resultará sorprendente y dolorosa la reacción del IV Congreso de la Internacional Comunista, que reclama la exclusión del partido de los intelectuales «amateurs» y manifiesta su hostilidad a la Liga de los Derechos del Hombre, en la que France ha participado con frecuencia y entusiasmo; el caso es que no volverá a colaborar en periódicos comunistas.

La celebridad de France es prácticamente universal. Todo el mundo civilizado conoce, por haberlo visto en fotografía, sus rostro largo, sus ojos burlones, su gran nariz con caballete, su bigote y sus barbas blancas que le dan cierto aire de fauno viejo y, cubriendo sus cortos cabellos, un bonete doméstico vagamente garibaldino. Antoine Bourdelle ha esculpido en mármol un magnífico busto de France. Éste, en cambio, detesta el retrato que le ha hecho el pintor holandés Kees Van Dongen, declarando enérgicamente: «Jamás vendrá a La Béchellerie. No quiero verlo. ¡Parezco un queso camembert derritiéndose!»^[32]. A partir del 16 de abril de 1924, octogésimo aniversario de su nacimiento, se suceden los homenajes y actos en su honor. Pero su salud decae: dos meses antes ha tenido un síncope cuya duración ha hecho presagiar lo peor. Su debilidad cardíaca se ha visto afectada por dolencias respiratorias y ataques agudos de urticaria. Se percata de que sus antiguos amigos y conocidos —Maurice Barrès, Pierre Loti, Charles Peguy— han ido desapareciendo. Incluso le ha precedido quien fuera, casi treinta años antes, beneficiario de un prólogo suyo, Marcel Proust, cuya novela *À l'ombre des jeunes filles en fleur* [A la sombra de las muchachas en flor], galardonada en 1920 con el Premio Goncourt, no llegará a leer, disculpándose con una evasiva trivial: «La vida es demasiado corta y Proust es demasiado largo»^[33].

A finales de agosto, en La Béchellerie, sufre una crisis de arterioesclerosis y se ve obligado a guardar cama. No volverá a levantarse. Apenas recibe alimento, y las

inyecciones de morfina, más que aliviar sus dolores, se limitan a mantenerlo adormecido. En sus escasos momentos de lucidez pide a los médicos que le practiquen la eutanasia; cuando éstos se niegan, suspira: «¡Otro prejuicio!». Morirá a las once y media de la noche del domingo 12 de octubre de 1924.

La muerte de Anatole France da lugar a un aluvión de manifestaciones de duelo oficiales y particulares. Un catafalco con la bandera tricolor y crespones violetas es instalado frente a la Academia, no lejos de la casa natal del difunto. Los tenderetes de los *bouquinistes* cierran por iniciativa propia en señal de duelo. El escritor había expresado su deseo de reposar en el pequeño camposanto de Saint-Cyr-sur-Loire, pero es enterrado en la modesta tumba donde yacen sus padres, en el cementerio de Neuilly, cerca de Villa Saïd, donde residirá hasta el fin de sus días Emma, que por razones de salud no ha podido asistir al sepelio. Más de doscientas mil personas acompañan espontáneamente al cortejo fúnebre, mientras una banda de música interpreta el andante de la Quinta Sinfonía de Beethoven. «El nivel de la inteligencia humana ha descendido esta noche», declara Paul Painlevé, presidente de la Cámara de los Diputados^[34].

Hay, cómo no, algunas notas discrepantes. Evocando la actividad política de France, el periodista Marcel Cachin, en *L'Humanité*, lo califica de «simpatizante socialista, incluso comunista», en tanto que otro colaborador del mismo periódico, Fernand Desprès, escribe: «¿Era de los nuestros? No»^[35]. En efecto, France había dejado de colaborar en los periódicos comunistas a raíz de las conclusiones adoptadas en noviembre de 1922 por el IV Congreso del partido en Moscú.

Otro ataque póstumo le llegará por parte del grupo de escritores surrealistas encabezado por André Breton y Louis Aragon, que publica y difunde un libelo titulado *Un cadavre*, en el que, tras afirmar que Anatole France ha muerto al son de los himnos entonados en su honor «por el tapir Maurras y la melindrosa Moscú», se invita a los lectores a abofetear el cadáver^[36]. Parece inexplicable la injuriosa reacción de los jóvenes surrealistas contra un escritor que siempre había dado muestras de independencia de criterio frente a posturas nacionalistas y dictados de organizaciones y partidos políticos.

Pero más inexplicable aún es que, tras la muerte de Anatole France, su obra haya caído paulatina e inexorablemente en el olvido. No hay razones que justifiquen la escasa presencia de sus libros en los catálogos de las editoriales y en los escaparates de las librerías. Creemos que en épocas, como la nuestra, dominadas por el culto a la mediocridad y al oportunismo literarios, debería hacerse necesaria la presencia de un escritor inteligente, original, atrevido pero no grosero, culto sin alardes de pedantería, libre de ataduras religiosas o doctrinarias, irónico, recio y humano. Sí, nos referimos a Anatole France. Quizás al gran autor francés podrían aplicársele los elogios que el bueno de Jacques Ménétrier dedica al abate Jérôme Coignard: el lector tiene ocasión de echarles un vistazo al final de este libro.

ESTA EDICIÓN

Para la traducción de *La Rôtisserie de la Reine Pédauque* se han utilizado básicamente la primera edición de la obra en volumen (París, Calmann-Levy, 1893) y la establecida, presentada y anotada por Marie-Claire Bancquart en la Bibliothèque de La Pléiade (Anatole France, *Oeuvres II*, París, Gallimard, 1987). Ambas se han cotejado ocasionalmente con la edición no venal, sin notas y con los capítulos numerados, de La Guilde du Livre (Lausana, 1961). La presente edición incorpora numerosas notas a pie de página, derivadas en gran parte de las de Marie-Claire Bancquart.

Se estima innecesario formular observaciones de carácter general sobre la traducción del texto: la claridad y la pulcritud de la prosa de Anatole France no crean dificultades especiales. Los nombres propios y topónimos sólo se han vertido al castellano en casos contados y según los criterios admitidos por las normas académicas y los usos lingüísticos tradicionales.

La traducción del título de la novela ha planteado, no obstante, algunos problemas. La primera edición española, traducida al castellano por Luis Ruiz Contreras, lleva el título de *El figón de la reina Patoja* (Madrid, A. Marzo, 1907); las escasas ediciones posteriores —en su mayoría sin mención del nombre del traductor— reiteran dicho título. Aun aceptando el empleo de la palabra *figón* (según la RAE, «casa donde se guisan y venden cosas ordinarias de comer») y, pese a tener en cuenta que el establecimiento donde se sirven alimentos asados no recibe aún oficialmente el vocablo de *asador* —reservado al aparato destinado a realizar tal operación culinaria—, se ha preferido usar este término, ya que ha pasado a formar parte del léxico habitual como sinónimo de taberna o restaurante donde se consumen productos asados y del profesional encargado de cocinarlos. Por otra parte, el adjetivo *patoja* se aplica a quien «tiene las piernas o pies torcidos o desproporcionados e imita al pato en andar meneando el cuerpo de un lado a otro» (RAE), mientras que *pédauque*, procedente sin duda del antiguo occitano *pé d'auca*, significa «pie de oca» o «pie palmeado», como el de los palmípedos, singularidad fisiológica que se atribuyó, por ejemplo, a la mítica Berthe au Grand Pied, madre de Carlomagno, evocada por François Villon en su *Ballade des Dames du temps jadis* y posiblemente representada en el pórtico septentrional de la catedral de Chartres. Anotemos que en el Museo Carnavalet, de París, se conserva una antigua enseña tabernaria que lleva el nombre de la Reine Pédauque. Todas estas consideraciones nos han inducido a emplear el título de *El asador de la Reina Pie de Oca*.

En cuanto al apodo o sobrenombre adjudicado por el abate Coignard al joven Jacques Ménétrier, «Tournebroche», que vendría a significar «Da la vuelta a la brocheta» o «al espetón» y que podría haberse traducido por «Girabrocheta» —lo que guardaría cierta similitud fonética con el vocablo francés—, por razones de eufonía y fidelidad textual se ha preferido —una vez informado el lector— conservarlo en su

forma original.

Indiquemos por último que los títulos de las obras literarias mencionadas en este libro se citan siempre en su idioma original, añadiendo su traducción entre corchetes sólo en posibles supuestos de dificultad de comprensión.

BIBLIOGRAFÍA

EDICIONES DE «LA RÔTISSERIE DE LA REINE PÉDAUQUE»

La Rôtisserie de la Reine Pédauque, París, Calmann-Levy, 1893.

Oeuvres complètes illustrés, 25 vols., ed. Léon Carias, París, Calmann-Levy, 1925-1935.

La Rôtissere de la Reine Pédauque, Lausana, La Guilde du Livre, 1961.

Oeuvres complètes, 25 vols., ed. Jacques Suffel, Ginebra, Edito-Service (distrib. Cercle du Bibliophile, París), 1968-1971.

Oeuvres, 4 vols., ed. Marie-Claire Bancquart, París, Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade, 1985-1994.

La Rôtisserie de la Reine Pédauque, ed. Marie-Claire Bancquart, París, Gallimard (col. Folio), 1990.

EN CASTELLANO

El figón de la reina Patoja, prólogo y traducción de Luis Ruiz Contreras, Madrid, Antonio Marzo, 1907.

Novelas completas, 2 vols., prólogo y traducción de Luis Ruiz Contreras, Madrid, Aguilar, 1946; reed.: 3 vols., México, 1958-1959.

Obras selectas de premios Nobel. 1921, prólogo de Carlos Pujol, Barcelona, Planeta, 1988.

SOBRE ANATOLE FRANCE

BAJOMI, L., *Anatole France vilaga*, Budapest, Europa, 1973.

BANCQUART, M.-C., *Anatole Francepolemiste*, París, Nizet, 1962.

—, *Anatole France, un sceptique passionné*, París, Calmann-Lévy, 1984.

—, *Anatole France*, París, Julliard, 1994.

BOUILLOT, F., *L'Humour d'Anatole France*, París, P. U. F., 1933.

BROUSSON, J.-J., *Anatole France en pantoufles*, París, Crés, 1924. (Ed. española: *Anatole France en zapatillas*, trad. Margarita Nelken, Madrid, Biblioteca Nueva, 1925).

BRESKY, D., *The Art of Anatole France*, La Haya-París, Mouton, 1969.

CARIAS, L., *Anatole France*, París, Rieder, 1931.

CAUTE, D., *Les Compagnons de route. 1917-1968*, París, R. Laffont, 1979.

CHEVALIER, H., *The Ironic Temper. Anatole France and His Time*, Nueva York, Oxford University Press, 1932.

- CLOUTIER, P. P., *A Bergsonian Analyse of the Humour of Anatole France*, Wisconsin, Dissertation Abstract, 1971.
- CORDAY, M., *Anatole France d'après ses confidences et ses souvenirs*, París, Flammarion, 1927.
- DES HONS, G., *Anatole France et Jean Racine, ou la clé de l'art francien*, París, A. Colin, 1927.
- ETHIER-BLAIS, J., *Anatole France: regard triste, sourire ironique*, Ottawa, Le Cercle du Livre de France, 1961.
- GIRAUD, V., *Anatole France*, París, Desclée de Brouwer, 1935.
- GORKI, M., «Sur Anatole France», *Revue Européenne*, París, diciembre de 1924.
- HENRIOT, E., *Maîtres d'hier et contemporains*, París, Albin Michel, 1955.
- HUARD, G., *Anatole France et le quai Malaquais*, París, Champion, 1926.
- JANKELEVITCH, V., *L'ironie ou la bonne conscience*, París, P. U. F., 1952.
- JEFFERSON, A. C., *Anatole France, the Politics of Scepticism*, New Brunswick, Rutgers, 1965.
- KARS, T., *De Valse Baard van Anatole France*, Amsterdam, Van Gennep, 1975.
- LEDUC, E., *Anatole France avant l'oubli*, París, Publibook, 2004.
- LESCINKAJA, J., *Anatole France*, Moscú, Kniga, 1986.
- LEVAILLANT, J., *Les aventures du scepticisme, essai sur l'évolution intellectuelle d'Anatole France*, París, A. Colin, 1965.
- MARTIN, G., *Un modèle révolutionnaire d'Anatole France*, París, Gailimard, 1926.
- MAURIAC, F., «Défense de Anatole France et de quelques autres», *La Table Ronde*, París, noviembre de 1949.
- MAUROIS, A., «En relisant Anatole France», *Hommes et Mondes*, París, septiembre de 1950.
- MAURRAS, C., «Anatole France ou le paradoxe vivant», *Action Française*, París, 1922.
- MÉTAYER, G., *Anatole France et le nationalisme littéraire*, París, Du Felin, 2011.
- OYON, D., «Précis de l'Affaire Dreyfus», *Pages Libres*, París, 1903.
- PICARD, G., «L'influence littéraire et sociale d'Anatole France», *Revue Mondiale*, t. CLVII, París, 1924.
- PSICHARI, H., «Anatole France et les Universités populaires», *Europe*, París, diciembre de 1954.
- PSICHARI, L., «Voltaire et Anatole France», *Europe*, París, diciembre de 1958.
- SACHS, M., *France: the Short Stories*, Londres, E. Arnold, 1974.
- SAREIL, J., *Anatole France et Voltaire*, París, Droz-Minard, 1961.
- SARRAIL, J., *Cervantes et Anatole France*, Poitiers, L'Union, 1935.
- , «Le prestige d'Anatole France en Espagne», *Revue de Litterature Comparée*, París, enero-marzo de 1936.

- SCHLUMBOHM, D., *Der Aufruhr der Engel. France und seine literarischen Vorläufer*, Hamburgo, Romanische Seminar de Universität, 1966.
- SPAZIANI, M., *Maupassant, Bourget, France*, Palermo, Manfredi, 1969.
- SUFFEL, J., *Anatole France*, París, Le Myrte, 1946.
- , *Anatole France par lui-même*, París, Seuil, 1954.
- THEOLLEYRE, J. M., «M. France ou le socialisme par plaisir», *Le Monde*, París, septiembre de 1975.
- TODISCO, G., *Anatole France: littérature et engagement*, Poggibonsi, Antonio Lalli, 1975.
- VANDEGANS, A., *Anatole France, les années de formation*, París, Nizet, 1954.
- VANDIER, P., *Anatole France et l'antisémitisme*, París, Les 2 Encres, 2003.
- VIRTANEN, R., *Anatole France*, Nueva Yor, Twaine, 1968.
- VV. AA., *Catalogue de l'Exposition Anatole France*, París, Société Anatole France, 1976.

EL ASADOR DE LA REINA PIE DE OCA

TENGO intención de relatar los hechos más singulares^[1] de mi vida. Los hay hermosos y extraños. Rememorándolos, yo mismo dudo si no los habré soñado. Conocí a un caballero gascón del que no puedo decir que fuera prudente, pues murió de forma lamentable, pero que pronunció una noche, en la isla de los Cisnes^[2], palabras sublimes que he tenido la suerte de recordar y el cuidado de poner por escrito. Esas palabras se referían a la magia y a las ciencias ocultas, que hoy en día gozan de gran predicamento. No se habla de otra cosa que de Rosacruz^[3]. Por lo demás, no me jacto de merecer gran honor por esas revelaciones. Algunos dirán que lo he inventado todo y que ésta no es la verdadera doctrina; otros, que sólo he dicho lo que todo el mundo sabía. Confieso que no estoy muy instruido en la Cabala^[4], pues mi maestro pereció al comienzo de mi iniciación. Pero lo poco que aprendí de su arte me hace suponer vehementemente que todo es ilusión, error y vanidad. Basta, por otra parte, que la magia sea contraria a la religión para que yo la rechace con todas mis fuerzas. Sin embargo, creo que debo explicarme sobre un punto de esta falsa ciencia para que no se me juzgue aún más ignorante de lo que soy. Sé que los cabalistas piensan generalmente que los Silfos, las Salamandras, los Elfos, los Gnomos y los Gnómidas nacen con un alma tan perecedera como su cuerpo y que adquieren la inmortalidad por sus relaciones con los magos^[5]. Mi cabalista, por el contrario, enseñaba que la vida eterna no puede ser otorgada por ninguna criatura, sea terrestre o aérea. Yo he seguido su opinión, sin pretender juzgarla.

Tenía la costumbre de decir que los Elfos matan a quienes revelan sus misterios, y atribuía a la venganza de esos espíritus la muerte del señor abate Coignard, que fue asesinado en el camino de Lyon. Pero yo sé bien que esa muerte, para siempre deplorable, tuvo una causa más natural. Hablaré libremente de los Genios del aire y del fuego. Hay que saber correr algunos riesgos en la vida, y el de los Elfos es extremadamente pequeño.

He recogido con celo las palabras de mi buen maestro, el señor abate Jérôme Coignard, que pereció como acabo de decir. Era un hombre lleno de ciencia y de piedad. Si hubiera tenido un alma menos inquieta, habría igualado en virtud al señor abate Rollin^[6], al que superaba en mucho por la amplitud del saber y la profundidad de la inteligencia. Tuvo al menos sobre el señor Rollin, en las agitaciones de una vida turbulenta, la ventaja de no caer en el jansenismo. Pues la solidez de su espíritu no se dejaba quebrantar por la violencia de doctrinas temerarias, y yo puedo dar testimonio ante Dios de la pureza de su fe. Tenía un gran conocimiento del mundo, adquirido por la frecuentación de toda clase de compañías. Esta experiencia le habría sido muy útil en las historias romanas que sin duda hubiera compuesto, a ejemplo del señor Rollin, si no le hubieran faltado el ocio y el tiempo, y si su vida se hubiera adaptado mejor a su genio. Lo que he de contar sobre un hombre tan excelente será el ornato de estas memorias. Y como Aulo Gelio^[7], que citó los más bellos pasajes de los filósofos en sus *Noches áticas*, y como Apuleyo^[8], que puso en sus *Metamorfosis* las mejores

fábulas de los griegos, me concedo un trabajo de abeja y deseo recoger una miel exquisita. No podría, sin embargo, jactarme hasta el punto de creerme émulo de estos dos grandes autores, pues únicamente de los recuerdos de mi propia vida, y no de abundantes lecturas, es de donde he extraído todas mis riquezas. Lo que suministro de mi propio fondo es la buena fe. Si algún curioso lee alguna vez mis memorias, reconocerá que sólo un alma cándida podía expresarse en un lenguaje tan simple y tan llano. He pasado siempre por muy ingenuo entre las gentes con las que he vivido. Este escrito sólo puede prolongar esa opinión después de mi muerte.

ME llamo Elme-Laurent-Jacques Ménétrier. Mi padre, Léonard Ménétrier, era dueño, en la rue de Saint-Jacques, del asador de la *Reina Pie de Oca*^[9], quien, como es sabido, tenía los pies palmeados, igual que las ocas y los patos.

Su tejadillo se elevaba enfrente de Saint-Benoit-le-Bétourné^[10], entre la señora Gilíes, propietaria de la mercería de las *Tres Doncellas*, y el señor Blaizot, el librero de la *Imagen de Santa Catalina*, no lejos del *Pequeño Baco*, cuya reja, adornada con pámpanos, estaba en la esquina de la rue des Cordiers. Me quería mucho, y cuando, después de cenar, yo estaba acostado en mi camita, me cogía la mano, levantaba mis dedos uno tras otro, comenzando por el pulgar, y decía:

—Éste lo mató, éste lo desplumó, éste lo guisó, éste se lo comió. Y este chiquitín no tuvo nada de nada.

Y, cosquilleándome la palma de la mano con la yema de mi dedo meñique, añadía:

—Salsa, salsa, salsa.

Y se reía con fuerza. Yo también reía al dormirme, y mi madre afirmaba que la sonrisa seguía aún en mis labios el día siguiente por la mañana.

Mi padre era buen asador y temía a Dios. Por eso llevaba, los días de fiesta, la bandera de los asadores, en la que un hermoso san Lorenzo estaba bordado con su parrilla y una palma de oro^[11]. Tenía la costumbre de decirme:

—Jacquot, tu madre es una santa y digna mujer.

Era una afirmación que se complacía en repetir. Es cierto que mi madre iba todos los domingos a la iglesia con un libro impreso en letras grandes. Porque sabía leer mal los caracteres pequeños que, según decía, le sacaban los ojos de la cara. Mi padre pasaba cada noche una o dos horas en la taberna del *Pequeño Baco*, que frecuentaban Jeannette, la vielera^[12], y Catherine, la encajera. Y siempre que volvía un poco más tarde que de costumbre, decía con voz enternecida, poniéndose su gorro de algodón:

—Barbe, dormid en paz. Hace poco le decía al cuchillero cojo que erais una santa y digna mujer.

Tenía yo seis años cuando, un día, ajustándose bien el delantal, lo que en él era signo de resolución, me hablo así:

—Miraut, nuestro buen perro, ha hecho girar mi espetón durante catorce años. No tengo reproche alguno que hacerle. Es un buen servidor que nunca me ha robado el menor pedazo de pavo ni de oca. Se contentaba, como premio por sus esfuerzos, con lamer el horno. Pero se hace viejo. Su pata se pone rígida, no ve ni gota y ya no vale para dar vueltas a la manivela. Jacquot, te toca a ti, hijo mío, ocupar su puesto. Con reflexión y algo de práctica, lo harás sin duda tan bien como él.

Miraut escuchaba estas palabras y sacudía la cola en señal de aprobación. Mi padre prosiguió:

—Así pues, sentado en este escabel, darás vueltas al espetón. Sin embargo, a fin de formar el espíritu, repasarás tu *Cruz de Dios*^[13], y cuando más adelante sepas leer

todas las letras de molde, aprenderás de memoria algún libro de gramática o de moral o incluso las hermosas máximas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Porque el conocimiento de Dios y la distinción del bien y del mal son necesarios hasta en un oficio manual, sin duda de poco prestigio, pero honesto, como el mío, que fue el de mi padre y que será el tuyo, si Dios quiere.

A partir de ese día, sentado de la mañana a la noche en el rincón de la chimenea, daba vueltas al espetón, con la *Cruz de Dios* abierta sobre mis rodillas. Un buen capuchino, que venía con su talego a mendigar en casa de mi padre, me ayudaba a deletrear. Lo hacía de tan buena gana que mi padre, que apreciaba el saber, le pagaba sus lecciones con un buen trozo de pavo y un gran vaso de vino, y al fin el frailecillo, viendo que yo formaba bastante bien las sílabas y las palabras, me trajo una hermosa *Vida de Santa Margarita*^[14], donde me enseñó a leer de corrido.

Un día, habiendo dejado como de costumbre su alforja en el mostrador, vino a sentarse cerca de mí y, calentando sus pies descalzos en la ceniza del hogar, me hizo decir por centésima vez:

*Doncella sabia, limpia y atenta,
ayuda de la hembra parturienta,
ten piedad de nosotros*^[15].

En ese momento, un hombre de complexión gruesa y, sin embargo, bastante noble, vestido con hábito de eclesiástico, entró en el asador y exclamó con voz sonora:

—¡Hola! Mesonero, servidme un buen trozo.

Bajo sus cabellos grises, parecía estar en la plenitud de su edad y de su fuerza. Su boca era sonriente y sus ojos vivos. Sus mejillas, un poco pesadas, y sus tres barbillas descendían majestuosamente sobre un alzacuello que se había hecho, por afinidad, tan ancho como el cuello que abarcaba.

Mi padre, cortés por oficio, se quitó el gorro e, inclinándose, dijo:

—Si Vuestra Reverencia quiere calentarse un momento en mi fuego, le serviré lo que desee.

Sin hacerse más de rogar, el abate ocupó un lugar ante la chimenea, al lado del capuchino. Oyendo al buen fraile, que leía:

*Doncella sabia, limpia y atenta,
ayuda de la hembra parturienta...*

dio unas palmadas y dijo:

—¡Oh, rara avis! ¡Hombre único! ¡Un capuchino que sabe leer!^[16] ¡Eh, hermanito! ¿Cómo os llamáis?

—Hermano Ángel, indigno capuchino —respondió mi maestro.

Mi madre, que había oído voces desde el piso de arriba, descendió a la taberna, atraída por la curiosidad.

El abate la saludó con cortés familiaridad y le dijo:

—Esto es admirable, señora: el hermano Ángel es capuchino, ¡y sabe leer!

—Hasta sabe leer toda clase de escritura —respondió mi madre.

Y, acercándose al fraile, reconoció la oración de santa Margarita por la imagen que representaba a la virgen mártir con un hisopo en la mano.

—Esta oración —añadió— es difícil de leer porque las palabras son muy pequeñas y apenas están separadas. Por suerte, para los dolores, basta con aplicársela como un emplasto en el lugar donde uno se siente peor, y obra de una manera tan buena e incluso mejor que si se la recitara. Yo hice la prueba, señor, cuando nació mi hijo Jacquot, aquí presente^[17].

—No lo dudéis mi buena dama —respondió el hermano Ángel—: la oración de santa Margarita es insuperable para lo que decís, a condición expresa de dar limosna a los capuchinos.

Tras decir estas palabras, el hermano Ángel vació el cubilete que mi madre le había llenado hasta el borde, se echó la alforja al hombro y se fue en dirección al *Pequeño Baco*.

Mi padre sirvió un cuarto de ave al abate, quien, sacando de su bolsillo un trozo de pan, un frasco de vino y un cuchillo cuyo mango de cobre representaba al difunto rey^[18] como emperador romano sobre una columna antigua, empezó a comer.

Pero, apenas había metido el primer trozo en su boca, se volvió hacia mi padre y le pidió sal, sorprendido de que no se le hubiera ofrecido antes el salero.

—Así —dijo— hacían los antiguos. Ofrecían la sal en señal de hospitalidad. Colocaban también saleros en los templos, sobre el mantel de los dioses.

Mi padre le ofreció sal de cocina en el cacharro que estaba colgado de la chimenea. El abate se sirvió la conveniente y dijo:

—Los antiguos consideraban la sal como el aderezo necesario de todas las comidas y la apreciaban de tal manera que llamaban sal, como metáfora, a los rasgos de ingenio que dan sabor al discurso.

—¡Ah! —dijo mi padre—, por mucho aprecio que vuestros antiguos le hayan tenido, las gabelas^[19] la ponen hoy a un precio mas alto.

Mi madre, que escuchaba mientras hacía una media de lana, se alegró de poder meter baza.

—Hay que creer —dijo— que la sal es una buena cosa, pues el sacerdote pone un grano en la lengua de los niños que se tienen sobre las pilas del bautismo. Cuando mi Jacquot sintió la sal en la lengua, puso un mal gesto, porque, aunque era muy pequeño, ya tenía ingenio. Hablo, señor abate, de mi hijo Jacques, aquí presente.

El abate me miró y dijo:

—Ahora es un buen mozo. En su rostro está pintada la modestia, y lee atentamente la *Vida de santa Margarita*.

—¡Oh! —prosiguió mi madre—, también lee la oración para los sabañones y la plegaria de san Huberto, que se las ha dado el hermano Ángel, y la historia del que

fue devorado por varios diablos en el arrabal de Saint-Marcel por haber blasfemado contra el santo nombre de Dios.

Mi padre me miró con admiración; luego, deslizó en el oído del abate que yo aprendía todo lo que quería, gracias a una facilidad congénita y natural.

—Así pues —replicó el abate—, hay que formarlo en las buenas letras, que son el honor del hombre, el consuelo de la vida y el remedio de todos los males, incluso los del amor, como afirma el poeta Teócrito^[20].

—Aunque yo sea asador —respondió mi padre—, estimo el saber y bien quiero creer que, como dice Vuestra Gracia, es un remedio del amor. Pero no creo que sea un remedio del hambre.

—Tal vez no es un unguento soberano —repuso el abate—; pero proporciona algún alivio, como un bálsamo muy suave, aunque imperfecto.

Mientras hablaba así, Catherine, la encajera, apareció en el umbral, con el gorro sobre la oreja y la toquilla muy arrugada. Al verla, mi madre frunció el ceño y dejó escapar tres puntos de su labor.

—Señor Ménétrier —dijo Catherine a mi padre—, venid a decir dos palabras a los guardias de la ronda. Si no lo hacéis, se llevarán sin falta al hermano Ángel a prisión. El buen hermano ha entrado hace poco en el *Pequeño Baco*, donde ha bebido dos o tres vasos que no ha pagado, por temor, decía, a quebrantar la regla de san Francisco. Pero lo peor del asunto es que, al verme en el cenador bien acompañada, se acercó a mí para enseñarme cierta oración nueva. Le dije que no era el momento, y, como seguía insistiendo, el cuchillero cojo, que se encontraba a mi lado, le tiró con fuerza de la barba. Entonces, el hermano Ángel se arrojó sobre el cuchillero, que rodó por el suelo, tirando la mesa y los jarros. El tabernero acudió al oír el ruido y, viendo la mesa volcada, el vino derramado y al hermano Ángel con un pie sobre la cabeza del cuchillero y blandiendo un taburete con el que golpeaba a todos los que se le acercaban, ese maldito mesonero juró como un diablo y se fue a llamar a la guardia. Señor Ménétrier, venid sin tardanza, venid a sacar al hermanito de las manos de los guardias. Es un santo varón y su proceder es disculpable.

Mi padre solía estar inclinado a complacer a Catherine, pero esta vez las palabras de la encajera no tuvieron el efecto que ella esperaba. Mi padre respondió que no encontraba disculpa alguna al capuchino y que le deseaba una buena penitencia a pan y agua en la más negra mazmorra del convento del que era el oprobio y la vergüenza. Se calentaba hablando:

—¡Un borracho y un libertino al que doy todos los días buen vino y buenas tajadas y que se va a la taberna a divertirse con mujerzuelas lo bastante tiradas para preferir la compañía de un cuchillero ambulante y de un capuchino a la de los honestos comerciantes agremiados del barrio! ¡Fuera! ¡Fuera!

Se detuvo bruscamente en este punto de sus invectivas y miró de reojo a mi madre, que, de pie y apoyada en la escalera, manejaba con golpecitos secos las agujas de hacer punto.

Catherine, sorprendida por esta mala acogida, dijo con sequedad:

—¿De modo que no queréis decir unas buenas palabras al tabernero y a los guardias?

—Les diré, si queréis, que se lleven juntos al cuchillero y al capuchino.

—Pero —dijo ella, riéndose— el cuchillero es amigo vuestro.

—Menos amigo mío que vuestro —dijo mi padre, irritado—. ¡Un bribón que hace chapuzas y anda cojeando!

—¡Oh!, en cuanto a eso —gritó ella—, es muy cierto que cojea. ¡Cojea, cojea, cojea!

Y salió del asador, soltando carcajadas.

Mi padre, volviéndose entonces hacia el abate, que raspaba un hueso con su cuchillo, dijo:

—Es lo que tengo el honor de decir a Vuestra Gracia: cada lección de escritura o de lectura que este capuchino da a mi hijo la pago con un cubilete de vino y un buen trozo de liebre, conejo, oca e incluso polluela o capón. ¡Es un borracho y un libertino!

—No lo dudéis —respondió el abate.

—Pero, si alguna vez se atreve a poner el pie en esa puerta, lo echaré a escobazos.

—Estará bien hecho —dijo el abate—. Ese capuchino es un asno, y antes enseñaría a vuestro hijo a rebuznar que a hablar. Haríais bien tirando al fuego esa *Vida de santa Margarita*, esa oración para los sabañones y esas historias de fantasmas con las que el frailuco emponzoñaba el alma de vuestro hijo. Al mismo precio al que el hermano Ángel daba sus lecciones, yo daré las mías; enseñaré a este chico el latín y el griego, e incluso el francés, que Voiture y Balzac^[21] han llevado a su perfección. Así, por una suerte doblemente singular y favorable, este Jacquot Tournebroche^[22] llegará a ser un sabio y yo comeré todos los días.

—¡Chocad esos cinco! —dijo mi padre—. Barbe, traed dos cubiletos. Ningún negocio está concluido hasta que las partes han brindado en señal de acuerdo. Beberemos aquí. No quiero volver a poner los pies en toda mi vida en el *Pequeño Baco*, tanta repulsión me inspiran ese cuchillero y ese monje.

El abate se levantó y, poniendo las manos en el respaldo de su silla, dijo en un tono lento y grave:

—Ante todo, doy gracias a Dios, creador y conservador de todas las cosas, por haberme traído a esta casa nutricia. Es el único que nos gobierna, y debemos reconocer su providencia en los asuntos humanos, aunque sea temerario y a veces incongruente seguirla muy de cerca. Porque, siendo universal, se halla en toda clase de encuentros, sublimes seguramente por la influencia que Dios tiene en ellos, pero obscenos o ridículos por la parte en que los hombres intervienen, que es el único lado por el que se nos muestran. Por eso, no hay que pregonar, como hacen los capuchinos y las buenas mujeres, que se ve a Dios en todos los gatos a los que se pega. Alabemos al Señor; roguémosle que me ilumine en las enseñanzas que voy a dar a este muchacho, y, por lo demás, volvamos a someternos a su santa voluntad, sin tratar de

comprenderla en sus detalles.

Después, levantando su cubilete, bebió un gran trago de vino.

—Este vino —dijo— proporciona a la economía del cuerpo humano un calor suave y saludable. Es un licor digno de ser cantado en Teos y en el Temple por los príncipes de los poetas báquicos, Anacreonte y Chaulieu^[23]. Quiero frotar con él los labios de mi joven discípulo.

Me puso el cubilete bajo la barbilla y exclamó:

—Abejas de la Academia, venid, venid a posaros en armoniosos enjambres en la boca, desde ahora consagrada a las Musas, de Jacobus Tournebroche.

—¡Oh, señor abate! —dijo mi madre—, es cierto que el vino atrae a las abejas, sobre todo si es dulce. Pero no hay que desear que esos malditos bichos se posen en los labios de mi Jacquot, porque su picadura es cruel. Un día que estaba mordiendo un melocotón, me picó una abeja en la lengua y sufrí los tormentos del infierno. Sólo me alivió un poco de tierra mezclada con saliva que el hermano Ángel me puso en la boca, recitando la oración de san Cosme.

El abate le hizo saber que hablaba de abejas en sentido alegórico. Y mi padre dijo a mi madre en tono de reproche:

—Barbe, sois una santa y digna mujer, pero muchas veces he notado que tenéis una molesta inclinación a meteros atolondradamente en las conversaciones serias, como un perro en un juego de bolos.

—Puede ser —respondió mi madre—. Pero si hubierais seguido mejor mis consejos, Léonard, mejor os encontraríais. No puedo conocer todas las clases de abejas, pero sé bastante del gobierno de la casa y de la compostura que debe guardar en sus costumbres un hombre de cierta edad, padre de familia y abanderado de su cofradía.

Mi padre se rascó la oreja y sirvió vino al abate, que dijo, suspirando:

—Cierto, en nuestros días el saber no es honrado en el reino de Francia como lo era en el pueblo romano, aunque éste, desprovisto de sus méritos iniciales, en tiempos de la retórica llevó a Eugenio al imperio^[24]. No es raro en nuestro siglo ver a un hombre capacitado en un desván sin fuego ni calor. *Exemplum ut talpa*^[25]. Yo sirvo de ejemplo.

Nos hizo entonces un relato de su vida, que reproduciré aquí tal como salió de su boca, aunque contenía ciertos detalles que la debilidad de mi edad me impidió comprender del todo y, consecuentemente, guardar en mi memoria. He creído poder reconstruirlos gracias a las confidencias que me hizo más tarde, cuando me otorgó el honor de su amistad.

— **T**AL como me veis —dijo—, o mejor dicho, totalmente distinto a como me veis, joven, esbelto, con los ojos vivos y los cabellos negros, yo enseñaba artes liberales en el Colegio de Beauvais, con los señores Dugué, Guérin, Coffin y Baffier^[26]. Había recibido las órdenes sagradas y pensaba hacerme un gran renombre en las letras. Pero una mujer trastocó mis esperanzas. Se llamaba Nicole Pigoreau y tenía una librería, la *Biblia de Oro*, en la plaza, delante del colegio. Yo la frecuentaba, y allí hojeaba sin cesar los libros que ella recibía de Holanda, así como las ediciones bipónticas^[27], ilustradas con notas, glosas y comentarios muy sabios. Yo era amable, y la señora Pigoreau se dio cuenta de ello para mi desgracia. Había sido guapa y todavía sabía gustar. Sus ojos hablaban. Un día, los Cicerón y los Tito Livio, los Platón y los Aristóteles, Tucídides, Polibio y Varrón, Epitecto, Séneca, Boecio y Casiodoro, Homero, Esquilo, Sófocles y Eurípides, Plauto y Terencio, Diodoro de Sicilia y Dionisio de Halicarnaso, san Juan Crisóstomo y san Basilio, san Jerónimo y san Agustín, Erasmo, Saumaise, Turnèbe y Scaligero, santo Tomás de Aquino, san Buenaventura, Bossuet y, a continuación, Ferri, Lenain, Godefroy, Mézeray, Mainbourg, Fabricius, el padre Lelong y el padre Pitou^[28], todos los poetas, todos los oradores, todos los historiadores, todos los Padres de la Iglesia, todos los doctores, todos los teólogos, todos los humanistas, todos los compiladores, reunidos de arriba abajo en las paredes, fueron testigos de nuestros besos.

»—No he podido resistirme a vos —me dijo—. No tengáis mala opinión de mí.

»Expresaba su amor con transportes inconcebibles. Una vez hizo que me probara una gola y manguitos de encaje y, encontrando que me iban de maravilla, me obligó a guardarlos. No quise hacer nada. Pero, como a ella le irritaban mis rechazos, en los que veía una ofensa a su amor, consentí en aceptar lo que me ofrecía, por temor a molestarla.

»Mi buena fortuna duró hasta el momento en que fui reemplazado por un oficial. Concebí por él un violento desprecio y, movido por el ardor de la venganza, hice saber a los regentes del colegio que no iba ya a la *Biblia de Oro* porque temía presenciar espectáculos que podrían ofender la moral de un joven eclesiástico. A decir verdad, no hube de felicitarme por esa artimaña. Porque la señora Pigoreau, al enterarse de cómo me portaba con ella, proclamó que yo le había robado unos manguitos y una gola de encaje. Sus falsas denuncias llegaron a oídos de los regentes, que hicieron registrar mi baúl y encontraron allí los manguitos y la gola, que eran de bastante valor. Me expulsaron, y así conocí, como Hipólito y Belerofonte^[29], la astucia y la maldad de las mujeres. Encontrándome en la calle con mis ropas viejas y mis cuadernos de elocuencia, corría un gran riesgo de morir de hambre cuando, quitándome el alzacuello, me encomendé a un señor hugonote, que me tomó como secretario y me dictó libelos sobre la religión.

—¡Ah! —exclamó mi padre—, eso estuvo mal por vuestra parte, señor abate. Un hombre honrado no debe echar una mano a esas abominaciones. Y por mi parte,

aunque ignorante y de condición artesana, no puedo escuchar la vaca de Colás^[30].

—Tenéis razón, mesonero —repuso el abate—. Ese trance fue el peor de mi vida. Es el que me ha dado más motivos de arrepentimiento. Pero mi hombre era calvinista. Sólo me empleaba para escribir contra los luteranos y los socinianos^[31], a los que no podía soportar, y os aseguro que me obligó a tratar a esos herejes con más dureza que lo hiciera la Sorbona.

—*Amén* —dijo mi padre—. Los corderos pastan en paz mientras los lobos se devoran entre ellos.

El abate prosiguió su relato:

—Por lo demás —dijo—, no permanecí mucho tiempo con ese señor, que hacía más caso a las cartas de Ulrico de Hutten^[32] que a las arengas de Demóstenes, y en cuya casa no se bebía más que agua. Ejercí luego diversos oficios, ninguno de los cuales me llevó a buen término. Fui sucesivamente buhonero, comediante, monje, lacayo. Después, volviendo a ponerme el alzacuello, llegué a ser secretario del obispo de Sééz^[33] y redacté el catálogo de los preciosos manuscritos que contenía su biblioteca. Ese catálogo forma dos volúmenes infolio, que colocó en su galería, encuadernados en tafilete rojo, con sus armas, y canto dorado. Me atrevo a decir que es una buena obra.

»No tenía que haber hecho otra cosa que envejecer en el estudio y la paz junto a monseñor. Pero yo amaba a la camarera de la señora esposa del magistrado. No me censuréis con demasiada severidad. Morena, rolliza, viva, fresca, el mismísimo san Pacomio^[34] la hubiera amado. Un día, tomó la diligencia para ir a París. La seguí. Pero no hice mis gestiones tan bien como ella hizo las suyas. Entré, por su recomendación, al servicio de la señora de Saint-Ernest, bailarina de la ópera, que, conociendo mi talento, me encargó que escribiera a su dictado un libelo contra la señorita Davilliers, de la que tenía ciertas quejas. Fui bastante buen secretario y merecí los cincuenta escudos que me habían sido prometidos. El librito fue impreso en Amsterdam, con un frontispicio alegórico, por Marc-Michel Rey^[35], y la señorita Davilliers recibió el primer ejemplar en el momento en que salía a escena para cantar la gran aria de *Armide*^[36]. La cólera hizo que su voz fuera ronca y temblorosa. Desafinó, y fue silbada. Terminada su actuación, fue corriendo con su maquillaje y su miriñaque a ver al intendente de festejos^[37], que no podía negarle nada. Se arrojó llorando a sus pies y reclamó venganza. Pronto se supo que el ataque provenía de la señora de Saint-Ernest.

»Interrogada, acosada, amenazada, me denunció, y fui encerrado en la Bastilla, donde permanecí cuatro años. Encontré allí algún consuelo leyendo a Boecio^[38] y Casiodoro^[39].

»Conseguí luego un puesto de escribiente público en el cementerio de los Santos Inocentes y presté a las criadas enamoradizas una pluma que mejor hubiera hecho dedicándose a pintar a los hombres ilustres de Roma y a comentar los escritos de los

Padres. Gano dos ochavos por cada carta de amor, y es un oficio del que, más que vivir, muero. Pero no olvido que Epitecto^[40] fue esclavo y Pirrón^[41] jardinero.

»Hace poco, casi de milagro, recibí un escudo por una carta anónima. No había comido en dos días. Así que me puse inmediatamente en busca de una casa de comidas. Vi desde la calle vuestra enseña iluminada y el fuego de vuestra chimenea, que hacía flamear alegremente los vidrios. Me llegó en vuestro umbral un olor delicioso. Entré. Mi querido mesonero, ahora conocéis mi vida.

—Veo que es propia de un buen hombre —dijo mi padre—, y, excepto lo de la vaca de Colás, no hay en ella nada reprochable. ¡Dadme la mano! Somos amigos. ¿Cómo os llamáis?

—Jérôme Coignard, doctor en teología, licenciado en artes.

Lo que hay de maravilloso en los asuntos humanos es el encadenamiento de los efectos y las causas. El señor Jérôme Coignard tenía razón al decir: «Considerando la singular serie de golpes y contragolpes en la que se entrecrocaban nuestros destinos, uno está obligado a reconocer que Dios, en su perfección, no carece de ingenio ni de fantasía, ni de fuerza cómica; que, por el contrario, destaca en los embrollos como en todo lo demás, y que, tras haber inspirado a Moisés, a David y a los profetas, se dignó inspirar al señor Le Sage y a los poetas de la feria^[42], y les dictaría las piezas más divertidas para Arlequín». Así, yo llegué a ser latinista, porque el hermano Ángel fue detenido por los guardias y sometido a reclusión eclesiástica por haber aporreado a un cuchillero bajo el tonel del *Pequeño Baco*. El señor Jérôme Coignard cumplió su promesa. Me dio sus lecciones y, encontrándome dócil e inteligente, se complació en enseñarme las letras antiguas. En pocos años hizo de mí un latinista bastante bueno.

Guardo a su memoria un reconocimiento que sólo terminará con mi vida. Se comprenderá toda la gratitud que le debo cuando haya dicho que no descuidó nada para formar mi corazón y mi alma al mismo tiempo que mi ingenio. Me recitaba las *Máximas* de Epicteto, las *Homilías* de san Basilio y las *Consolaciones* de Boecio. Me exponía, mediante preciosos resúmenes, la filosofía de los estoicos; pero no la hacía aparecer en su sublimidad más que para abatirla desde lo alto por la filosofía cristiana. Era un teólogo sutil y un buen católico. Su fe se mantenía íntegra sobre los despojos de sus más queridas ilusiones y sus más legítimas esperanzas. Sus debilidades, sus errores, sus faltas, que no intentaba disimular ni embellecer, no habían quebrantado su confianza en la bondad divina. Y, para conocerlo mejor, hay que saber que se preocupaba por su salvación eterna en ocasiones en las que, aparentemente, debía ocuparse menos. Me inculcó los principios de una virtud lúcida. Se esforzaba también en acostumbrarme a la virtud y en hacérmela, por así decirlo, doméstica y familiar con ejemplos sacados de la vida de Zenón^[43].

Para instruirme en los peligros del vicio, sacaba sus argumentos de una fuente más cercana, confiándome que, por haber amado en exceso el vino y las mujeres, había perdido el honor de subir a una cátedra colegial, con toga larga y birrete de doctor.

A esos raros méritos unía la constancia y la asiduidad, y daba sus lecciones con una exactitud que nadie hubiera esperado de un hombre entregado, como él, a todos los caprichos de una vida errante y llevado sin cesar por las agitaciones de una fortuna menos doctoral que picaresca. Ese celo era producto de su bondad y también del afecto que sentía por esta buena rue Saint-Jacques, donde hallaba ocasión de satisfacer a la vez los apetitos de su cuerpo y de su espíritu. Después de darme alguna lección provechosa mientras tomaba una comida succulenta, daba una vuelta por el *Pequeño Baco* y por la *Imagen de Santa Catalina*, encontrando así reunidos en un corto espacio de terreno, que era su paraíso, vino fresco y libros.

Se había convertido en visitante asiduo del señor Blaizot, el librero, que lo acogía

cordialmente, aunque hojeaba todos los libros sin comprar ninguno. Era un maravilloso espectáculo ver a mi buen maestro, al fondo de la tienda, con la nariz incrustada en algún librito recién llegado de Holanda y levantando la cabeza para disertar según cada caso, con la misma ciencia abundante y risueña, bien de los planes de monarquía universal atribuidos al difunto rey^[44] o bien de las aventuras galantes de un financiero y una actriz de teatro. El señor Blaizot no se cansaba de escucharlo. Era un viejecito seco y limpio, con levita y calzones pardos y medias de lana gris. Yo lo admiraba mucho y no imaginaba nada más hermoso en el mundo que vender, como él, libros en la *Imagen de Santa Catalina*.

Un recuerdo contribuía a revestir para mí la tienda del señor Blaizot de un encanto misterioso. Fue allí donde, cierto día, siendo yo muy joven, vi por primera vez una mujer desnuda. Aún la veo. Era la Eva de una Biblia con ilustraciones. Tenía un vientre grueso y las piernas un poco cortas, y conversaba con la serpiente en un paisaje holandés. El poseedor de esa imagen me inspiró desde entonces una consideración que persistiría más adelante, cuando adquirí, gracias al señor Coignard, el gusto por los libros.

A los dieciséis años yo sabía bastante latín y un poco de griego. Mi buen maestro le dijo a mi padre:

—¿No pensáis, hospedero mío, que es indecente dejar a un joven ciceroniano vestido con ropa de marmitón?

—Ni lo había pensado —respondió mi padre.

—Es cierto —dijo mi madre— que convendría poner a nuestro hijo una levita de fustán^[45]. Tiene una presencia agradable, buenos modales y está bien instruido. Hará honor a sus ropas.

Mi padre permaneció un momento pensativo; luego, preguntó si sería decoroso que un asador llevara una levita de fustán. Pero el abate Coignard le hizo darse cuenta de que, amamantado por las Musas, yo no llegaría nunca a ser asador y que estaban cerca los tiempos en que yo llevaría alzacuello.

Mi padre suspiró, pensando que yo no sería, después de él, abanderado de la cofradía de los asadores parisienses. Y mi madre se puso toda resplandeciente de alegría y de orgullo con la idea de que su hijo sería eclesiástico.

El primer efecto de mi levita de fustán fue darme seguridad y animarme a formar de las mujeres una idea más completa que la que me había dado antaño la Eva del señor Blaizot. Para ello, pensaba razonablemente en Jeannette, la tañedora de viela, y en Catherine, la encajera, a la que veía pasar veinte veces al día por delante del asador, mostrando cuando llovía unos finos tobillos y unos pequeños pies cuya punta brincaba de un adoquín a otro. Jeannette era menos bonita que Catherine. También era menos joven y menos recatada en sus costumbres. Venía de Saboya y llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo de cuadros que le ocultaba los cabellos. Pero tenía el mérito de no andarse con melindres y comprender lo que se quería de ella antes de que uno hablara. Esa forma de ser era extremadamente conveniente para mi timidez.

Una noche, bajo el pórtico de Saint-Benoît-le-Bétourné, que está provisto de bancos de piedra, me enseñó lo que yo aún no sabía y que ella sabía desde hacía mucho tiempo. Pero no fui con ella tan agradecido como hubiera debido serlo, y sólo pensaba en llevar a otras más guapas la ciencia que ella me había inculcado. Debo decir, para excusar mi ingratitud, que Jeannete, la vielera, no concedía a esas lecciones más valor del que yo mismo les daba y que ella las prodigaba a todos los granujillas del barrio.

Catherine era más reservada en sus maneras; me daba mucho miedo, y no me atrevía a decirle lo guapa que la encontraba. Lo que aumentaba mi embarazo era que se burlaba de mí sin cesar y no perdía ocasión de provocarme. Se mofaba de que yo no tuviera pelo en la barbilla. Esto hacía que me sonrojara, y hubiera querido estar bajo tierra. Adoptaba, al verla, un aire triste y sombrío. Fingía despreciarla. Pero era demasiado bonita para que ese desprecio fuera verdadero.

AQUELLA noche, noche de Epifanía y decimonoveno aniversario de mi nacimiento, mientras el cielo vertía con la nieve fundida un humor frío que penetraba hasta los huesos y el viento glacial hacía chirriar la enseña de la *Reina Pie de Oca*, un fuego vivo, perfumado con grasa de oca, brillaba en el asador y la sopera humeaba sobre el mantel blanco, alrededor del cual el señor Jérôme Coignard, mi padre y yo estábamos sentados. Mi madre, según su costumbre, se mantenía en pie detrás del amo de la casa, dispuesta a servirle. Éste había llenado ya la escudilla del abate cuando, abriéndose la puerta, vimos al hermano Ángel, muy pálido, la nariz roja y la barba chorreante. Mi padre, sorprendido, levantó el cucharón hasta las vigas ahumadas del techo.

La sorpresa de mi padre se explicaba fácilmente. El hermano Ángel, que, por primera vez, había desaparecido durante seis meses tras la paliza al cuchillero cojo, esta vez había permanecido dos años enteros sin dar noticia. Al llegar la primavera, se había ido con un asno cargado de reliquias, y lo peor es que se había llevado a Catherine vestida de monja^[46]. No se sabía qué había sido de ellos, pero en el *Pequeño Baco* había corrido la voz de que el hermanito y la hermanita habían tenido problemas con la justicia entre Tours y Orleans. Sin contar con que el vicario de Saint-Benoît clamaba como un demonio que aquel sinvergüenza de capuchino le había robado su asno.

—¡Cómo! —gritó mi padre—. Este bribón, ¿no está en una mazmorra? No hay justicia en el reino.

Pero el hermano Ángel decía el *Benedicite*^[47] y hacía la señal de la cruz sobre la sopera.

—¡Vaya! —continuó mi padre—. ¡Ya está bien de gestos, bonito monje! Confesad que estuvisteis en una cárcel de la iglesia por lo menos uno de los dos años en los que no se vio por esta parroquia vuestra cara de Belcebú. La rue Saint-Jacques era más honesta y el barrio más respetable. Mirad al bello Olibrius^[48], que se lleva al huerto el burro ajeno y la moza de todo el mundo.

—¿Tal vez —respondió el hermano Ángel con los ojos bajos y las manos en las mangas—, tal vez, maestro Léonard, queréis hablar de Catherine, a la que tuve la dicha de convertir y llevar a una vida mejor, tanto y tan bien que deseó ardientemente seguirme con las reliquias que yo llevaba y hacer conmigo hermosos peregrinajes, sobre todo a la Virgen Negra de Chartres?^[49] Acepté a condición de que vistiera un hábito eclesiástico. Lo que hizo sin rechistar.

—¡Callaos! —respondió mi padre—. Sois un libertino. No tenéis respeto alguno a vuestro hábito. Volved al lugar de donde venís y, si os place, id a ver en la calle si la Reina Pie de Oca tiene sabañones.

Pero mi madre hizo una señal al fraile para que se sentara bajo la campana de la chimenea, lo que él hizo tranquilamente.

—Hay que perdonar mucho a los capuchinos —dijo el abate—, porque pecan sin malicia.

Mi padre rogó al señor Coignard que no hablara más de esa gente, cuyo solo nombre le calentaba las orejas.

—Maestro Léonard —dijo el abate—, la filosofía induce al alma a la clemencia. Por mi parte, absuelvo de buena gana a los tunantes, a los pillos y a todos los miserables. E incluso no siento rencor alguno contra la gente de bien, aunque haya cierta insolencia en su actitud. Y si vos, maestro Léonard, hubierais frecuentado como yo a las personas respetables, sabríais que no valen más que las otras y que son de un trato frecuentemente menos agradable. Estuve sentado en la tercera mesa del señor obispo de Sééz, y dos servidores vestidos de negro permanecían a mi lado: el Aburrimiento y el Tedio.

—Hay que reconocer —dijo mi madre— que los criados de monseñor tenían nombres fastidiosos. ¡Podían haberse llamado Champagne, Oliva o Frontín^[50], como es la costumbre!

El abate repuso:

—Es verdad que ciertas personas se adaptan fácilmente a las incomodidades que se padecen viviendo entre los poderosos. En la segunda mesa del señor obispo de Sééz había un canónigo muy educado que mantuvo hasta sus últimos momentos un tono ceremonioso. Al enterarse de que estaba muy enfermo, monseñor fue a verlo a su cuarto y lo encontró en las últimas. «Ay —dijo el canónigo—, pido perdón a Vuestra Excelencia por verme obligado a morir delante de vos». Y monseñor respondió bondadosamente: «¡Hacedlo, hacedlo! No os preocupéis».

En ese momento, mi madre trajo el asado y lo puso sobre la mesa con un gesto de gravedad doméstica que emocionó a mi padre, pues exclamó bruscamente y con la boca llena:

—Barbe, sois una santa y digna mujer.

—La señora —dijo mi buen maestro— es efectivamente comparable a las mujeres fuertes de la Escritura. Es una esposa como Dios manda.

—¡Gracias a Dios! —dijo mi madre—. Nunca he traicionado la fidelidad que juré a Léonard Ménétrier, mi marido, y tengo por seguro, ahora que se ha hecho lo más difícil, que no faltaré a ese juramento hasta la hora de mi muerte. Quisiera que me guardara su fidelidad como yo le guardo la mía.

—Señora, vi desde el primer golpe de vista que erais una mujer honesta —replicó el abate—, pues sentí junto a vos un sosiego que parecía más propio del cielo que de la tierra.

Mi madre, que era simple pero no tonta, comprendió muy bien lo que quería decir y le respondió que, si la hubiera conocido veinte años antes, habría encontrado a otra muy distinta de lo que había llegado a ser en este asador, donde su buen aspecto se había ido con el fuego de los espetones y el humo de las escudillas. Y, como estaba un poco picada, contó que el panadero de Auneau^[51] la encontraba lo bastante atractiva como para obsequiarla con pasteles siempre que ella pasaba ante su tahona. Y añadió con viveza que, por otra parte, no hay muchacha o mujer tan fea que no

pueda hacer daño cuando se le antoja.

—Esta buena mujer tiene razón —dijo mi padre—. Recuerdo que, cuando era aprendiz en el asador de la *Oca Real*, cerca de la puerta de Saint-Denis, mi patrón, que era en aquel tiempo abanderado de la cofradía, como yo lo soy ahora, me dijo: «Yo nunca seré cornudo, pues mi mujer es demasiado fea». Estas palabras me dieron la idea de hacer lo que él creía imposible. Lo conseguí, al primer intento, una mañana que él había ido al Valle^[52]. Era cierto: su mujer era muy fea; pero tenía ingenio y era agradecida.

Al oír esta anécdota, mi madre se molestó de verdad, diciendo que ésas eran palabras que un padre de familia no debía pronunciar ante su mujer y su hijo, si quería conservar su estima.

El señor Jérôme Coignard, viéndola toda roja de cólera, cambió de conversación con habilidosa benevolencia. Interpelando de forma súbita al hermano Ángel, que, con las manos en las mangas, permanecía humildemente en un rincón del hogar, le dijo:

—Hermanito, ¿qué reliquias llevabais en el asno del segundo vicario, en compañía de sor Catherine? ¿No serían vuestros calzones, que daríais a besar a las devotas siguiendo el ejemplo de cierto cordelero cuyas aventuras contó Henry Estienne?^[53]

—¡Ah, señor abate! —respondió el hermano Ángel con la expresión de un mártir que sufre por sostener la verdad—, no eran mis calzones, sino un pie de san Eustaquio.

—Lo habría jurado, si no fuese pecado —exclamó el abate, agitando un muslo de ave—. Estos capuchinos os sacan a relucir santos que los buenos autores que han tratado de la historia eclesiástica ignoran. Ni Tillemon^[54] ni Fleury^[55] hablan de ese san Eustaquio a quien se ha dedicado sin motivo una iglesia de París cuando hay tantos santos reconocidos por escritores dignos de fe que aún esperan tal honor. La vida de ese Eustaquio es un tejido de fábulas ridículas^[56]. Lo mismo que la vida de santa Catalina, que sólo ha existido en la imaginación de algún maldito monje bizantino. Sin embargo, no quiero atacarla demasiado, porque es la patrona de los escritores y sirve de enseña a la tienda del bueno del señor Blaizot, que es el lugar más deleitoso del mundo.

—Tenía también —continuó tranquilamente el frailecillo— una costilla de santa María Egipcíaca.

—¡Ah, ah! —exclamó el abate, arrojando el hueso del muslo por la ventana—. A ésa la tengo por muy santa, pues dio en su vida un hermoso ejemplo de humildad. Sabed, señora —añadió, tirando a mi madre de la manga—, que santa María Egipcíaca, yendo en peregrinaje a la tumba de Nuestro Señor, se vio detenida por un río profundo y, no teniendo dinero para pasar en barca, entregó su cuerpo como pago a los barqueros^[57]. ¿Qué decís, mi buena señora?

Mi madre preguntó primero si la historia era realmente verdadera. Cuando se le

dio la seguridad de que estaba impresa en los libros y pintada en una ventana de la iglesia de la Jussiene^[58], la tuvo por cierta.

—Pienso —dijo— que hay que ser tan santa como ella para hacer lo mismo sin pecar. Yo no me arriesgaría a tanto.

—En cuanto a mí —dijo el abate—, de acuerdo con los doctores más sutiles, apruebo la conducta de esta santa. Es una lección para todas las mujeres honestas que se obstinan con excesiva soberbia en su altanera virtud. Hay cierta sensualidad, si bien se piensa, en dar demasiado valor a la carne y guardar con un cuidado excesivo lo que se debe despreciar. Se ven matronas que creen tener en sí mismas un tesoro digno de ser guardado y que exageran visiblemente el interés que Dios y los ángeles sienten por su persona. Se creen una especie de Santo Sacramento por naturaleza. Santa María la Egipcíaca lo juzgaba mejor. Aunque hermosa y hecha para seducir, consideró que habría demasiada soberbia si se detenía en su santo peregrinaje por algo indiferente en sí mismo y que sólo es un lugar del cuerpo que ha de mortificarse, y no una joya preciosa. Ello lo mortificó, señora, y de ese modo, gracias a una admirable humildad, entró en el camino de la penitencia, donde llevó a cabo tareas maravillosas.

—Señor abate —dijo mi madre—, no os entiendo en absoluto. Sois demasiado sabio para mí.

—Esta gran santa —dijo el hermano Ángel— está pintada al natural en la capilla de mi convento, y todo su cuerpo está cubierto, gracias a Dios, de pelos largos y espesos. Se han hecho estampas, y yo os traeré una bendecida, mi buena señora.

Mi madre, enternecida, le pasó la sopera por encima de la espalda de su marido. Y el buen hermano, sentado sobre la ceniza, remojó silenciosamente sus barbas en el aromático caldo.

—Éste es el momento —dijo mi padre— de descorchar una de esas botellas que tengo reservadas para las grandes fiestas, que son la Navidad, los Reyes y san Lorenzo. Nada es más agradable que beber buen vino cuando uno está tranquilo en su casa y a salvo de gentes inoportunas.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando se abrió la puerta y un hombre alto y vestido de negro entró de repente en el asador con una ráfaga de nieve y de viento.

—¡Una Salamandra! ¡Una Salamandra! —gritaba.

Y, sin fijarse en nadie, se inclinó sobre el hogar y removió los tizones con el extremo de su bastón, lo que causó gran molestia al hermano Ángel, que, tragando cenizas y carbones con su sopa, tosía como si fuera a morir. Y el hombre de negro seguía removiendo el fuego y gritando: «¡Una Salamandra!... Veo una Salamandra...», mientras que las agitadas llamas hacían temblar en el techo su sombra con forma de gran ave de presa.

Mi padre estaba sorprendido y disgustado por los modales de este visitante. Pero sabía contenerse. Así pues, se levantó con su servilleta bajo el brazo y, acercándose a

la chimenea, se inclinó hacia el hogar con los puños en los muslos. Cuando hubo examinado suficientemente su fogón revuelto y al hermano Ángel cubierto de ceniza, dijo:

—Que Vuestra Señoría me excuse; yo sólo veo aquí un maldito monje y ninguna salamandra. Por lo demás, no lo lamento —añadió mi padre—, pues, por lo que he oído decir, es un animal feo, peludo y cornudo, con grandes garras.

—¡Qué error! —respondió el hombre enlutado—. Las Salamandras se parecen a las mujeres, o, mejor dicho, a las Ninfas, y son perfectamente bellas. Pero soy muy ingenuo al preguntaros si veis a ésta. Hay que ser filósofo para ver una Salamandra, y no creo que haya filósofos en esta cocina.

—Podríais equivocaros, señor —dijo el abate Coignard—. Yo soy doctor en teología y maestro en artes; he estudiado bastante a los moralistas griegos y latinos, cuyas máximas han fortalecido mi alma en las vicisitudes de mi vida, y he aplicado particularmente a Boecio como lenitivo de los males de la existencia. Y he aquí, junto a mí, a Jacobus Tournebroche, mi alumno, que sabe de memoria las sentencias de Publio Siro^[59].

El desconocido volvió hacia el abate unos ojos amarillos que brillaban de forma extraña sobre una nariz como un pico de águila, y se disculpó, con más cortesía de la que cabía esperar de su semblante huraño, por no haber reconocido en seguida a una persona de mérito.

—Es extremadamente probable —añadió— que esta Salamandra haya venido por vos o por vuestro alumno. La vi muy claramente desde la calle al pasar ante este asador. Sería más visible si el fuego fuera más vivo. Por eso es necesario remover los tizones cuando se cree que una Salamandra está en la chimenea.

Al primer movimiento que hizo el desconocido para remover de nuevo las cenizas, el hermano Ángel, inquieto, cubrió la sopera con el faldón de su hábito y cerró los ojos.

—Señor —prosiguió el hombre de la Salamandra—, permitid que vuestro joven alumno se acerque al hogar y diga si no ve algo parecido a una mujer encima de las llamas.

En ese momento, el humo que subía por la campana de la chimenea se curvaba con una gracia especial y formaba redondeces que podían simular espaldas arqueadas, a condición de que uno tuviera el espíritu en tensión. Así pues, no mentí por completo diciendo que tal vez veía algo.

Apenas había dado esta respuesta cuando el desconocido, levantando su descomunal brazo derecho, golpeó con el puño mi hombro tan fuertemente que creí que me había roto la clavícula.

—Hijo mío —me dijo en seguida con una voz muy suave, mirándome con aire de benevolencia—, he tenido que causaros esta fuerte impresión para que no olvidéis jamás que habéis visto una Salamandra^[60]. Es señal de que estáis destinado a ser un sabio y, tal vez, un mago. También vuestro rostro me hace tener augurios favorables

sobre vuestra inteligencia.

—Señor —dijo mi madre—, aprende todo lo que quiere, y será abate, si a Dios le place.

El señor Jérôme Coignard añadió que yo había sacado algún provecho de sus lecciones, y mi padre preguntó al desconocido si su Señoría no deseaba tomar algún bocado.

—No tengo ninguna necesidad —dijo el hombre—. Me es fácil pasar más de un año sin tomar alimento alguno, salvo cierto elixir cuya composición sólo es conocida por los filósofos. Esa facultad no es exclusivamente mía; es común a todos los sabios, y se sabe que el ilustre Cardan^[61] se abstuvo de todo alimento durante varios años sin ponerse enfermo. Por el contrario, su ingenio adquirió durante ese tiempo una singular viveza. No obstante —añadió el filósofo—, comeré lo que me ofrezcáis con el único fin de complaceros. Y se sentó sin ceremonias a nuestra mesa. En ese mismo momento, el hermano Ángel colocó sin hacer ruido un taburete entre mi silla y la de mi maestro y se coló a tiempo para recibir su parte de pastel de perdiz que mi madre acababa de servir.

El filósofo echó su capa sobre el respaldo de su silla, y vimos que en su traje tenía botones con diamantes. Permanecía ensimismado. La sombra de su nariz caía sobre su boca, y sus huecas mejillas se incrustaban en sus mandíbulas. Su humor sombrío dominaba la reunión. Hasta mi buen maestro bebía en silencio. No se oía más que el ruido que hacía el hermanito masticando su pastel.

De repente, el filósofo dijo:

—Cuanto más lo pienso más persuadido estoy de que esta Salamandra ha venido por este muchacho.

Y me señaló con la punta de su cuchillo.

—Señor —le dije—, si las Salamandras son verdaderamente tal como decís, es grande el honor que me hace, y me siento muy obligado con ella. Pero, a decir verdad, más he adivinado que visto, y este primer encuentro ha despertado mi curiosidad sin satisfacerla.

Por no haber podido hablar a su gusto, mi maestro se ahogaba.

—Señor —le dijo de sopetón al filósofo con un chorro de voz—, tengo cincuenta y un años, soy licenciado en artes y doctor en teología, he leído todos los autores griegos y latinos que no han perecido por la injuria del tiempo o la malicia del hombre, y no he visto ni por asomo una Salamandra, por lo que deduzco razonablemente que no existen.

—Perdonadme —dijo el hermano Ángel, medio ahogado por la perdiz y por el espanto—. Perdonadme. Desgraciadamente existen las Salamandras, y un padre jesuita cuyo nombre he olvidado ha escrito sobre sus apariciones. Yo mismo he visto, en un lugar llamado Saint-Claude, en casa de unos aldeanos, una Salamandra en una chimenea, muy cerca de la olla. Tenía cabeza de gato, cuerpo de sapo y cola de pez. Eché un jarro de agua bendita sobre aquel bicho, y se desvaneció en el aire con un

ruido espantoso, como de freidura, y en medio de una humareda muy acre que estuvo a punto de abrasarme los ojos. Y lo que digo es lan cierto que, durante ocho días por lo menos, mi barba olió a chamusquina, lo que demuestra mejor que todo lo demás la naturaleza maligna de este animal.

—Os burláis de nosotros, hermanito —dijo el abate—. Vuestro sapo con cabeza de gato no es más auténtico que la Ninfa de este señor. Y, además, es una invención repugnante.

El filósofo se echó a reír:

—El hermano Ángel —dijo— no ha podido ver la Salamandra de los sabios. Cuando las Ninfas del fuego encuentran algún capuchino, le dan la espalda.

—¡Oh, oh! —dijo mi padre, riendo con fuerza—, una espalda de Ninfa es incluso demasiado buena para un capuchino.

Y, como estaba de buen humor, envió al hermanito una gruesa tajada de pastel.

Mi madre puso el asado en medio de la mesa y se anticipó a preguntar si las Salamandras eran buenas cristianas, de lo que tenía dudas, pues nunca había oído decir que los seres que habitaban en el fuego alabaran al Señor.

—Señora —respondió el abate—, diversos teólogos de la Compañía de Jesús han reconocido la existencia de multitud de íncubos y súcubos^[62], que no son propiamente demonios, puesto que no son derrotados por una aspersion de agua bendita, y que no pertenecen a la Iglesia triunfante, pues unos espíritus gloriosos no hubieran intentado, como se vio en Perugia, seducir a la mujer de un panadero^[63]. Pero, si queréis oír mi opinión, todo eso proviene más de las sucias fantasías de un santurrón que de los puntos de vista de un doctor. Hay que odiar esos diablismos ridículos y deplorar que los hijos de la Iglesia, nacidos en la luz, se hagan del mundo y de Dios una idea menos sublime que las que forjaron un Platón o un Cicerón en las tinieblas del paganismo. Dios, me atrevo a decirlo, está menos ausente del *Sueño de Escipión*^[64] que de esos oscuros tratados de demonología cuyos autores se dicen cristianos y católicos.

—Señor abate, tenga cuidado —dijo el filósofo—. Vuestro Cicerón hablaba con abundancia y facilidad, pero tenía una inteligencia mediocre y no estaba muy adelantado en ciencias sagradas. ¿Habéis oído hablar de Hermes Trismegisto y de la Tabla de Esmeralda?^[65]

—Señor —dijo el abate—, encontré un viejo manuscrito de la Tabla de Esmeralda en la biblioteca del señor obispo de Sééz, y habría conseguido descifrarla un día u otro si la camarera de la esposa del señor magistrado, que se fue a París a buscar fortuna, no me hubiera hecho subir a la diligencia con ella. No hubo ahí nada de brujería, señor filósofo; sólo obedecí a encantos naturales:

*Non facit hoc verbis; facie tenerisque lacertis
Devovet et flavis nostra puella comis*^[66].

—Es una nueva prueba —dijo el filósofo— de que las mujeres son grandes enemigas de la ciencia. Por eso el sabio debe abstenerse de toda relación con ellas.

—¿Incluso en legítimo matrimonio? —preguntó mi padre.

—Sobre todo en legítimo matrimonio —respondió el filósofo.

—¡Ay! —siguió preguntando mi padre—, ¿qué les queda entonces a vuestros pobres sabios cuando tienen ganas de divertirse un poco?

El filósofo dijo:

—Les quedan las Salamandras.

Al oír estas palabras, el hermano Ángel levantó sobre su plato una nariz espantada:

—No habléis así, mi buen señor —murmuró—. ¡En nombre de todos los santos de mi orden, no habléis así! Y no perdáis de vista que la Salamandra no es más que el diablo, quien reviste, como se sabe, las más diversas formas, tanto agradables, cuando consigue disimular su fealdad natural, como repelentes, si deja ver su verdadera constitución.

—Tened cuidado por vuestra parte, hermano Ángel —respondió el filósofo—; y puesto que teméis al diablo, no lo disgustéis demasiado y no lo excitéis contra vos con palabras desconsideradas. Habréis de saber que el viejo Adversario, el gran Contradictor posee, en el mundo espiritual, tal potencia que el mismo Dios cuenta con él. Yo diría más: Dios, que le temía, hizo de él su hombre de negocios. No os fiéis, hermanito; ambos se entienden.

Escuchando este discurso, el pobre capuchino creyó oír y ver al diablo en persona, a quien el desconocido se parecía especialmente por sus ojos de fuego, su nariz ganchuda, su tez negruzca y toda su alta y flaca persona. Su alma, ya asombrada, acabó hundiéndose en un santo terror. Sintiendo sobre sí la garra del Maligno, se puso a temblar con todos sus miembros, deslizó en su bolsillo las mejores tajadas que pudo recoger, se levantó muy despacio y llegó hasta la puerta andando hacia atrás y farfullando exorcismos.

El filósofo no prestó atención. Sacó de su bolsillo un librito con tapas de pergamino acartonado, que tendió, abierto, a mi maestro y a mí. Era un antiguo texto griego, lleno de abreviaturas y signos, que me hizo al principio el efecto de un grimorio. Pero el señor abate Coignard, después de calarse las antiparras y poner el libro a la distancia adecuada, comenzó a leer sin dificultad aquellos caracteres, más parecidos a ovillos de hilo medio devanados por un gato que a las sencillas y tranquilas letras de mi *san Juan Crisóstomo* donde yo aprendía la lengua de Platón y del Evangelio. Cuando hubo terminado su lectura, dijo:

—Señor, este pasaje se entiende de este modo: «Los que son instruidos entre los egipcios aprenden ante todo las letras llamadas epistolográficas, en segundo lugar la escritura hierática, de la que se sirven los hierogramáticos, y en fin la jeroglífica».

Luego, quitándose las antiparras y sacudiéndolas con aire triunfal, añadió:

—¡Ah, señor filósofo!, no me pilláis *in albis*^[67]. Esto está sacado del quinto libro

de los *Stromates*, cuyo autor, Clemente de Alejandría^[68], no está inscrito en el martirologio por diversas razones que Su Santidad Benedicto XI^[69] ha deducido sabiamente, y la principal de ellas es que dicho padre se equivocó con frecuencia en materias de fe. Esta exclusión no debería afectar gran cosa a su sensibilidad, si se considera el rechazo filosófico que, durante toda su vida, le inspiró el martirio. Prefería el exilio y se cuidaba de ahorrarse un crimen a sus perseguidores, pues era un hombre muy honrado. Escribía con elegancia; su genio era vivo, sus costumbres eran puras e incluso austeras. Tenía una afición excesiva a las alegorías y a la lechuga.

El filósofo extendió el brazo, que, alargándose de una manera prodigiosa —al menos, así me lo pareció—, cruzó por encima de toda la mesa para recoger el libro de manos de mi sabio maestro.

—Es suficiente —dijo, volviendo a guardar los *Stromates* en su bolsillo—. Veo, señor abate, que comprendéis el griego. Habéis traducido bastante bien este pasaje, al menos en un sentido vulgar y literal. Quiero hacer vuestra fortuna y la de vuestro discípulo. Os emplearé a los dos para que traduzcáis en mi casa unos textos griegos que me han enviado desde Egipto.

Y, volviéndose hacia mi padre:

—Supongo, señor asador, que consentiréis en confiarme a vuestro hijo para que haga de él un sabio y un hombre de bien. Si a vuestro amor paternal le resulta demasiado costoso cedérmelo por completo, mantendré a mis expensas un marmitón para reemplazarlo en vuestro asador.

—Si vuestra Señoría lo considera así —respondió mi padre—, no impediré que favorezca a mi hijo.

—A condición —dijo mi madre— de que no sea a costa de su alma. Debéis jurarme, señor, que sois buen cristiano.

—Barbe —le dijo mi padre—, sois una santa y digna mujer, pero me obligáis a presentar excusas a este señor por vuestra descortesía, que en realidad proviene menos de vuestro carácter, que es bueno, que de vuestra descuidada educación.

—Dejad hablar a esta buena mujer —dijo el filósofo—, y que se tranquilice; yo soy un hombre muy religioso.

—¡Eso está bien! —dijo mi madre. Hay que adorar el santo nombre de Dios.

—Yo adoro todos sus nombres, mi buena dama, pues tiene varios. Se llama Adonay, Tetragrámaton, Theos, Athanatos, Isquiros... Tiene además otros muchos nombres.

—No sabía nada de eso —dijo mi madre—. Pero lo que decís, señor, no me sorprende; pues he observado que las personas de elevada condición tienen muchos más nombres que las gentes vulgares. Yo he nacido en Auneau^[70], cerca de la ciudad de Chartres, y era muy pequeña cuando el señor del pueblo pasó de este mundo al otro; pero recuerdo muy bien que, cuando el heraldo pregonó el fallecimiento del difunto señor, le dio tantos nombres, o casi tantos, como los que se encuentran en las letanías de los santos. Creo naturalmente que Dios tiene más nombres que el señor de

Auneau, porque es de condición aún más alta. Las personas instruidas tienen la suerte de saberlos todos. Y, si hacéis que mi hijo Jacques progrese en ese conocimiento, os estaré, señor, muy agradecida.

—Éste es, pues, un asunto resuelto —dijo el filósofo—. Y a vos, señor abate, no os desagradará seguramente traducir del griego; mediante salario, se entiende.

Mi buen maestro, que desde hacía algunos momentos ponía en orden las pocas ocurrencias de su cerebro que no estaban ya desesperadamente mezcladas con los vapores del vino, llenó su cubilete, se levantó y dijo:

—Señor filósofo, acepto de todo corazón vuestras generosas ofertas. Sois un magnífico mortal; me honro, señor, en estar a vuestra disposición. Hay dos muebles que tengo en alta estima: la cama y la mesa. La mesa, que, llena a veces de doctos libros y de platos succulentos, sirve de soporte al alimento del cuerpo y del espíritu; la cama, tan propicia al suave reposo como al cruel amor. Fue seguramente un ser divino quien dio a los hijos de Deucalión^[71] la cama y la mesa. Si encuentro en vuestra casa, señor, esos dos muebles preciosos, repetiré vuestro nombre, como el de mi bienhechor, con alabanzas inmortales y os celebraré en versos griegos y latinos de metros diversos.

Dijo esto y bebió un gran trago de vino.

—Eso está bien —repuso el filósofo—. Os espero a ambos mañana por la mañana en mi casa. Seguiréis el camino de Saint-Germain hasta la Cruz de los Arenales^[72]. A partir del pie de esa cruz contaréis cien pasos yendo hacia el occidente y encontraréis una pequeña puerta verde en un muro de jardín. Os serviréis de la aldaba, que tiene forma de figura embozada con un dedo en la boca. Al anciano que os abra esa puerta le preguntaréis por el señor de Astarac.

—Hijo mío —dijo mi buen maestro, tirándome de la manga—, ordenad todo eso en vuestra memoria, poned ahí la cruz, la aldaba y todo lo demás, a fin de que podamos encontrar mañana esa dichosa puerta. Y vos, señor mecenas...

Pero el filósofo ya se había marchado sin que nadie le hubiera visto salir.

AL día siguiente, temprano, mi maestro y yo echamos a andar por el camino de Saint-Germain. La nieve que cubría la tierra, bajo la luz rojiza del cielo, hacía que el aire fuese mudo y sordo. El camino estaba desierto. Avanzábamos por anchos surcos de rodadas, entre muros de huertas, frágiles empalizadas y casas bajas cuyas ventanas nos miraban con ojos recelosos. Luego, habiendo dejado atrás dos o tres chozas de tierra y de paja medio derrumbadas, vimos, en medio de una desolada planicie, la Cruz de los Arenales. Cincuenta pasos más allá comenzaba un parque muy extenso, cerrado por un muro en ruinas. En ese muro se abría una pequeña puerta verde cuya aldaba representaba una figura horrible con un dedo sobre la boca. La reconocimos fácilmente como la que el filósofo nos había descrito, y llamamos con la aldaba.

Después de un buen rato vino a abrirnos un viejo criado y nos hizo una señal para que lo siguiéramos a través de un parque abandonado. Estatuas de Ninfas que habían conocido la juventud del difunto rey escondían bajo la hiedra su tristeza y sus heridas. Al final de la vereda, cuyos baches estaban recubiertos de nieve, se elevaba un palacio de piedra y ladrillo tan sombrío como el de Madrid^[73], su vecino, que, coronado en toda su anchura por un elevado techo de pizarra, parecía el castillo de la Bella Durmiente del Bosque.

Mientras seguíamos los pasos del silencioso criado, el abate me dijo al oído:

—Os confieso, hijo mío, que esta morada no alegra la vista. Da testimonio de la rudeza con que las costumbres de los franceses estaban aún endurecidas en tiempos del rey Enrique IV, y lleva el alma a la tristeza e incluso a la melancolía por el estado de abandono en el que desgraciadamente ha quedado. Sin duda nos sería más grato vagar por los cerros encantadores de Tusculum con la esperanza de oír a Cicerón disertando sobre la virtud bajo los pinos y terebintos de su villa^[74], tan apreciada por los filósofos. ¿Y no habéis observado, hijo mío, que en este camino no hay taberna ni hostería de ninguna clase y que, para beber vino fresco, sería necesario cruzar el puente y subir la cuesta hasta la encrucijada de las Pastoras?^[75] En ese lugar hay efectivamente un albergue, el del *Caballo Rojo*, donde recuerdo que un día la señora de Saint-Ernest me llevó a cenar con su mono y su amante. No podéis concebir, Tournebroche, hasta qué punto es allí fina la comida. El *Caballo Rojo* es tan famoso por los almuerzos que allí se sirven como por la abundancia de caballos y carruajes de posta que allí se alquilan. Me di cuenta por mí mismo persiguiendo en la caballeriza a cierta criada que me parecía bonita. Pero no lo era; la hubiera juzgado mejor llamándole lea. Yo la hermo세aba con el fuego de mis deseos, hijo mío. Tal es la condición de los hombres entregados a sí mismos: se equivocan lamentablemente. Somos engañados por vanas imágenes; perseguimos sueños y abrazamos sombras; sólo en Dios están la verdad y la estabilidad.

Sin embargo, subimos, siguiendo al viejo criado, los escalones desportillados de la escalinata.

—¡Ay! —me dijo el abate al oído—, comienzo a echar de menos el asador de

vuestro señor padre, donde comíamos buenos manjares explicando a Quintiliano.

Después de haber subido al primer tramo de una ancha escalera de piedra, fuimos introducidos en un salón, donde el señor de Astarac estaba ocupado escribiendo junto a un gran fuego, en medio de féretros egipcios con forma humana que apoyaban en las paredes sus superficies adornadas con figuras sagradas y sus rostros de oro con grandes ojos relucientes.

El señor de Astarac nos invitó amablemente a sentarnos y dijo:

—Señores, os esperaba. Y puesto que ambos accedéis a otorgarme el favor de ponerlos a mi disposición, os ruego que consideréis esta casa como vuestra. Estaréis ocupados en traducir textos griegos que he hecho traer de Egipto. No dudo de que pondréis todo vuestro celo en cumplir ese trabajo cuando sepáis que se refiere a la obra que he emprendido y que es recuperar la ciencia perdida por la cual el hombre recobrará su primitivo poder sobre los elementos. Aunque ahora no tengo el propósito de levantar ante vuestros ojos los velos de la naturaleza y mostraros a Isis en su resplandeciente desnudez, os confiaré el objeto de mis estudios, sin temor a que traicionéis el misterio, pues confío en vuestra probidad y, también, en el poder que tengo de adivinar y prevenir todo lo que pudiera intentarse contra mí, y de disponer, para mi venganza, de fuerzas secretas y terribles. A falta de una fidelidad de la que no dudo en absoluto, mi potencia, señores, me asegura vuestro silencio, y no arriesgo nada descubriéndome a vosotros. Sabed, pues, que el hombre salió de las manos de Jehová con la ciencia perfecta y que la perdió después. En su nacimiento era muy poderoso y muy sabio. Eso es lo que se ve en los libros de Moisés. Pero es necesario comprenderlos. En primer lugar, está claro que Jehová no es Dios, sino un gran Demonio, puesto que ha creado este mundo. La idea de un Dios a la vez perfecto y creador no es más que un ensueño gótico de una barbarie digna de un helvético o un sajón. No puede admitirse, por poco que uno tenga el espíritu cultivado, que un ser perfecto añada algo, sea lo que fuere, a su perfección, aunque sea una avellana. Esto cae por su propio peso. Dios no tiene entendimiento. Porque, siendo infinito, ¿qué podría entender? Tampoco crea, pues ignora el tiempo y el espacio, condiciones necesarias a toda construcción. Moisés era un filósofo demasiado bueno para enseñar que el mundo ha sido creado por Dios. Tenía a Jehová por lo que es en realidad; es decir, por un poderoso Demonio, y, si es necesario llamarlo por su nombre, por el Demiurgo.

»Ahora bien, cuando Jehová creó al hombre, le dio el conocimiento del mundo visible y del mundo invisible. La caída de Adán y Eva, que os explicaré otro día, no llegó a destruir por completo ese conocimiento en el primer hombre y en la primera mujer, y esas enseñanzas pasaron a sus hijos. Esas enseñanzas, de las que depende el dominio de la naturaleza, fueron consignadas en el libro de Enoch^[76]. Los sacerdotes egipcios habían conservado la tradición, que lijaron con signos misteriosos en los muros de los templos y en los féretros de los muertos. Moisés, educado en los santuarios de Menfis, fue uno de sus iniciados. Sus libros, en número de cinco e

incluso de seis, encierran, como tantas otras arcas preciosas, los tesoros de la ciencia divina. En ellos se descubren los más bellos secretos, siempre y cuando, después de haberlos limpiado de las interpolaciones que los afean, se desdeñe el sentido literal y vulgar y se atienda sólo al sentido más sutil, que yo he discernido en gran parte, como comprobaréis más adelante. Sin embargo, las verdades, guardadas como vírgenes en los templos de Egipto, pasaron a los sabios de Alejandría, que las enriquecieron aún más y las coronaron con todo el oro puro legado a Grecia por Pitágoras y sus discípulos, con quienes conversaban familiarmente las potencias del aire. Conviene, pues, señores, explorar los libros de los hebreos, los jeroglíficos de los egipcios y los tratados de esos griegos a los que se llama gnósticos, precisamente porque ellos poseyeron el conocimiento. Yo me he reservado, como era justo, la parte más ardua de este vasto trabajo. Me esfuerzo en descifrar esos jeroglíficos que los egipcios inscribían en los templos de los dioses y en las tumbas de los sacerdotes. Habiendo traído de Egipto muchas de esas inscripciones, he averiguado su sentido por medio de la clave que he sabido descubrir en Clemente de Alejandría.

»El rabino Mosaïde, que vive recogido en mi casa, se ocupa de restablecer el verdadero sentido del *Pentateuco*. Es un anciano muy sabio en cuestiones de magia, que vivió encerrado durante diecisiete años en las criptas de la gran Pirámide, donde leyó los libros de Tot. En cuanto a vosotros, señores, cuento con emplear vuestra ciencia en leer los manuscritos alejandrinos que yo mismo he reunido en gran número. Encontraréis sin duda secretos maravillosos, y estoy seguro de que, con la ayuda de esas tres fuentes de luz, la egipcia, la hebrea y la griega, pronto llegaré a adquirir los medios que aún me faltan para dominar por completo la naturaleza, tanto la visible como la invisible. Estad seguros de que sabré reconocer vuestros servicios haciéndoos participar de alguna manera en mi poderío.

»No os hablo de una manera vulgar de recompensaros. En el punto en que se hallan mis trabajos filosóficos, el dinero sólo es para mí una bagatela.

Cuando el señor de Astarac hubo llegado a esta parte de su discurso, mi buen maestro le interrumpió:

—Señor —dijo—, no os ocultaré que ese dinero, que os parece una bagatela, es para mí una acuciante preocupación, pues he comprobado que era difícil ganarlo siendo hombre honesto, o incluso de otro modo. Os agradecería, pues, que tuvierais a bien darme seguridades sobre este asunto.

El señor de Astarac, con un gesto que parecía como si quisiera apartar algún objeto invisible, tranquilizó al señor Jérôme Coignard. En cuanto a mí, sintiendo curiosidad por todo lo que veía, sólo deseaba penetrar en mi nueva vida.

A la llamada del dueño, el viejo servidor que nos había abierto la puerta apareció en el gabinete.

—Señores —prosiguió nuestro anfitrión—, os doy entera libertad hasta la hora del almuerzo. Sin embargo, os agradecería mucho que subierais a las habitaciones que os he hecho preparar y me dijerais si os falta algo. Critón os guiará.

Tras haberse cerciorado de que lo seguíamos, el silencioso Critón salió y comenzó a subir la escalera. Subió hasta el último piso. Luego, avanzó unos pasos por un largo corredor y nos mostró dos habitaciones muy limpias en las que ardía un buen fuego. Nunca hubiera creído que un palacio exteriormente tan deteriorado y que en su fachada no dejaba ver más que muros agrietados y ventanas cegadas, fuera tan habitable en algunas de sus partes. Lo primero que hice fue orientarme. Nuestras habitaciones daban al campo, y la vista, extendiéndose sobre las orillas cenagosas del Sena, llegaba hasta el Calvario del Mont-Valérien^[77]. Echando una mirada a los muebles, vi, extendidos sobre la cama, un traje gris, unos calzones a juego, un sombrero y una espada. Sobre la alfombra, un par de zapatos con hebillas estaban correctamente emparejados, con los talones juntos y las puntas separadas, como si ellos mismos tuvieran conciencia de su elegante posición.

Presagí favorablemente la liberalidad de nuestro amo. Para hacerle los debidos honores, llevé a cabo mi aseo con gran cuidado y esparcí abundantemente sobre mis cabellos los polvos de los que había encontrado una caja llena en una mesita. Descubrí oportunamente, en un cajón de la cómoda, una camisa de encaje y medias blancas.

Habiendo vestido camisa, medias, calzones y levita, me puse a dar vueltas por mi habitación, con el sombrero bajo el brazo y la mano en la empuñadura de mi espada, inclinándome a cada instante hacia el espejo y lamentando que Catherine, la encajera, no pudiese verme con tan elegante indumentaria.

Llevaba algún tiempo haciendo esos ejercicios cuando el señor Jérôme Coignard entró en mi habitación con un alzacuello nuevo y un hábito muy respetable.

—Tournebroche —exclamó—, ¿sois vos, hijo mío? No olvidéis nunca que debéis esos hermosos ropajes al saber que os he proporcionado. Convienen a un humanista como vos, porque *humanidades* quiere decir elegancias^[78]. Pero miradme, os lo ruego, y decidme si tengo buena pinta. Con este atuendo me siento un hombre muy honrado. Este señor de Astarac me parece bastante espléndido. Es una lástima que esté loco. Pero es sabio al menos en un punto, ya que a su criado le llama Critón, es decir, el juez^[79]. Y es muy cierto que nuestros criados son los testigos de todas nuestras acciones. A veces son los guías. Cuando milord Verulam^[80], canciller de Inglaterra, cuya filosofía me gusta poco, aunque era un hombre sabio, entró en la sala del tribunal para ser juzgado, sus lacayos, vestidos con una riqueza que daba testimonio del lujo con que el canciller gobernaba su casa, se levantaron para rendirle honores. Pero milord Verulam les dijo: «¡Sentaos! Levantándoos causáis mi rebajamiento». En efecto, aquellos bribones, con sus gastos, le habían llevado a la ruina e impulsado a cometer actos por los cuales era perseguido como prevaricador. Tournebroche, hijo mío, tened siempre presente el ejemplo de milord Verulam, canciller de Inglaterra y autor del *Novum Organum*. Pero, volviendo al señor de Astarac, en cuya casa estamos, es una lástima que sea hechicero y se entregue a las ciencias malditas. Sabéis, hijo mío, que me precio de ser escrupuloso en materia de

fe. Me cuesta mucho servir a un cabalista que pone boca abajo nuestras santas escrituras con el pretexto de comprenderlas así mejor. No obstante, si, como su nombre y su habla indican, es un gentilhomme gascón, no tenemos nada que temer. Un gascón puede hacer un pacto con el diablo; tened la seguridad de que el diablo será quien resulte engañado.

La campana del almuerzo interrumpió nuestra conversación.

—Tournebroche, hijo mío —me dijo mi buen maestro al bajar las escaleras—, procura, durante la comida, seguir todos mis movimientos, a fin de imitarlos. Habiendo comido en la tercera mesa del señor obispo de Sééz, se cómo comportarme. Es un arte difícil. Es más trabajoso comer con un gentilhomme que hablar como él.

E NCONTRAMOS en el comedor una mesa con tres cubiertos, ante la que el señor de Astarac nos hizo sentar.

Critón, que desempeñaba el oficio de maestresala, sirvió jaleas, jugos y purés pasados doce veces por el tamiz. No vimos llegar el asado. Aunque mi maestro y yo tuvimos buen cuidado de ocultar nuestra sorpresa, el señor de Astarac la adivinó y nos dijo:

—Señores, esto no es más que una prueba, y, a poco que os desagrade, no insistiré en repetirla. Haré que os sirvan platos más ordinarios, y yo mismo no me negaré a probarlos. Si los platos que os ofrezco hoy están mal preparados, no es por culpa de mi cocinero, sino de la química, que se halla todavía en pañales. Esto, sin embargo, puede daros alguna idea de lo que habrá en lo sucesivo. Actualmente los hombres comen sin filosofía. No se alimentan como seres racionales. Ni siquiera lo piensan. ¿En qué piensan? Casi todos viven sumidos en la estupidez, e incluso aquellos que son capaces de reflexionar emplean su inteligencia en tonterías, tales como la controversia o la poética. Imaginad, señores, a los hombres en sus comidas desde los tiempos remotos en que cesó su relación con los Silfos y las Salamandras. Abandonados por los Genios del aire, cayeron en la ignorancia y en la barbarie. Sin civilización y sin arte, vivían desnudos y miserables en cuevas, al borde de los torrentes o en los árboles de los bosques. La caza era su única industria. Cuando sorprendían a un tímido animal o eran más rápidos que él, devoraban esa presa aún palpitante.

»Comían también la carne de sus compañeros y de sus parientes más débiles, y las primeras sepulturas de los seres humanos fueron tumbas vivientes, entrañas hambrientas y cavernosas. Tras muchos siglos feroces, apareció un hombre divino a quien los griegos llamaron Prometeo. No hay duda de que este sabio tuvo relación, en las moradas de las Ninfas, con la casta de las Salamandras. Aprendió de ellas, y enseñó a los desgraciados mortales el arte de producir y conservar el fuego. Entre las innumerables ventajas que los hombres sacaron del celestial regalo, una de las más beneficiosas fue poder cocer los alimentos y hacerlos, por ese tratamiento, más ligeros y sutiles. Y fue en gran parte por los electos de un alimento sometido a la acción del fuego como los humanos llegaron lenta y gradualmente a ser inteligentes, industriosos, reflexivos, aptos para cultivar las artes y las ciencias. Pero eso no fue más que un primer paso, y es lamentable pensar que han transcurrido tantos millones de años sin que se haya dado el segundo. Desde los tiempos en que nuestros antepasados asaban trozos de oso sobre un fuego de zarzas, al abrigo de un peñasco, no hemos realizado verdaderos progresos en cocina. Porque seguramente no tenéis en cuenta, señores, las invenciones de Lúculo^[81] ni aquella torta compacta a la que Vitelio daba el nombre de escudo de Minerva^[82], ni tampoco nuestros asados, nuestros pasteles, nuestros estofados, nuestras carnes rellenas ni todos esos guisos que denotan la antigua barbarie.

»En Fontainebleau, la mesa del rey, donde se coloca un ciervo entero con su piel

y su cornamenta, ofrece a la mirada del filósofo un espectáculo tan grosero como el de los trogloditas acurrucados sobre cenizas y royendo huesos de caballo. Las brillantes pinturas de la sala, los guardias, los oficiales ricamente vestidos, los músicos tocando en las tribunas piezas de Lambert y de Lulli^[83], los manteles de seda, las vajillas de plata, las copas de oro, los cristales de Venecia, las antorchas, los centros de mesa cincelados y llenos de flores no pueden engañaros ni producir un hechizo que disimule la verdadera naturaleza de esa carnicería inmunda en la que hombres y mujeres se reúnen ante cadáveres de animales, huesos rotos y carnes desgarradas para repartírselos con avidez. ¡Oh! ¡Qué alimentación tan poco filosófica! Tragamos con una glotonería estúpida los músculos, la grasa, las entrañas de los animales, sin distinguir en esas sustancias las partes que son verdaderamente adecuadas a nuestra alimentación y las que, siendo mucho más abundantes, habría que rechazar; y engullimos indistintamente en nuestra panza lo bueno y lo malo, lo útil y lo nocivo. Es aquí, sin embargo, donde convendría hacer una separación; y, si en toda la Facultad se encontrara un solo médico que fuera químico y filósofo, no nos veríamos obligados a asistir a esos repugnantes festines.

»Nos prepararían, señores, carnes destiladas que sólo contuvieran lo que entraña simpatía y afinidad con nuestro cuerpo. No se tomaría más que la quintaesencia de los bueyes y los cerdos, el elixir de las perdices y las pulardas, y podría digerirse todo lo que se comiera. Por eso, señores, no desespero de lograrlo algún día, meditando sobre la química y la medicina un poco más de lo que he tenido ocasión de hacer hasta ahora.

Al oír estas palabras de nuestro anfitrión, el señor Jérôme Coignard, apartando los ojos del caldo negruzco que llenaba su plato, miró con inquietud al señor de Astarac.

—Eso no será —continuó éste— más que un progreso aún insuficiente. Un hombre decente no puede comer sin repugnancia la carne de los animales, y los pueblos no pueden considerarse civilizados mientras tengan en sus ciudades mataderos y carnicerías. Pero algún día sabremos desembarazarnos de esas industrias bárbaras. Cuando conozcamos con exactitud las sustancias nutritivas contenidas en el cuerpo de los animales, será posible obtener de esas mismas sustancias cuerpos que no tengan vida y que la suministren en abundancia. Esos cuerpos contienen efectivamente todo lo que se encuentra en los seres animados, puesto que el animal ha sido formado a partir del vegetal, que a su vez ha obtenido su sustancia de la materia inerte.

»Nos alimentaremos entonces de extractos de metales y de minerales convenientemente tratados por los químicos. No os quepa duda de que su sabor será exquisito y su absorción saludable. La cocina se hará en retortas y alambiques, y tendremos alquimistas en lugar de maestros cocineros. ¿No tenéis prisa, señores, por ver esas maravillas? Os las prometo para un tiempo cercano. Pero todavía no discernís los excelentes efectos que producirán.

—En verdad, señor, no los discierno en absoluto —dijo mi buen maestro,

bebiendo un trago de vino.

—En ese caso —dijo el señor de Astarac—, haced el favor de escucharme un momento. No estando entorpecidos por lentas digestiones, los hombres serán maravillosamente ágiles; su vista se hará singularmente penetrante, y verán a los navíos deslizándose por los mares de la luna. Su entendimiento será más claro y sus costumbres se suavizarán. Y progresarán mucho en el conocimiento de Dios y de la naturaleza.

»Pero es necesario prever todos los cambios que no dejarán de producirse. La estructura misma del cuerpo humano será modificada. Es un hecho cierto que, por falta de ejercicio, los órganos se reducen e incluso terminan por desaparecer. Se ha observado que los peces privados de luz se vuelven ciegos; y yo mismo he visto, en el Valais^[84], pastores que, por alimentarse únicamente de leche cuajada, pierden sus dientes a edad muy temprana, y algunos no llegan jamás a tenerlos. En todo esto hay que admirar a la naturaleza, que no tolera nada inútil. Cuando los hombres se alimenten del bálsamo que he mencionado, sus intestinos no dejarán de acortarse algunos metros, y el volumen del vientre disminuirá considerablemente.

—¡Calma! —dijo mi buen maestro—. Vais demasiado deprisa, señor, y os arriesgáis a hacer un trabajo en balde. Nunca me pareció desagradable que las mujeres tuviesen un poco de vientre, con tal que el resto estuviera bien proporcionado. Soy sensible a esa belleza. No la disminuyáis exageradamente.

—¡Que eso no os inquiete! Dejaremos que el talle y los costados de las mujeres se formen siguiendo el modelo de los escultores griegos. Eso será para complaceros, señor abate, y en consideración a las tareas de la maternidad; aunque, a decir verdad, tengo el propósito de efectuar también por esta parte diversos cambios de los que os hablaré cualquier día. Volviendo a nuestro tema, debo confesaros que todo lo que os he anunciado hasta ahora no es más que una orientación hacia el verdadero alimento, que es el de los Silfos y todos los Espíritus aéreos. Éstos beben la luz, que basta para comunicar a su cuerpo una fuerza y una agilidad maravillosas. Es su única poción. Algún día será la nuestra, señores. Se trata solamente de hacer potables los rayos del sol. Confieso que no veo con suficiente claridad los medios de conseguirlo y preveo numerosas dificultades y grandes obstáculos en ese camino. No obstante, si cualquier sabio alcanzara ese fin, los hombres igualarían a los Silfos y las Salamandras en inteligencia y en belleza.

Mi buen maestro escuchaba esas palabras recogido en sí mismo y con la cabeza tristemente inclinada. Parecía meditar sobre los cambios que producirían algún día en su persona la alimentación imaginada por nuestro anfitrión.

—Señor —dijo al fin—, ¿no hablasteis ayer, en el asador, de cierto elixir que dispensa de todo alimento?

—Es cierto —dijo el señor de Astarac—, pero ese licor sólo es bueno para los filósofos, y por eso comprenderéis lo restringido que se halla su uso. Más vale no hablar de eso.

Sin embargo, me atormentaba una duda; pedí a mi anfitrión permiso para planteársela, con la seguridad de que la aclararía en el acto. Me permitió hablar, y le dije:

—Señor, esas Salamandras que decís que son tan bellas y de las que yo me hago, por vuestra información, una idea tan encantadora, ¿han perdido desgraciadamente sus dientes por beber luz, como los campesinos del Valais han perdido los suyos por alimentarse sólo de leche? Os confieso que eso me inquieta.

—Hijo mío —respondió el señor de Astarac—, me complace vuestra curiosidad, y quiero satisfacerla. Las Salamandras, propiamente hablando, no tienen dientes. Pero sus encías están provistas de dos hileras de perlas, muy blancas y brillantes, que dan a su sonrisa una gracia inconcebible. Sabed también que esas perlas son de luz endurecida.

Dije al señor de Astarac que estaba satisfecho, y él prosiguió:

—Los dientes del hombre son un signo de su ferocidad. Cuando se alimente como es debido, esos dientes dejarán su sitio a algún adorno semejante a las perlas de las Salamandras. Entonces ya no se concebirá que un amante haya podido ver sin horror y sin asco dientes de perro en la boca de su amada.

DESPUÉS de la comida, nuestro anfitrión nos llevó a una vasta galería contigua a su gabinete y que servía de biblioteca. Allí se veía, ordenado en estanterías de roble, un ejército innumerable, o más bien un gran concilio de libros en dozavo, en octavo, en cuarto, en folio, vestidos de becerro, de badana, de tafilete, de pergamino, de piel de cerdo. Seis ventanas iluminaban esta silenciosa asamblea, que se extendía de un extremo al otro de la sala, a lo largo de las altas paredes. Grandes mesas, alternando con esferas celestes y aparatos astronómicos, ocupaban el centro de la galería. El señor de Astarac nos rogó que escogiéramos el lugar que nos pareciera más cómodo para trabajar.

Pero mi buen maestro, con la cabeza echada hacia atrás, aspirando todos los libros con la mirada y el aliento, babeaba de gozo.

—¡Por Apolo! —exclamó—. ¡Ésta es una librería magnífica! La biblioteca del señor obispo de Séz, aunque rica en obras de derecho canónico, no puede ser comparada con ésta. No hay lugar más placentero, a mi gusto, ni siquiera los Campos Elíseos descritos por Virgilio. Distingo aquí, a primera vista, tantas obras raras y tantas colecciones preciosas que casi dudo, señor, que alguna biblioteca particular supere a ésta, sólo inferior, en Francia, a la Mazarina y a la Real^[85]. Me atrevo incluso a decir que, viendo estos manuscritos latinos y griegos, que se presentan agrupados en ese ángulo, es posible, después de citar la Bodleiana, la Ambrosiana, la Laurentina y la Vaticana^[86], nombrar también, señor, la Astaraciana. Sin jactarme de ello, olfateo a cierta distancia las trufas y los libros, y, desde ahora, os tengo por igual a Peiresc, a Groslier y a Canevarius^[87], príncipes de los bibliófilos.

—Yo supero con mucho a todos ellos —respondió con voz suave el señor de Astarac—, y esta biblioteca es infinitamente más preciosa que todas las que acabáis de mencionar. La biblioteca del rey no es más que una librería de lance comparada con la mía, a menos que únicamente tengáis en cuenta el número de volúmenes y la cantidad de papel impreso. Gabriel Naudé y vuestro abate Bignon^[88], bibliotecarios famosos, no fueron respecto a mí más que indolentes pastores de un vil rebaño de libros borreguiles. En cuanto a los benedictinos, admito que son laboriosos, pero no tienen ingenio y sus bibliotecas se resienten de la mediocridad de las mentes que las han formado. Mi galena, señor, no sigue el modelo de las demás. Las obras que he reunido componen un todo que sin duda me proporcionará el Conocimiento. Mi biblioteca es gnóstica, ecuménica y espiritual. Si todas las líneas trazadas sobre estas innumerables hojas de papel y pergamino entraran ordenadamente en vuestro cerebro, señor, sabríais todo, podríais hacer todo, seríais el dueño de la naturaleza, el creador de todas las cosas; tendríais el mundo entre dos dedos de vuestra mano, como yo tengo estos polvos de tabaco.

Al decir eso, ofreció su caja de rapé a mi buen maestro.

—Sois muy amable —dijo el señor abate Coignard; y, paseando aún sus miradas embelesadas por aquellas sabias paredes, exclamó—; Aquí hay, entre la tercera y la cuarta ventana, unos anaqueles que sostienen una ilustre carga. Los manuscritos

orientales se han dado cita y parecen conversar entre ellos. Veo diez o doce muy venerables revestidos con tapas de púrpura y de seda bordada en oro. Algunos llevan en su manto, como un emperador bizantino, broches de pedrería. Otros están encerrados entre planchas de marfil.

—Son —dijo el señor de Astarac— los cabalistas judíos, árabes y persas. Acabáis de abrir *La Poderosa Mano*. A su lado encontraréis *La Mesa cubierta*, *El Fiel Pastor*, los *Fragmentos del Templo* y *La Luz en las tinieblas*. Hay un espacio vacío: el de las *Aguas lentas*^[89], precioso tratado que Mosaïde estudia en ese momento. Como os he dicho, señores, Mosaïde está en mi casa ocupado en descubrir los más profundos secretos contenidos en los escritos de los hebreos, y, aunque tiene más de un siglo de edad, este rabino se niega a morir antes de haber descubierto el sentido de todos los símbolos cabalísticos. Le estoy muy agradecido, y os ruego, señores, que, cuando lo veáis, le mostréis los mismos miramientos que yo tengo con él.

»Pero dejemos eso y volvamos a lo que os atañe particularmente. He pensado en vos, señor abate, para transcribir y poner en latín manuscritos griegos de un valor incalculable. Tengo confianza en vuestra sabiduría y en vuestro celo, y no dudo que vuestro joven alumno os servirá pronto de gran ayuda.

Y, dirigiéndose a mí:

—Sí, hijo mío, deposito en vos grandes esperanzas. En buena parte están fundadas en la educación que habéis recibido. Porque fuisteis criado, por así decirlo, entre llamas, bajo la campana de una chimenea frecuentada por las Salamandras. Esta circunstancia es digna de consideración.

Mientras hablaba, asió un puñado de manuscritos que depositó sobre la mesa.

—Éste —dijo, designando un rollo de papiro— viene de Egipto. Es un libro de Zósimo el Panopolitano^[90] que se creía perdido y que yo mismo encontré en el sepulcro de un sacerdote de Serapis^[91].

»Y eso que veis ahí —continuó, mostrándonos trozos de hojas relucientes y fibrosas sobre las cuales apenas se distinguían letras griegas trazadas con pincel— son revelaciones inéditas, debidas, unas a Sofar el Persa^[92], y otras, a Juan, el arcipreste de Santa Evagia^[93].

»Os agradeceré infinitamente que os ocupéis en primer lugar de estos trabajos. Estudiaremos a continuación los manuscritos de Sinesio, obispo de Tolemada, de Olimpiodoro y de Estéfano^[94], que descubrí en Rávena, en una cueva, donde estaban guardados desde el reinado del ignaro Teodosio, a quien se llamó el Grande^[95].

»Haceos, señores, si os place, una primera idea de este vasto trabajo. Encontraréis al fondo de la sala, a la derecha de la chimenea, las gramáticas y los léxicos que he podido reunir y que os prestarán alguna ayuda. Permitid que os deje; hay en mi gabinete cuatro o cinco Silfos que están esperándome. Critón se ocupará de que no os falte nada. ¡Adiós!

Cuando el señor de Astarac hubo salido, mi buen maestro se sentó ante el papiro

de Zósimo y, armándose de una lupa que encontró sobre la mesa, comenzó a descifrarlo. Le pregunté si no estaba sorprendido por lo que acababa de escuchar.

Me respondió sin levantar la cabeza:

—Hijo mío, he conocido demasiadas clases de personas y he corrido demasiados riesgos para asombrarme de nada. Este gentilhombre parece loco, no tanto porque lo sea realmente como porque sus ideas difieren excesivamente de las del vulgo. Pero, si se prestara atención a las opiniones que se oyen comúnmente en el mundo, encontraríamos en ellas menos sentido aún que en las de este filósofo. Entregada a sí misma, la más sublime razón humana construye sus palacios y sus templos con nubes, y el señor de Astarac es verdaderamente un buen ensamblador de nubes. Sólo en Dios hay verdad; no lo olvidéis, hijo mío. Pero éste es realmente el libro de *Imouth*, que Zósimo el Panopolitano escribió para su hermana Theosebia^[96]. ¡Qué gloria y qué delicia leer este manuscrito único, hallado por una especie de milagro! Quiero consagrarle mis días y mis noches. Compadezco, hijo mío, a los hombres ignorantes a quienes la ociosidad lanza al libertinaje. Llevan una vida miserable. ¿Qué es una mujer a lado de un papiro alejandrino? Comparad, si os place, esta nobilísima biblioteca con la taberna del *Pequeño Baco* y el cuidado de este precioso manuscrito con las caricias que se hacen a las muchachas en aquel antro, y decidme, hijo mío, en qué lugar se encuentra la verdadera satisfacción. En cuanto a mí, invitado de las Musas y admitido en estas silenciosas orgías de meditación que el retórico de Madaura^[97] celebraba con elocuencia, doy gracias a Dios por haberme hecho hombre honrado.

A lo largo de un mes o de seis semanas, el señor Coignard estuvo dedicado día y noche, como había prometido, a la lectura de Zósimo el Panopolitano. Durante las comidas, que tomábamos en la mesa del señor de Astarac, la conversación siempre giraba en torno a las opiniones de los gnósticos y los conocimientos de los antiguos egipcios. No siendo más que un escolar muy ignorante, yo prestaba pocos servicios a mi buen maestro. Pero me esforzaba en hacer lo mejor posible las investigaciones que me confiaba; y eso me producía cierto placer. La verdad es que vivíamos felices y tranquilos. Hacia la séptima semana, el señor de Astarac me dio permiso para ir a ver a mis padres en el asador. La taberna me pareció extrañamente empequeñecida. Mi madre estaba sola y triste. Dio un grito al verme ataviado como un príncipe.

—¡Mi Jacques —me dijo—, qué feliz me siento!

Y se puso a llorar. Nos abrazamos. Luego, después de secarse los ojos con una esquina de su delantal de harpillera, me dijo:

—Tu padre está en el *Pequeño Baco*. Va mucho allí desde que te fuiste, con la excusa de que esta casa le resulta menos agradable en tu ausencia. Se alegrará de volver a verte. Pero dime, mi Jacquot, ¿estás satisfecho de tu nueva situación? Lamenté mucho haberte dejado ir a casa de ese señor; hasta me acusé, al confesarme con el tercer vicario, de haber preferido el bien de tu cuerpo al de tu alma y de no haber pensado bastante en Dios al dejarte marchar. El señor tercer vicario me ha reprendido con bondad y me ha exhortado a seguir el ejemplo de las mujeres fuertes de la Sagrada Escritura, de las cuales me citó algunas; pero tienen unos nombres que estoy segura de que no recordaré jamás. No se explicó con detalle, porque era el sábado por la tarde y la iglesia estaba llena de penitentes.

Tranquilicé a mi buena madre lo mejor que pude y le informé de que el señor de Astarac me hacía estudiar el griego, que es la lengua del Evangelio. Eso le agradó. Sin embargo, seguía preocupada.

—Nunca adivinarás, Jacquot —me dijo—, quién me ha hablado del señor de Astarac. Ha sido la pequeña de Saint-Avit, la sirvienta del señor cura de Saint-Benoit. Es de Gascuña, natural de un lugar llamado Laroque-Timbault, muy cerca de Sainte-Eulalie, que es feudo del señorío de Astarac^[98]. Bien sabes que la pequeña de Saint-Avit ya es vieja, como conviene a la criada de un cura. En su juventud conoció, en el país, a los tres señores de Astarac, uno de los cuales, que mandaba un barco, se ahogó después en el mar. Era el más joven. El segundo, que era coronel de un regimiento, fue a la guerra y murió. El mayor, Hercule de Astarac, es el único superviviente de los tres. Así pues, es a éste a quien sirves, para tu bien, mi Jacques, al menos eso espero. Durante su juventud fue muy atildado en el vestir y liberal en sus costumbres, pero de humor sombrío. Se mantuvo alejado de los cargos públicos y no se mostró ansioso de entrar al servicio del rey, como habían hecho sus señores hermanos, que encontraron allí un fin honorable. Solía decir que no había gloria alguna en llevar una espada al cinto, que no conocía oficio más innoble que el noble oficio de las armas y

que un curandero de pueblo estaba, en su opinión, por encima de un brigadier o un mariscal de Francia. Tales eran sus ideas. Confieso que no me parecieron malas ni perniciosas, sino más bien extrañas y atrevidas. Sin embargo, es preciso que sean condenables en algo, porque la pequeña de Saint-Avit decía que el señor cura las censuraba como contrarias al orden establecido por Dios en este mundo y opuestas a los pasajes de la Biblia en los que Dios es llamado con un nombre que quiere decir mariscal de campo^[99]. Y eso sería un gran pecado. El señor Hercule se sentía tan apartado de la corte que se negó a viajar a Versalles para ser presentado a Su Majestad, según los derechos propios de su nacimiento. Decía: «Si el rey no viene a mi casa, yo tampoco voy a la suya». Y cae por su propio peso, mi Jacquot, que eso no es un razonamiento lógico.

Mi buena madre me interrogó, inquieta, con la mirada, y siguió de este modo:

—Lo que me queda por hacerte saber, mi Jacquot, es aún más increíble. Sin embargo, la pequeña de Saint-Avit me lo ha contado como cosa cierta. Te diré, pues, que el señor Hercule de Astarac, cuando vivía en sus tierras, no se dedicaba a otra cosa que a meter la luz del sol en garrafas. La pequeña de Saint-Avit no sabe cómo se las arreglaba, pero de lo que está segura es de que, con el tiempo, en esas garrafas, bien taponadas y calentadas al baño María, se formaban mujeres pequeñitas, pero hechas a las mil maravillas y vestidas como princesas de teatro... Te ríes, mi Jacquot; sin embargo, no se deben tomar a broma esas cosas, cuando se ven las consecuencias. Es un gran pecado fabricar de ese modo criaturas que no pueden ser bautizadas y que no podrán participar en la bienaventuranza eterna. Pues no supondrás que el señor de Astarac haya llevado esas muñequitas al cura, en sus botellas, para bautizarlas. No hubiera encontrado madrina.

—Pero, querida mamá —respondí—, las muñecas del señor de Astarac no tenían necesidad de bautismo, pues no habían participado en el pecado original.

—Eso es algo que no se me había ocurrido —dijo mi madre—, y la pequeña de Saint-Avit tampoco me ha dicho nada, aunque haya sido la criada de un cura. Desgraciadamente se fue muy joven a Gascuña para venir a Francia, y ya no tuvo más noticias del señor de Astarac, de sus garrafas ni de sus muñequitas. Confío, mi Jacquot, en que haya renunciado a esas obras malditas, que no se pueden realizar sin ayuda del demonio.

Pregunté:

—Decidme, mi buena madre, la de Saint-Avit, la criada del señor cura, ¿vio con sus propios ojos a las damas en sus garrafas?

—No, hijo mío. El señor de Astarac era demasiado reservado para mostrar esas muñecas. Pero ella se lo había oído contar a un eclesiástico, llamado Fulgence, que frecuentaba el palacio y juraba que había visto a esas diminutas personas salir de su prisión de cristal para bailar un minué. Tenía suficientes motivos para creerlo. Porque se puede dudar de lo que se ve, pero no de la palabra de un hombre honrado, sobre todo si es eclesiástico. Hay además algo peor en esas prácticas, y es que son

extremadamente costosos, y uno no se imagina, me dijo la pequeña de Saint-Avit, los gastos que hizo el señor Hercule para procurarse las botellas de diversas formas, los hornos y los libros de magia con los que había llenado su palacio. Pero, por la muerte de sus hermanos, se había convertido en el gentilhombre más rico de la provincia, y mientras dilapidaba sus bienes en locuras, sus fértiles tierras trabajaban para él. La pequeña de Saint-Avit estima que, a pesar de sus gastos, aún debe de ser hoy muy rico.

En ese momento, mi padre entró en el asador. Me abrazó con ternura y me confió que la casa había perdido la mitad de su encanto a consecuencia de mi marcha y la del señor Jérôme Coignard, que era honrado y jovial. Me felicitó por mis ropas y me dio una lección de compostura asegurando que el negocio le había acostumbrado a tener modales afables, por la continua necesidad a la que se había visto obligado de saludar a todos los clientes como a gentileshombres, aunque pertenecieran a la más vil canalla. Me indicó la forma de doblar el codo y llevar los pies hacia afuera, y me aconsejó sobre todo que fuese a ver a Leandro^[100], en la feria de Saint-Germain, a fin de ajustarme lo más posible a sus maneras.

Cenamos juntos con buen apetito y nos separamos derramando torrentes de lágrimas. Les quería mucho a los dos, y lo que me hacía llorar sobre todo era que notaba que en seis semanas de ausencia habían llegado a serme casi unos extraños. Y creo que su tristeza provenía del mismo sentimiento.

CUANDO salí del asador era ya noche cerrada. En la esquina de la calle de los Escribanos oí una voz ronca y profunda que cantaba:

*Si tu honor se ha perdido,
guapa, es porque tú has querido.*

No tardé en ver, por la parte de donde venía esta voz, al hermano Ángel, que, con su alforja bailando al hombro y sujetando por la cintura a Catherine, la encajera, marchaba por la oscuridad con paso vacilante y triunfal, haciendo saltar bajo sus sandalias el agua de la cuneta en magníficos chorros de lodo que parecían celebrar su indecente gloria como los estanques de Versalles hacen brotar sus surtidores en honor de los reyes. Me coloqué en el rincón de una puerta, para que no me vieran. Fue una precaución innecesaria, pues bastante ocupados iban el uno y la otra. Con la cabeza apoyada en el hombro del monje, Catherine reía. Un rayo de luna temblaba en sus labios húmedos y en sus ojos como en el agua de las fuentes. Seguí mi camino con el alma irritada y el corazón oprimido, pensando en el talle redondo de aquella hermosa muchacha que estrechaba entre sus brazos un sucio capuchino.

—¿Es posible —me dije— que una cosa tan bonita haya caído en manos tan feas? Y si Catherine me desdeña, ¿es preciso que me haga sus desprecios más crueles por el placer que le inspira ese vil hermano Ángel?

Esa preferencia me parecía asombrosa y me producía tanta sorpresa como asco. Pero yo no era en vano discípulo del señor Jérôme Coignard. Este maestro incomparable había formado mi espíritu para la meditación. Me representé a los Sátiros que se ven en los jardines acosando a las Ninfas, y deduje que, si Catherine era como una Ninfa, los Sátiros, tal como se nos muestran, debían ser tan horrorosos como el capuchino. Llegué, pues, a la conclusión de que no debía asombrarme excesivamente por lo que acababa de ver. Sin embargo, mis razonamientos no disiparon mi tristeza, sin duda porque ésta no tenía en ellos su origen. Esas meditaciones me condujeron, a través de las sombras de la noche y el fango del deshielo, hasta el camino de Saint-Germain, donde me encontré con el señor abate Jérôme Coignard, quien, habiendo cenado fuera de casa, volvía por la noche a la Cruz de los Arenales.

—Hijo mío —me dijo—, acabo de hablar sobre Zósimo y los gnósticos en la mesa de un eclesiástico muy docto, de otro Peiresc^[101]. El vino era áspero y la comida mediocre. Pero el néctar y la ambrosía fluían en todas las conversaciones.

Mi buen maestro me habló después del Panopolitano con una elocuencia inconcebible. Y yo, ¡ay!, apenas lo escuchaba, pensando en la gota de claro de luna que había caído aquella noche en los labios de Catherine.

Al fin se detuvo, y le pregunté en qué se habían basado los griegos para tener la certeza del gusto de las Ninfas por los Sátiros. Mi buen maestro estaba preparado para responder a toda clase de preguntas, tan amplio era su saber. Y me dijo:

—Hijo mío, ese gusto se basa en una simpatía natural. Es vivo, aunque menos ardiente que el gusto de los Sátiros por las Ninfas, al que corresponde. Los poetas han observado muy bien esta distinción. A propósito de eso, os contaré una singular aventura que leí en un manuscrito que se hallaba en la biblioteca del señor obispo de Sééz. Era (aún me parece verlo) un libro en folio, con una hermosa caligrafía del siglo pasado. He aquí el hecho singular que allí se narrara. Un gentilhomme normando y su esposa tomaron parte en una diversión pública, disfrazados, él, de Sátiro, y ella, de Ninfa. Sabemos, por Ovidio, con qué ardor persiguen los Sátiros a las Ninfas. Aquel gentilhomme había leído las *Metamorfosis*. Y se adentró de tal forma en el carácter de su disfraz que, nueve meses después, su mujer dio a luz un niño que tenía cuernos en la frente y patas de macho cabrío. No sabemos qué fue del padre, salvo que, siguiendo el destino común a todas las criaturas, murió, dejando con su pequeño caprípedo otro hijo menor, cristiano éste y de forma humana. Este segundo pidió a la justicia que su hermano fuese despojado de la herencia paterna en razón de que no pertenecía a la especie redimida por la sangre de Jesucristo. El Parlamento de Normandía, con sede en Rouen, le dio la razón, y la sentencia quedó registrada^[102].

Pregunté a mi maestro si era posible que un disfraz pudiera obrar tales efectos en la naturaleza y que la forma de un hijo dependiera de unos ropajes. El señor abate Cognard me indujo a no creer en esas cosas.

—Jacques Tournebroche, hijo mío —me dijo—, recordad que un hombre instruido rechaza todo lo que es contrario a la razón, salvo en materia de fe, donde conviene creer ciegamente. A Dios gracias, nunca he cometido error en cuanto a los dogmas de nuestra santísima religión y espero encontrarme tan bien dispuesto in artículo mortis.

Platicando de este modo, llegamos al palacio. El techo parecía iluminado por un resplandor rojizo. De una de las chimeneas salían chispas que subían en surtidores para caer como una lluvia de oro bajo una humareda espesa que ocultaba el cielo. Uno y otro creímos que las llamas devoraban el edificio. Mi buen maestro se mesaba los cabellos y gemía:

—¡Mi Zósimo, mis papiros y mis manuscritos griegos! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mi Zósimo!

Corriendo por el paseo central, sobre los charcos de agua que reflejaban los resplandores del incendio, atravesamos el parque, sepultado en una sombra espesa. Estaba tranquilo y desierto. En el palacio, todo parecía dormir. Oímos el zumbido del fuego, que llenaba la oscura escalera. Subimos los peldaños de dos en dos, deteniéndonos a veces para indagar de dónde venía aquel ruido espantoso.

Nos pareció que salía de un pasillo del primer piso donde nunca habíamos puesto los pies. Nos dirigimos a tientas hacia ese lado y, viendo claridades rojizas por las rendijas de una puerta cerrada, empujamos las hojas con todas nuestras fuerzas. Cedieron inmediatamente.

El señor de Astarac, que acababa de abrirlas, se hallaba inmóvil ante nosotros. Su larga figura negra se erguía en una atmósfera inflamada. Nos preguntó con suavidad por qué motivo urgente le buscábamos a esa hora.

No había ningún incendio, sino un fuego terrible que salía de un gran horno de reverbero que luego supe que se llamaba atanor. Toda la sala, bastante amplia, estaba llena de botellas de vidrio con cuello largo, sobre los cuales serpenteaban tubos de cristal con pico de pato, retortas semejantes a rostros mofletudos de los que salían narices como trompas, crisoles, matraces, copelas, cucúrbitas y vasos de formas desconocidas.

Mi buen maestro, secándose el rostro, que le brillaba como un ascua, dijo:

—¡Ah, señor!, habíamos creído que el palacio ardía como la paja seca. Gracias a Dios, la biblioteca no se ha quemado. Pero veo, señor, que practicáis el arte espagírico.

—No os ocultaré —respondió el señor de Astarac— que he hecho en él grandes progresos, aunque sin haber encontrado el *thelema*^[103] que hará que mis trabajos sean perfectos. En el mismo momento en que empujabais esta puerta, yo recogía, señores, el Espíritu del Mundo y la Flor del Cielo, que es la verdadera Fuente de la Juventud^[104]. ¿Entendéis un poco de alquimia, señor Coignard?

El abate respondió que había adquirido un conocimiento superficial en los libros, pero que tenía su práctica por perniciosa y contraria a la religión. El señor de Astarac sonrió y dijo:

—Sois demasiado culto, señor Coignard, para no conocer el Águila volante, el Pájaro de Hermes, el Pollo de Hermógenes, la Cabeza de Cuervo, el León Verde y el Fénix^[105].

—He oído decir —respondió mi buen maestro— que esos nombres designaban a la piedra filosofal en sus diversos estados. Pero dudo que sea posible transmutar los metales.

El señor de Astarac replicó con mucha entereza:

—Nada me será más fácil, señor, que poner fin a vuestra incertidumbre.

Fue a abrir un viejo arcón tambaleante, adosado a la pared, sacó una moneda de cobre con la efigie del difunto rey y nos hizo observar una pequeña marca redonda que la atravesaba de parte a parte.

—Es —dijo— el efecto de la piedra que ha transformado el cobre en plata. Pero esto no es más que una nimiedad.

Volvió al arcón y sacó un zafiro tan grande como un huevo, un ópalo de un tamaño asombroso y un puñado de esmeraldas admirablemente bellas.

—He aquí —dijo— algunas de mis obras, que os demuestran suficientemente que el arte espagírico no es el sueño de un cerebro hueco.

En el fondo de la escudilla donde estaban esas piedras había cinco o seis pequeños diamantes de los que el señor de Astarac no nos habló. Mi buen maestro le preguntó si eran también obra suya. El alquimista respondió que sí.

—Señor —dijo el abate—, yo os aconsejaría que, por prudencia, mostrarais éstos en primer lugar a los curiosos. Si hacéis aparecer antes el zafiro, el ópalo y el rubí, os dirán que sólo el diablo ha podido producir tales piedras, e intentarán procesaros por brujería. Del mismo modo, sólo el diablo podría vivir a gusto entre estos hornos donde se respiran llamaradas. Yo, que estoy aquí desde hace un cuarto de hora, me siento ya medio asado.

El señor de Astarac sonrió con benevolencia y, haciéndonos salir, se expresó en estos términos:

—Aunque sé a qué atenerme sobre la realidad del diablo y del Otro, consiento de buena gana en hablar de ellos con las personas que en ellos creen. El diablo y el Otro son, como quien dice, personajes; y se puede hablar de ellos como de Aquiles y Tersites^[106]. Tened la seguridad, señores, de que, si el diablo es tal como se dice, no puede vivir en un elemento tan sutil como el fuego. Es un gran contrasentido poner al sol un animal tan feo. Pero, señor Tournebroche, como tuve el honor de decir al capuchino de vuestra señora madre, considero que los cristianos calumnian a Satanás y a los demonios. Que en algún mundo desconocido pueda haber seres aún más malvados que los hombres, es posible, aunque casi inconcebible. Seguramente, si existen, habitan en regiones privadas de luz y, si arden, es en los hielos, que efectivamente causan dolores candentes, no en las llamas ilustres, entre las ardientes hijas de los astros. Sufren, porque son malvados, y la maldad es una dolencia; pero ésta no puede ser más que unos sabañones. En cuanto a vuestro Satanás, señores, que horroriza a vuestros teólogos, no lo considero tan despreciable, a juzgar por todo lo que decís de él, y, si por casualidad existiera, no lo tendría por un feo animal, sino por un pequeño Silfo o, al menos, por un Gnomo metalúrgico un poco burlón y muy inteligente.

Mi buen maestro se tapó los oídos y huyó para no escuchar más.

—¡Qué impiedad, Tournebroche, hijo mío —gritó en la escalera—, qué blasfemias! ¿Habéis percibido todo lo que había de detestable en las máximas de este filósofo? Lleva el ateísmo hasta una especie de frenesí tan gozoso que me asombra. Pero eso mismo le hace casi inocente. Porque, estando apartado de toda creencia, no puede desgarrar a la santa Iglesia como aquellos que siguen unidos a ella por algún miembro medio cercenado y aún sangrante. Tales son, hijo mío, los luteranos y los calvinistas, que gangrenan la Iglesia hasta un punto de ruptura. Por el contrario, los ateos se condenan por sí solos, y se puede comer con ellos sin pecar. De modo que no hemos de tener ningún escrúpulo por vivir en casa de este señor de Astarac, que no cree ni en Dios ni en el diablo. Pero ¿habéis visto, Tournebroche, hijo mío, que en el fondo de la escudilla había un puñado de pequeños diamantes cuyo número parecía ignorar y que, a mi entender, poseían hermosas aguas? Tengo dudas sobre el ópalo y los zafiros. Pero los pequeños diamantes dan la impresión de ser auténticos.

Cuando hubimos llegado a nuestras habitaciones, en el piso de arriba, nos deseamos uno a otro buenas noches.

HASTA la primavera, mi buen maestro y yo llevamos una vida ordenada y reclusa. Trabajábamos toda la mañana, encerrados en la galería, y volvíamos allí después de comer, como si fuéramos a un espectáculo, según expresión del propio señor Jérôme Coignard; y no, según decía este hombre excelente, para gozar de un espectáculo chabacano, como gustan los gentileshombres y los lacayos, sino para oír los diálogos sublimes, aunque contradictorios, de los autores antiguos.

A este paso, la lectura y la traducción de Zósimo el Panopolitano avanzaban maravillosamente. Yo apenas contribuía a ello. Semejante trabajo superaba mis conocimientos, y bastante tenía con aprender las formas que presentan los caracteres griegos en los papiros. Sin embargo, ayudaba a mi maestro a consultar los autores que podían esclarecer sus investigaciones y, especialmente, Olimpodoro y Focio^[107], que, desde entonces, me han sido familiares. Los pequeños servicios que le prestaba me elevaban mucho en mi propia estima.

Tras un áspero y largo invierno, cuando estaba a punto de convertirme en sabio, llegó de repente la primavera, con su galante cortejo de luz, de suaves verdores y cantos de pájaros. El olor de las lilas, que subía hasta la biblioteca, me lucía caer en vagos ensueños, de los que mi buen maestro me sacaba bruscamente, diciéndome:

—Jacquot Tournebroche, subid, por favor, a la escalera y decidme si ese pillo de Manéthon habla de un dios llamado Imhotep^[108], que, por sus contradicciones, me atormenta como un diablo.

Y mi buen maestro se llenaba las narices de tabaco con aire satisfecho.

—Hijo mío —me decía también—, es notable que nuestras costumbres ejerzan tanta influencia sobre nuestro estado moral. Desde que mi esclavina está manchada por las diversas salsas que he dejado que le cayeran encima, siento que soy un hombre menos honrado. Tournebroche, ahora que estáis vestido como un marqués, ¿no os excita el deseo de ver acicalarse en su camerino a una actriz de la Ópera y de colocar un cartucho de luisas falsos en una partida de faraón? En una palabra, ¿no os sentís hombre distinguido? No toméis a mal lo que os digo; considerad que basta con dar un gorro de piel a un cobarde para que vaya inmediatamente a dejar que le partan la cabeza al servicio del rey. Tournebroche, nuestros sentimientos están formados por miles de cosas que se nos escapan por su pequeñez, y el destino de nuestra alma inmortal depende a veces de un soplo de aire demasiado ligero para doblar un tallo de hierba. Somos juguetes de los vientos. Pero pasadme, por favor, los *Rudimentos* de Vossius^[109], cuyos cantos rojos veo entreabiertos bajo vuestro brazo izquierdo.

Aquel día, después de comer, a las tres de la tarde, el señor de Astarac nos llevó a mi buen maestro y a mí a dar un paseo por el parque. Nos condujo por la parte occidental, orientada hacia Rueil y el monte Valérien^[110]. Era la zona más profunda y más desolada. La yedra y la hierba cubrían los paseos, cortados aquí y allí por grandes troncos de árboles caídos. Las estatuas de mármol que los bordeaban sonreían sin percatarse de su ruina. Una Ninfa acercaba a sus labios una mano rota

haciendo señas a un pastor para que fuese discreto. Un joven Fauno, cuya cabeza yacía en el suelo, trataba aún de llevar la flauta a su boca. Y todos esos seres divinos parecían enseñarnos a despreciar las injurias del tiempo y la fortuna. Seguimos por el borde de un canal donde el agua de la lluvia criaba renacuajos. Alrededor de una glorieta se elevaban estanques escalonados en los que bebían las palomas. Llegados a ese punto, tomamos un estrecho sendero abierto en un bosquecillo.

—Andad con precaución —nos dijo el señor de Astarac—. Este sendero es peligroso porque está bordeado de Mandrágoras^[111] que, por la noche, cantan al pie de los árboles. Están escondidas en el suelo. Guardaos de ponerles el pie encima: os dominaría el mal de amor o la sed de riqueza, y estaríais perdidos, porque las pasiones que inspira la Mandrágora son melancólicas.

Pregunté cómo se podía evitar ese peligro invisible. El señor de Astarac me respondió que se podía evitar por adivinación intuitiva, y no de otro modo.

—Además —añadió— este sendero es funesto.

Conducía directamente a un pabellón de ladrillo, oculto bajo la hiedra, que sin duda había servido antaño de casa para un guarda. Allí terminaba el parque, junto a las fangosas orillas del Sena.

—Ved ese pabellón —nos dijo el señor de Astarac—. En él reside el más sabio de los hombres. Ahí es donde Mosaïde, a sus ciento doce años de edad, se adentra con majestuosa tenacidad en los arcanos de la naturaleza. Ha dejado muy atrás a Imbonatus y a Bartoloni^[112]. Quería honrarme, señores, albergando bajo mi techo al más grande de los cabalistas después de Enoch, hijo de Caín. Pero escrúpulos de religión han impedido que Mosaïde se siente a mi mesa, pues la considera cristiana, y con ello le hace demasiado honor. No podréis imaginar con qué violencia odia este sabio a los cristianos. A duras penas ha consentido en alojarse en este pabellón, donde vive solo con su sobrina Jahel. Señores, no podéis tardar más en conocer a Mosaïde; ahora mismo voy a presentaros, al uno y al otro, a este hombre divino.

Habiendo hablado así, el señor de Astarac nos introdujo en el pabellón y nos hizo subir por una escalera de caracol hasta una habitación donde se encontraba, sentado en un gran sillón de orejas, en medio de manuscritos dispersos, un anciano de ojos vivos y nariz aguileña, cuya barbilla huidiza dejaba escapar dos ralos mechones de barba blanca. Un gorro de terciopelo, con forma de corona imperial, cubría su cabeza calva, y su cuerpo, de una delgadez que no era ni siquiera humana, se envolvía en un viejo ropón de seda amarilla, deslumbrante y sórdido.

Aunque sus penetrantes miradas se habían dirigido hacia nosotros, no dio señal alguna de haberse percatado de nuestra llegada. Su rostro expresaba una dolorosa obstinación, y hacía girar lentamente, entre sus dedos arrugados, la caña que le servía para escribir.

—No esperéis de Mosaïde palabras vanas —nos dijo el señor de Astarac—. Desde hace tiempo este sabio sólo se relaciona con los Genios y conmigo. Sus discursos son sublimes. Como sin duda no accederá a conversar con vosotros,

señores, os daré en pocas palabras una idea de sus méritos. Él es el primero que ha descubierto el sentido espiritual de los libros de Moisés, según el valor de los caracteres hebraicos, el cual depende del orden de las letras en el alfabeto. Ese orden había sido alterado a partir de la undécima letra. Mosaïde lo ha restablecido, lo que no habían podido hacer Atrabis, Filón, Avicena, Raimundo Lulio, Pico de la Mirandola, Reuchelin, Henri Morus y Robert Flydd^[113]. Mosaïde conoce el número de oro que corresponde a Jehová en el mundo de los Espíritus. Y comprenderéis, señores, que eso es de una trascendencia incalculable.

Mi buen maestro sacó su caja del bolsillo y, tras habérnosla ofrecido cortésmente, aspiró un poco de rapé y dijo:

—¿No creéis, señor de Astarac, que esos conocimientos son muy adecuados para conducirnos hasta el diablo al término de esta vida transitoria? Porque, en fin, este señor Mosaïde se equivoca visiblemente en la interpretación de las sagradas escrituras. Cuando Nuestro Señor murió en la cruz por la salvación de los hombres, la sinagoga sintió que una venda caía sobre sus ojos; se tambaleó como una mujer ebria, y su corona cayó de su cabeza^[114]. Desde entonces, la comprensión del Antiguo Testamento está limitada a la Iglesia católica, a la que pertenezco pese a mis múltiples iniquidades.

Al oír estas palabras, Mosaïde, semejante a un dios cabrío, sonrió de una manera espantosa y dijo a mi buen maestro con voz lenta, agria y como lejana:

—La Masorah no te ha confiado sus secretos, y la Mishnah^[115] no te ha revelado sus misterios.

—Mosaïde —prosiguió el señor de Astarac— interpreta con claridad no solamente los libros de Moisés, sino el de Enoch, que es mucho más importante y que los cristianos han rechazado por ser incapaces de comprenderlo, así como el gallo de la fábula árabe desdeña la perla caída entre los granos. Este libro de Enoch, señor abate Coignard, es tanto más precioso cuanto que en él se ven las primeras relaciones de las hijas de los hombres con los Silfos. Pues bien comprendéis que esos ángeles que Enoch nos muestra entablando comercio amoroso con las mujeres, son Silfos y Salamandras.

—Así lo entenderé, señor —respondió mi buen maestro—, para no contrariaros. Pero, por lo que se conserva del libro de Enoch, que es evidentemente apócrifo, sospecho que esos ángeles no eran Silfos, sino mercaderes fenicios.

—¿Y en qué fundáis —preguntó el señor de Astarac— una opinión tan singular?

—La fundo, señor, en que este libro dice que los ángeles enseñaron a las mujeres el uso de los brazaletes y los collares, el arte de teñirse las cejas y el de emplear toda clase de cosméticos. Se dice además en el mismo libro que los ángeles enseñaron a las hijas de los hombres las propiedades de las raíces y de los árboles, los encantamientos y el arte de observar las estrellas. De buena fe, señor, ¿no tienen esos ángeles todo el aspecto de tirios o sidonios abordando alguna costa medio desierta y desembalando su pacotilla al pie de las rocas para tentar a las muchachas de las tribus

salvajes? Esos traficantes les daban collares de cobre, amuletos y medicamentos a cambio de incienso, ámbar y pieles, y asombraban a esas hermosas e ignorantes criaturas hablándoles de las estrellas con el conocimiento adquirido en sus navegaciones. Esto está claro, y me gustaría saber desde qué punto de vista el señor Mosaïde podría contradecirme.

Mosaïde guardó silencio, y el señor de Astarac sonrió de nuevo:

—Señor Coignard —dijo—, no razonáis excesivamente mal, siendo tan ignorante, como aún sois, de la gnosis y de la cábala. Y lo que decís me hace pensar que podrían encontrarse algunos Gnomos metalúrgicos y orfebres entre esos Silfos que se unieron amorosamente con las hijas de los hombres. Los Gnomos, en efecto, se ocupan con agrado de la orfebrería, y es probable que fueran esos ingeniosos demonios quienes forjaron esos brazaletes que vos creéis de fabricación fenicia. Pero tendréis alguna desventaja, señor, os lo prevengo, si pretendéis comparar con los de Mosaïde vuestros conocimientos de las antigüedades humanas. Él ha descubierto monumentos que se creían perdidos, y entre otros, la columna de Set^[116] y los oráculos de Sambethé, hija de Noé, la más antigua de las Sibilas^[117].

—¡Oh! —exclamó mi buen maestro, saltando sobre el pavimento, del que se elevó una nube de polvo—. ¡Oh, qué ilusiones! Eso es demasiado, os burláis de mí, y el señor Mosaïde no puede almacenar tantas locuras en su cabeza, bajo ese enorme gorro que se parece a la corona de Carlomagno. La columna de Set es una invención ridícula de ese insustancial Flavio Josefo^[118]: un cuento absurdo que no había conseguido engañar a nadie antes que a vos. En cuanto a las predicciones de Sambethé, hija de Noé, siento gran curiosidad por conocerlas, y el señor Mosaïde, que parece bastante avaro de sus palabras, lograría que le quedara muy agradecido si hiciera salir algunas de su boca, pues no le es posible, he de reconocerlo, proferirlas por la vía secreta a través de la cual las antiguas sibilas tenían la costumbre de hacer salir sus misteriosas respuestas.

Mosaïde, que no parecía escuchar, dijo de pronto:

—La hija de Noé ha hablado. Sambethé ha dicho: «El hombre vano que ríe y se burla no oirá la voz que sale del séptimo tabernáculo; el impío irá miserablemente a su ruina».

Después de este oráculo, los tres nos despedimos de Mosaïde.

AQUEL año, el verano fue espléndido y despertó en mí las ganas de dar paseos. Un día, cuando erraba bajo los árboles de Cours-la-Reine^[119] con dos escudos que había encontrado por la mañana en el bolsillo de mis calzas y que eran el primer hecho por el cual mi fabricante de oro había mostrado su munificencia, me senté a la puerta de una taberna ante una mesa cuya pequeñez era apropiada a mi soledad y mi modestia, y allí me puse a meditar sobre la singularidad de mi destino, mientras a mi lado unos mosqueteros bebían vino de España en compañía de unas muchachas de vida alegre. Dudaba si la Cruz de los Arenales, el señor de Astarac, Mosaïde, el papiro de Zósimo y mi hermoso traje no serían también sueños de los que iría a despertar para encontrarme con ropa de fustán ante el espetón de la *Reina Pie de Oca*.

Salí de mi ensueño al notar que tiraban de mi manga. Y vi ante mí al hermano Ángel, cuyo rostro se ocultaba entre su capuchón y su barba.

—Señor Jacques Ménétrier —me dijo en voz baja—, una señorita que os aprecia mucho os espera en su carroza, que está en la calzada, entre el río y la puerta de la Conferencia.

El corazón me latió con fuerza. Sorprendido y embelesado por esta aventura, me dirigí en seguida al lugar indicado por el capuchino, caminando, sin embargo, con paso tranquilo, lo que me pareció lo más adecuado. Al llegar al muelle vi una carroza y una pequeña mano apoyada en el borde de la portezuela.

Esa portezuela se abrió cuando me acerqué, y tuve una gran sorpresa al encontrar en el interior de la carroza a la señorita Catherine con un vestido de satén rosa y la cabeza cubierta por un tocado en el que sus cabellos rubios se ensortijaban entre encajes negros.

Me quedé atónito, con el pie en el estribo.

—Venid —me dijo ella— y sentaos junto a mí. Cerrad la portezuela, os lo ruego. Es preciso que no os vean. Hace un momento, al pasar por esta encrucijada, os he visto en esa taberna. Inmediatamente os he enviado aviso por el hermano Ángel, al que escogí para hacer los ejercicios de cuaresma y conservo a mi lado desde entonces, pues, en cualquier situación en que una se encuentre, hay que ser piadosa. Teníais muy buen aspecto, señor Jacques, ante vuestra mesita, con la espada atravesada sobre los muslos y el aire melancólico de un hombre de calidad. Siempre sentí afecto por vos, y no soy de esas mujeres que, en la prosperidad, desprecian a los amigos de antaño.

—¡Eh, vaya, señorita Catherine! —exclamé—. ¿Y esta carroza, estos lacayos, este vestido de satén...?

—Provienen —me dijo— de las bondades del señor de la Guéritaude, que está en la recaudación de impuestos^[120] y es uno de los más ricos financieros. Ha prestado dinero al rey. Es un excelente amigo a quien por nada en el mundo quisiera disgustar. Pero no es tan amable como vos, señor Jacques. Me ha dado también una casita en Grenelle, que os enseñaré desde la bodega al desván. Señor Jacques, me alegro

mucho de veros camino de hacer fortuna. El mérito siempre se descubre. Veréis mi dormitorio, que está copiado del de la señorita Davilliers. Es todo de espejos, con figuritas de porcelana. ¿Cómo sigue vuestro buen padre? Dicho sea entre nosotros, tenía un poco descuidados a su mujer y a su asador. Eso es un gran error en un hombre de su condición. Pero hablemos de vos.

—Hablemos de vos, señorita Catherine —dije yo por fin—. Sois muy bonita, y es una lástima que os gusten los capuchinos. Pues hay que tolerar que os gusten los recaudadores de impuestos.

—¡Oh! —dijo ella—, no me reprochéis lo del hermano Ángel. Lo he hecho tan sólo por la salvación de mi alma, y si tuviera que dar un rival al señor de la Guéritaude, sería...

—¿Quién sería?

—No me lo preguntéis, señor Jacques. Sois un ingrato. Porque sabéis que siempre os he preferido. Pero no os dabais cuenta.

—Al contrario, yo era sensible a vuestras burlas, señorita Catherine. Hacíais que me avergonzara porque no tenía pelos en la barba. Más de una vez me dijisteis que yo era un poco tontuelo.

—Era cierto, señor Jacques, y más cierto de lo que creíais. ¿Cómo no adivinasteis que yo os tenía mucho afecto?

—¿Porque, Catherine, erais tan bonita que me dabais miedo? No me atrevía a miraros. Y además vi que un día estabais verdaderamente enfadada conmigo.

—Tenía razones para estarlo. Habíais preferido iros con una pelandusca saboyana, el desecho del puerto de Saint-Nicolas.

—¡Ah!, creedme, Catherine, que no fue por gusto ni por inclinación, sino porque ella empleó medios enérgicos para vencer mi timidez.

—¡Ah!, amigo mío, creedme, porque soy mayor que vos: la timidez es un grave pecado contra el amor. ¿No habéis visto a esa mendiga que lleva las medias agujereadas y una orla de media vara de mugre y fango en los bajos de sus enaguas?

—La he visto, Catherine.

—Entonces, ¿cómo pudisteis amar a aquella birria saboyana, vos, que tenéis la piel blanca y modales distinguidos?

—Yo mismo no lo concibo, Catherine. Fue necesario que, en aquel momento, mi imaginación estuviera llena de vos. Y puesto que vuestra sola imagen me dio el valor y la fuerza cuya carencia hoy me reprocháis, calculad, Catherine, cómo hubieran sido mis transportes si os hubiera estrechado en mis brazos, a vos misma o a una muchacha que se os pareciera un poco. Porque os amaba extraordinariamente.

Ella asió mis manos y suspiró. Adopté un tono melancólico:

—Sí, yo os amaba, Catherine, y os amaría aún, sin ese monje asqueroso.

Ella protestó:

—¡Qué sospecha! Me enojáis. Eso es una locura.

—¿No os gustan los capuchinos?

—¡Qué asco!

No juzgando oportuno insistir sobre ese tema, ceñí su talle; nos abrazamos, nuestros labios se encontraron y sentí que todo mi ser se derretía de voluptuosidad.

Tras un momento de lánguido abandono, ella se desprendió del abrazo con las mejillas ruborosas, los ojos húmedos y los labios entreabiertos. Fue a partir de ese día cuando supe hasta qué punto una mujer se embellece y engalana por el beso que se deposita en su boca. El mío había hecho surgir en las mejillas de Catherine rosas de la más suave tonalidad y había bañado la flor azul de sus ojos con un resplandeciente rocío.

—Sois un niño —me dijo, recomponiendo su tocado—. ¡Idos! No podéis permanecer aquí un momento más. El señor de la Guéritade va a venir. Me ama con tal impaciencia que se adelanta a las horas de las citas.

Leyendo entonces en mi rostro la contrariedad que yo sentía, añadió con tierna vivacidad:

—Pero escuchadme, Jacques: él se marcha cada noche a las nueve junto a su anciana mujer, que con la edad se ha hecho desabrida, que no soporta sus infidelidades desde que no está en condiciones de devolvérselas y cuyos celos han llegado a ser espantosos. Venid esta noche a las nueve y media. Os recibiré. Mi casa está en la esquina de la rue du Bac. La reconoceréis porque hay tres ventanas en cada piso y un balcón cubierto de rosas. Ya sabéis que siempre me han gustado las flores. ¡Hasta la noche!

Me rechazó con un gesto cariñoso que parecía traicionar la pesadumbre de no poder retenerme, y luego, con un dedo en los labios, volvió a murmurar:

—¡Hasta la noche!

No sé cómo me fue posible desprenderme de los brazos de Catherine; pero lo cierto es que, al saltar de la carroza, caí, o poco faltó, sobre el señor de Astarac, cuya alta figura estaba plantada como un árbol al borde de la calzada. Le saludé cortésmente y le manifesté mi sorpresa por tan feliz casualidad.

—La casualidad —me dijo— disminuye a medida que aumenta el conocimiento: para mí está suprimida. Sabía, hijo mío, que debía encontraros aquí. Es preciso que tenga con vos una conversación aplazada desde hace mucho tiempo. Vamos, si gustáis, a buscar la soledad y el silencio que exige el asunto que os voy a exponer. No pongáis esa cara de preocupación. Los misterios que voy a desvelaros son sublimes, en verdad, pero amables.

Habiendo hablado así, me condujo hasta el borde del Sena, frente a la isla de los Cisnes, que se elevaba en medio del río como una nave de follaje. Luego hizo una señal al barquero, cuya balsa nos llevó a la isla verde, frecuentada solamente por algunos inválidos que, cuando hace buen tiempo, juegan allí a los bolos y vacían una botella. La noche encendía sus primeras estrellas en el cielo y daba voz a los insectos escondidos entre las hierbas. La isla estaba desierta. El señor de Astarac se sentó en un banco de madera, al final de una hilera de nogales, me invitó a tomar asiento a su lado y me habló en estos términos:

—Hay tres clases de individuos, hijo mío, a quienes el filósofo debe ocultar sus secretos. Y éstos son: los príncipes, porque sería imprudente aumentar su poder; los ambiciosos, cuyo genio despiadado no se debe reforzar; y los libertinos, que encontrarían en la ciencia oculta el medio de saciar sus malas pasiones. Pero yo puedo abrirme a vos, que no sois ni libertino, pues no tengo en cuenta el error que hace poco ibais a cometer cayendo en los brazos de esa muchacha, ni ambicioso, pues hasta ahora habéis vivido satisfecho haciendo dar vueltas al espetón paterno. Puedo, pues, descubrirnos sin temor las leyes ocultas del universo.

»No hay que creer que la vida esté limitada a las estrechas condiciones en que se manifiesta a los ojos del vulgo. Cuando vuestros teólogos y vuestros filósofos os enseñan que la creación tuvo al hombre por objeto y por fin, razonan como las sabandijas de Versalles y las Tullerías, que creen que la humedad de las bodegas está hecha para ellas y que el resto del palacio no es habitable. El sistema del universo que el canónigo Copérnico enseñaba el siglo pasado, siguiendo a Aristarco de Santos^[121] y a los filósofos pitagóricos, sin duda os es conocido, pues de él se han hecho incluso resúmenes para los maestrillos de escuela y diálogos para los charlatanes de la ciudad. En mi casa habéis visto una máquina que lo muestra perfectamente por medio de un mecanismo de relojería.

»Levantad la mirada, hijo mío, y ved sobre vuestra cabeza el Carro de David que, arrastrado por Mizar y sus dos ilustres compañeros, gira alrededor del polo; Arturo, Vega de la Lira, la Espiga de la Virgen, la Corona de Ariadna y su encantadora perla^[122]. Son soles. ¡Una sola ojeada al mundo os hace ver que la creación entera es una obra de fuego y que la vida, bajo sus más bellas formas, debe alimentarse de

llamas!

»¿Y qué son los planetas? Gotas de lodo, un poco de fango y moho. Contemplad el augusto coro de las estrellas, la asamblea de los soles. Todos ellos igualan o superan al nuestro en tamaño y en poder, y cuando, alguna clara noche de invierno, os haya mostrado a Sirio^[123] con mi catalejo, vuestros ojos y vuestra alma quedarán deslumbrados.

»¿Creéis de buena fe que Sirio, Altair, Régulo, Aldebarán^[124] y todos esos soles sean únicamente luminarias? ¿Creéis que este viejo Febo^[125], que vierte incesantemente en los espacios en que flotamos sus desmesuradas oleadas de calor y de luz, no tenga más función que la de iluminar la tierra y algunos otros planetas imperceptibles y repugnantes? ¡Qué fuego! ¡Un millón de veces más grande que cualquier hogar!

»He debido presentaros en primer lugar la idea de que el universo está compuesto de soles y que los planetas que en él pueden encontrarse son menos que nada. Pero preveo que queréis hacerme una objeción, y voy a responderos. Los soles, vais a decirme, se apagan a lo largo de los siglos, y se convierten también en fango. ¡No!, os respondería, porque se mantienen de los cometas que atraen y que caen en ellos. Es el habitáculo de la verdadera vida. Los planetas y esta tierra en que vivimos no son más que moradas de larvas. Tales son las verdades de las que es preciso que os convenzáis en primer lugar.

»Ahora que sabéis, hijo mío, que el fuego es el elemento por excelencia, comprenderéis mejor lo que voy a enseñaros, que es más considerable que todo lo que habéis aprendido hasta ahora y que jamás llegaron a conocer Erasmo, Turnèbe y Escalígero; y no hablo de teólogos como Quesnel o Bossuet^[126], que, entre nosotros, son la hez de la inteligencia humana y que apenas tienen más entendimiento que un capitán de guardias. No perdamos el tiempo en despreciar esos cerebros, comparables por su forma y volumen a los huevos de un pajarillo, y vayamos cuanto antes al objeto de mi discurso. Mientras que las criaturas formadas por la tierra no sobrepasan el grado de perfección que, por la belleza de sus formas, fue alcanzado por Antinoo y la señora de Parabère, y al que sólo llegamos, por la facultad de conocer, Demócrito^[127] y yo, los seres formados por el fuego gozan de una sabiduría y de una inteligencia cuya amplitud nos es imposible concebir.

»Tal es, hijo mío, la naturaleza de los gloriosos hijos de los soles; poseen las leyes del universo como nosotros poseemos las reglas del juego del ajedrez, y el curso de los astros en el cielo no les preocupa más que a nosotros los movimientos sobre el tablero del rey, la torre y el alfil. Esos Genios crean mundos en las partes del espacio donde aún no existen y los organizan a su antojo. Esto les distrae un momento de su gran ocupación, que es la de unirse entre ellos por inefables amores. Dirigía ayer mi catalejo hacia el signo de la Virgen y percibí un lejano torbellino de luz. No hay duda, hijo mío, de que eso fue la obra aún informe de alguno de esos seres de fuego.

»El universo, a decir verdad, no tiene otro origen. Lejos de ser el efecto de una

voluntad única, es el resultado de los caprichos sublimes de un gran número de Genios que se han recreado trabajando en él, cada uno a su tiempo y cada cual por su parte. Esto es lo que explica su diversidad, su magnificencia y su imperfección. Porque la fuerza y la clarividencia de esos Genios, aunque inmensas, tienen sus límites. Os engañaría si os dijera que un hombre, aun siendo filósofo y mago, puede entrar en relación familiar con ellos, Ninguno de ellos se me ha manifestado, y todo lo que os digo sólo me es conocido por inducción o de oídas. Así pues, aunque su existencia sea cierta, me comprometería demasiado si os describiera sus costumbres y su carácter. Es preciso saber ignorar, hijo mío, y me precio de no aventurar más que hechos perfectamente observados. Dejemos, pues, a esos Genios o, mejor dicho, a esos Demiurgos en su gloria lejana y vayamos a seres ilustres que nos tocan más de cerca. Aquí es, hijo mío, donde debéis tener el oído bien abierto.

»Hablándoos hace poco de los planetas, si he cedido a un sentimiento de desprecio, ha sido porque sólo tenía en cuenta la superficie sólida y la corteza de esas bolitas o peonzas y los animales que se arrastran penosamente por ellas. Habría hablado en otro tono si mi mente hubiera incluido, con los planetas, el aire y los vapores que los envuelven. Porque el aire es un elemento que sólo es inferior en nobleza al fuego, de donde se deduce que la dignidad y la importancia de los planetas se encuentra en el aire que los baña. Esas nubes, esos suaves vapores, esas ráfagas, esas claridades, esas ondas azules, esas islas movibles de púrpura y de oro que pasan sobre nuestras cabezas, son morada de seres adorables. Se les llama Silfos y Salamandras. Son criaturas infinitamente amables y bellas. Nos es posible y conveniente formar con ellas uniones cuyas delicias no se pueden imaginar. Las Salamandras poseen tal calidad que, junto a ellas, la más hermosa criatura de la corte o de la ciudad no es más que un repugnante adefesio. Se entregan de buena gana a los filósofos. Sin duda habréis oído hablar de esa maravilla que acompañaba en sus viajes al señor Descartes. Unos decían que era una hija natural que llevaba con él a todas partes; otros pensaban que era un autómatas que había fabricado con un arte inimitable. En realidad era una Salamandra que este hombre tan capaz había tomado por amiga. No se separaba jamás de ella. Durante una travesía que hizo por los mares de Holanda la llevó a bordo, encerrada en una caja hecha de una madera preciosa y fórrala interiormente de raso. La forma de dicha caja y las precauciones con que el señor Descartes la guardaba llamaron la atención del capitán, quien, durante el sueño del filósofo, levantó la tapa y descubrió la Salamandra. Aquel hombre ignorante y grosero imaginó que tan maravillosa criatura era obra del diablo. Espantado, la arrojó al mar. Pero vos acertáis al suponer que aquella hermosa criatura no se ahogó y que le fue fácil reunirse con su buen amigo, el señor Descartes. Le guardó fidelidad mientras él vivió y, a su muerte, abandonó esta tierra para no volver^[128].

»Os cito este ejemplo, entre otros muchos, para haceros conocer los amores de los filósofos y las Salamandras. Estos amores son demasiado sublimes para estar sometidos a contratos; y habréis de convenir en que el ridículo aparato que se

despliega en los matrimonios no sería admisible en tales uniones. ¡Sería verdaderamente bonito que un notario con peluca y un cura gordo metieran allí las narices! Estos señores sirven solamente para sellar la vulgar unión de un hombre y una mujer. Los himeneos de las Salamandras y los sabios tienen testigos más augustos. Los seres aéreos los celebran en navíos que, impulsados por vientos ligeros, se deslizan con las popas coronadas de rosas, al son de las arpas, sobre olas invisibles. Pero no vayáis a creer que, por no haber sido inscritos en el sucio registro de una innoble sacristía, esos compromisos sean poco sólidos y puedan romperse con facilidad. Tienen por fiadores a los Espíritus que viven sobre las nubes de las que brota el relámpago y cae el rayo. Os hago aquí, hijo mío, revelaciones que os serán útiles, pues he reconocido por indicios seguros que estáis destinado al lecho de una Salamandra.

—¡Ay de mí, señor! —exclamé—. Ese destino me asusta, y tengo casi tantos escrúpulos como aquel capitán holandés que arrojó al mar a la buena amiga del señor Descartes. No puedo dejar de pensar, como él, que las damas aéreas son demonios. Temería perder mi alma con ellas, pues, a fin de cuentas, señor, esa coyundas son contrarias a la naturaleza y se oponen a la ley divina. ¡Cuánto lamento que el señor Jérôme Coignad, mi buen maestro, no esté aquí para escucharos! Estoy seguro de que me fortificaría con buenos argumentos contra las delicias de vuestras Salamandras, señor, y de vuestra elocuencia.

—El abate Coignard —repuso el señor de Astarac— es admirable para traducir del griego. Pero no hay que sacarlo de sus libros. Carece por completo de filosofía. En cuanto a vos, hijo mío, razonáis con las imperfecciones propias de la ignorancia, y la debilidad de vuestros razonamientos me aflige. Decís que esas uniones son contrarias a la naturaleza. ¿Qué sabéis de eso? ¿Y qué medios tendríais de saberlo? ¿Cómo es posible distinguir lo que es natural y lo que no lo es? ¿Conocemos lo suficientemente a la universal Isis^[129] para discernir lo que le es favorable de lo que le es contrario? Pero digamos mejor: nada es contrario a la naturaleza, y todo le favorece, puesto que nada existe que no entre en el juego de sus órganos y que no siga las actitudes innumerables de su cuerpo. ¿De dónde vendrían, os ruego me lo digáis, los enemigos para ofenderla? Nada se mueve ni contra ella ni fuera de ella, las fuerzas que parecen combatirla no son más que movimientos de su propia vida.

»Sólo los ignorantes se sienten lo bastante seguros para decidir si una acción es natural o no. Pero admitamos un momento sus ilusiones y sus prejuicios y finjamos reconocer que es posible cometer actos contra natura. Tales actos, ¿serán por eso malos y condenables? Me atengo en este punto a la opinión vulgar de los moralistas que presentan la virtud como un esfuerzo contra los instintos, como una acción contra las inclinaciones que existen en nosotros, como una lucha, en fin, contra el hombre original. Según su propia confesión, la virtud es contraria a la naturaleza, y consecuentemente no pueden condenar una acción, cualquiera que sea, por lo que tiene en común, o no, con la virtud.

»He hecho esta digresión, hijo mío, a fin de mostraros la lamentable ligereza de vuestros razonamientos. Os ofendería creyendo que aún quedan en vos algunas dudas sobre la inocencia del comercio carnal que los hombres pueden tener con las Salamandras. Sabed, pues, ahora que, lejos de estar prohibidos por las leyes religiosas, tales matrimonios son prescritos por dichas leyes con exclusión de todos los demás. Voy a daros pruebas manifiestas de ello.

Se detuvo, sacó de su bolsillo la caja de rapé y se puso un poco en la nariz.

La noche era muy oscura. La luna derramaba sobre el río sus claridades líquidas, que temblaban con el reflejo de los faroles. El vuelo de las efímeras nos envolvía en sus ligeros torbellinos. La voz aguda de los insectos se elevaba en el silencio del universo. Una dulzura tal descendía del cielo que parecía mezclarse con leche la claridad de las estrellas.

El señor de Astarac prosiguió de esta manera:

—La Biblia, hijo mío, y principalmente los libros de Moisés contienen grandes y útiles verdades. Esta opinión parece absurda y disparatada a consecuencia del tratamiento que los teólogos han infligido a lo que ellos denominan la Escritura y de la que han hecho, con sus comentarios, glosas y meditaciones, un manual de errores, una biblioteca de absurdos, un almacén de necedades, un gabinete de mentiras, una galería de estupideces, un liceo de la ignorancia, un museo de ineptias y, en fin, el depósito de la majadería y la maldad humanas. Sabed, hijo mío, que éste fue en su origen un templo henchido de una luz celeste.

»Yo he tenido la suerte de poder restablecerlo en su primitivo esplendor. Y la verdad me obliga a declarar que Mosaïde me ha ayudado mucho con su conocimiento de la lengua y del alfabeto de los hebreos. Pero no perdamos de vista nuestro asunto principal. Sabed ante todo, hijo mío, que el sentido de la Biblia es figurado y que el error principal de los teólogos es haber tomado al pie de la letra lo que debe ser entendido como un símbolo. Tened presente esta verdad a lo largo de todas mis palabras.

»Cuando el Demiurgo a quien se llama Jehová y que posee también otros muchos nombres, puesto que generalmente se le aplican todos los términos que expresan calidad o cantidad, hubo, no digo creado el mundo, porque decir eso sería una estupidez, sino arreglado una pequeña zona del universo para hacer de ella la morada de Adán y Eva, existían en el espacio criaturas sutiles que Jehová no había formado ni era capaz de formar. Eran obra de otros Demiurgos más antiguos y más hábiles que él. Su habilidad no superaba la de un excelente alfarero, capaz de modelar en arcilla seres humanos en vez de pucheros, tales como somos precisamente nosotros. Esto que digo no es con el fin de menospreciarlo, pues semejante obra está aún por encima de las fuerzas humanas.

»Pero era necesario advertir el carácter inferior de la obra de los siete días. Jehová no trabajó con fuego, que es el único que da origen a las obras maestras de la vida, sino con barro, donde sólo podía producir las obras de un ceramista ingenioso.

Nosotros no somos otra cosa, hijo mío, que una alfarería animada. No se puede reprochar a Jehová que se hiciera ilusiones sobre la calidad de su trabajo. Si con el ardor de la composición le pareció bueno en un primer momento, no tardó en reconocer su error, y la Biblia está llena de las expresiones de su descontento, que llegó con frecuencia al mal humor y, a veces, hasta la cólera. No hubo jamás un artesano que tratara los productos de su trabajo con más repugnancia y aversión. Pensó destruirlos y, en electo, ahogó la mayor parte. Ese diluvio cuyo recuerdo ha sido conservado por los judíos, los griegos y los chinos, deparó una última decepción al desgraciado Demiurgo, que, reconociendo muy pronto la inutilidad y el ridículo de semejante violencia, cayó en un desaliento y en una apatía cuya persistencia no ha cesado desde Noé hasta nuestros días, en los que son extremadas. Pero veo que me he anticipado. Es el inconveniente de estos temas tan amplios: no se les puede poner límites. Nuestra mente, cuando entra en ellos, se parece a esos hijos de los soles que pasan en un solo sallo de un universo a otro.

»Volvamos al Paraíso terrenal, donde el Demiurgo había colocado los dos cacharros modelados por su mano: Adán y Eva. No vivían solos entre los animales y las plantas. Los Espíritus del aire, creados por los Demiurgos del fuego, flotaban sobre ellos y los miraban con una curiosidad en la que se mezclaban la simpatía y la piedad. Es lo que Jehová había previsto. Apresurémonos a decir en su honor que, para mejorar y perfeccionar sus figuritas de arcilla, había contado con los Genios del fuego, a los que podemos dar de ahora en adelante sus verdaderos nombres de Elfos y Salamandras. En su prudencia se había dicho: “Mi Adán y mi Eva, opacos y sustentados en arcilla, carecen de aire y de luz. No he sabido darles alas. Pero, uniéndose a las Salamandras y a los Elfos creados por un Demiurgo más poderoso y más sutil que yo, darán nacimiento a criaturas que procederán tanto de las razas luminosas como de la raza de arcilla y que, a su vez, tendrán hijos más luminosos que ellas mismas, hasta que al fin su posteridad casi iguale en belleza a los hijos y las hijas del aire y del fuego”.

»A decir verdad, nada había descuidado para atraer sobre su Adán y su Eva las miradas de los Silfos y las Salamandras. Había modelado a la mujer en forma de ánfora, con una armonía de líneas curvas que bastarían para ser apreciada por el príncipe de los geómetras, y logró compensar la tosquedad de la materia con la magnificencia de las formas. Había modelado a Adán con una mano menos acariciadora, pero más enérgica, formando su cuerpo con tanto orden y según proporciones tan perfectas que, aplicadas más tarde por los griegos a la arquitectura, ese orden y esas medidas dieron lugar a toda la belleza de sus templos.

»Ved, pues, hijo mío, que Jehová se había dedicado, según sus medios, a hacer a sus criaturas dignas de los besos aéreos que esperaba para ellas. No insisto en las precauciones que tomó para que tales uniones fueran fecundas. La economía de los sexos da suficiente testimonio de su sabiduría al respecto. Hubo también de felicitarse en primer lugar por su astucia y su habilidad. Ya he dicho que las Salamandras y los

Silfos miraron a Adán y a Eva con esa curiosidad, esa simpatía y esa ternura que son los primeros ingredientes del amor. Se acercaron a ellos y cayeron en las ingeniosas trampas que Jehová había tendido y dispuesto con esa intención en el cuerpo y sobre el vientre de aquellas dos ánforas. El primer hombre y la primera mujer gustaron durante siglos de los deliciosos abrazos de los Genios del aire, que los conservaban en una eterna juventud.

»Tal fue su suerte, tal sería aún la nuestra. ¿Por qué fue necesario que los padres del género humano, cansados de esas sublimes voluptuosidades, buscaran uno y otra placeres criminales? Pero qué queréis, hijo mío: moldeados con arcilla, sentían atracción por el fango. ¡Ay!, se conocieron él y ella de la misma manera que habían conocido a los Genios.

»Eso es lo que el Demiurgo les había expresamente prohibido. Temiendo con razón que, uniéndose, tuvieran hijos macizos como ellos, terrosos y pesados, les había prohibido, bajo las penas más severas, acercarse el uno al otro. Tal es el sentido de estas palabras de Eva: “Respecto al fruto del árbol que está en medio del Paraíso, Dios nos ha ordenado no comerlo y ni aun siquiera tocarlo, por temor a que nos veamos en peligro de morir”. Porque bien comprendéis, hijo mío, que la manzana que tentó a la deplorable Eva no era el fruto de un manzano y que se trata de una alegoría cuyo sentido os he revelado. Aunque imperfecto y a veces violento y caprichoso, Jehová era un demiurgo demasiado inteligente para molestarse por una manzana o una granada. Hay que ser obispo o capuchino para sostener fantasías tan extravagantes. Y la prueba de que la manzana era lo que he dicho es que Eva recibió un castigo adecuado a su falta. No se le dijo: “Tendrás digestiones pesadas”, sino: “Parirás con dolor”. Ahora bien, os ruego me lo digáis, ¿qué relación se puede establecer entre una manzana y un parto difícil? Por el contrario, la pena está perfectamente aplicada si la falta es tal como os he hecho conocer.

»He aquí, hijo mío, la verdadera explicación del pecado original. Os enseña vuestro deber, que es manteneros alejado de las mujeres. La inclinación que os lleva hacia ellas es funesta. Todos los hijos que nacen por ese medio son imbéciles y miserables.

—Pero, señor —exclamé—, ¿podría hacerse por otro medio?

—Afortunadamente —me dijo— nace un gran número de hijos de la unión de los hombres con los Genios del aire. Y son inteligentes y hermosos. Así nacieron los gigantes de los que hablan Hesíodo y Moisés; así nació Pitágoras, al que la Salamandra, su madre, dotó de un muslo de oro; así nacieron Alejandro Magno, de quien se decía que era hijo de Olimpia y de una serpiente, Escipión el Africano, Aristómenes de Mesenia, Julio César, Porfirio, el emperador Juliano, que restableció el culto del fuego abolido por Constantino el Apóstata, Merlín el Encantador, nacido de un Silfo y de una religiosa, hija de Carlomagno, santo Tomás de Aquino, Paracelso y, más recientemente, el señor Van Helmont^[130].

Prometí al señor de Astarac, y así habría de ser, consentir en el afecto de una

Salamandra, si se encontrara alguna lo bastante amable para interesarse por mí. Me aseguró que encontraría no una, sino veinte o treinta, entre las cuales no tendría más dificultad que la de escoger. Y, menos por deseo de intentar la aventura que por complacerlo, pregunté al filósofo cómo era posible ponerse en comunicación con esos seres aéreos.

—Nada es más fácil —me respondió—. Basta con una bola de vidrio cuyo uso os explicaré. Guardo en mi casa un número bastante grande de esas bolas, y pronto os daré, en mi gabinete, todas las aclaraciones necesarias. Pero ya es bastante por hoy.

Se levantó y marchó hacia la balsa, donde nos esperaba el barquero, tendido boca arriba y roncando a la luna. Cuando hubimos llegado a la orilla, se alejó rápidamente y no tardó en perderse en la oscuridad de la noche.

DE esta larga conversación me quedaba la sensación confusa de un sueño; la figura de Catherine me era más tangible. A pesar de las sublimidades que acababa de oír, tenía un gran deseo de verla, aunque no había cenado. Las ideas del filósofo no habían penetrado suficientemente en mis sentidos para que yo pudiera imaginar algo repugnante en aquella bonita muchacha. Estaba resuelto a apurar hasta el fin mi buena suerte antes de estar en posesión de alguna de esas bellas furias del aire que no aceptan rivales terrestres. Mi temor era que, a una hora tan avanzada de la noche, Catherine se hubiera cansado de esperarme. Siguiendo mi camino a lo largo del río y cruzando de prisa el pont Royal, me interné en la rue du Bac. Alcancé en un minuto la de Grenelle, donde escuché gritos mezclados con entrechocar de espadas. El ruido venía de la casa que Catherine me había descrito^[131]. Allí, sobre el adoquinado, se agitaban sombras y linternas, y surgían voces:

—¡Socorro! ¡Jesús! ¡Me asesinan!...

—¡Dadle al capuchino! ¡Ánimo! ¡Pinchadle!...

—¡Jesús, María, amparadme!...

—¡Mirad al lindo cortejador! ¡Dadle! ¡Dadle! ¡Pinchad, bribones, pinchad con ganas!

Las ventanas se abrían en las casas vecinas y dejaban aparecer cabezas con gorros de noche.

De pronto, toda esa agitación y todo ese ruido pasaron ante mí como una cacería en un bosque, y reconocí al hermano Ángel, que corría a tal velocidad que sus sandalias le golpeaban las nalgas, mientras que tres corpulentos lacayos, armados como suizos, acosándole de cerca, le acribillaban la piel con la punta de sus alabardas. Su señor, un joven gentilhomme rechoncho y coloradote, no cesaba de animarlos con la voz y con el gesto, como se hace con los perros.

—¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Pinchadle! ¡El bicho es duro!

Como se encontraba cerca de mí, le dije:

—¡Ah, señor! No tenéis compasión.

—Señor —me respondió—, bien se ve que este capuchino no ha acariciado a vuestra amante y que no la habéis sorprendido, como yo, en los brazos de este animal hediondo. Pase que se las arregle con su hacendista, porque hay que vivir. Pero con un capuchino es intolerable. ¡Quemad a la desvergonzada!

Y me mostraba a Catherine en camisa, bajo la puerta, con los ojos brillantes de lágrimas, desmelenada, retorciéndose los brazos, más bella que nunca, murmurando con una voz de moribunda que desgarraba el alma:

—¡No lo matéis! ¡Es el hermano Ángel, es el hermanito!

Los granujas de lacayos regresaron, anunciando que habían abandonado la persecución al ver que llegaba la ronda, pero no sin haber clavado medio dedo de sus picas en el trasero del santo varón. Los gorros de noche desaparecieron de las ventanas, que volvieron a cerrarse; y, mientras el joven señor hablaba con sus

hombres, me acerqué a Catherine, cuyas lágrimas se secaban en sus mejillas, en el hermoso hoyuelo que formaba su sonrisa.

—El pobre hermano se ha salvado —me dijo—. Pero he temblado por él. Los hombres son terribles. Cuando os unan, no quieren oír nada.

—Catherine —le dije, bastante contrariado—, ¿me habéis hecho venir para que asista a las querellas de vuestros amigos? ¡Ay!, yo no tengo derecho a participar en ellas.

—Lo tendríais, señor Jacques —me dijo—, lo tendríais si quisierais.

—Pero —seguí yo— sois la persona más cortejada de París. No me habíais hablado de este gentilhombre.

—Ni siquiera pensaba en él. Ha llegado de repente.

—Y os ha sorprendido con el hermano Ángel.

—Ha creído ver lo que no era. Es un impulsivo que no se da a razones.

Su camisa entreabierta dejaba ver, entre encajes, un seno turgente como un hermoso fruto coronado por un capullo naciente. La tomé en mis brazos y cubrí su pecho de besos.

—¡Cielos! —gritó—. ¡En la calle! ¡Delante del señor de Anquetil, que nos ve...!

—¿Quién es el señor de Anquetil?

—¡Es el que quiere matar al hermano Ángel, naturalmente! ¿Quién otro queréis que sea?

—Es verdad, Catherine, que no hacen falta más; vuestros amigos están junto a vos en cantidad suficiente.

—Señor Jacques, no me insultéis, os lo ruego.

—No os insulto, Catherine; reconozco vuestros atractivos, a los que quisiera rendir el mismo homenaje que rinden tantos otros.

—Señor Jacques, lo que decís huele odiosamente al asador del buenazo de vuestro padre.

—Antaño os gustaba, señorita Catherine, olfatear la chimenea.

—¡Basta, villano! ¡Pies planos! ¡Ultrajáis a una mujer!

Cuando Catherine comenzó a chillar y agitarse, el señor de Anquetil se apartó de sus hombres, vino hacia nosotros, la empujó al interior llamándole desvergonzada y bribona, entró detrás de ella en la casa y me dio con la puerta en las narices.

EL recuerdo de Catherine ocupó mi mente durante toda la semana que siguió a esta enojosa aventura. Su imagen resplandecía en las hojas de los infolios sobre los que me inclinaba, en la biblioteca, al lado de mi buen maestro, y Focio, Olimpodoro, Fabricio y Vossius no me hablaban más que de una señorita en camisa de encaje, lisas visiones me inclinaban a la pereza. Sin embargo, tan indulgente para con los demás como para consigo mismo, el señor Jérôme Coignard sonreía con bondad ante mi turbación y mis distracciones.

—Jacques Tournebroche —me dijo un día mi buen maestro—, ¿no os sorprenden las variaciones de la moral a través de los siglos? Los libros reunidos en esta admirable biblioteca Astaraciana dan testimonio de la incertidumbre de los hombres sobre esta materia. Si hago esta reflexión, lujo mío, es para alojar en vuestra mente la idea sólida y saludable de que no hay buenas costumbres fuera de la religión y que las máximas de los filósofos que pretenden instituir una moral natural no son más que chifladuras y pamplinas. El origen de las buenas costumbres no se encuentra en la naturaleza, que es por sí misma indiferente, ignorante del bien y del mal; está en la Palabra divina, que no hay que transgredir, a menos que uno se arrepienta después convenientemente. Las leyes humanas están fundadas en la utilidad, y ésta sólo puede ser aparente e ilusoria, pues no se sabe naturalmente lo que es útil a los hombres, ni lo que les conviene en realidad. Incluso en nuestro derecho consuetudinario^[132] hay una mitad de preceptos a los que sólo los prejuicios han dado origen. Apoyadas en la amenaza del castigo, las leyes humanas pueden ser eludidas con astucia y disimulo; todo hombre capaz de reflexión está por encima de ellas. Hablando con propiedad, son engañabobos.

»No sucede lo mismo, hijo mío, con las leyes divinas. Éstas son ineluctables, imprescriptibles y estables. Su carácter absurdo no es más que aparente, y oculta una sabiduría inconcebible. Si hieren nuestra razón es porque son superiores a ésta y concuerdan con los verdaderos fines del hombre y no con sus fines aparentes. Conviene observarlas cuando se ha tenido la suerte de conocerlas. Sin embargo, no tengo reparos en confesar que el cumplimiento de esas leyes, contenidas en el Decálogo y en los mandatos de la Iglesia, es difícil la mayoría de las veces, e incluso imposible sin la gracia, que en ocasiones se hace esperar, puesto que es un deber esperarla. Por eso todos nosotros somos unos pobres pecadores.

»Y es ahí donde hay que admirar la economía de la religión cristiana, que funda principalmente la salvación en el arrepentimiento. Hay que advertir, hijo mío, que los más grandes santos son penitentes, y, como el arrepentimiento es proporcional a la falta, en los más grandes pecadores es donde encontramos la materia prima de los más grandes santos. Podría ilustrar esta doctrina con un gran número de ejemplos admirables. Pero ya he dicho lo suficiente para haceros notar que la materia prima de la santidad es la concupiscencia, la incontinencia, todas las impurezas de la carne y del espíritu. Lo único que importa, después de haber acumulado esta materia, es trabajarla según el arte de la teología y moldearla, por así decirlo, en forma de

penitencia, lo que es cuestión de varios años, de varios días y, a veces, de un solo instante, como se ve en el caso de la contrición perfecta. Jacques Tournebroche, si me habéis entendido bien, no os agotaréis haciendo miserables esfuerzos para llegar a ser un hombre honrado según las leyes humanas, y os esforzaréis únicamente en dar satisfacción a la justicia divina.

No dejé de percibir la elevada sabiduría que encerraban las máximas de mi buen maestro. Sólo temía que esa moral, en caso de que fuera practicada sin discernimiento, pudiese llevar al hombre a los más grandes desórdenes. Hice partícipe de mis dudas al señor Jérôme Coignard, que me tranquilizó en estos términos:

—Jacobus Tournebroche, no habéis tenido en cuenta lo que expresamente acabo de deciros; a saber, que los que llamáis desórdenes no lo son en realidad, salvo en opinión de los legistas y los jueces, tanto civiles como eclesiásticos, y en relación con las leyes humanas, que son arbitrarias y transitorias; y, en una palabra, que conducirse según esas leyes es propio de almas borreguiles. Un hombre inteligente no se preocupa de actuar según las reglas usuales en el Châtelet^[133] y en la residencia del juez eclesiástico. Sólo se preocupa por su salvación, y no se cree deshonrado si, para ir al cielo, sigue las sendas tortuosas que recorrieron los más grandes santos. Si la bienaventurada Pelagia^[134] no hubiera ejercido la profesión de la que sabéis que vive Jeannette, la viviera, bajo el pórtico de Saint-Benoit-le-Bétourné, esa santa no habría tenido ocasión de hacer una amplia y copiosa penitencia, y es sumamente probable que, después de haber vivido como una matrona en una mediocre y vulgar honestidad, no tocara el salterio, en este momento en que os hablo, ante el tabernáculo donde el Santo de los Santos reposa en su gloria. ¿Llamáis desorden a una ordenación tan hermosa de la vida de una predestinada? ¡No, en absoluto! Esas bajas maneras de hablar hay que cedérselas al señor lugarteniente de policía que, después de su muerte, no encontrará quizá ni un rinconcillo tras las desgraciadas a las que hoy arrastra ignominiosamente al hospital. Excepto la pérdida del alma y la condenación eterna, no podría haber desorden, ni crimen, ni mal alguno en este mundo perecedero, donde todo debería regularse y ajustarse al modelo del mundo divino. Reconoced, pues, Tournebroche, hijo mío, que los actos más reprobables en opinión de los hombres pueden conducir a un buen fin, y no intentéis conciliar la justicia de los hombres con la de Dios, que es la única justa, no sólo en nuestro sentir, sino por definición. Pero de momento os agradeceré, hijo mío, que busquéis en Vossius el significado de cinco o seis términos oscuros que emplea el Panopolitano, con el que es preciso luchar en las tinieblas de esa manera insidiosa que sorprendía incluso al gran corazón de Áyax^[135], según nos relata Homero, príncipe de los poetas y de los historiadores. Los viejos alquimistas tenían un estilo duro; Manilius^[136], mal que le pese al señor de Astarac, escribía sobre las mismas materias con más elegancia.

Apenas mi buen maestro había pronunciado estas últimas palabras cuando una

sombra se elevó entre él y yo. Era la del mismo señor de Astarac, espigado y negro como una sombra.

Ya fuera porque no hubiese oído esta frase o porque no le prestara la menor atención, no dejó ver ninguna animosidad. Por el contrario, felicitó al señor Jérôme Coignard por su celo y su saber, y añadió que contaba con sus luces para la consecución de la obra más grande que un hombre hubiera intentado hasta entonces. Después, volviéndose hacia mí, dijo:

—Hijo mío, os ruego que bajéis un momento a mi gabinete, donde quiero comunicaros un secreto de importancia.

Lo seguí a la estancia donde nos había recibido la primera vez a mi buen maestro y a mí el día que nos tomó a su servicio. Allí encontré, alineados contra las paredes, a los antiguos egipcios con rostro de oro. Un globo de vidrio, del tamaño de una calabaza, estaba colocado sobre la mesa. El señor de Astarac se dejó caer en un sofá, hizo una señal para que me sentara frente a él y, habiéndose pasado dos o tres veces por la frente una mano cargada de pedrerías y amuletos, me dijo:

—Hijo mío, no os hago la ofensa de creer que, después de nuestra conversación en la isla de los Cisnes, aún os queda alguna duda sobre la existencia de los Silfos y las Salamandras, que es tan real como la de los hombres, e incluso más, si se mide la realidad por la duración de las apariencias a través de las cuales se manifiesta, pues esta existencia es mucho más larga que la nuestra. Las Salamandras pasean de siglo en siglo su inalterable juventud; algunas, que aún viven, han visto a Noé, a Menes^[137] y a Pitágoras. La riqueza de sus recuerdos y la frescura de su memoria hacen que su conversación sea sumamente atractiva. Se ha pretendido incluso que adquirirían la inmortalidad en los brazos de los hombres y que la esperanza de no morir las conducía al lecho de los filósofos. Pero éstas son mentiras que no pueden seducir a un espíritu reflexivo. Toda unión de los sexos, lejos de garantizar la inmortalidad de los amantes, es un signo de muerte, y no conoceríamos el amor si debiéramos vivir siempre. No podrían ser de otro modo las Salamandras, que no buscan en los brazos de los sabios más que una sola especie de inmortalidad: la de la raza. Es también la única que sea razonable esperar. Y aunque me propongo, con ayuda de la ciencia, prolongar de una manera notable la vida humana y alargarla por lo menos hasta los cinco o seis siglos, nunca me he jactado de asegurar indefinidamente su duración. Sería insensato emprender algo contra el orden natural. Rechazad, pues, hijo mío, como vana fábula, la idea de esa inmortalidad obtenida gracias a un beso. Tan sólo el haberla concebido es la vergüenza de muchos cabalistas. No es, sin embargo, menos cierto que las Salamandras se sienten inclinadas al amor de los hombres. Pronto lo sabréis por experiencia. Os he preparado suficientemente para su visita; y puesto que, contando desde la noche de vuestra iniciación, no habéis tenido comercio impuro con una mujer, vais a recibir el premio por vuestra continencia.

Mi ingenuidad natural sufría al recibir alabanzas que, a pesar mío, merecía, y me disponía a confesar al señor de Astarac mis pensamientos de culpabilidad. No me

dejó tiempo para confesarlos, pues prosiguió con viveza:

—No me queda, hijo mío, más que daros la llave que os abrirá el imperio de los Genios. Eso es lo que voy a hacer al instante.

Y, habiéndose levantado, fue a poner su mano sobre el globo que ocupaba la mitad de la mesa.

—Este globo —agregó— está lleno de un polvo solar que, por su misma pureza, escapa a vuestras miradas. Porque es demasiado fino para llegar a los groseros sentidos de los hombres. Así es, hijo mío, como las partes más bellas del universo se ocultan a nuestra vista y se revelan tan sólo al sabio provisto de aparatos adecuados para descubrirlas. Los ríos y los campos del aire, por ejemplo, siguen siendo invisibles para vos, aunque en realidad su aspecto sea mil veces más rico y más variado que el del más bello paisaje terrestre.

»Sabed, pues, que en este globo se encuentra un polvo solar extraordinariamente apto para exaltar el fuego que hay en nosotros. Y el efecto de esa exaltación apenas se hace esperar. Consiste en una sutileza de los sentidos que nos permite ver y tocar las figuras aéreas que flotan alrededor de nosotros. Tan pronto como hayáis roto el sello que cierra el orificio de este globo y respirado el polvo solar que se escapará de él, descubriréis en esta habitación una o varias criaturas semejantes a mujeres por el sistema de líneas curvas que forma sus cuerpos, pero mucho más bellas de lo que fue jamás mujer alguna, y que son efectivamente Salamandras. Sin duda la que vi el año pasado en el asador de vuestro padre se os aparecerá la primera, pues está engolosinada por vos, y os aconsejo que satisfagáis cuanto antes sus deseos. Así pues, sentaos cómodamente en ese sillón ante esta mesa, destapad el globo y respirad lentamente su contenido. Pronto veréis realizarse punto por punto todo lo que os he anunciado. Os dejo. Adiós.

Y desapareció a su manera, que era extrañamente repentina. Me quedé solo ante aquel globo de vidrio, dudando si destaparlo, por miedo a que escapara de él alguna exhalación estupefaciente. Pensaba que, tal vez, el señor de Astarac había introducido allí con habilidad vapores que adormecen a quienes los respiran, haciéndoles soñar con Salamandras. Yo no era aún bastante filósofo para que me preocupara por ser feliz de ese modo. Tal vez, me decía, esos vapores predisponen a la locura. En fin, yo sentía tanta desconfianza que por un momento pensé ir a la biblioteca a pedir consejo al señor abate Coignard, mi buen maestro. Pero inmediatamente reconocí que eso sería adoptar una precaución inútil. En cuanto me oiga hablar, me dije, de polvo solar y de Genios del aire, me responderá: «Jacques Tournebroche, hijo mío, acordaos de que no hay que prestar fe a lo absurdo, sino que debéis ajustaros a vuestra razón en todas las cosas, salvo en las referentes a nuestra santa religión. Dejad esos globos y ese polvo, y todas las demás locuras de la cábala y del arte espagórico».

Creía oírle a él mismo soltando este pequeño discurso entre dos tomas de tabaco, y no sabía qué responder a un lenguaje tan cristiano. Por otra parte, consideraba anticipadamente en qué aprieto me hallaría ante el señor de Astarac cuando me

pidiera noticias de la Salamandra. ¿Qué le respondería? ¿Cómo confesarle mi reserva y mi abstención sin traicionar al mismo tiempo mi desconfianza y mi temor? Y por otra parte, yo tenía, sin saberlo bien, curiosidad por intentar la aventura. No soy crédulo; tengo, por el contrario, una propensión extraordinaria a la duda, y esa inclinación me lleva a desconfiar del sentido común e incluso de la evidencia, como de todo lo demás. A todo lo que me cuentan, por extraño que sea, me pregunto: «¿Por qué no?». Ese «por qué no» menoscababa, ante el globo, mi inteligencia natural. Ese «por qué no» me inclinaba a la credulidad, y es interesante advertir en esta ocasión que no creer en nada es creer en todo, y que no hay que tener la mente demasiado libre y desocupada por temor a que almacene como aventuras mercancías de forma y peso extravagantes, que no podrían hallar sitio en mentes razonables y discretamente amuebladas de creencias. Mientras que, con la mano apoyada en el precinto de cera, recordaba lo que mi madre me había contado sobre las garrafas mágicas, mi «por qué no» me sugería que quizá, después de todo, con el polvo del sol podrían verse la hadas aéreas. Pero, desde que esta idea, tras haberse posado en mi mente, parecía dispuesta a alojarse y quedarse allí a gusto, la encontré absurda, extravagante y grotesca. Las ideas, cuando se imponen, se hacen pronto impertinentes. Poco más pueden hacer que ser gratamente pasajeras; y aquélla tenía decididamente visos de locura. Mientras me preguntaba: ¿Lo abriré? ¿No lo abriré?, el sello de cera, que no dejaba de apretar entre mis dedos, se rompió de pronto en mi mano, y el globo se encontró destapado.

Esperé, observé. No vi nada, no sentí nada. Me desilusioné. La esperanza de librarse de la naturaleza, ¡con cuánta habilidad y rapidez se desliza en nuestras almas! ¡Nada! ¡Ni siquiera una vaga y confusa ilusión, una imagen incierta! Sucedió lo que yo había previsto. ¡Qué decepción! Sentí una especie de despecho. Abatido en mi sillón, me juré, ante aquellos egipcios de rasgados ojos negros que me rodeaban, cerrar mejor mi alma en el futuro a las mentiras de los cabalistas. Reconocí una vez más la sensatez de mi buen maestro, y resolví, siguiendo su ejemplo, guiarme por la razón en todos los asuntos que no se relacionaran con la fe cristiana y católica. Esperar la visita de una dama salamandra, ¡qué simpleza! ¿Es posible que haya Salamandras? Pero ¿quién sabe? ¿Y «por qué no»?

El tiempo, ya bochornoso después del mediodía, se había hecho agobiante. Adormecido por largos días de apacible reclusión, sentía un peso sobre mi frente y sobre mis párpados. La proximidad de la tormenta acabó de entorpecerme. Dejé caer mis brazos y, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, me deslicé en una somnolencia llena de egipcios de oro y sombras lascivas. Ese estado incierto, durante el cual sólo vivía en mí el sentido del amor como un fuego en la noche, persistió un tiempo que no puedo precisar, hasta que me despertó un ruido ligero de pasos y roce de telas. Abrí los ojos y lancé un grito.

Una maravillosa criatura estaba de pie ante mí, con un vestido de raso negro y un tocado de encaje, morena con ojos azules, rasgos firmes en una carne joven y pura,

mejillas redondas y boca animada por un beso invisible. Su vestido corto dejaba ver unos pies pequeños, atrevidos, alegres y espirituales. Era esbelta pero regordeta, un poco rechoncha en su voluptuosa perfección^[138]. Bajo la cinta de terciopelo que ceñía su cuello se veía parte de una garganta morena y bellísima. Me miraba con expresión de curiosidad.

Ya he dicho que mi sueño me había incitado al amor. Me levanté, me abalancé sobre ella.

—Disculpadme —me dijo—, buscaba al señor de Astarac.

Le dije:

—Señora, no hay señor de Astarac. Sólo estamos vos y yo. Os esperaba. Sois mi Salamandra. He abierto el frasco de cristal. Habéis venido. Sois mía.

La tomé en mis brazos y cubrí de besos toda la piel que mis labios pudieron encontrar al borde de sus ropas.

Se desprendió de mí y me dijo:

—Estáis loco.

—Es muy natural —respondí—. ¿Quién no lo estaría en mi lugar?

Bajó la mirada, se ruborizó y sonrió. Me arrojé a sus pies.

—Puesto que el señor de Astarac no está aquí —dijo—, he de retirarme.

—Quedaos —exclamé, echando el cerrojo.

Me preguntó:

—¿Sabéis si volverá pronto?

—¡No, señora! No volverá en mucho tiempo. Me ha dejado solo con las Salamandras. Yo no quiero más que una, y sois vos.

La tomé en mis brazos, la llevé hasta el sofá, caí con ella, la cubrí de besos. Ya no me reconocía a mí mismo. Ella gritaba, yo no la oía. Las palmas de sus manos me rechazaban, sus uñas me arañaban, y esas vanas defensas exacerbaban mis sentidos. La oprimía, la envolvía, trastornada y deshecha. Su cuerpo, debilitado, cedió; cerró los ojos. Pronto sentí, en mi triunfo, que sus hermosos brazos, reconciliados conmigo, me estrechaban contra ella.

Desligándonos luego, ¡ay!, de este delicioso abrazo, nos miramos mutuamente con sorpresa. Ocupada en recobrar la decencia, arreglaba su falda y callaba.

—Os amo —le dije—. ¿Cómo os llamáis?

No pensaba que fuera una Salamandra y, a decir verdad, nunca lo hubiera creído.

—Me llamo Jahel —dijo.

—¡Cómo! ¿Sois la sobrina de Mosaïde?

—Sí, pero callaos. Si supiera...

—¿Qué haría?

—¡Oh! A mí, nada. Pero a vos, mucho daño. No le gustan los cristianos.

—¿Y a vos?

—¡Oh! A mí no me gustan los judíos.

—Jahel, ¿me amáis un poco?

—Me parece, señor, que, después de lo que acabamos de decirnos, vuestra pregunta es una ofensa.

—Es verdad, señorita; pero intento hacerme perdonar una viveza y un ardor que no se habían preocupado de consultar a vuestros sentimientos.

—¡Oh, señor!, no os hagáis más culpable de lo que sois. Toda vuestra violencia y todos vuestros ardores no os habrían servido de nada si no me hubierais gustado. Hace poco, viéndoos dormido en ese sillón, os encontré atractivo; esperé a que despertarais, y ya sabéis lo demás.

Le respondí con un beso. Me lo devolvió. ¡Qué beso! Creí sentir que las fresas del bosque se fundían en mi boca. Mis deseos se reavivaron, y la oprimí ardientemente contra mi corazón.

—Esta vez —me dijo— sed menos arrebatado y no penséis sólo en vos. No hay que ser egoísta en el amor. Eso es algo que los jóvenes no saben muy bien. Pero se les puede enseñar.

Nos sumergimos en el abismo de los deleites. Después, la divina Jahel me dijo:

—¿Tenéis un peine? Debo de estar como una bruja.

—Jahel —respondí—, no tengo peine; esperaba a una Salamandra. Os adoro.

—Adoradme, amigo mío, pero sed discreto. No conocéis a Mosaïde.

—¡Cómo, Jahel! ¿Puede ser tan terrible a los ciento treinta años, habiendo pasado setenta y cinco en una pirámide?

—Veo, amigo mío, que os han contado historias sobre mi tío y que habéis tenido la ingenuidad de creerlas. No se sabe su edad; yo misma la ignoro, siempre lo he conocido viejo. Sólo sé que es robusto y que posee una fuerza poco común. Era banquero en Lisboa, donde tuvo la desgracia de matar a un cristiano al que había sorprendido con mi tía Myriam. Huyó y me llevó con él. Desde entonces me ama con la ternura de una madre. Me dice cosas que sólo se dicen a los niños pequeños, y llora viéndome dormir.

—¿Vivís con él?

—Sí, en el pabellón del guarda, al otro extremo del parque.

—Ya sé, se va hasta allí por el sendero de las Mandrágoras. ¿Cómo no os he encontrado antes? ¿Por qué suerte funesta, alojándome tan cerca de vos, he vivido sin veros? Pero ¿qué digo, vivir? No conoceros, ¿es vivir? ¿Estáis, pues, encerrada en ese pabellón?

—Es cierto que soy una reclusa y que no puedo ir, como quisiera, a los paseos, a las tiendas y al teatro. La ternura de Mosaïde no me deja la menor libertad. Me guarda como un hombre celoso y, junto a seis tacitas de oro que trajo de Lisboa, sólo me ama a mí en este mundo. Como siente más apego por mí que el que tuvo por mi tía Myriam, os mataría, amigo mío, con más ardor con que mató al portugués. Ya os advertí que fuerais discreto, aunque ésta no es una consideración que pueda detener a un hombre decidido. ¿Sois noble e hijo de buena familia, amigo mío?

—¡Ay, no! —respondí—. Mi padre se dedica a un arte manual y a una especie de

negocio.

—¿No sois un buen partido ni pagáis altos impuestos? ¿No? Es una lástima. No hay más remedio que amaros por vos mismo. Pero decidme la verdad: el señor de Astarac, ¿no vendrá pronto?

Al oír ese nombre y esa pregunta, una duda horrible cruzó mi mente. Sospeché que la encantadora Jahel me había sido enviada por el cabalista para interpretar conmigo el papel de Salamandra. Hasta la acusé en mi fuero interno de ser la ninfa de aquel viejo loco. Para salir pronto de dudas, le pregunté con rudeza si tenía la costumbre de hacer de Salamandra en aquel palacio.

—No os entiendo —respondió, mirándome con ojos llenos de inocente sorpresa—. Habláis como el mismo señor de Astarac, e incluso os creería aquejado de sus manías, si no hubiera comprobado que no compartís la aversión que le inspiran las mujeres. No puede soportar a ninguna, y para mí es verdaderamente molesto verlo y hablar con él. Sin embargo, lo buscaba hace un rato, cuando os encontré.

Con la alegría de sentirme tranquilizado, la cubrí de besos. Se las arregló para hacerme ver que llevaba medias negras, sujetas encima de la rodilla por ligas con hebilla de diamantes, y esta visión llevó de nuevo mi ánimo a las ideas que le eran gratas. Además, en esta ocasión, me excitó con mucha habilidad y ardor, y noté que comenzaba a animarse en el juego en el mismo momento en que yo empezaba a estar fatigado. Sin embargo, lo hice lo mejor que pude y me sentí esta vez bastante satisfecho de ahorrar a tan bella criatura la afrenta que menos se merecía. Me pareció que no estaba descontenta de mí. Se levantó con aspecto tranquilo y me dijo:

—¿Realmente no sabéis si el señor de Astarac volverá pronto? Os confesaré que venía a pedirle, a cuenta de la pensión que debe a mi tío, una pequeña suma de dinero que ahora me hace mucha falta.

Disculpándome, saqué de mi bolsa tres escudos que allí se encontraban y que ella me hizo el favor de aceptar. Era todo lo que me quedaba de las raras liberalidades del cabalista, quien, haciendo alarde de despreciar el dinero, solía desgraciadamente olvidarse de pagar mi salario.

Pregunté a la señorita Jahel si tendría la suerte de volver a verla.

—La tendréis —me dijo.

Y convinimos en que ella subiría por la noche a mi habitación siempre que pudiera escaparse del pabellón donde estaba recluida.

—Tan sólo prestad atención —le dije— a que mi puerta es la cuarta de la derecha, en el pasillo, y que la quinta es la del abate Coignard, mi buen maestro. En cuanto a las otras —añadí—, sólo dan acceso a desvanes donde se alojan dos o tres pinches y varios centenares de ratas.

Me aseguró que cuidaría de no equivocarse y que llamaría a mi puerta, no a otra.

—Por lo demás —continuó—, vuestro abate Coignard me parece bastante buen hombre. Creo que no tenemos nada que temer de él. Lo vi por una mirilla el día que él y vos vinisteis a visitar a mi tío. Me pareció amable, aunque apenas entendí lo que

decía. Su nariz sobre todo me pareció propia de alguien ingenioso y capacitado. Quien tiene esa nariz debe de ser hombre de recursos, y deseo conocerlo. Siempre se gana algo frecuentando a las personas inteligentes. Sólo me molesta que haya disgustado a mi tío por la libertad de sus palabras y por su humor burlón. Mosaïde le odia, y tiene para el odio una capacidad de la que un cristiano no puede hacerse idea.

—Señorita —le dije—, el señor abate Jérôme Coignard es un hombre sabio y tiene, además, filosofía y benevolencia. Conoce el mundo, y tenéis razón al juzgarlo buen consejero. Yo me guíe enteramente por sus consejos. Pero, respondedme, ¿no me visteis también aquel día, en el pabellón, a través de la mirilla de la que hablabais?

—Os vi —me dijo—, y no os ocultaré que me fijé en vos. Pero tengo que volver con mi tío. Adiós.

El señor de Astarac no dejó de pedirme, por la noche, después de cenar, noticias de la Salamandra. Su curiosidad me resultaba un poco embarazosa. Respondí que el encuentro había superado mis esperanzas, pero que, por lo demás, creía que debía mantener la discreción conveniente en esta clase de aventuras.

—Esa discreción, hijo mío —me dijo—, no es tan útil en vuestro caso como os figuráis. Las Salamandras no exigen el secreto sobre unos amores de los que no se avergüenzan en absoluto. Una de esas Ninfas, que me ama, no halla un pasatiempo más agradable, en mi ausencia, que grabar la inicial de mi nombre enlazada con la del suyo en la corteza de los árboles, como podréis comprobar examinando el tronco de cinco o seis pinos cuyas elegantes copas veis desde aquí. Pero ¿no habéis notado, hijo mío, que esta clase de amores, verdaderamente sublimes, lejos de causar fatiga alguna, comunican un nuevo vigor al corazón? Estoy seguro de que, después de lo que ha pasado, emplearéis esta noche en traducir por lo menos sesenta páginas de Zósimo el Panopolitano.

Le confesé que, por el contrario, sentía un gran deseo de dormir, lo que él atribuyó a la estupefacción causada por un primer encuentro. Así pues, aquel gran hombre siguió convencido de que yo había tenido comercio carnal con una Salamandra. Yo sentía escrúpulos engañándole; pero estaba obligado a hacerlo, y él se engañaba tan bien a sí mismo que no era posible añadir gran cosa a sus ilusiones. Así que fui a acostarme en paz; y, estando ya en la cama, apagué mi candela y puse fin al más hermoso de mis días.

JAHEL cumplió su palabra. Dos días después vino a llamar a mi puerta. Estuvimos más a gusto en mi habitación que en el gabinete del señor de Astarac, y lo que había ocurrido en nuestro primer contacto no fue más que un juego de niños comparado con lo que el amor nos inspiró en este segundo encuentro. Se desprendió de mis brazos al amanecer, con mil juramentos de que pronto volvería, llamándome su alma, su vida y su amor.

Aquel día me levanté muy tarde. Cuando bajé a la biblioteca, mi buen maestro ya estaba allí instalado sobre el papiro de Zósimo, con su pluma en una mano y su lente en la otra, digno de ser admirado por quien supiera apreciar las bellas letras.

—Jacques Tournebroche —me dijo—, la principal dificultad de esta lectura consiste en que diversas letras pueden ser fácilmente confundidas con otras, y para descifrarlas con éxito es importante trazar un cuadro de los caracteres que se prestan a semejantes errores, pues, de no tomar esa precaución, nos arriesgaríamos a adoptar letras erróneas, para nuestra eterna vergüenza y justo vituperio. Hoy mismo he cometido risibles equivocaciones. Era necesario que tuviera desde muy de mañana el espíritu turbado por lo que vi esta noche y cuyo relato os voy a hacer.

»Habiéndome despertado al amanecer, me vino el deseo de ir a beber un trago de ese vinillo blanco del que recordaréis que hice ayer elogios al señor de Astarac. Pues entre el vino blanco y el canto del gallo existe, hijo mío, una simpatía que data seguramente de tiempos de Noé, y tengo la certeza de que, si san Pedro, aquella maldita noche que pasó en el patio del gran inmolador, hubiera bebido un dedo de vino clarete del Mosela, o tan solo de Orleans, no habría renegado de Jesús antes de que el gallo cantara por segunda vez. Pero no debemos de ninguna manera, hijo mío, lamentar esa mala acción, porque importaba que se cumplieran las profecías; y si Pedro, o Cefas^[139], no hubiera cometido aquella noche la última de las infamias, no sería hoy el mayor santo del Paraíso y la piedra angular de nuestra sania Iglesia, para confusión de las gentes honradas de este mundo que ven las llaves de su felicidad eterna en manos de un cobarde tunante. ¡Oh, saludable ejemplo que, liberando al hombre de las falaces inspiraciones del honor humano, lo lleva por los caminos de la salvación! ¡Oh, sabia economía de la religión! ¡Oh, sabiduría divina que exalta a los humildes y a los miserables para doblar a los soberbios! ¡Oh, maravilla! ¡Oh, misterio! Para vergüenza eterna de los fariseos y de los agentes de la justicia, un rudo pescador del lago Tiberíades, convertido por su tosca cobardía en hazmerreír de las fregonas que se calentaban junto a él en el patio del sumo sacerdote, un patán y un cobarde que reniega de su maestro y de su fe ante maritornes sin duda mucho menos bellas que la criada de la señora magistrada de Séez, lleva sobre su frente la triple corona, en su dedo el anillo pontifical, está situado por encima de los príncipes-obispos, de los reyes y del emperador, e investido del derecho de atar y desatar; el hombre más respetable, la dama más honesta, no entrarán en el cielo si él no les concede el acceso. Pero decidme, por favor, Tournebroche, hijo mío, en qué punto de mi relato estaba cuando lo lié con ese gran san Pedro, príncipe de los apóstoles. Creo,

sin embargo, que os hablaba de un vaso de vino blanco que fui a beber al amanecer. Bajé en camisón a la despensa y saqué de cierto armario, cuya llave me había procurado prudentemente la víspera, una botella, que vacié con placer. Tras lo cual, subiendo la escalera, entre el segundo y el tercer piso hallé a una señorita en ropa interior^[140] que bajaba los escalones. Pareció muy asustada y huyó al fondo del pasillo. La perseguí, la alcancé, la tomé en mis brazos y, movido por una repentina e irresistible atracción, la besé. No me censuréis, hijo mío; vos hubierais hecho otro tanto en mi lugar, y tal vez más. Es una bonita muchacha; se parece a la doncella de la magistrada, con más viveza en la mirada. No se atrevía a gritar. Me susurraba al oído: “¡Dejadme, dejadme, estáis loco!”. Fijaos, Tournebroche, aún llevo en la muñeca las marcas de sus uñas. ¡Lástima que no haya conservado tan viva en mis labios la impresión del beso que me dio!

—¡Cómo, señor abate! —exclamé—. ¿Os dio un beso?

—Estad seguro, hijo mío —respondió mi buen maestro—, de que en mi lugar habríais recibido uno semejante, a condición, claro está, de que hubierais sabido escoger, como yo, la ocasión. Creo haberos dicho que tenía a esa señorita estrechamente abrazada. Ella intentaba huir, ahogaba sus gritos, murmuraba quejas: «¡Dejadme, por favor! Ya es de día, un momento más y estoy perdida». Sus temores, su espanto, sus riesgos, ¿a qué bárbaro no hubiesen conmovido? No soy inhumano. La puse en libertad a cambio de un beso, que me dio en seguida. Creedme, os doy mi palabra: jamás recibí uno más delicioso.

En este punto de su relato, mi buen maestro, levantando la nariz para oler una toma de rapé, advirtió mi turbación y mi dolor, que creyó causados por la sorpresa.

—Jacques Tournebroche —continuó—, lo que me queda por decir os sorprenderá mucho más. Dejé marchar a regañadientes a la bella señorita; pero la curiosidad me indujo a seguirla. Bajé la escalera en pos de ella, la vi cruzar el vestíbulo, salir por la puertecilla que da al campo, por el lado en que el parque es más extenso, y correr por el paseo. Corrí tras sus pasos. Pensaba que no iría lejos en ropa interior y con cofia de dormir. Tomó el camino de las Mandragoras. Mi curiosidad se redobló, y la seguí hasta el pabellón de Mosaïde. En ese momento, el vil judío apareció en la ventana con su ropaje y su gran sombrero, como las figuras que se exhiben al mediodía en esos viejos relojes más góticos y más ridículos que las iglesias donde se conservan para diversión de palurdos y provecho de pertigueros.

»Me descubrió bajo la enramada, en el mismo instante en que la muchacha, veloz como Galatea, penetraba en el pabellón; de tal manera que yo daba la impresión de perseguirla según el modo, la forma y la costumbre de aquellos Sátiros de los que hablamos un día, cotejando unos hermosos fragmentos de Ovidio. Y mi atavío incrementaba la semejanza, pues creo haberos dicho, hijo mío, que estaba en camisón. Al verme, los ojos de Mosaïde centellearon. Sacó de su sucia hopalanda amarilla un fino estilete y lo agitó desde la ventana con un brazo que no parecía entorpecido por la vejez. Entre tanto, me lanzaba injurias bilingües. Sí, Tournebroche,

mis conocimientos gramaticales me autorizan a decir que eran bilingües y que el español o, más bien, el portugués se mezclaba allí con el hebreo. Me irritaba no poder captar su exacto significado, pues no entiendo esas lenguas, aunque las reconozco por ciertos sonidos que en ellas se repiten frecuentemente. Pero es muy posible que me acusara de intentar seducir a la muchacha, que supongo que es su sobrina Jahel, de la que el señor de Astarac, si os acordáis, nos ha hablado varias veces; así que sus invectivas contenían una cierta dosis de halago, pues considerando, hijo mío, en lo que me he convertido por culpa de la edad y las fatigas de una vida agitada, no puedo aspirar al amor de las jóvenes doncellas. ¡Ay!, a menos de que llegue a ser obispo, es un plato que no cataré jamás. Y lo lamento. Pero no hay que aferrarse obstinadamente a los bienes perecederos de este mundo, y debemos abandonar lo que nos abandona. Así pues, Mosaïde, blandiendo su estilete, sacaba de su garganta sonidos roncocos que alternaban con chillidos agudos, de modo que me injuriaba y vituperaba en forma de canto o de cantilena. Y sin jactarme, hijo mío, puedo decir que me trató de libertino y seductor en un tono solemne y ceremonioso. Cuando Mosaïde llegó al final de sus imprecaciones, me esforcé en darle una respuesta bilingüe, como su ataque. Le acusé en latín y en francés de ser homicida y sacrílego, pues había degollado a niños pequeños y apuñalado hostias consagradas. El viento fresco de la mañana, deslizándose por mis piernas, me recordó que estaba en camisón. Sentí cierto embarazo, porque es evidente, hijo mío, que un hombre carente de calzones se halla en mala situación para demostrar las sagradas verdades, refutar el error y perseguir el crimen. Sin embargo, le tracé cuadros espantosos de sus atentados y le amenacé con la justicia divina y con la justicia humana.

—¡Cómo, mi buen maestro! —exclamé—. Ese Mosaïde, que tiene una sobrina tan guapa, ¿degüella recién nacidos y apuñala hostias?

—No lo sé —me respondió el señor Jérôme Coignard—, ni puedo saberlo. Pero le corresponden esos crímenes, porque son los de su raza, y puedo atribuírselos sin injuria. Yo prolongaba en este descreído una larga serie de perversos antepasados. En la antigua crónica de Nüremberg hay una lámina que representa a judíos mutilando a un niño, y se les reconoce por la rueda o rodaja de tela que llevan sobre sus vestidos en señal de infamia. No creo, sin embargo, que eso sea entre ellos una costumbre doméstica y cotidiana. Dudo también de que todos esos israelitas sean tan propensos a ultrajar las santas especies. Acusarlos de eso es creerlos tan profundamente convencidos como nosotros de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Porque no se concibe el sacrilegio sin la fe, y el judío que apuñala la sagrada hostia rinde por eso mismo un sincero homenaje a la verdad de la transustanciación. Ésas son, hijo mío, fábulas que se deben dejar a los ignorantes, y si las lancé a la cara de ese horrible Mosaïde fue menos por las reflexiones nacidas de una sana crítica que por las imperiosas sugerencias del resentimiento y de la cólera.

—¡Ah, señor! —le dije—, podíais haberos contentado con reprocharle la muerte del portugués al que mató por celos, y ése fue un asesinato de verdad.

—¡Cómo! —exclamó mi buen maestro—. ¿Mosaïde mató a un cristiano? Tenemos en él, Tournebroche, un vecino peligroso. Pero vos sacaréis de esta aventura las mismas conclusiones que yo. Lo cierto es que su sobrina es la amiguita del señor de Astarac, cuya habitación seguramente abandonaba cuando la encontré en la escalera. Soy demasiado religioso para no lamentar que tan amable criatura provenga de la raza que crucificó a Jesucristo. ¡Ay!, no lo dudéis, hijo mío: este vil Mardoqueo es el tío de una Esther que no tiene necesidad de macerar seis meses en mirra para ser digna del lecho de un rey^[141]. El viejo cuervo espagírico no es lo que conviene a semejante belleza, y me siento inclinado a interesarme por ella. Es preciso que Mosaïde la tenga cuidadosamente escondida, porque si ella se presentara un buen día en un paseo o en un teatro, al día siguiente tendría a todo el mundo a sus pies. ¿No deseáis verla, Tournebroche?

Respondí que lo deseaba vivamente, y nos enfrascamos los dos en nuestro griego.

UNA noche, encontrándonos mi buen maestro y yo en la rue du Bac, como hacía calor, el señor Jérôme Coignard me dijo:

—Jacques Tournebroche, hijo mío, ¿no os agradecería tirar hacia la izquierda, por la rue de Grenelle, en busca de una taberna? Es preciso que encontremos un tabernero que venda vino a dos sueldos la jarra. Porque estoy desprovisto de dinero, y pienso, hijo mío, que vos no estáis mejor provisto que yo, por culpa del señor de Astarac, que tal vez fabrica oro, pero no se lo da a sus secretarios y domésticos, como puede verse por vuestro ejemplo y el mío. El estado en que nos deja es lamentable. No tengo ni un sueldo en el bolsillo, y preveo que será necesario que remedie con maña y astucia ese gran mal. Está bien soportar la pobreza con ánimo sereno, como Epitecto^[142], que alcanzó así una gloria imperecedera. Pero es un ejercicio del que estoy cansado y que se me ha hecho fastidioso por lo habitual. Creo que ya es hora de que cambie de virtud y aprenda a poseer riquezas sin que ellas me posean, que es el estado más noble al que se puede elevar el alma de un filósofo. Quiero obtener pronto alguna ganancia, a fin de demostrar que mi sabiduría no se desdice ni siquiera en la prosperidad. Busco los medios, y vos, Tournebroche, veis que lo intento.

Mientras mi buen maestro hablaba de este modo con noble elegancia, nos acercamos a la bonita casa en la que el señor de la Guéritaude había alojado a la señorita Catherine. «La reconoceréis —me había dicho ella— por los rosales del balcón». No había suficiente claridad para que pudiera ver las rosas, pero creí olerías. Después de haber avanzado algunos pasos, la descubrí en la ventana, con un jaro de agua en la mano, regando sus flores. Al reconocermelo asimismo en la calle, sonrió y me envió un beso. Tras lo cual, una mano, saliendo de entre las cortinas, le dio un bofetón en la mejilla, lo que le causó tal asombro que soltó el jarro de agua, que poco faltó que cayera sobre la cabeza de mi buen maestro. Luego, la bella abofeteada desapareció, y el abofeteador, ocupando su lugar en la ventana, se inclinó sobre la barandilla y me gritó:

—¡Alabado sea Dios, señor, no sois el capuchino! No puedo soportar que mi amante tire besos a ese animal apestoso que ronda sin cesar bajo esta ventana. Esta vez al menos no tengo que abochornarme por su elección. Me parecéis hombre honrado, y creo haberos visto antes. Hacedme el honor de subir. Aquí hay una cena preparada. Os agradeceré que toméis parte en ella junto con el señor abate que acaba de recibir un jarro de agua en la cabeza y que se sacude como un perro mojado. Después de cenar jugaremos a las cartas y, cuando sea de día, saldremos a batirnos y cortarnos el cuello. Pero eso será por pura cortesía y sólo por honraros, señor, pues en realidad esta muchacha no vale una estocada. Es una tunanta a la que no quiero volver a ver en mi vida.

Reconocí en quien me hablaba de esa manera al señor de Anquetil, a quien hacía poco había visto incitando vivamente a sus criados para que pincharan al hermano Ángel en el trasero. Hablaba cortésmente y me trataba como a un gentilhomme.

Comprendí el favor que me hacía prestándose a cortarme el cuello. Mi buen maestro no parecía menos sensible a tanta cortesía. Habiéndose sacudido suficientemente, dijo:

—Jacques Tournebroche, hijo mío, no podemos rechazar una invitación tan gentil.

Dos lacayos habían bajado ya con antorchas. Nos condujeron hasta una sala en la que había preparado un ambigú sobre una mesa iluminada por dos candelabros de plata. El señor de Anquetil nos rogó que tomáramos asiento, y mi buen maestro anudó la servilleta a su cuello. Había ya pinchado un tordo con su tenedor cuando el sonido de unos sollozos desgarró nuestros oídos.

—No hagáis caso de esos gritos —dijo el señor de Anquetil—. Es Catherine, que gime en la habitación donde la he encerrado.

—¡Ah, señor, hay que perdonarla! —respondió mi buen maestro, que miraba con tristeza al pajarito ensartado en su tenedor—. Los manjares más agradables parecen amargos si están sazonados con lágrimas y gemidos. ¿Tendríais la osadía de dejar llorar a una mujer? ¡Perdonadla, os lo ruego! ¿Es tan culpable por haber enviado un beso a mi joven discípulo, que fue su vecino y compañero en los tiempos de su común penuria, cuando los encantos de esta bonita muchacha sólo eran celebrados bajo la parra del *Pequeño Baco*? En todo esto no hay más que inocencia, si es que una acción humana, y especialmente la acción de una mujer, puede ser inocente y estar completamente limpia del pecado original. Permitid incluso, señor, que os diga que los celos son un sentimiento gótico, un triste residuo de costumbres bárbaras que no debe subsistir en un alma elegante y bien nacida.

—Señor abate —replicó el señor de Anquetil—, ¿por qué juzgáis que soy celoso? No lo soy. Pero no soporto que una mujer se burle de mí.

—Somos juguete de los vientos —dijo mi buen maestro con un suspiro—. Todo se ríe de nosotros: el cielo, los astros, la lluvia, los céfiros, la sombra, la luz y la mujer. Permitid, señor, que Catherine cene con nosotros. Es bonita, alegrará nuestra mesa. Todo lo que ha podido hacer, ese beso y todo lo demás, no la hace menos agradable a la vista. Las infidelidades de las mujeres no estropean su rostro. La naturaleza, que se complace en embellecerlas, es indiferente a sus faltas. Imitadla, señor, y perdonad a Catherine.

Uní mis ruegos a los de mi buen maestro, y el señor de Anquetil consintió en liberar a la prisionera. Se acercó a la puerta de donde salían los gritos, la abrió y llamó a Catherine, que sólo respondió con el incremento de sus quejas.

—Señores —nos dijo su amante—, ahí está, tumbada boca abajo en la cama, con la cabeza en la almohada y levantando a cada sollozo una grupa ridícula. Miradla. ¡Eso es por lo que nos llevamos tantos disgustos y hacemos tantas tonterías...! Catherine, venid a cenar.

Pero Catherine no se movía, y seguía llorando. Él fue a cogerla por el brazo, por la cintura. Ella se resistía. Él apremió:

—¡Vamos! Ven, preciosa.

Ella se empeñaba en no cambiar de postura, manteniéndose agarrada a la cama y al colchón.

Su amante perdió la paciencia y, soltando mil juramentos, gritó con voz ruda:

—¡Levántate, zorra!

Ella se levantó inmediatamente y, sonriendo entre lágrimas, se asió a su brazo y entró en el comedor con aire de víctima dichosa.

Se sentó entre el señor de Anquetil y yo, con la cabeza apoyada en el hombro de su amante y buscando mi pie con el suyo por debajo de la mesa.

—Señores —dijo nuestro anfitrión—, disculpad a mi violencia un impulso que no debería lamentar, puesto que me ha proporcionado el honor de acogeros aquí. En realidad no puedo aguantar todos los caprichos de esta bonita muchacha, y me he hecho muy desconfiado desde que la sorprendí con su capuchino.

—Amigo mío —le dijo Catherine, oprimiendo mi pie lujo el suyo—, vuestros celos andan extraviados. Habéis de saber que sólo me gusta el señor Jacques.

—Está bromeando —dijo el señor de Anquetil.

—No lo dudéis —respondí—. Se ve que sólo os ama a vos.

—Sin jactancia —replicó él—, le he inspirado algún cariño. Pero es coqueta.

—¡A beber! —dijo el señor abate Coignard.

El señor de Anquetil pasó el garrafón a mi buen maestro y exclamó:

—Pardiez, abate, vos, que sois hombre de iglesia, podéis decirnos por qué a las mujeres les gustan los capuchinos.

El señor Coignard se enjugó los labios y dijo:

—La razón estriba en que los capuchinos aman con humildad y no se niegan a nada. La razón es también que ni la reflexión ni la urbanidad debilitan sus instintos naturales. Señor, vuestro vino es generoso.

—Me hacéis demasiado honor —respondió el señor de Anquetil—. El vino es del señor de la Guéritaude. Si me he quedado con su amante, bien puedo quedarme con sus botellas.

—Nada es más justo —replicó mi buen maestro—. Veo, señor, que estáis por encima de ciertos prejuicios.

—No me alabéis más de lo que conviene, abate —repuso el señor de Anquetil—. Mi origen me facilita lo que sería difícil para el vulgo. Un hombre corriente está obligado a ser comedido en todas sus acciones. Está sujeto a una conducta intachable. Pero un gentilhombre tiene la posibilidad de batirse por el rey y por el placer. Eso le dispensa de preocuparse por tonterías. Yo he servido a las órdenes del señor de Villars, he participado en la guerra de sucesión y he corrido el riesgo de que me mataran sin motivo en la batalla de Parma^[143]. Lo de menos es que, a cambio, pueda vapulear a mis criados, engañar a mis acreedores y, si me place, quitar a mis amigos su mujer o, incluso, su amante.

—Habláis noblemente —dijo mi buen maestro— y os mostráis celoso de

mantener las prerrogativas de la nobleza.

—No tengo —prosiguió el señor de Anquetil— esos escrúpulos que intimidan a la mayoría de los hombres y que sólo considero buenos para reprimir a los tímidos y dominar a los desgraciados.

—¡Enhorabuena! —dijo mi buen maestro.

—No creo en la virtud —dijo el otro.

—Tenéis razón —añadió mi buen maestro—. De la forma que está hecho el animal humano, no podría ser virtuoso sin sufrir alguna deformación. Ved, por ejemplo, esta bonita muchacha que cena con nosotros: su cabecita, su hermoso escote, su vientre maravillosamente redondo y todo lo demás. ¿En qué rincón de su persona podría alojar un grano de virtud? No hay sitio; todo en ella es compacto, jugoso, sólido y rotundo. La virtud, como el cuervo, anida en las ruinas. Habita en las cavidades y en las arrugas del cuerpo. Yo mismo, señor, que medité desde mi infancia sobre las máximas austeras de la religión y la filosofía, no he podido introducir en mí alguna virtud más que a través de las brechas que el sufrimiento y la edad han abierto en mi constitución. Incluso me siento cada día menos infiltrado de virtud que de orgullo. Así pues, tengo la costumbre de dirigir al divino Creador del mundo esta oración: «Dios mío, guardadme de la virtud si ésta me aleja de la santidad». ¡Ah, la santidad! ¡Eso es lo único que es posible y necesario esperar! ¡Ése es el fin que nos conviene! ¡Ojalá podamos conseguirlo algún día! Entretanto, dadme de beber.

—Os confesaré —dijo el señor de Anquetil— que no creo en Dios.

—Esta vez —dijo el abate— os censuro, señor. Hay que creer en Dios y en todas las verdades de nuestra santa religión.

El señor de Anquetil protestó:

—Os burláis, abate, y nos tomáis por más tontos de lo que somos. Yo no creo, os digo, ni en Dios ni en el diablo, y no voy nunca a misa, como no sea la misa del rey. Los sermones de los curas no son más que cuentos de comadres, soportables a lo sumo en los tiempos en que mi abuela vio al abate de Choisy, vestido de mujer, dar el pan bendito en Saint-Jacques-du-Haut-Pas^[144]. Tal vez en aquel tiempo había religión. ¡Ahora ya no la hay, gracias a Dios!

—Por todos los santos y por todos los diablos, amigo mío, no habléis así —exclamó Catherine—. Dios existe, y eso es tan cierto como que este pastel está encima de la mesa, y prueba de ello es que, encontrándome cierto día del año pasado con grandes apuros y privaciones, fui, siguiendo el consejo del hermano Ángel, a encender un cirio en la iglesia de los Capuchinos, y al día siguiente conocí en el paseo al señor de la Guéritaude, que me dio esta casa con todos sus muebles, y la bodega llena de este vino que ahora bebemos, y bastante dinero para vivir honestamente.

—¡Vaya! ¡Vaya! —dijo el señor de Anquetil—. La muy necia mete a Dios en asuntos sucios, lo que es tan chocante que molesta oírlo, incluso a un ateo.

—Señor —dijo mi buen maestro—, vale infinitamente más comprometer a Dios

en asuntos sucios, como hace esta sencilla muchacha, que expulsarlo, siguiendo vuestro ejemplo, del mundo que ha creado. Si no envió premeditadamente un rico hombre de negocios a Catherine, su criatura, permitió al menos que ella lo encontrara. Ignoramos los medios empleados, y lo que dice esta inocente muchacha contiene más verdad, aunque en ella se encuentre alguna mezcla y aleación de blasfemia, que todas las vanas palabras que el impío extrae vanidosamente del vacío de su corazón. No hay nada más detestable que ese libertinaje mental que la juventud exhibe en la actualidad. Vuestras palabras hacen estremecerse. ¿Responderé a ellas con pruebas sacadas de los libros sagrados y de los escritos de los Santos Padres? ¿Os haré escuchar a Dios hablando a los patriarcas y a los profetas: *Sic locutus est Abraham et semini ejus in saecula?*^[145] ¿Desplegaré ante vuestros ojos la tradición de la Iglesia? ¿Invocaré contra vos la autoridad de ambos Testamentos? ¿Os confundiré con los milagros de Cristo y con su palabra, tan milagrosa como sus actos? ¡No! No utilizaré esas santas armas; mucho temería profanarlas en este combate, que no tiene nada de solemne. La Iglesia nos advierte, con su habitual prudencia, que no hay que arriesgarse a que la edificación se convierta en escándalo. Por eso me callaré, señor, acerca de las verdades en las que fui instruido al pie de los santuarios. Pero, sin hacer violencia a la casta modestia de mi alma y sin exponer a profanación los sagrados misterios, os mostraré a Dios imponiéndose a la razón de los hombres; os lo mostraré en la filosofía de los paganos y basta en las palabras de los impíos. Sí, señor, os haré saber que vos mismo lo reconocéis a pesar vuestro, mientras que pretendéis que no existe. Pues bien habréis de admitir que, si hay un orden en el mundo, ese orden es divino y procede del manantial y la fuente de todo orden.

—Lo admito —respondió el señor de Anquetil, apoltronado en su sillón y acariciándose la pantorrilla, que estaba bien formada.

—Tened, pues, cuidado —prosiguió mi buen maestro—. Cuando decís que Dios no existe, ¿qué hacéis sino encadenar pensamientos, ordenar razones y manifestar en vos mismo el principio de todo pensamiento y de toda razón, que es Dios? ¿Y se puede intentar siquiera establecer que no existe, sin hacer que en el más avieso razonamiento, que no dejaría de ser un razonamiento, brille algún residuo de la armonía que Él ha impuesto en el universo?

—Señor abate —respondió el señor de Anquetil—, sois un divertido sofista. Hoy se sabe que el mundo es solamente obra del azar, y no se puede hablar de providencia desde que los físicos han visto en la Luna, al extremo de sus catalejos, ranas aladas.

—¡Está bien, señor! —replicó mi buen maestro—. No me desagrada que en la Luna haya ranas aladas; esos volátiles cenagosos son los muy dignos habitantes de un mundo que no ha sido santificado por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Sólo conocemos, convengo en ello, una pequeña parte del universo, y es posible, como dice el señor de Astarac, que por otra parte está loco, que este mundo no sea más que una gota de lodo en la infinidad de los mundos. Es posible que el astrólogo Copérnico no haya soñado del todo al enseñar que la Tierra no es matemáticamente el centro de

la creación. He leído que un italiano llamado Galileo, que murió miserablemente, pensaba como Copérnico; y hoy vemos que el señor de Fontenelle^[146] comparte esas ideas. Pero eso no es más que una vana fantasmagoría, propia únicamente para turbar a las mentes débiles. ¿Qué importa que el mundo físico sea más grande o más pequeño, que tenga una forma u otra? Basta que sólo pueda ser considerado bajo los caracteres de la inteligencia y de la razón para que en él se manifieste Dios.

»Si las meditaciones de un sabio os pueden ser de algún provecho, señor, os haré saber cómo esta prueba de la existencia de Dios, mejor que la prueba de san Anselmo^[147] y por completo independiente de las que provienen de la Revelación, se me presentó de repente con toda su claridad. Fue en Séez, hace veinticinco años. Yo era bibliotecario del señor obispo, y las ventanas de la biblioteca daban a un patio donde yo veía todas las mañanas a una fregona limpiando las cacerolas de Monseñor. Era joven, alta y robusta. El ligero vello que sombreaba sus labios daba a su rostro una gracia irritante y altiva. Sus cabellos enmarañados, su pecho magro, sus largos brazos desnudos eran tan dignos de Adonis como de Diana; tenía una belleza de muchacho. Me gustaba por eso; me gustaban sus manos fuertes y rojizas. En fin, esta muchacha me inspiraba un deseo rudo y brutal como ella misma. No ignoráis qué imperiosos son tales sentimientos. Le hice conocer los míos desde mi ventana, mediante un corto número de gestos y de palabras. Ella me hizo saber aún más brevemente que correspondía a mis sentimientos, y me dio cita, para la noche siguiente, en el granero, donde ella se acostaba sobre el heno gracias a la generosidad de Monseñor, cuyas cazuelas llegaba. Esperé la noche con impaciencia. Cuando ésta cubrió la tierra, cogí una escalera y subí al granero en el que me esperaba la muchacha. Mi primera idea fue la de abrazarla; la segunda, admirar el encadenamiento que me había llevado a sus brazos. Porque, en fin, señor, un joven eclesiástico, una fregona, una escalera, un motón de heno..., ¡qué progresión, qué ordenación, qué concurso de armonías preestablecidas! ¡Qué encadenamiento de causas y efectos! ¡Qué prueba de la existencia de Dios! Todo eso me asombró de manera singular, y me regocijó poder añadir esta demostración profana a las razones que suministra a la teología y que son, por lo demás, ampliamente suficientes.

—Señor abate —dijo Catherine—, lo que hay de malo en vuestro lance es que esa muchacha no tenía pecho. Una mujer sin pecho es una cama sin almohadas. Pero ¿no sabéis, señor de Anquetil, lo que podríamos hacer?

—Sí —dijo éste—, jugar al tresillo, que se juega entre tres.

—Como queráis —respondió ella—. Pero os ruego, amigo mío, que mandéis traer pipas. Nada es más agradable que fumar una pipa mientras se bebe vino.

Un lacayo trajo cartas y las pipas, que encendimos. La habitación se llenó pronto de un humo espeso, en medio del cual nuestro anfitrión y el señor abate Coignard jugaban muy seriamente al *piquet*^[148].

La suerte favoreció a mi buen maestro, hasta el punto de que el señor de Anquetil, creyendo ver que por tercera vez se apuntaba cincuenta y cinco cuando no tenía más

que cuarenta, le llamó griego, vil fullero y caballero de Transilvania y le arrojó a la cabeza una botella, que se rompió sobre la mesa y la inundó de vino.

—Será preciso, señor —dijo el abate—, que os toméis la molestia de hacer que descorchen otra botella, porque tenemos mucha sed.

—Con mucho gusto —dijo el señor de Anquetil—; pero sabed, señor abate, que un caballero no marca los puntos que no tiene, y sólo se pueden hacer trampas en el juego del Rey^[149], donde se encuentra toda clase de personas a las que no se debe nada. En cualquier otra parte es una villanía, Así pues, señor abate, ¿queréis que os tomen por un aventurero?

—Es extraño —dijo mi buen maestro— que en el juego de cartas o de dados se censure una práctica recomendada en las artes de la guerra, de la política y de los negocios, donde se honra uno corrigiendo las injurias de la fortuna. No es que yo no me jacte de honradez en el juego. Soy, gracias a Dios, muy cabal, y debisteis soñar cuando creisteis ver, señor, que yo marcaba puntos que no tenía. Si hubiera sido así, invocaría el ejemplo del bienaventurado obispo de Ginebra^[150], que no tenía escrúpulos en hacer trampas en el juego. Pero no me es posible dejar de pensar que los hombres son más delicados en el juego que en los asuntos serios y que ponen su honradez en el tapete verde, donde sufrirían un mediocre perjuicio, y no la ponen en una batalla o en un tratado de paz, donde tendría importancia. Élien^[151], señor, ha escrito en griego un libro de estratagemas que demuestra hasta qué extremos se han valido de la astucia los grandes capitanes.

—Abate —dijo el señor de Anquetil—, no he leído a vuestro Élien, ni lo leeré en mi vida. Pero he hecho la guerra como todo buen gentilhomme. He servido al rey durante dieciocho meses. Es el empleo más noble. Voy a deciros exactamente en qué consiste. Es un secreto que os puedo confiar, pues aquí no hay para oírlo más que vos, algunas botellas, este señor al que voy a matar en seguida y esta muchacha que se está desnudando.

—Sí —dijo Catherine—, me quedo en camisa porque tengo mucho calor.

—¡Está bien! —continuó el señor de Anquetil—. A pesar de lo que digan las gacetas, la guerra consiste únicamente en robar gallinas y cerdos a los campesinos. Los soldados en campaña no se ocupan más que de eso.

—Tenéis razón —dijo mi buen maestro—, y antaño en las Galias se decía que la mejor amiga del soldado era la señora Rapiña. Pero os ruego que no matéis a Jacques Tournebroke, mi discípulo.

—Señor abate —respondió el señor de Anquetil—, el honor me obliga a hacerlo.

—¡Uf! —dijo Catherine, colocando sobre su pecho el encaje de su camisa—, así estoy mejor.

—Señor —prosiguió mi buen maestro—, Jacques Tournebroke me es muy útil para una traducción de Zósimo el Panopolitano que he comenzado. Os quedaré infinitamente agradecido si esperáis, para batiros con él, a que esta gran obra esté terminada.

—Vuestro Zósimo me importa un bledo —respondió el señor de Anquetil—. Me importa un bledo, ya lo oís, señor abate. Como le importa al rey su primera amante.
Y cantó:

*Poner a un joven altivo
bien firme sobre el estribo
una buscona lo hará,
tararí, tarará*^[152].

—¿Quién es ese Zósimo?

—Zósimo, señor —respondió el abate—, Zósimo de Panópolis era un sabio griego que floreció en Alejandría en el siglo tercero de la era cristiana y que compuso tratados sobre el arte espagírico.

—¿Cómo queréis que eso me interese? —replicó el señor de Anquetil—. ¿Y por qué lo traducís?

*Si el hierro bates con gana,
el título de sultana
bien alto resonará,
tararí, tarará*^[153].

—Señor —dijo mi buen maestro—, admito que en mi trabajo no hay utilidad tangible y que la marcha del mundo no cambiará por ello. Pero ilustrando con notas y comentarios el tratado que este griego compuso para su hermana Theosebia...^[154]

Catherine interrumpió el discurso de mi buen maestro cantando con voz aguda:

*Pese a los celos, ansioso
de ser duque está mi esposo.
Harto de todo le vi,
tarará, tararí*^[155].

—... contribuyo —prosiguió mi buen maestro— al tesoro de conocimientos amasado por hombres doctos y aporto mi piedra al monumento de la verdadera historia, que es la de las máximas y opiniones más que la de las guerras y tratados. Porque, señor, la nobleza del hombre...

Catherine continuó:

*Sé que se murmurará,
que París coplas hará,
¡y el vulgo se aguantará!,
tararí, tarará*^[156].

Y entre tanto mi buen maestro decía:

—... es el pensamiento. Y a este respecto no es indiferente saber qué ideas tenía este egipcio sobre la naturaleza de los metales y las cualidades de la materia.

El señor abate Jérôme Coignard bebió un buen trago de vino mientras Catherine seguía cantando:

*Con la espada o los brocales,
teniendo buenos modales
a ser duque llegará,
tararí, tarará^[157].*

—Señor abate —dijo el señor de Anquetil—, bebéis poco y razonáis en exceso. Estuve en Italia, durante la guerra de sucesión, a las órdenes de un general de brigada que traducía a Polibio. Pero era un imbécil. ¿Por qué traducir a Zósimo?

—Si queréis saberlo todo —respondió mi buen maestro—, encuentro en ello cierta sensualidad.

—¡Enhorabuena! —dijo el señor de Anquetil—. Pero el señor Tournebroche, que en ese momento está acariciando a mi amante, ¿en qué puede ayudaros?

—En su conocimiento del griego —dijo mi buen maestro—, que yo le he procurado.

El señor de Anquetil, volviéndose hacia mí, dijo:

—¡Cómo, señor, sabéis griego! Entonces, ¿no sois gentilhombre?

—Señor —respondí—, mi padre es abanderado de la cofradía de asadores parisienses.

—En tal caso, me es imposible mataros —replicó—. Os ruego que me disculpéis. Pero, señor abate, no bebéis. Me habéis engañado. Os creía un buen borrachín, y tenía la idea de haceros mi capellán cuando tuviera una casa.

No obstante, el señor abate Coignard bebía incluso de la botella, y Catherine, inclinada hacia mi oído, me decía:

—Jacques, siento que no amaré nunca a nadie más que a vos.

Esas palabras, viniendo de una bella criatura en camisa, me produjeron una gran turbación. Catherine acabó de embriagarme haciéndome beber en su vaso, lo que nadie advirtió en medio de la confusión de una cena que había calentado excesivamente todas las cabezas.

El señor de Anquetil, rompiendo contra la mesa el cuello de una botella, nos llenó de nuevo los vasos, y, a partir de ese momento, no me di cuenta exacta de lo que se decía y hacía a mi alrededor. Vi, sin embargo, que Catherine vertió traidoramente un vaso de vino en el cuello de su amante, entre la nuca y el cuello del traje, y el señor de Anquetil replicó derramando dos o tres botellas sobre la joven en camisa, convirtiéndola de ese modo en una especie de figura mitológica del género húmedo de las ninfas y las náyades. Catherine lloraba de rabia y se retorció entre

convulsiones.

En ese preciso momento oímos aldabonazos en el silencio de la noche. De repente nos quedamos inmóviles y mudos, como dominados por un hechizo.

Los golpes aumentaron pronto su fuerza y su frecuencia. Y el señor de Anquetil fue el primero que rompió el silencio preguntándose en voz alta, con espantosos juramentos, quién podría ser aquel pelmazo. Mi buen maestro, a quien las circunstancias más triviales inspiraban a menudo reflexiones admirables, se levantó y dijo con unción y gravedad:

—¡Qué importa la mano que tan rudamente golpea la puerta por un motivo vulgar y tal vez ridículo! No intentemos conocerla, y consideremos que estos golpes han sido dados a la puerta de nuestras almas endurecidas y corrompidas. Digamos, a cada golpe que resuene: éste es para avisarnos de que debemos enmendarnos y pensar en nuestra salvación, que descuidamos en nuestros placeres; éste es para que despreciemos los bienes de este mundo; éste es para que pensemos en la eternidad. De ese modo, habremos sacado todo el provecho posible de un acontecimiento por lo demás irrisorio y frívolo.

—Sois un bromista, señor abate —dijo el señor de Anquetil—; con la fuerza que golpean, van a echar abajo la puerta.

Y, en efecto, el aldabón atronaba.

—Son salteadores —exclamó la muchacha remojada—. ¡Jesús! Van a matarnos; es nuestro castigo por haber expulsado al hermanito. Os lo he dicho muchas veces, Anquetil: cae la desgracia sobre las casas de las que se expulsa a un capuchino.

—¡Qué tonta! —replicó el señor de Anquetil—. Ese condenado frailuco le hace creer todas las estupideces que quiere. Los ladrones serían más educados o, por lo menos, más discretos. Será más bien la ronda.

—¡La ronda! Pero eso es aún peor —dijo Catherine.

—¡Bah! —dijo el señor de Anquetil—. Les daremos una paliza.

Mi buen maestro guardó una botella en uno de sus bolsillos, por precaución, y otra botella en el otro, para hacer contrapeso, como dice el cuento. Toda la casa temblaba con los aldabonazos. El señor de Anquetil, en quien este asalto despertaba virtudes militares, exclamó:

—Voy a reconocer al enemigo.

Corrió dando traspiés a la ventana donde poco antes había abofeteado fuertemente a la muchacha y luego volvió al comedor, muerto de risa.

—¡Ja, ja, ja! ¿Sabéis quién llama? —exclamó—. Es el señor de la Guéritaude con su gran peluca y dos robustos lacayos que traen antorchas encendidas.

—Eso no es posible —dijo Catherine—. En este momento está durmiendo con su vieja esposa.

—Entonces —dijo el señor de Anquetil— es un fantasma que se le parece mucho. Incluso hay que creer que ese fantasma utiliza su peluca. Es tan ridícula que ni siquiera un espectro podría imitarla tan bien.

—¿Habláis en serio? ¿No bromeáis? —preguntó Catherine—. ¿Es verdaderamente el señor de la Guéritaude?

—El mismo, Catherine, si doy crédito a mis ojos.

—Estoy perdida —exclamó la pobre muchacha—. ¡Las mujeres somos muy desgraciadas! Nunca se nos deja tranquilas. ¿Qué va a ser de mí? ¿No queréis, señores, esconderos en los armarios?

—Eso podría hacerse —dijo el señor abate Coignard—; pero, ¿cómo esconder con nosotros estas botellas vacías, y la mayor parte rotas o al menos sin gollete, los restos de la garrafa que el señor me tiró a la cabeza, este mantel, este pastel, estos platos, estos candelabros y la camisa de la señorita, que a causa del vino en que está empapada, ya no es más que un velo transparente y rosado que envuelve su belleza?

—Es cierto que este imbécil ha mojado mi camisa —dijo Catherine— y que voy a resfriarme. Pero quizá bastaría con esconder al señor de Anquetil en el desván. Haría pasar al abate por mi tío y al señor Jacques por mi hermano.

—No —dijo el señor de Anquetil—. Yo mismo voy a rogar al señor de la Guéritaude que venga a cenar con nosotros.

Mi buen maestro, Catherine y yo insistimos para que no hiciera nada, le suplicamos, nos colgamos de su cuello. Fue en vano. Cogió un candelabro y bajó la escalera. Le seguimos temblando. Abrió la puerta. El señor de la Guéritaude estaba allí, tal como nos lo había descrito, con su peluca, entre dos lacayos provistos de antorchas. El señor de Anquetil le saludó ceremoniosamente y le dijo:

—Hacednos el favor de subir, señor. Encontraréis personas amables y singulares: un girabrochetas a quien la señorita Catherine envía besos por la ventana y un abate que cree en Dios.

Y se inclinó profundamente.

El señor de la Guéritaude era una especie de gigante carniseo, poco inclinado a disfrutar de las bromas. La del señor de Anquetil le irritó mucho, y su cólera aumentó al ver a mi buen maestro, desabrochado, con una botella en la mano y otras dos en los bolsillos, y a Catherine, con la camisa húmeda y pegada al cuerpo.

—Joven —dijo con fría cólera al señor de Anquetil—, tengo el honor de conocer a vuestro señor padre, con quien mañana me pondré de acuerdo sobre la ciudad a la que el rey os enviará a meditar sobre la vergüenza de vuestros excesos y de vuestra impertinencia. Ese digno gentilhombre, a quien he prestado un dinero que no le reclamo, no puede negarme nada. Y nuestro bien amado príncipe, que se encuentra precisamente en el mismo caso que vuestro señor padre, es muy benevolente conmigo. Así pues, es un asunto arreglado. He solucionado, ¡gracias a Dios!, otros más difíciles. En cuanto a esta muchacha, ya que no hay esperanza de llevarla al buen camino, diré antes del mediodía dos palabras al señor lugarteniente de policía, que sé que está dispuesto a enviarla al hospital^[158]. No tengo nada más que deciros. Esta casa es mía; la he pagado, y voy a entrar en ella.

Luego, volviéndose hacia sus lacayos y señalando con la punta de su bastón a mi

buen maestro y a mí, dijo:

—Echad fuera a esos dos borrachos.

El señor Jérôme Coignard era por lo común hombre de una mansedumbre ejemplar, y tenía la costumbre de decir que debía esa dulzura a las vicisitudes de la vida, pues la fortuna le había tratado como a esos guijarros que el mar pule haciéndolos rodar en su flujo y en su reflujo. Soportaba fácilmente las injurias, tanto por espíritu cristiano como por filosofía. Pero lo que más le ayudaba a mantener esa actitud era su gran desprecio a lo seres humanos, del que no se excluía. Sin embargo, esta vez perdió toda medida y olvidó toda prudencia.

—Cállate, vil publicano —exclamó, agitando su botella como una maza—. Si esos bribones osan acercarse a mí, les rompo la cabeza para enseñarles a respetar mi hábito, que da sobrada fe de mi sagrado carácter.

A la luz de las antorchas, reluciente de sudor, enrojecido, con los ojos fuera de las órbitas, el hábito abierto y su grueso vientre encima de sus calzones, mi buen maestro parecía un individuo al que no se reduce fácilmente. Los bribones vacilaban.

—¡Atacad —les gritaba el señor de la Guéritaude—, atacad, atacad a ese tonel lleno de vino! ¿No veis que sólo hay que empujarlo al arroyo, donde se quedará hasta que los barrenderos vengan a echarlo al carro de las basuras? Yo mismo lo tiraré si no temiera manchar mis ropas.

A mi buen maestro le dolieron vivamente esas injurias.

—Odioso traficante —dijo con una voz digna de resonar en las iglesias—, infame sectario, bárbaro recaudador de impuestos, ¿pretendes que esta casa es tuya? Para que se te crea, para que se sepa que es tuya, inscribe sobre la puerta esta palabra del Evangelio: *Acelanda*, que quiere decir: *Precio de la sangre*^[159]. Entonces, inclinándonos, dejaremos entrar al dueño en su morada. Ladrón, bandido, homicida, escribe con el carbón que te tiraré a las narices, escribe con tu sucia mano, sobre ese umbral, tu título de propiedad, escribe: Precio de la sangre de la viuda y del huérfano, precio de la sangre del justo, *Acelanda*. Si no, quédate fuera y déjanos dentro, hombre de cantidad.

El señor de la Guéritaude, que no había oído en su vida nada parecido, pensó que estaba tratando con un loco, lo que bien se podía creer, y, más para defenderse que para atacar, levantó su gran bastón. Mi buen maestro, fuera de sí, lanzó su botella a la cabeza del señor negociante, que cayó al suelo cuan largo era, gritando:

—¡Me ha matado!

Y como nadaba en el vino de la botella, parecía estar asesinado. Sus dos lacayos se dispusieron a arrojarse sobre el asesino, y uno de ellos, que era robusto, creía ya tenerlo atrapado cuando el señor abate Coignard le dio con la cabeza un golpe tan fuerte en el estómago que el bribón cayó rodando por el arroyo junto al financiero. Se levantó para su desgracia y, armándose de una antorcha que aún ardía, se lanzó contra quien había causado su mal. Pero mi buen maestro ya no estaba allí; había huido por una callejuela. Sin embargo, seguía allí el señor de Anquetil, con Catherine, y fue él

quien recibió el golpe de la antorcha en la frente. Esta ofensa le pareció insoportable; sacó su espada y la hundió en el vientre del desdichado bribón, que así aprendió, a sus expensas, que no se debe atacar a un gentilhomme. Mi buen maestro no había dado aún veinte pasos por la callejuela cuando el segundo lacayo, tipo larguirucho con buenas zancas, se puso a correr tras él llamando a la guardia y gritando: «¡Detenedle!». Corrió más de prisa, y vimos que en la esquina de la rue de Saint-Guillaume extendía los brazos para agarrar a mi buen maestro por el cuello. Pero éste, que se sabía más de una artimaña, giró bruscamente y, al pasar el hombre junto a él, le echó una zancadilla y lo envió contra un mojón, donde se partió la cabeza. Esto ocurrió mientras el señor de Anquetil y yo acudíamos en socorro del señor abate Coignard, a quien no debíamos abandonar en tan acuciante peligro.

—Abate —dijo el señor de Anquetil—, dadme la mano: sois un valiente.

—Creo, en efecto —dijo mi buen maestro—, que he sido algo homicida. Pero no soy lo bastante desnaturalizado para jactarme de ello. Basta con que no se me haga un reproche con excesiva vehemencia. Estas violencias no forman parte de mis costumbres, y tal como me veis, señor, yo era más apto para enseñar las bellas letras en la cátedra de un colegio que para batirme con lacayos en un rincón de una calle.

—¡Oh! —replicó el señor de Anquetil—. Eso no es lo peor de vuestro caso. Creo que habéis matado a un recaudador de impuestos.

—¿Es cierto? —preguntó el abate.

—Tan cierto como que yo he metido mi espada en la barriga de ese canalla.

—En estas coyunturas —dijo el abate—, convendría primeramente pedir perdón a Dios, ante quien somos responsables de la sangre derramada, y en segundo lugar, apretar el paso hasta la fuente más cercana, donde nos lavaremos. Porque me parece que me sangran las narices.

—Tenéis razón, abate —dijo el señor de Anquetil—, pues el bribón que ahora yace en el arroyo con las tripas fuera me ha herido en la frente. ¡Qué impertinencia!

—Perdonadle —dijo el abate—, para que vos seáis perdonado.

En el lugar donde la rue du Bac llega a las afueras, encontramos oportunamente, adosado al muro de un hospital, un pequeño tritón de bronce que vertía un chorro de agua en un pilón de piedra. Allí nos detuvimos para lavarnos y para beber. Porque teníamos la garganta seca.

—¿Qué hemos hecho —dijo mi maestro—, y cómo he salido de mi talante natural, que es pacífico? Ciertamente es que no hay que juzgar a los hombres por sus actos, que dependen de las circunstancias, sino más bien, a ejemplo de Dios, nuestro padre, por sus pensamientos secretos y sus intenciones profundas.

—¿Y Catherine? —pregunté—. ¿Qué habrá sido de ella en esta horrible aventura?

—La dejé —me respondió el señor de Anquetil— soplando en la boca de su financiero para reanimarlo. Pero tendrá que soplar mucho, conozco a la Guéritaude. No tiene piedad. La enviará al hospital y tal vez a América^[160]. Lo siento por ella. Era una muchacha guapa. Yo no la amaba; pero ella estaba loca por mí. Y, cosa

extraordinaria, me he quedado sin amante.

—No os preocupéis —dijo mi buen maestro—. Encontraréis otra que no será muy diferente de ésta, o al menos no lo será esencialmente. Y me parece que lo que buscáis en una mujer es común a todas.

—Está claro —dijo el señor de Anquetil— que corremos peligro; yo, de ser encerrado en la Bastilla, y vos, abate, de ser ahorcado junto con Tournebroche, vuestro discípulo, que sin embargo no ha matado a nadie.

—Nada es más cierto —respondió mi buen maestro—. Es necesario que pensemos en nuestra seguridad. Puede que tengamos que abandonar París, donde no dejarán de buscarnos, e incluso huir a Holanda. ¡Ay de mí!, preveo que escribiré libelos para las comediantas con esta misma mano que ilustra con notas muy amplias los tratados alquímicos de Zósimo el Panopolitano.

—Oídmeme, abate —dijo el señor de Anquetil—, tengo un amigo que nos esconderá en sus posesiones todo el tiempo que sea necesario. Vive a cuatro leguas de Lyon, en un territorio horrible y salvaje donde no se ven más que chopos, hierba y bosques. Ahí es donde hemos de ir. Esperaremos a que pase la tormenta. Cazaremos. Pero es necesario encontrar lo antes posible una silla de posta, o, mejor dicho, una berlina.

—Eso, señor —dijo el abate—, es cosa mía. El hotel del *Caballo Rojo*, en la encrucijada de los Pastores, os suministrará buenos caballos y toda clase de vehículos. Conocí al hotelero cuando yo era secretario de la señora de Saint-Ernest. Era propenso a complacer a las personas de calidad; creo que habrá muerto, pero debe de tener un hijo muy parecido a él. ¿Tenéis dinero?

—Llevo encima una suma bastante grande —dijo el señor de Anquetil—. De lo que me alegro, pues no puedo pensar en volver a mi casa, donde los oficiales de justicia no dejarán de buscarme para llevarme al Châtelet^[161]. Mis criados se quedaron en la casa de Catherine, y Dios sabe qué habrá sido de ellos. Pero no me importa; les golpeaba y no les pagaba, y por tanto no estoy seguro de su fidelidad. ¿De quién fiarse? Vayamos en seguida a la encrucijada de los Pastores.

—Señor —dijo el abate—, voy a haceros una proposición que deseo que os agrade. Tournebroche y yo nos alojamos en la Cruz de los Arenales, en un palacio alquímico y destartalado donde os será fácil pasar doce horas sin ser visto. Vamos a conducirnos allí, y esperaremos a que nuestro carruaje esté preparado. Tenemos la ventaja de que los Arenales no están lejos de la encrucijada de los Pastores.

El señor de Anquetil no halló nada que oponer a estos arreglos, y resolvimos, ante el pequeño Tritón que lanzaba el agua por entre sus gruesas mejillas, ir primero a la Cruz de los Arenales y tomar luego en el hotel del *Caballo Rojo* una berlina que nos condujera a Lyon.

—Os confiaré, señores —dijo mi buen maestro—, que de las tres botellas que tomé la precaución de llevarme, una se rompió desgraciadamente sobre la cabeza del señor de la Guéritaude, y otra en mi bolsillo durante mi huida. Son dos hechos lamentables. Pero la tercera, contra toda esperanza, se salvó. ¡Aquí está!

Y, sacándola de debajo de sus ropas, la puso en el borde de la fuente.

—Esto va bien —dijo el señor de Anquetil—. Vos tenéis vino; yo tengo dados y cartas en el bolsillo. Podemos jugar.

—Es verdad —dijo mi buen maestro— que es una gran diversión. Un juego de cartas, señor, es un libro de aventuras del género que llamamos novelas, y tiene sobre los demás libros de esa especie la singular ventaja de que se hace al mismo tiempo que se lee, y que no hay necesidad de tener ingenio para hacerlo ni de saber literatura para leerlo. Es además una obra maravillosa porque ofrece un sentido razonable y nuevo cada vez que se barajan sus páginas. Posee tal artificio que no se podría admirar bastante, pues, par tiendo de principios matemáticos, consigue mil y mil combinaciones curiosas y tantas relaciones singulares que se ha llegado a creer, en verdad falsamente, que allí se descubrían los secretos de los corazones, el misterio de los destinos y los arcanos del porvenir. Esto que digo se aplica sobre todo al tarot de los bohemios, que es el más excelente de los juegos, pero puede extenderse al juego del *piquet*^[162]. Hay que atribuir a los antiguos la invención de las cartas, y por mi parte, aunque en verdad no conozco ningún texto que me autorice a afirmarlo, las creo de origen caldeo. Pero, en su forma actual, el juego del *piquet* no se remonta más allá del rey Carlos séptimo, si es cierto, como dice una sabia disertación que recuerdo haber leído en Sééz, que la reina de corazones representa de modo emblemático a la bella Agnès Sorel^[163] y que la reina de picas no es otra, bajo el nombre de Pallas, que aquella Jeanne Dulys, también llamada Jeanne Darc^[164], que restableció por su valor la actividad de la monarquía y después fue cocida en Rouen por los ingleses, en una caldera que se puede ver por dos ochavos y que yo he visto al pasar por esa ciudad. Algunos historiadores pretenden, sin embargo, que esta doncella fue quemada viva en una gran hoguera. Se lee, en Nicolas Gilles y en Pasquier^[165], que santa Margarita y santa Catalina se le aparecieron. No fue Dios, seguramente, quien se las envió, pues no hay persona un poco docta y de piedad sólida que no sepa que esa Margarita y esa Catalina fueron inventadas por aquellos monjes bizantinos cuyas exuberantes y bárbaras imaginaciones han embrollado todo el martirologio. Es una ridícula impiedad pretender que Dios hizo que se aparecieran a esta Jeanne Dulys santas que jamás han existido. Sin embargo, antiguos cronistas no han temido darlo a entender así. ¿Por qué no han dicho que Dios envió también a esta doncella a Isolda la rubia, Melusina, Berta del gran-pie y todas las heroínas de los libros de caballerías, cuya existencia no es más fabulosa que la de la virgen Catalina y la virgen Margarita? El señor de Valois^[166], en el siglo pasado, se sublevaba con razón contra esas toscas fábulas que son tan opuestas a la religión como el error es contrario a la verdad. Sería de desear que un religioso instruido en historia hiciese la distinción entre santos verdaderos, a los que conviene venerar, y santos tales como Margarita, Lucía o Eustaquio, que son imaginarios, e incluso san Jorge, sobre el cual tengo dudas.

»Si un día puedo retirarme a alguna hermosa abadía, adornada con una rica biblioteca, consagraré a esa tarea los restos de una vida medio agotada en espantosas

tempestades y frecuentes naufragios. Aspiro llegar a puerto y tengo el deseo y el afán del casto reposo que conviene a mi edad y a mi estado.

Mientras el señor abate Coignard exponía estas ideas memorables, el señor de Anquetil, sin escucharlo, sentado en el borde del pilón, barajaba las cartas y juraba como un diablo porque no veía ni gota para jugar una partida de *piquet*.

—Tenéis razón, señor —dijo mi buen maestro—, no se ve con claridad; y eso me disgusta menos por lo que se refiere a las carras, de las que prescindo fácilmente, que por el deseo que tengo de leer algunas páginas de las *Consolaciones* de Boecio^[167] en un ejemplar de pequeño formato que llevo siempre en el bolsillo de mi hábito a fin de tenerlo a mano para abrirlo en el momento en que caigo en el infortunio, como me sucede hoy. Porque es una desgracia cruel, señor, para un hombre de mi estado, ser homicida y estar amenazado de encierro en las prisiones eclesiásticas. Siento que una sola página de ese libro admirable daría firmeza a mi corazón, que se derrumba ante la sola idea de la autoridad judicial.

Al pronunciar estas palabras, se dejó caer sobre la otra parte del borde del pilón, tan a fondo que sumergió en el agua la mitad de su cuerpo. Pero eso no le causó ninguna preocupación, y ni siquiera parecía notarlo; sacando del bolsillo su Boecio, que realmente estaba allí, y calándose las antiparras, de las que sólo quedaba un vidrio, rajado por tres partes, se puso a buscar en el librito la página más apropiada a su situación. Y sin duda la habría encontrado, y habría adquirido nuevas fuerzas, si el mal estado de sus antiparras, las lágrimas que le brotaban de los ojos y la débil claridad que caía del cielo le hubieran permitido buscarla. Pero pronto debió confesar que no veía ni gota, y echó la culpa a la luna, que le mostraba su cuerno puntiagudo al borde de una nube. La interpeló con energía y la colmó de invectivas:

—¡Astro obscuro, pícaro y libidinoso —dijo—, nunca te cansas de iluminar las infamias de los hombres y sólo envías una débil ráfaga de luz a quien busca máximas virtuosas!

—Por eso, abate —dijo el señor de Anquetil—, como esta indecente luna nos proporciona bastante claridad para andar por las calles, y no para jugar una partida de cartas, vayamos cuanto antes a ese palacio del que me habéis hablado y en el que tengo ganas de entrar sin ser visto.

El consejo era bueno; así que, después de habernos bebido a gollete todo el vino de la botella, tomamos los tres el camino de la Cruz de los Arenales. Yo iba delante con el señor de Anquetil. Mi buen maestro, retrasado por culpa del agua que habían bebido sus calzones, nos seguía llorando, gimiendo y chorreando.

LA luz del alba hería ya nuestros fatigados ojos cuando llegamos a la puerta verde del parque de los Arenales. No necesitamos usar el aldabón. Desde hacía algún tiempo, el dueño de la casa nos había entregado las llaves de sus dominios. Decidimos que mi buen maestro se adelantaría prudentemente con Anquetil por la parte más oscura del paseo y que yo me quedaría un poco rezagado para observar, si era necesario, al fiel Critón y a los pinches de cocina, que podrían ver al intruso. Este arreglo, totalmente razonable, iba a causarme grandes molestias. Porque, en el momento en que mis dos compañeros habían subido ya la escalera y entrado, sin ser vistos, en mi propia habitación, donde habíamos decidido esconder al señor de Anquetil hasta el momento de huir en la posta, yo apenas había llegado al segundo piso, donde encontré precisamente al señor de Astarac vestido de damasco rojo y con un candelabro de plata en una mano. Puso, como de costumbre, su mano en mi hombro.

—¡Bien, hijo mío! —me dijo—. ¿No estáis satisfecho de haber roto todo comercio con las mujeres y, de ese modo, haber evitado todos los peligros de las malas compañías? No debéis temer, entre las augustas hijas del aire, esas querellas, esas riñas, esas escenas injuriosas y violentas que estallan habitualmente entre las criaturas de mala vida. En vuestra soledad, bajo el hechizo de las hadas, gozáis de una paz deliciosa.

Al principio creí que se burlaba. Pero pronto descubrí, por su semblante, que no era así.

—Os encuentro oportunamente, hijo mío —añadió—, y os agradeceré que vengáis conmigo un momento a mi taller.

Fui tras él. Abrió con una llave de al menos una vara de longitud la puerta de aquella maldita habitación de la que, poco antes, había visto salir fulgores infernales. Y cuando uno y otro hubimos entrado en el laboratorio, me rogó que avivara el fuego, que languidecía. Eché algunos trozos de madera al hogar, donde se cocía no sé qué cosa que esparcía un olor sofocante. Mientras cocinaba sus oscuras recetas, removiendo crisoles y matraces, yo permanecía sentado en un banco y, a pesar mío, se me cerraban los ojos. Me obligó a abrirlos para que admirase una vasija de barro verde con tapadera de vidrio que tenía en la mano.

—Hijo mío —me dijo—, es preciso que sepáis que este aparato sublimatorio recibe el nombre de aludel^[168]. Contiene un líquido que se debe contemplar con atención, pues os revelaré que este líquido no es otro que el mercurio de los filósofos. No creáis que ha de conservar siempre este color oscuro. Antes de que pase un poco de tiempo se habrá vuelto blanco y, en ese estado, convertirá los metales en plata. Luego, gracias a mi arte y mi habilidad, se pondrá rojo y adquirirá la virtud de transmutar la plata en oro. Sin duda sería ventajoso para vos que, encerrado en este taller, no salierais de aquí antes de que esas sublimes operaciones se hubieran cumplido, lo que no puede tardar más de dos o tres meses. Pero eso sería quizás imponer una obligación demasiado penosa a vuestra juventud. Conformaos esta vez

con observar los preludios de la obra, echando, por favor, mucha leña al fuego.

Habiendo hablado así, se enfrascó de nuevo en sus probetas y en sus retortas. Sin embargo, yo pensaba en la triste situación en que me habían puesto mi mala suerte y mi imprudencia.

—¡Ay de mí! —me decía, echando leña al horno—, en este mismo momento nos buscan los guardias a mi buen maestro y a mí; tendremos quizá que ir a prisión y seguramente dejar este palacio donde tenía, a falta de dinero, comida y una posición honorable. No me atreveré nunca más a presentarme ante el señor de Astarac, que cree que he pasado la noche en las silenciosas voluptuosidades de la magia, como más hubiera valido que fuese. ¡Ay de mí! Nunca más volveré a ver a la sobrina de Mosaïde, la señorita Jahel, que tan agradablemente me despertaba por la noche en mi habitación. Y sin duda me olvidará. Amará tal vez a otro, al que hará las mismas caricias que a mí. La sola idea de esta infidelidad me es intolerable. Pero, tal como va el mundo, veo que hay que esperarlo todo.

—Hijo mío —me dijo el señor de Astarac—, no alimentáis suficientemente el fuego del atamor. Veo que no estáis aún lo bastante penetrado por la excelencia del fuego, cuya virtud es capaz de hacer madurar este mercurio y de producir el fruto maravilloso que pronto me será dado recoger. ¡Más leña! El fuego, hijo mío, es el elemento supremo: os lo he dicho bastantes veces, y voy a ofrecer os un ejemplo. Un día muy frío del invierno pasado, habiendo ido a visitar a Mosaïde en su pabellón, lo encontré sentado, con los pies sobre una estufa, y observé que las sutiles partículas de fuego que se escapaban del hornillo eran suficientemente poderosas para hinchar y levantar la hopalanda del sabio; de donde deduje que, si ese fuego hubiera sido más ardiente, Mosaïde se habría elevado sin falta por los aires, como en efecto es digno de elevarse, y que, si fuera posible encerrar en alguna nave una gran cantidad de esas partículas de fuego, podríamos por ese medio navegar sobre las nubes tan fácilmente como lo hacemos sobre el mar^[169] y visitar a las Salamandras en sus etéreas moradas. Eso es a lo que pienso dedicarme más adelante. Y no desespero de fabricar uno de esos navíos de fuego. Pero volvamos a nuestra tarea; echad leña al horno.

Me retuvo algún tiempo más en aquella calurosa habitación, de la que deseaba escapar lo antes posible para tratar de reunirme con Jahel, a quien tenía prisa por dar a conocer mis desdichas. Al fin, el señor de Astarac salió del taller, y pensé verme en libertad. Pero burló también esa esperanza.

—El tiempo —me dijo— es bastante suave esta mañana, aunque está un poco nublado. ¿No os gustaría dar un paseo conmigo por el parque antes de proseguir esa versión de Zósimo el Panopolitano que os dará gran prestigio, a vos y a vuestro maestro, si ambos la termináis como la habéis comenzado?

Lo seguí de mala gana por el parque, donde me habló en estos términos:

—No me desagrada, hijo mío, encontrarme a solas con vos para preveniros, mientras aún hay tiempo, contra un gran peligro que algún día podría amenazaros; e incluso me reprocho no haber pensado en advertiros antes, pues lo que tengo que

comunicaros es de suma importancia.

Hablando de ese modo, me condujo por la gran alameda que llega hasta las ciénagas del Sena y desde donde se ven Rueil y el monte Valérien con su calvario. Era su paseo habitual. Esta alameda era también bastante transitable, pese a algunos troncos de árboles caídos que la cruzaban.

—Es importante —prosiguió— haceros saber a qué os exponéis traicionando a vuestra Salamandra. Nada os pregunto acerca de vuestras relaciones con esta criatura sobrehumana que he tenido la dicha de haceros conocer. Vos mismo sentís, así me ha parecido, una cierta repugnancia en hablar de ello. Y tal vez por eso sois digno de alabanza. Si las Salamandras no tienen sobre la discreción de sus amantes las mismas ideas que las mujeres de la corte y de la ciudad, no es menos cierto que lo propio de los grandes amores es ser inefables y que darlos a conocer en público es profanar un gran sentimiento.

»Pero vuestra Salamandra (cuyo nombre me sería fácil conocer si tuviera esa indiscreta curiosidad) tal vez no os ha informado sobre una de sus más vivas pasiones, que es la de los celos. Esta característica es común a todas sus semejantes, Sabedlo bien, hijo mío: las Salamandras no se dejan traicionar impunemente. Toman contra el perjurio una venganza terrible. El divino Paracelso refiere un ejemplo que sin duda bastará para inspiraros un saludable temor. Es por lo que quiero dároslo a conocer.

»Había en la ciudad alemana de Staufen un filósofo espagórico que tenía, como vos, relaciones con una Salamandra. Fue bastante depravado para engañarla ignominiosamente con una mujer realmente bonita, pero no más bella de lo que puede ser una mujer. Una noche, mientras cenaba con su nueva amante y algunos amigos, los comensales vieron brillar encima de sus cabezas una pierna maravillosamente formada. La Salamandra la mostraba para que se advirtiera que no merecía el engaño que le hacía su amante. Después de lo cual, la celeste criatura, indignada, asestó al infiel una apoplejía. El vulgo, propenso por naturaleza a ser engañado, creyó que se trataba de una muerte natural, pero los iniciados supieron de qué mano había partido el golpe. Os debía, hijo mío, esta advertencia y este ejemplo.

Me eran menos útiles de lo que pensaba el señor de Astarac. Mientras lo escuchaba, alimentaba otros motivos de alarma. Sin duda mi rostro traicionaba mi inquietud, pues el gran cabalista, volviendo su mirada hacia mí, me preguntó si no temía que un compromiso guardado bajo penas tan severas fuera inadecuado a mi juventud.

—Puedo tranquilizaros al respecto —añadió—. Los celos de las Salamandras sólo se excitan si se las pone en rivalidad con mujeres, y, a decir verdad, más que auténticos celos, tienen resentimiento, indignación, repugnancia. Las Salamandras tienen un alma demasiado noble y una inteligencia demasiado sutil para ser envidiosas unas de otras y ceder a un sentimiento propio de la barbarie en que la humanidad está aún medio sumergida. Por el contrario, se sienten alegres

compartiendo con sus compañeras las delicias de que gozan junto a un sabio, y se complacen en ofrecer sus hermanas más bellas a su amante. Pronto comprobaréis que, efectivamente, llevan su cortesía al extremo que os digo, y no pasará un año, ni siquiera seis meses, antes de que vuestro aposento sea el punto de cita de cinco o seis hijas de la luz, que se despojarán a porfía ante vos de sus refulgentes ceñidores. No temáis, hijo mío, responder a sus caricias. Vuestra amiga no se sentirá celosa. Siendo tan sabia, ¿cómo podría ofenderse? Por vuestra parte, no os irritéis demasiado si vuestra Salamandra os deja un momento para ir a visitar a otro filósofo. Considerad que esos celos feroces que los hombres añaden a la unión de los sexos son un sentimiento salvaje fundado en la más ridícula ilusión. Se basa en la idea de que una mujer pertenece a aquel a quien se ha entregado, lo cual no es más que un puro juego de palabras.

Hablándome así, el señor de Astarac se había adentrado por el sendero de las Mandrágoras, desde el que ya percibíamos, entre las hojas de los árboles, el pabellón de Mosaïde, cuando una voz espantosa nos desgarró los oídos e hizo palpar mi corazón. Emitía sonidos guturales acompañados de penetrantes chirridos; y era perceptible, al acercarse, que esos sonidos estaban modulados y que cada frase terminaba con una especie de tenue melopea que no podía escucharse sin temblar.

Tras haber dado algunos pasos, pudimos, aguzando los oídos, captar el sentido de aquellas extrañas palabras. La voz decía:

—Oye la maldición con que Elíseo maldijo a los niños insolentes y burlones^[170]. Escucha el anatema que Barac lanzó contra Meros^[171]. Te condeno en nombre de Arquithariel^[172], que también es llamado señor de las batallas y que posee la espada luminosa. Te condeno a tu perdición, en nombre de Sardalifón^[173], que presenta a su señor las flores agradables y las guirnaldas meritorias ofrecidas por los hijos de Israel. ¡Maldito seas, perro! ¡Y anatematizado seas, puerco!

Mirando hacia donde venía la voz, vimos a Mosaïde en el umbral de su casa, de pie, con los brazos levantados, las manos como garras con uñas afiladas que la luz del sol hacía parecer incandescentes. Cubierto con su sórdida tiara, envuelto en su brillante túnica, que, entreabriéndose, dejaba ver unos muslos flacos y arqueados, envueltos en un calzón hecho jirones, parecía un mago mendicante, imperecedero y viejísimo. Sus ojos relumbraban. Y decía:

—Maldito seas, en nombre de los Globos; maldito seas, en nombre de las Ruedas; maldito seas, en nombre de las Bestias misteriosas que vio Ezequiel^[174].

Y extendió ante él sus largos brazos armados de garras, repitiendo:

—En nombre de los Globos, en nombre de las Ruedas, en nombre de las Bestias misteriosas, húndete junto a aquellos que ya no existen.

Dimos algunos pasos por el bosquecillo para descubrir contra quién desplegaba Mosaïde sus brazos y su cólera, y grande fue mi sorpresa al ver al señor Jérôme Coignard enganchado por un faldón de su hábito a un matorral espinoso. El desorden de la noche se revelaba en toda su persona; su alzacuello y sus calzones desgarrados,

sus medias manchadas de barro, su camisa abierta recordaban lamentablemente nuestras comunes desventuras, y, lo que era peor, la hinchazón de su nariz desfiguraba aquel aspecto noble y risueño que nunca se borraba de su rostro.

Corrí hacia él y tan hábilmente lo saqué de entre las espinas que no dejó allí más que un pedazo de sus calzones. Y Mosaïde, no teniendo ya a nadie a quien maldecir, entró en su casa; como iba en chancletas, observé que tenía la pierna plantada en medio del pie, de manera que el talón sobresalía por detrás casi tanto como la puntera por delante. Esta peculiaridad hacía muy desagradable su forma de caminar, que de otro modo hubiera sido correcta.

—Jacques Tournebroche, hijo mío —me dijo, suspirando, mi buen maestro—, ese judío tiene que ser Isaac Laquedem^[175] en persona para blasfemar así en todas las lenguas. Me ha vaticinado una muerte próxima y violenta con gran abundancia de imágenes y, si he contado bien, me ha llamado cerdo en catorce idiomas distintos. Creería que es el Anticristo si no le faltaran algunos de los signos por los cuales ha de reconocerse a ese enemigo de Dios. En todo caso, es un vil judío, y nunca se aplicó la rueda, como signo de infamia, sobre las ropas de un descreído tan implacable. Por su parte, no sólo merece la rueda que antaño se ponía sobre la casaca de los judíos, sino la que mantiene sujetos a los malvados.

Y mi buen maestro, muy irritado a su vez, amenazaba con el puño al desaparecido Mosaïde y le acusaba de crucificar a los niños y devorar la carne de los recién nacidos.

El señor de Astarac se acercó a él y le tocó el pecho con el rubí que llevaba en el dedo.

—Es útil —dijo el gran cabalista— conocer las propiedades de las piedras preciosas. El rubí apacigua los resentimientos; y pronto veréis que el señor abate Coignard recobra su dulzura natural.

Mi buen maestro sonreía ya, menos por las virtudes de la piedra que por los efectos de una filosofía que elevaba a este hombre admirable por encima de las pasiones humanas, Pues debo decir, en el mismo momento en que mi relato se oscurece y se pone triste, que el señor Jérôme Coignard me ha dado ejemplos de sensatez en circunstancias en las que es muy raro encontrarlos.

Le preguntamos por el motivo de esta querrela. Pero comprendí, por la vaguedad de sus oscuras respuestas, que no tenía intención de satisfacer nuestra curiosidad. Sospeché en primer lugar que Jahel estaba mezclada de algún modo en el asunto, por el indicio de que oíamos el rechinar de la voz de Mosaïde mezclado con el ruido de cerrojos y todos los fragores de una disputa, en el pabellón, entre el tío y la sobrina. Habiéndome esforzado una vez más en obtener alguna aclaración de mi buen maestro, nos dijo:

—El odio a los cristianos está arraigado en el corazón de los judíos, y este Mosaïde es un execrable ejemplo. He creído discernir en sus horribles aullidos algunos fragmentos de las imprecaciones que la sinagoga vomitó el siglo pasado

contra un humilde judío de Holanda llamado Baruch o Benedict, y más conocido con el nombre de Spinoza^[176], por haber formulado una filosofía que ha sido refutada, casi desde su nacimiento, por excelentes teólogos. Pero este viejo Mardoqueo ha añadido, según me parece, muchas imprecaciones aún más horribles, y reconozco que he sentido alguna turbación. Pensaba escapar, dándome a la fuga, de ese torrente de injurias, cuando, para mi desgracia, me enredé en estas espinas, y tan bien se agarraron a varias partes de mi vestimenta y de mi piel que creí dejar ahí una y otra, y aún estaría ahí, con punzantes dolores, si Tournebroche, mi discípulo, no me hubiera sacado.

—Las espinas no son nada —dijo el señor de Astarac—. Pero temo, señor abate, que hayáis pisado la Mandrágora.

—Eso —dijo el abate— es algo que no me preocupa.

—Estáis equivocado —replicó el señor de Astarac con viveza—. Basta poner el pie sobre una Mandrágora para verse envuelto en un crimen pasional y perecer miserablemente.

—¡Ah, señor! —dijo mi buen maestro—, éstos sí que son peligros, y comprendo que era necesario vivir estrechamente encerrado entre las elocuentes murallas de la Astaraciana, que es la reina de las bibliotecas. Por haberla abandonado un momento, he recibido en la cabeza las Bestias de Ezequiel, sin contar todo lo demás.

—¿Y no me decís nada de Zósimo el Panopolitano? —preguntó el señor de Astarac.

—Avanza —respondió mi buen maestro—, sigue su camino, ¡aunque un poco lentamente por ahora!

—Pensad, señor abate —dijo el cabalista—, que la posesión de los más grandes secretos está vinculada al conocimiento de esos antiguos textos.

—Lo pienso, señor, con verdadero interés —dijo el abate.

Y el señor de Astarac, tranquilizado por esas palabras, nos dejó al pie del fauno que tocaba la flauta sin preocuparse por su cabeza, caída en la hierba, y echó a andar bajo los árboles, siguiendo la llamada de las Salamandras.

Mi buen maestro me cogió del brazo con el ademán de alguien que al fin puede hablar libremente.

—Jacques Tournebroche —me dijo—, no debo ocultaros que un encuentro bastante extraño tuvo lugar esta mañana en los desvanes del palacio, mientras vos estabais retenido en el primer piso por ese empedernido tentador. Pues oí muy bien que os rogaba que acudierais un momento a su cocina, que es menos bienoliente y cristiana que la de maese Léonard, vuestro padre. ¡Ay! ¡Cuándo volveré a ver el asador de la *Reina Pie de Oca* y la librería del señor Blaizot, con la *Imagen de Santa Catalina*, donde disfrutaba tanto hojeando los libros recién llegados de Amsterdam y de La Haya!

—¡Ay! —exclamé con lágrimas en los ojos—. ¿Cuándo volveré a verlos yo también? ¿Cuándo volveré a ver la calle de Saint-Jacques, donde he nacido, y a mis

queridos padres, a quienes la noticia de nuestras desdichas causará grandes penas? Pero dignaos explicaros, mi buen maestro, acerca de ese encuentro bastante extraño que decís que tuvo lugar esta mañana, y de los acontecimientos de ese día.

El señor Jérôme Coignard consintió en darme todas las aclaraciones que yo deseaba. Lo hizo en estos términos:

—Sabed, pues, hijo mío, que subí sin tropiezos al piso más alto del palacio con el señor de Anquetil, al que aprecio bastante, aunque es hombre rudo e iletrado. No tiene en la mente ni hermosos conocimientos ni profundas curiosidades. Pero la vivacidad de la juventud brilla agradablemente en él y el ardor de su sangre le inspira divertidas ocurrencias. Conoce el mundo como conoce a las mujeres, porque está encima, y sin filosofía alguna. Es una gran ingenuidad que se declare ateo. Su impiedad no tiene malicia, y veréis que desaparecerá por sí sola cuando decaiga el ardor de sus sentidos. En su alma, Dios no tiene otros enemigos que los caballos, los naipes y las mujeres. En el espíritu de un verdadero libertino, de un señor Bayle^[177], por ejemplo, la verdad encuentra adversarios más temibles y malignos. Pero veo, hijo mío, que os ofrezco un retrato o una semblanza, y que es un simple relato lo que esperáis de mí.

»Voy a satisfaceros. Habiendo, pues, llegado al piso más alto del palacio con el señor de Anquetil, hice entrar al joven gentilhombre en vuestra habitación y le rogué, según la promesa que vos y yo le hicimos ante la fuente del Tritón, que usara esa habitación como si fuera la suya. Lo hizo de buena gana; se desnudó y, no quedándose más que con las botas puestas, se acostó en vuestra cama y corrió las cortinas para que no le importunara la áspera luz del amanecer, y no tardó en dormirse.

»En cuanto a mí, hijo mío, de vuelta a mi habitación, aunque estaba rendido de cansancio, no quise gozar de ningún reposo antes de haber buscado en el libro de Boecio un pasaje adecuado a mi situación. No encontré ninguno que fuera apropiado. El gran Boecio no tuvo, en efecto, ocasión de meditar sobre la desgracia de haber roto la cabeza de un recaudador de impuestos con una botella de su propia bodega. Pero recogí por aquí y por allá, en su admirable tratado, máximas que no dejaban de ser aplicables a las coyunturas presentes. Tras lo cual, calándome el gorro hasta los ojos y encomendando mi alma a Dios, me dormí tranquilamente. Pasado un tiempo que me pareció breve, aunque no tenía medios para precisarlo, pues nuestras acciones, hijo mío, son la única medida del tiempo, que está, por decirlo así, en suspenso para nosotros durante el sueño, sentí que me tiraban de un brazo y oí una voz que me gritaba al oído: “¡Eh, abate! ¡Eh, abate! ¡Despertaos!”. Creí que era el alguacil que venía a detenerme para llevarme ante la justicia, y consideré para mis adentros si no sería conveniente romperle la cabeza con mi candelabro. Es por desgracia muy cierto, hijo mío, que, una vez salido del camino de dulzura y de equidad por donde el sabio marcha con pie firme y prudente, uno se ve obligado a soportar la violencia con violencia y la crueldad con crueldad, de manera que la consecuencia de una primera

falta es cometer otras nuevas. Eso es algo que hay que tener siempre en la mente para comprender a vida de los emperadores romanos, que el señor Crevier^[178] ha referido con exactitud. Esos príncipes no habían nacido más perversos que los demás hombres. Cayo, apodado Calígula, no carecía de ingenio natural ni de juicio, y era capaz de cultivar la amistad. Nerón tenía una inclinación innata a la virtud, y su temperamento le inclinaba hacia todo lo que es grande y sublime. Una primera falta arrojó al uno y al otro a la vida depravada que ambos siguieron hasta su miserable fin. Eso es lo que aparece en el libro del señor Crevier. Conocí a este hombre tan capacitado cuando enseñaba las bellas letras en el colegio de Beauvais, como yo las enseñaría hoy si mi vida no hubiera tropezado en mil obstáculos y si la facilidad natural de mi espíritu no me hubiera tendido diversas trampas en las que caí. El señor Crevier, hijo mío, era de costumbres puras; profesaba una moral severa, y un día le oí decir que una mujer que ha traicionado la fe conyugal es capaz de los mayores crímenes, tales como el asesinato y el incendio. Os menciono esta máxima para daros una idea de la santa austeridad de aquel sacerdote. Pero veo que me extravió y me apresuro a continuar mi relato en el punto en que lo dejé. Yo creía, pues, que el alguacil levantaba la mano para prenderme y me veía ya en las prisiones del arzobispo, cuando reconocí el rostro y la voz del señor de Anquetil. «Abate —me dijo este gentilhomme—, acaba de sucederme, en la habitación de Tournebroche, una aventura singular. Una mujer entró en esa habitación mientras yo dormía, se metió en mi cama y me despertó con una lluvia de caricias, de palabras tiernas, de suaves murmullos y de besos ardientes. Descorrí las cortinas para distinguir la figura que me había traído el azar. Vi que era morena, de ojos ardientes, y la más bella del mundo. Pero de pronto lanzó un grito y huyó, irritada, aunque no tan de prisa que yo no pudiera alcanzarla y volver a sujetarla en el pasillo, donde la mantuve estrechamente abrazada. Comenzó resistiéndose y arañándose el rostro; cuando estuve suficientemente arañado para satisfacer su honor, comenzamos a explicarnos. Supo con placer que yo era gentilhomme, y no de los más pobres. Pronto dejé de resultarle odioso, y empezó a encariñarse conmigo, cuando un pinche que atravesaba el pasillo hizo que huyera definitivamente.

»Debo creer —añadió el señor de Anquetil— que esa adorable muchacha venía en busca de otro, no de mí; se equivocó de puerta, y la sorpresa fue la causa de su temor. Pero supe tranquilizarla, y, de no ser por aquel pinche, habría conseguido granjearme su amistad». Le confirmé esta suposición. Intentamos adivinar en busca de quién podría ir la hermosa joven, y nos pusimos de acuerdo en que se trataba, como ya os dije, Tournebroche, de ese viejo loco de Astarac, que se reúne con ella en una habitación cercana a la vuestra o tal vez, sin saberlo vos, en vuestra propia habitación. ¿No lo creéis así?

—Nada es más probable —respondí.

—No hay la menor duda —continuó mi buen maestro—. Ese brujo se burla de nosotros con sus Salamandras. Y lo cierto es que acaricia a esa bonita muchacha. Es

un impostor.

Rogué a mi buen maestro que prosiguiera su relato. Lo hizo de buena gana.

—Abrevio, hijo mío —dijo—, la conversación que tuve con el señor de Anquetil. Es propio de ingenios vulgares y bajos referir detalladamente las menores circunstancias. Debemos, por el contrario, esforzarnos en resumirlas en pocas palabras, tender a la concisión y reservar para las instrucciones y exhortaciones morales la abundancia arrebatadora de las palabras, que entonces conviene precipitar como la nieve que cae de las montañas. Os habré informado suficientemente de las declaraciones del señor de Anquetil cuando os haya dicho que me aseguró haber encontrado en ese muchacha una belleza, un encanto y un atractivo extraordinarios. Terminó su conversación preguntándome si sabía su nombre y quién era. «Por el retrato que de ella me habéis hecho —respondí—, la identifico como a la sobrina del rabino Mosaïde, cuyo nombre es Jahel, a la que tuve ocasión de abrazar una noche en esta misma escalera, con la diferencia de que eso ocurrió entre el segundo y el primer piso», «Espero —replicó el señor de Anquetil— que haya otras diferencias, pues, por mi parte, yo la perseguía de cerca. Me molesta también que, tal como decís, sea judía. Pues, aun que no creo en Dios, hay en mí la impresión de que preferiría que fuese cristiana. Pero, ¿acaso se conoce su nacimiento? ¿Quién sabe si no es una niña robada? Los judíos y los gitanos roban niños a diario. Y además, no se suele insistir en que la Santísima Virgen era judía. Judía o no, me gusta, la deseo y la poseeré». Así habló ese joven insensato, Pero permitid, hijo mío, que me siente en este banco musgoso, porque las fatigas de esta noche, mis combates y mi huida me han roto las piernas.

Se sentó y sacó del bolsillo su tabaquera vacía, que con templó con tristeza.

Me senté cerca de él, en un estado en el que había agitación y abatimiento. Su relato me había producido una intensa tristeza. Maldije al destino que había colocado en mi lugar a un ser brutal, en el mismo momento en que mi querida amante venía a buscarme con todas las muestras de la más ardiente ternura, sin saber que, mientras tanto, yo llenaba de leña el hornillo del alquimista. La muy probable infidelidad de Jahel me desgarraba el corazón, y habría deseado que, al menos, mi maestro hubiera sido más discreto ante mi rival. Me atreví a reprocharle respetuosamente que hubiera revelado el nombre de Jahel.

—Señor —le dije—, ¿no hubo cierta imprudencia en proporcionar tales indicios a un caballero tan lujurioso y tan violento?

Mi buen maestro no pareció haberme oído.

—Desgraciadamente —dijo—, mi tabaquera se abrió esta noche durante la pelea, y el tabaco que contenía, mezclado con el vino en mi bolsillo, forma una pasta repugnante. No me atrevo a pedir a Critón que me pique algunas hojas, tan severo y frío me parece el rostro de ese criado y juez. Y me molesta aún más no poder tomarlo porque la nariz me pica vivamente a consecuencia del golpe que recibí esta noche, y ahora me veis acosado por ese indiscreto solicitante al que no tengo nada que dar. Es

necesario soportar que un alma semejante sufra esa pequeña desgracia, esperando que el señor de Anquetil me dé unos pocos granos del rapé de su tabaquera. Y volviendo, hijo mío, a ese joven gentilhomme, me dijo expresamente: «Amo a esa muchacha. Sabed, abate, que la llevaré en la posta con nosotros. Aunque tenga que quedarme aquí ocho días, un mes, seis meses o más, no me marcharé sin ella». Le expuse los peligros que ocasionaría el menor retraso. Pero me respondió que esos peligros apenas le afectaban, pues eran grandes para nosotros y pequeños para él. «Vos, abate —me dijo—, estáis en el trance de ser ahorcado con Tournebroke; en cuanto a mí, sólo me arriesgo a ir a la Bastilla, donde tendré naipes y mujeres, y de donde mi familia me sacará pronto, pues mi padre interesará en mi suerte a alguna duquesa o alguna bailarina, y mi madre, aunque se haya hecho devota, sabrá recurrir en mi favor al recuerdo de dos o tres príncipes de alto linaje para quienes tuvo antaño ciertas bondades. Así que una cosa es segura: o me voy con Jahel o no me voy. Así que sois libre, abate, de alquilar una silla de posta con vuestro discípulo».

»El desalmado sabía de sobra, hijo mío, que nosotros no teníamos recursos. Intenté hacer que modificara su decisión. Fui acuciante, untuoso y hasta amonestador. No saqué provecho alguno, y malgasté inútilmente una elocuencia que, en el púlpito de una buena iglesia parroquial, me habría valido honores y dinero. ¡Ay de mí! Está claro, hijo mío, que ninguna de mis acciones producirá frutos sabrosos en esta tierra, y que es por mí por lo que el Eclesiastés dice: *Quid habet amplius homo de universo labore suo, quo laborat sub sole?*^[179] Lejos de hacer que fuera más razonable, mis palabras fortalecían al joven caballero en su obstinación, y no os ocultaré, hijo mío, que me indicó que contaba plenamente conmigo para el éxito de sus deseos, y que me apremió a ir en busca de Jahel para que accediera a ser raptada con la promesa de un ajuar de tela de Holanda, una vajilla, joyas y una buena renta.

—¡Oh, maestro mío! —exclamé—. Este señor de Anquetil tiene una insolencia extraordinaria. ¿Qué creéis que responderá Jahel a esas proposiciones, cuando las conozca?

—Hijo mío —me respondió—, ahora ya las conoce, y creo que las aceptará con gusto.

—En ese caso —repliqué vivamente—, es preciso advertir a Mosaïde.

—Mosaïde —respondió mi buen maestro— está advertido de sobra. ¿No oísteis hace un rato, cerca del pabellón, los últimos estallidos de su cólera?

—¡Cómo, señor! —dije, emocionado—. ¿Habéis advertido a ese judío del deshonor que iba a caer sobre su familia? ¡Eso es propio de vos! Permitid que os abrace. Pero, entonces, la furia de Mosaïde, de la que fuimos testigos, ¿amenazaba al señor de Anquetil, y no a vos?

—Hijo mío —repuso el abate con expresión de nobleza y de honestidad—, una indulgencia natural para con las debilidades humanas, una complaciente dulzura, la imprudente bondad de un corazón demasiado simple, llevan con frecuencia a los hombres a actuar irreflexivamente y los exponen a la severidad de los vanos juicios

del mundo. No os ocultaré, Tournebroche, que, cediendo a los insistentes ruegos de este joven gentilhomme, le prometí servicialmente ir a buscar a Jahel de su parte y no descuidar nada para disponerla al rapto.

—¡Ay! —exclamé—. Y cumplisteis, señor, esa lamentable promesa. No puedo deciros hasta qué punto esa acción me hiere y me aflige.

—Tournebroche —me respondió con severidad mi buen maestro—, habláis como un fariseo. Un doctor tan amable como austero ha dicho: «Volved los ojos hacia vosotros mismos y guardaos de juzgar las acciones de los demás. Juzgando a los demás se trabaja en vano; uno se equivoca a menudo, y se peca fácilmente, mientras que examinarse y juzgarse a sí mismo siempre es una ocupación provechosa»^[180]. Está escrito: No temáis el juicio de los hombres. Y el apóstol san Pablo ha dicho: «Nada me importa ser juzgado por el tribunal de los hombres»^[181]. Y, si os ofrezco así los más hermosos textos de moral, es para instruiros, Tournebroche, y conduciros a la humilde y dulce modestia que tan bien os sienta, y no para pasar por inocente cuando la abundancia de mis iniquidades me pesa y me agobia. Es difícil no resbalar en el pecado y conveniente no caer en la desesperación a cada paso que se da en esta tierra, donde todo participa al mismo tiempo de la maldición original y de la redención obrada por la sangre del hijo de Dios. No quiero embellecer mis faltas, y os confieso que la embajada que desempeñé a ruego del señor de Anquetil proviene de la caída de Eva y es, por decirlo así, una de sus innumerables consecuencias, frente al sentimiento humilde y doloroso que ahora me invade, basado en el deseo y la esperanza de mi salvación eterna. Porque es necesario presentaros a los hombres oscilando entre la condenación y la redención, y deciros que precisamente ahora me encuentro en el punto ascendente de la báscula, después de haberme hallado esta mañana con el culo en el suelo. Os confieso, pues, que, habiendo recorrido el camino de las Mandragoras, desde donde se descubre el pabellón de Mosaïde, me escondí tras un matorral de espinas, esperando que Jahel apareciera en su ventana. Se asomó pronto, hijo mío. Salí entonces de mi escondite y le hice señas para que bajase. Vino a reunirse conmigo detrás del matorral en el momento en que creyó burlar la vigilancia de su anciano guardián. Allí, le hice saber en voz baja nuestras aventuras nocturnas, que ella aún ignoraba; le informé de los propósitos forjados por el impetuoso gentilhomme y le indiqué que eso afectaba tanto a su interés como a mi propia salvación y a la vuestra, Tournebroche, pues su marcha aseguraba nuestra huida. Hice brillar ante sus ojos las promesas del señor de Anquetil. «Si consentís en seguirle esta noche —le dije—, tendréis una buena renta avalada por el municipio, un ajuar más rico que el de una cantante de ópera o una abadesa de Panthémont^[182] y una hermosa vajilla de plata», «Me toma por una cualquiera —dijo— y es un insolente», «Os ama —respondí—. ¿Queréis, pues, ser respetada?», «Necesito —contestó— una olla casera y que sea muy abundante. ¿Os ha hablado de la olla casera? Id, señor abate, y decidle...». «¿Qué le diré?». «Que soy una chica honra da». «¿Y qué más?». «¡Que es muy atrevido!». «¿Eso es todo? ¡Jahel, pensad en salvarnos!». «Decidle además

que sólo consiento en ir si esta noche, al partir, me firma un compromiso en toda regla». «Os lo firmará. Dadlo por hecho», «No, abate, no doy nada por hecho si no se compromete a que me dé lecciones el señor Couperin^[183]. Quiero aprender música».

»Estábamos en este punto de nuestra conversación cuando, por desgracia, el viejo Mosaïde nos sorprendió y, sin comprender nuestras palabras, adivinó su sentido. Pues comenzó a llamarme sobornado y a colmarme de invectivas. Jahel corrió a ocultarse en su habitación, y yo me quedé solo, expuesto a los furros de ese deicida, en el estado en que me hallasteis y del que me sacasteis, hijo mío. En verdad, el asunto estaba, digámoslo, resuelto, el rapto consentido, nuestra fuga asegurada. Las Ruedas y las Bestias de Ezequiel no prevalecerán contra la olla casera. Sólo temo que ese viejo Mardoqueo haya encerrado a su sobrina con tres cerrojos.

—En efecto —dije, sin poder disimular mi satisfacción—, oí un gran ruido de llaves y de cerrojos en el momento en que os sacaba de entre las zarzas. Pero ¿es cierto que Jahel ha aceptado tan rápidamente unas proposiciones que no eran muy honestas y que debió costar mucho transmitirlas? Estoy confuso. Decidme también, mi buen maestro, ¿no os habló de mí, no pronunció mi nombre suspirando, o de otro modo?

—No, hijo mío —respondió el señor abate Coignard—, no lo pronunció, al menos de una forma perceptible. Tampoco oí que murmurase el del señor de Astarac, su amante, que debía tener más presente que el vuestro. Pero no os sorprenda que olvide a su alquimista. No basta poseer a una mujer para imprimir en su alma una marca profunda y duradera. Las almas son casi impenetrables unas para otras, y esto es lo que os muestra la nulidad cruel del amor. Id sabio debe decirse: no soy nada en esa nada que es la criatura. Esperar que se pueda dejar un recuerdo en el corazón de una mujer es como querer imprimir el sello de un anillo en la superficie del agua corriente. Así que librémonos de querer instalarnos en lo que es pasajero y unámonos a lo que no muere.

—En fin —repuse—, esta Jahel está bien encerrada, y se puede confiar en la vigilancia de su guardián.

—Hijo mío —replicó mi buen maestro—, ella debe reunirse con nosotros esta noche en el *Caballo Rojo*. La oscuridad es propicia a los raptos, evasiones, gestiones furtivas y acciones clandestinas. Debemos confiar en la astucia de esta muchacha. En cuanto a vos, cuidado de hallaros en la encrucijada de los Pastores al caer la noche. Ya sabéis que el señor de Anquetil no tiene paciencia y que sería capaz de partir sin vos.

Mientras me daba este consejo, sonó la campana para el almuerzo.

—¿No tenéis —me dijo— hilo y aguja? Mis ropas están desgarradas en varios sitios, y me gustaría, antes de sentar me a la mesa, devolverlas, con algunos remiendos, a su estado primitivo. Sobre todo me inquietan mis calzones. Están rotos hasta tal punto que, si no les presto auxilio rápidamente, creo que dejarán de existir.

O CUPÉ, pues, mi lugar acostumbrado en la mesa del cabalista con la deprimente idea de que me sentaba allí por última vez. Tenía el alma ennegrecida por la traición de Jahel. ¡Ay!, me decía, mi deseo más ardiente era huir con ella. Todas las apariencias parecían haberse cubierto; sin embargo, todo había sucedido de la manera más cruel. Y una vez más seguía admirando la sabiduría de mi bien amado maestro, quien, un día que yo deseaba con excesivo ardor el buen resultado de cierto asunto, me citó estas palabras de la Biblia: *Et tribuit eis petitionem eorum*^[184]. Mis penas y mis inquietudes me quitaban el apetito, y apenas rozaba los alimentos con el borde de los labios. Sin embargo, mi buen maestro había conservado la gracia inalterable de su alma.

Abundaba en amables discursos, y se hubiera dicho que era uno de esos sabios que el Telémaco^[185] nos muestra conversando a la sombra de los árboles de los Campos Elíseos, más que un hombre perseguido como asesino y reducido a una vida errante y miserable. El señor de Astarac, imaginándose que yo había pasado la noche en el asador, me pidió con cortesía noticias de mis buenos padres y, como no podía abstraerse ni un momento de sus visiones, añadió:

—Cuando os hablo del dueño del asador como de vuestro padre, está claro que me expreso según el lenguaje del mundo y no según el de la naturaleza. Pues nada demuestra, hijo mío, que no hayáis sido engendrado por un Silfo. Eso es incluso lo que yo creeré preferentemente a poco que vuestro genio, aún tierno, crezca en fuerza y en belleza.

—¡Oh, no habléis así, señor! —replicó mi buen maestro, sonriendo—. Le obligaréis a ocultar su ingenio para no perjudicar la buena fama de su madre. Si la conocierais mejor, pensaríais, como yo, que no ha tenido jamás relaciones con un Silfo; es una buena cristiana que sólo ha cumplido el acto carnal con su marido y que lleva la virtud impresa en el rostro, a diferencia de aquella otra tabernera, la señora Quonian^[186], que dio mucho que hablar en París y en provincias en tiempos de mi juventud. ¿No oísteis hablar de ella, señor?

»Tenía por galanteador a un tal señor Mariette, que fue más tarde secretario del señor de Angervilliers. Era un hombre grueso que, cada vez que veía a su bella, le dejaba de recuerdo alguna joya, un día una cruz de Lorena o una medalla, otro día una cruz o un collar, o bien un pañuelo, un abanico o un cofrecillo; desvalijaba para ella a los joyeros y lenceros de la feria de Saint-Germain; de tal manera que, al fin, viendo a su tabernera engalanada como un relicario, el tabernero empezó a sospechar que aquellos bienes no habían sido adquiridos honestamente. La espío y no tardó en sorprenderla con su galanteador. Debo deciros que el marido no era más que un villano celoso. Se molestó, y no ganó nada con ello; antes bien, al contrario. Pues la pareja de enamorados, a los que importunaba el escándalo, juró deshacerse de él. El señor Mariette tenía mucha influencia y obtuvo una orden de prisión a nombre del desdichado Quonian. Sin embargo, la pérfida tabernera dijo a su marido:

»—Os ruego que este próximo domingo me llevéis a comer al campo. Espero

obtener un gran placer de esa excursión.

»Fue tierna y apremiante. El marido, halagado, accedió a lo que ella pedía. El domingo siguiente subió con ella a un mal coche de punto para ir al campo. Pero apenas habían llegado a Roule^[187], un grupo de guardias, apostados por orden de Mariette, le detuvo y le condujo a Bicêtre, desde donde fue enviado al Mississipi, donde aún se encuentra. Se hizo una canción que termina así:

*Marido sabio, mis ojos
sólo a medias los abrí.
Más vale seguir la moda
que ver el Mississipi^[188].*

»Y ésta es, sin duda, la más sólida enseñanza que pueda sacarse del ejemplo del tabernero Quonian.

»En cuanto a la aventura misma, no le falta más que ser contada por un Petronio o por un Apuleyo para igualar a la mejor fábula milesia. Los modernos son inferiores a los antiguos en la epopeya y en la tragedia. Pero si no sobrepasamos a los griegos y latinos en el cuento, no es por culpa de las damas de París, que no cesan de enriquecer la materia con diversas ocurrencias ingeniosas y gentiles invenciones. No desconoceréis, señor, el libro de Boccaccio; lo he leído bastante por diversión, y aseguro que, si este florentino viviese ahora en Francia, la desgracia de Quonian sería el tema de alguno de sus más amenos relatos. En cuanto a mí, no lo he mencionado en esta mesa más que para hacer resaltar, por medio del contraste, la virtud de la señora de Léonard Tournebroche, que es la honra del asador de su marido, así como la señora Quonian fue el oprobio del suyo. Me atrevo a afirmar que la señora Ménétrier jamás ha faltado a esas virtudes mediocres y vulgares cuyo ejercicio recomienda el matrimonio, que es el único despreciable de los siete sacramentos.

—No lo niego —repuso el señor de Astarac—. Pero esta señora Tournebroche sería aún más estimable si hubiera tenido comercio con un Silfo, como, por ejemplo, Semíramis, Olimpia y la madre del gran papa Silvestre II^[189].

—¡Ah, señor! —dijo el abate Coignard—, siempre nos habláis de Silfos y de Salamandras. Sinceramente, ¿habéis visto alguno?

—Como os veo a vos —respondió el señor de Astarac—, e incluso más de cerca, por lo menos en lo que se refiere a las Salamandras.

—Señor, eso no es suficiente —replicó mi buen maestro— para creer en su existencia, que es contraria a las enseñanzas de la Iglesia. Porque las ilusiones pueden seducirnos. Los ojos y todos nuestros sentidos no son más que mensajeros de errores y portadores de mentiras. Más que instruirnos, nos engañan. Sólo nos traen imágenes inciertas y fugitivas. La verdad se les escapa; participando de su principio eterno, es invisible como él.

—¡Ah! —dijo el señor de Astarac—, no os creía tan filósofo ni de ingenio tan

sutil.

—Es cierto —respondió mi buen maestro—. Hay días en los que tengo el alma más torpe y más apegada a la cama y a la mesa. Pero esta noche he roto una botella en la cabeza de un negociante, y mis ideas se hallan extraordinariamente exaltadas. Me siento capaz de dispersar a los fantasmas que os hechizan y de aventar toda esa humareda. Porque, al fin, señor, esos Silfos no son más que vapores de vuestro cerebro.

El señor de Astarac le interrumpió con un gesto amable y le dijo:

—Perdón, señor abate, ¿creéis en los demonios?

—Os responderé sin dificultad —dijo mi buen maestro— que creo acerca de los demonios todo lo que se dice de ellos en los libros sagrados y que rechazo como abuso y superstición la creencia en sortilegios, amuletos y exorcismos. San Agustín enseña que, cuando la Escritura nos exhorta a resistir a los demonios, debe entenderse que hemos de resistir a nuestras pasiones y a nuestros apetitos desordenados. Nada es más detestable que todas esas brujerías con que los capuchinos asustan a las buenas mujeres.

—Veo —dijo el señor de Astarac— que os esforzáis en pensar como un hombre honrado. Odiáis las groseras supersticiones de los monjes tanto como yo las detesto. Pero, en fin, creéis en los demonios, y no me ha costado ningún esfuerzo conseguir que lo reconozcáis. Sabed, pues, que esos demonios no son otros que los Silfos y las Salamandras. La ignorancia y el miedo los han desfigurado en la imaginación de las personas tímidas. Pero en realidad son bellos y virtuosos. No os pondré en el camino que lleva hasta las Salamandras, pues no estoy bastante seguro de la pureza de vuestras costumbres; pero nada impide que os induzca, señor abate, a la frecuentación de los Silfos, que habitan en las llanuras del aire y que se acercan de buena gana a los hombres con un talante benévolo y tan afectuoso que se les ha podido llamar Genios auxiliares. Lejos de llevarnos a nuestra perdición, como creen los teólogos que los tienen por diablos, protegen y guardan de todo peligro a sus amigos terrestres. Podría haceros conocer infinitos ejemplos de la ayuda que les proporcionan. Pero, como hay que limitarse, me permitiré solamente ofreceros un relato que me hizo la señora mariscal de Grancey en persona. Era ya de avanzada edad y viuda desde hacía varios años cuando, una noche, recibió en su lecho la visita de un Silfo, que le dijo: «Señora, haced registrar el guardarropa de vuestro difunto esposo. En el bolsillo de una de sus calzas se encuentra una carta que, si fuera conocida, causaría la perdición del señor de Roches, amigo mío y vuestro. Haced que os la entreguen y encargaos de quemarla».

»La mariscal prometió seguir este consejo y pidió noticias del difunto mariscal al Silfo, que desapareció sin responder. Al despertar, llamó a sus doncellas y les encargó que vieran si quedaban algunas prendas del mariscal en su guardarropa. Respondieron que no quedaba ninguna y que los lacayos las habían vendido todas al prendero. La señora de Grancey insistió para que buscasen, a ver si encontraban al

menos unas calzas.

»Habiendo registrado todos los rincones, descubrieron al fin unas viejas calzas de tafetán negro con ojales, pasadas de moda, que llevaron a la mariscala. Ésta metió la mano en uno de los bolsillos y sacó una carta, que abrió y leyó, encontrando en ella motivos más que suficientes para hacer que encerraran al señor de Roches en una prisión del Estado. Ella se apresuró a echar esta carta al fuego. Así, este gentilhomme se salvó gracias a sus buenos amigos, el Silfo y la mariscala.

»¿Son ésas, decídmelo, señor abate, costumbres de demonios? Pero voy a añadir un dato al que seréis más sensible y que, estoy seguro, llegará al corazón de un hombre sabio como vos. No ignoráis que la academia de Dijon es fértil en grandes ingenios. Uno de ellos, que vivía en el siglo pasado, cuyo nombre no os será desconocido, preparaba en sus doctas vigilias una edición de Píndaro. Una noche que se había quemado las pestañas con cinco versos cuyo sentido no podía descifrar porque el texto se hallaba muy corrompido, se durmió, desesperado, al oír el canto del gallo. Durante su sueño, un Silfo que le tenía afecto le transportó en espíritu a Estocolmo, le introdujo en el palacio de la reina Cristina y sacó de uno de los estantes un manuscrito de Píndaro, donde se encontraba el pasaje difícil. Los cinco versos estaban allí con dos o tres comentarios que los hacían perfectamente inteligibles.

»En el frenesí de su alegría, nuestro sabio se despertó, encendió una luz y anotó inmediatamente con lápiz los versos tal como los había leído. Tras lo cual volvió a dormirse profundamente. Al día siguiente, reflexionando sobre su aventura nocturna, resolvió aclarar sus dudas. El señor Descartes estaba entonces en Suecia, con la reina, a la que instruía en filosofía. Nuestro pindarista lo conocía; pero trataba con más familiaridad al señor Chanut, embajador del rey^[190] de Suecia en Francia. Fue a éste a quien se dirigió para que hiciera llegar al señor Descartes una carta en la que le rogaba que le dijera si verdaderamente se encontraba en la biblioteca de la reina, en Estocolmo, un manuscrito de Píndaro que contenía la variante que le indicaba. El señor Descartes, que era hombre de gran cortesía, respondió al académico de Dijon que Su Majestad poseía en efecto ese manuscrito y que él mismo había leído los versos con la variante indicada en la carta.

El señor de Astarac, que había contado esta historia mientras pelaba una manzana, miró al abate Coignard para gozar del éxito de su discurso.

Mi buen maestro sonrió.

—¡Ah, señor! —dijo—, bien veo que acaricié hace poco una vana esperanza, y que no haré que renunciéis a vuestras quimeras. Confieso de buena gana que nos habéis presentado un Silfo ingenioso y que me gustaría tener un secretario tan gentil. Su ayuda me sería especialmente útil en dos o tres pasajes de Zósimo el Panopolitano que son de lo más oscuros. ¿No podríais proporcionarme el medio de evocar en caso de necesidad a algún Silfo de biblioteca tan hábil como el de Dijon?

El señor de Astarac respondió gravemente:

—Es un secreto, señor abate, que os revelaré con mucho gusto. Pero os advierto

que, si lo comunicáis a los profanos, vuestra perdición es segura.

—No sintáis ninguna inquietud —dijo el abate—. Tengo gran deseo de conocer tan hermoso secreto, aunque no os oculto que no espero efecto alguno, pues no creo en vuestros Silfos. Instruidme, pues, por favor.

—¿Lo exigís? —replicó el cabalista—. Sabed entonces que, cuando deseéis ser auxiliado por un Silfo, no tendréis más que pronunciar esta sola palabra: *Agla*^[191]. Los hijos del aire volarán inmediatamente hacia vos; pero comprended bien, señor abate, que esta palabra debe ser pronunciada tanto con el corazón como con los labios y que la fe le otorga todo su poder. Sin fe no es más que un vano murmullo. Y tal como acabo de pronunciarla, sin alma ni deseo, no tiene, ni siquiera en mi boca, más que un débil poder, y a lo sumo algunos hijos de la luz, al oírla, han venido a deslizar en esta habitación su leve sombra luminosa. Más que verlos, los he adivinado sobre esa cortina, y se han desvanecido apenas ha cobrado forma. Ni vuestro discípulo ni vos habéis sospechado su presencia. Pero, si yo hubiera pronunciado esa palabra mágica con verdadero sentimiento, los habrías visto aparecer con todo su esplendor. Tienen una encantadora belleza. Os he enseñado, señor abate, un útil y gran secreto. Una vez más os digo que no lo divulgéis imprudentemente. Y no desdeñéis el ejemplo del abate de Villars, quien, por haber revelado sus secretos, fue asesinado por los Silfos en el camino de Lyon.

—En el camino de Lyon^[192] —dijo mi buen maestro—. ¡Qué cosa más extraña! El señor de Astarac se marchó de repente.

—Voy —dijo el abate— a subir una vez más a esa augusta biblioteca donde gocé de austeras voluptuosidades y que no volveré a ver jamás. No dejéis, Tournebroche, de encontraros al caer la tarde en la encrucijada de los Pastores.

Prometí que no dejaría de estar allí; tenía el propósito de encerrarme en mi habitación para escribir al señor de Astarac y a mis buenos padres pidiéndoles que me disculparan si no me despedía de ellos y huía para correr una aventura en la que era más desgraciado que culpable.

Pero desde el descansillo oí los ronquidos que salían de mi habitación y, entreabriendo la puerta, vi al señor de Anquetil dormido en mi cama, con su espada en la cabecera y naipes esparcidos sobre la colcha. Por un momento tuve el deseo de atravesarlo con su propia espada; pero esta idea se me fue nada más llegar, y le dejé dormir, riendo con tristeza para mis adentros al pensar que Jahel, encerrada con tres cerrojos, no podría reunirse con él.

Entré, para escribir mis cartas, en la habitación de mi buen maestro, donde hostigué a cinco o seis ratas que, sobre la mesilla de noche, roían su libro de Boecio. Escribí al señor de Astarac y a mi madre, y redacté para Jahel la más conmovedora de las cartas. La releí y la mojé con mis lágrimas. Tal vez, me dije, la infiel mezcle las tuyas con las mías.

Después, agobiado por el cansancio y la melancolía, me tendí en el colchón de mi buen maestro y no tardé en caer en una somnolencia turbada por sueños a la vez

eróticos y sombríos. Me sacó de éstos el mudo Critón, que entró en la habitación y me tendió sobre una bandeja de plata un papelillo donde leí algunas palabras escritas a lápiz con mano torpe. Me esperaban afuera para un asunto urgente. El papel estaba firmado: «Hermano Ángel, capuchino indigno». Corrí hacia la puerta verde y encontré en el camino al hermanito sentado al borde del sendero en un estado de lamentable abatimiento. No teniendo fuerzas para levantarse cuando me vio, me lanzó una mirada con sus grandes ojos de perro, casi humanos, anegados en lágrimas. Los suspiros agitaban su barba y su pecho. Me dijo en un tono que daba pena oír:

—¡Ay, señor Jacques! La hora de la prueba ha llegado a Babilonia, como dijeron los profetas^[193]. A causa de la denuncia hecha por el señor de la Guéritaude al señor lugarteniente de policía, la señorita Catherine ha sido conducida al hospital por los agentes, y será enviada a América en la próxima expedición. Me dio la noticia Jeannette, la vielera, que, en el mismo momento en que Catherine entraba en carreta en el hospital, salía ella misma de allí, después de haber permanecido algún tiempo por culpa de un mal del que había curado, ¡Dios lo quiera!, gracias al arte de los cirujanos. En cuanto a Catherine, irá a las islas^[194] sin remisión.

Y el hermano Ángel, en este punto de su relato, se puso a llorar copiosamente. Después de haber intentado atajar su llanto con palabras amables, le pregunté si no tenía algo más que decirme.

—¡Ay, señor Jacques! —me respondió—. Os he confiado lo esencial, y el resto flota en mi cabeza como el espíritu de Dios sobre las aguas, disculpando la comparación. Es un caos oscuro. La desgracia de Catherine me ha quitado los sentimientos. Sin embargo, era necesario que yo tuviese que daros a conocer alguna noticia de importancia para aventurarme hasta el umbral de esta casa maldita, donde convivís con toda clase de diablos, y ha sido con espanto, después de haber recitado la oración de san Francisco, como me he atrevido a golpear el aldabón para entregar a un criado el mensaje que os dirigía. No sé si habréis podido leerlo, tan escasa es la costumbre que tengo de trazar letras. Y el papel no era bueno para escribir; pero nuestra santa orden tiene a honra no caer en las vanidades del siglo. ¡Ah! ¡Catherine en el hospital! ¡Catherine en América! ¿No es para que se rompa el corazón más duro? La misma Jeannette lloraba con todas las lágrimas de sus ojos, aunque esté celosa de Catherine, que la supera en juventud y en belleza, así como san Francisco aventaja en santidad a todos los demás bienaventurados. ¡Ah, señor Jacques! ¡Catherine en América! Son las sendas extraordinarias de la Providencia. ¡Ay! Nuestra santa religión es verdadera, y el rey David tiene razón al decir que somos semejantes a la hierba de los campos^[195], puesto que Catherine está en el hospital. Estas piedras en las que estoy sentado son más felices que yo, aunque yo esté revestido con las señales del cristiano y hasta del religioso. ¡Catherine en el hospital!

Sollozó de nuevo. Esperé a que desaguara el torrente de su dolor y le pregunté si tenía noticias de mis queridos padres.

—Señor Jacques —me respondió—, son ellos precisamente quienes me envían a

vos, encargado de una comisión urgente. Os diré que no son muy felices por culpa de maese Léonard, vuestro padre, que se pasa bebiendo y jugando todo el santo día. Y el fragante humear de los patos y los capones no sube ya, como antaño, hasta la reina Pie de Oca, cuya imagen se balancea tristemente bajo los vientos húmedos que la corroen. ¿Qué fue del tiempo en que el asador de vuestro padre perfumaba la rue Saint-Jacques, desde el *Pequeño Baco* hasta las *Tres Doncellas*? Pero, desde que ese brujo entró allí, todo ha perecido, animales y personas, por efecto del maleficio que allí echó. Y la venganza divina comenzó a manifestarse en ese lugar cuando fue allí recibido el gordo abate Coignard, mientras que, en contrapartida, yo fui expulsado. Ése fue el comienzo del mal, que vino de que el señor Coignard se enorgulleciera de la profundidad de su ciencia y la elegancia de sus costumbres. Y el orgullo es la fuente de todos los pecados. Vuestra santa madre, señor Jacques, cometió un gran error no contentándose con las lecciones que yo os daba caritativamente y que sin duda os hubieran hecho capaz de gobernar la cocina, manejar el mechador y llevar el estandarte de la cofradía tras la muerte cristiana de vuestro padre, de su funeral y sus exequias, que no pueden tardar mucho, pues toda vida es transitoria y él bebe excesivamente.

Esas noticias me produjeron una aflicción que es fácil comprender. Uní mis lágrimas a las del hermanito. Sin embargo, le pedí noticias de mi buena madre.

—Dios —me respondió—, que quiso afligir a Raquel en Ramá^[196], ha enviado a vuestra madre, señor Jacques, diversas tribulaciones para su bien y con el fin de castigar a maese Léonard por el pecado que cometió cuando expulsó con mala intención del asador a Jesucristo en mi persona. Ha llevado la mayor parte de los clientes que tomaban allí aves y pasteles a la hija de la señora Quonian, que gira el espetón al otro extremo de la rue Saint-Jacques. Vuestra señora madre ve con dolor que Dios haya bendecido esa casa a expensas de la suya, que ahora está tan desierta que el musgo casi cubre el umbral de la puerta. Soporta sus pruebas, en primer lugar, por su devoción a san Francisco; en segundo lugar, porque tiene en cuenta vuestros progresos en el mundo, donde lleváis espada como un hombre de categoría.

»Pero este segundo consuelo ha disminuido mucho cuando los policías han venido esta mañana a buscaros en el asador para llevaros a Bicêtre y moleros allí a palos durante un año o dos. Es Catherine quien os había denunciado al señor de la Guéritaude; pero no hay que censurarla: confesó la verdad, como debía hacerlo, siendo cristiana. Os designó, con el abate Coignard, como cómplices del señor de Anquetil, e hizo un relato fiel de las muertes y carnicerías de esa noche tan espantosa. ¡Ay!, su franqueza no le sirvió de nada, ¡y fue conducida al hospital! ¡Es horrible pensarlo!

Al llegar a este punto de su relato, el hermanito puso la cabeza entre sus manos y lloró de nuevo.

Ya era de noche. Yo temía faltar a la cita. Sacando al hermanito de la zanja en que estaba hundido, lo puse de pie y le rogué que continuara su relato mientras me

acompañaba por el camino de Saint-Germain, hasta la encrucijada de los Pastores. Me obedeció de buena gana y, caminando tristemente a mi lado, me rogó que le ayudara a desenredar el enmarañado hilo de sus ideas. Hice que recordara el momento en que los policías fueron a prenderme en el asador.

—No encontrándoos —prosiguió—, querían llevarse a vuestro padre en vuestro lugar. Maese Léonard pretendía no saber en absoluto dónde estabais escondido. Vuestra señora madre decía lo mismo, y lo hacía con grandes juramentos. ¡Que Dios la perdone, señor Jacques, porque evidentemente juraba en falso! Los policías comenzaban a enfadarse. Vuestro padre les hizo entrar en razón invitándoles a beber. Se despidieron como buenos amigos. Mientras tanto, vuestra madre fue en mi busca a las *Tres Doncellas*, donde yo hacía la colecta siguiendo las santas reglas de mi orden. Me envió hasta vos para aconsejaros que huyerais sin demora, temiendo que el lugarteniente de la policía descubra pronto la casa en que os alojáis.

Al oír estas tristes noticias, apreté el paso; ya habíamos cruzado el puente de Neuilly.

En la áspera orilla que sube hasta la encrucijada, desde la cual ya veíamos los olmos, el hermanito siguió hablando con voz moribunda.

—Vuestra señora madre —dijo— me ha encomendado expresamente que os advierta del peligro que os amenaza y me ha entregado para vos una bolsa que he ocultado bajo mis hábitos. Yo no la encuentro —añadió, después de haberse palpado por todas partes—. ¿Cómo queréis que encuentre nada después de haber perdido a Catherine? Era devota de san Francisco, y muy limosnera. Y, sin embargo, la han tratado como a una ramera, y van a afeitarle la cabeza, y es espantoso pensar que la dejarán parecida a los maniqués sin peluca^[197] y que en ese estado la embarcarán para América, donde correrá el riesgo de morir de fiebre y de ser devorada por los salvajes antropófagos.

Acababa este discurso, suspirando, cuando llegamos a la encrucijada. A nuestra izquierda, el albergue del *Caballo Rojo* elevaba, por encima de una doble hilera de olmos, su techo de pizarra y sus buhardillas provistas de poleas, y bajo la enramada se veía la puerta cochera, abierta de par en par.

Aminoré el paso, y el hermanito se dejó caer al pie de un árbol.

—Hermano Ángel —le dije—, me hablasteis de una bolsa que mi buena madre os había rogado que me entregarais.

—Me lo rogó, en efecto —respondió el hermanito— y tan bien guardé esa bolsa que no sé dónde la he puesto; pero sabed, señor Jacques, que sólo he podido perderla por exceso de precauciones.

Le aseguré con firmeza que no la había perdido y que, si no la encontraba inmediatamente, yo mismo le ayudaría a buscarla.

El tono de mis palabras le impresionó, pues sacó de debajo de su hábito, con grandes suspiros, una bolsa de tela de lino que me entregó de mala gana. Encontré en ella un escudo de seis libras y una medalla de la Virgen Negra de Chartres^[198], que

besé derramando lágrimas de ternura y arrepentimiento. Entre tanto, el hermanito hacía salir de todos sus bolsillos paquetes de estampas coloreadas y oraciones adornadas con burdas ilustraciones. Escogió dos o tres y me las ofreció con preferencia a las otras como las más útiles, en su opinión, para viajeros y peregrinos y para todas las personas errantes.

—Están bendecidas —me dijo— y son eficaces en peligro de muerte o de enfermedad, tanto por recitación oral como por contacto y aplicación sobre la piel. Os las doy, señor Jacques, por amor de Dios. Pero acordaos de darme alguna limosna. No olvidéis que mendigo en nombre del buen san Francisco. Él os protegerá sin falta si socorréis al más indigno de sus hijos, que soy yo precisamente.

Mientras él hablaba de ese modo, vi, a la moribunda luz del día, una berlina con cuatro caballos que salía por la puerta cochera del albergue y venía por la calzada, con gran ruido de latigazos y relinchos, a situarse junto al árbol bajo el que estaba sentado el hermano Ángel. Observé entonces que no era exactamente una berlina, sino un gran carruaje de cuatro asientos con un pequeño pescante en la parte delantera. Llevaba uno o dos minutos contemplándolo cuando vi, subiendo por la ladera, al señor de Anquetil, acompañado de Jahel, con toca y varios paquetes bajo la capa, y seguido del señor Coignard, cargado con cinco o seis libracos envueltos en un viejo manuscrito. A su llegada, los postillones bajaron los dos estribos, y mi bella amante, recogiendo sus faldas en forma de globo, subió al pescante, empujada desde abajo por el señor de Anquetil.

Ante ese espectáculo, me apresuré a exclamar:

—¡Deteneos, Jahel! ¡Deteneos, señor!

Pero el seductor no dejaba de empujar con más ímpetu a la pérfida, cuyas encantadoras redondeces desaparecieron en seguida. Luego, disponiéndose a reunirse con ella, con un pie en el estribo, me miró sorprendido:

—¡Ah, señor Tournebroche! ¡Queréis quitarme todas mis amantes! Jahel después de Catherine. ¡Es increíble!

Pero yo no lo escuchaba, y seguía llamando a Jahel, mientras el hermano Ángel, habiéndose levantado y yendo a colocarse junto a la portezuela, ofrecía al señor de Anquetil estampas de san Roque, la oración que debe recitarse mientras se hierra a los caballos y la oración contra el mal de los ardientes^[199], y le pedía limosna con voz quejumbrosa.

Me hubiera quedado allí toda la noche, llamando a Jahel, si mi buen maestro no me hubiera llevado con él y empujado al interior del carruaje, donde entró después de mí.

—Dejémosles el pescante —me dijo—; y hagamos el viaje nosotros dos en esta espaciosa caja. Os he buscado durante mucho tiempo, Tournebroche, y no os ocultaré que nos íbamos sin vos cuando os vi de pronto bajo un árbol con el capuchino. No podíamos retrasarnos más, porque el señor de la Gueritade nos hace buscar con ahínco. Y tiene mucha influencia: presta dinero al rey.

La berlina avanzaba ya, y el hermano Ángel, agarrado a la portezuela, con la mano extendida, nos perseguía mendigando.

Me hundí entre los cojines.

—¡Ay de mí, señor! —exclamé—. Sin embargo, me habíais dicho que Jahel estaba encerrada con triple cerradura.

—Hijo mío —respondió mi buen maestro—, no había que confiar excesivamente en eso, pues las mujeres se burlan de los celosos y de sus candados. Y, si la puerta está cerrada, saltan por la ventana. No tenéis idea, Tournebroke, hijo mío, de la astucia de las mujeres. Los antiguos han referido ejemplos admirables, y encontraréis varios en el libro de Apuleyo, donde están sembrados como granos de sal en el relato de la Metamorfosis. Pero donde esa astucia se percibe mejor es en un cuento árabe que el señor Galland^[200] ha hecho conocer recientemente en Europa y que os voy a contar.

»Schahariar, sultán de Tartaria, y su hermano Schahzenan, paseando un día al borde del mar, vieron elevarse de repente por encima de las olas una columna negra, que avanzó hacia la orilla. Reconocieron en ella a un Genio de la especie más feroz, con forma de gigante, de una altura prodigiosa que llevaba sobre su cabeza una caja de cristal cerrada con cuatro cerraduras de hierro. Esta visión les llenó de un espanto tal que corrieron a esconderse entre las ramas de un árbol cercano. Entre tanto, el Genio llegó a la orilla con la caja, que fue a llevar al pie del árbol donde estaban los dos príncipes. Después se tumbó y no tardó en dormirse. Sus piernas se extendían hasta el mar y su respiración agitaba la tierra y el cielo. Mientras reposaba de forma tan pavorosa, se levantó la tapa del cofre y de su interior salió una dama de porte majestuoso y belleza perfecta; levantó la cabeza...

En este punto, interrumpí el relato, que apenas escuchaba.

—¡Ah, señor! —exclamé—. ¿Qué creéis que Jahel y el señor de Anquetil, solos en el carruaje, están diciéndose en este momento?

—No lo sé —respondió mi buen maestro—; eso es asunto suyo, no nuestro. Pero terminemos este cuento árabe, que está lleno de sensatez. Me habéis interrumpido inoportunamente, Tournebroke, en el momento en que la dama, levantando la cabeza, descubrió a los dos príncipes en el árbol donde se habían escondido. Les hizo señas para que bajasen y, viendo que ellos dudaban, vacilantes entre el deseo de responder a la llamada de una persona tan bella y el temor de acercarse a un gigante tan terrible, les dijo con un tono de voz bajo pero firme: «¡Bajad ahora mismo o despierto al Genio!». Por su aire imperioso y resuelto, ellos comprendieron que no se trataba de una vana amenaza, y que lo más seguro y también lo más agradable era descender. Lo hicieron con todas las precauciones posibles para no despertar al Genio. Cuando hubieron bajado, la dama les tomó de la mano y, habiéndose alejado un poco con ellos bajo los árboles, les dio a entender claramente que estaba dispuesta a entregarse en seguida al uno y al otro. Se prestaron de buena gana a este capricho y, como eran hombres valientes, el miedo no truncó su placer. Cuando ella hubo

obtenido lo que deseaba, advirtiéndole que cada uno de ellos tenía una sortija en el dedo, se las pidió. Luego, volviendo al cofre en que se alojaba, sacó una sarta de anillos y se la mostró a los príncipes.

»¿Sabéis —les dijo— lo que significan estas sortijas ensartadas? Son las de todos los hombres a quienes concedí los mismos favores que a vosotros. Hay noventa y ocho sortijas bien contadas, que guardo en recuerdo de ellos. Os he pedido las vuestras por la misma razón, a fin de tener la centena completa. He aquí, pues —continuó—, los cien amantes que he tenido hasta hoy, a pesar de la vigilancia y los cuidados de este vil Genio, que no me abandona. Por más que me encierre en esta caja de cristal y me tenga oculta en el fondo del mar, le engaño todo lo que se me antoja.

»Este ingenioso apólogo —añadió mi buen maestro— demuestra que las mujeres de Oriente, que viven encerradas, son tan astutas como las europeas, que son libres. Si una de ellas ha forjado un propósito, no hay marido, amante, padre, tío o tutor que pueda impedir su ejecución. No debe, pues, sorprenderos, hijo mío, que burlar la vigilancia de ese viejo Mardoqueo no haya sido más que un juego para esta Jahel, que combina en su perversa inteligencia la habilidad de nuestros pícaros con la perfidia oriental. La supongo, hijo mío, tan ardiente para el placer como ávida de oro y de plata, y digna de la raza de Olibah y Aolibah^[201].

»Es de una belleza áspera y mordaz, por la que yo mismo siento cierta atracción, aunque la edad, las meditaciones sublimes y las miserias de una vida agitada hayan amortiguado mucho en mí el sentimiento de los placeres carnales. Al dolor que os causa el éxito de su aventura con el señor de Anquetil, añadiría, hijo mío, que vos sentís más vivamente que yo el diente acerado del deseo y que estáis desgarrado por los celos. Es por eso por lo que censuráis una acción verdaderamente irregular, y contraria a las conveniencias vulgares, pero indiferente en sí misma y que, al menos, no añade nada considerable al mal universal. Me condenáis en vuestro fuero interno por haber participado en ello, y creéis obrar en interés de las costumbres cuando no hacéis más que seguir el impulso de vuestras pasiones. Es así, hijo mío, como adornamos ante nuestros ojos nuestros peores instintos. La moral humana no tiene otro origen. Admitid, sin embargo, que hubiera sido una lástima dejar por más tiempo a una muchacha tan bella en manos de ese viejo lunático. Reconoced que el señor de Anquetil, joven y guapo, hace mejor pareja con tan agradable persona, y resignaos a aceptar lo que no podéis impedir. Esa sensatez es difícil. Lo sería aún más si os hubieran quitado a vuestra amante. Sentiríais entonces que dientes de hierro os destrozaban la carne y vuestro espíritu se llenaría de imágenes odiosas y precisas. Esta consideración, hijo mío, debe endulzar vuestro actual sufrimiento. Por lo demás, la vida está llena de trabajos y dolores. Eso es lo que nos hace concebir una justa esperanza de placidez eterna.

Así hablaba mi buen maestro, mientras los olmos del camino real huían a nuestros lados. Me guardé de responderle que enardecía mis penas al querer dulcificarlas y

que, sin darse cuenta, ponía el dedo en la llaga.

Nuestra primera parada fue en Juvisy^[202], adonde llegamos por la mañana bajo la lluvia. Al entrar en el albergue de la posta, encontré a Jahel en el rincón de la chimenea, donde cinco o seis pollos daban vueltas en tres espetones. Se calentaba los pies y dejaba ver un poco de sus medias de seda, que eran para mí gran motivo de turbación, pues me hacían imaginar su pierna, que se me presentaba exactamente con el grano de la piel, el vello y toda clase de circunstancias palpables. El señor de Anquetil estaba acodado en el respaldo de la silla donde ella estaba sentada, con la mejilla en la mano, llamándole su alma y su vida; preguntó a la muchacha si tenía hambre y, como ella respondiera que sí, salió para dar órdenes. Al quedarme solo con la infiel, miré sus ojos, que reflejaban las llamas del hogar.

—¡Ah, Jahel! —exclamé—. Soy muy desgraciado; me habéis traicionado y ya no me amáis.

—¿Quién os dice que ya no os amo? —respondió, lanzándome una mirada de terciopelo y de fuego.

—¡Ay, señorita! Así se desprende de vuestra conducta.

—¡Cómo! Jacques, ¿podéis conseguirme el ajuar de tela de Holanda y la vajilla repujada que va a darme este gentilhombre? Sólo os pido un poco de discreción hasta que cumpla sus promesas, y entonces veréis que soy para vos la misma que fui en la Cruz de los Arenales.

—¡Ay, Jahel! Mientras espero, mi rival gozará de vuestros favores.

—Presiento —dijo ella— que serán poca cosa y que nada borrará el recuerdo que vos me habéis dejado. No os atormentéis por esas pequeñeces; no tienen ningún valor, salvo el que vos les dais.

—¡Oh! —exclamé—. El valor que les doy es terrible, y temo no poder sobrevivir a vuestra traición.

Ella me miró con una simpatía burlona y me dijo sonriendo:

—Creedme, amigo mío, ni vos ni yo moriremos por eso. Pensad, Jacques, que necesito la ropa y la vajilla. Sed prudente; no dejéis ver lo más mínimo los sentimientos que os agitan, y os prometo recompensar más adelante vuestra discreción.

Esta esperanza dulcificó un poco mis humillantes penas. La hospedera vino a poner sobre la mesa el mantel perfumado con lavanda, los platos de estaño, los vasos y las escudillas. Yo tenía mucha hambre, y cuando el señor de Anquetil, entrando en el albergue con el abate, nos invitó a tomar un bocado, ocupé de buena gana mi lugar entre Jahel y mi buen maestro. Temiendo ser perseguidos, nos fuimos después de haber despachado tres tortillas y dos pollitos. Convinimos, por la proximidad del peligro, en quemar etapas hasta Sens, donde decidimos pasar la noche.

Me hacía de esa noche una idea horrible, pensando que en ella debía consumarse la traición de Jahel. Y esa legítima aprensión me turbaba hasta el punto de no prestar más que una distraída atención a las palabras de mi buen maestro, a quien los

menores incidentes del viaje inspiraban reflexiones admirables.

Mis temores no eran vanos. Una vez llegados a Sens, en la infame hostería de *El Hombre Armado*, apenas habíamos cenado cuando el señor de Anquetil condujo a Jahel a su habitación, que era contigua a la mía, en la que no pude disfrutar ni de un momento de reposo. Me levanté al amanecer y, huyendo de mi odiosa habitación, fui a sentarme tristemente bajo la puerta cochera, entre los postillones que bebían vino blanco y bromeaban con las criadas. Permanecí allí dos o tres horas, meditando sobre mis penas. El carruaje ya estaba enganchado cuando Jahel apareció bajo la bóveda, envuelta en su capa negra. No pudiendo resistir su mirada, desvié la mía. Se acercó a mí, se sentó a mi lado y me dijo con dulzura que no me afligiera, que lo que me parecía monstruoso era en realidad muy poca cosa, que había que aguantarse, que yo era un hombre demasiado inteligente para desear una mujer para mí solo, que en tal caso había que escoger una buena ama de casa sin ingenio y sin belleza, y que incluso entonces se corría un gran riesgo.

—Tengo que dejaros —añadió—. Oigo los pasos del señor de Anquetil en la escalera.

Me dio un beso en la boca, que intensificó y prolongó con una voluptuosidad exacerbada por el temor, pues las botas de su galán hacían crujir, cerca de nosotros, los peldaños de madera, y la traviesa muchacha arriesgaba su ajuar de tela de Holanda y su olla de plata repujada.

El postillón bajó el estribo del pescante, pero el señor de Anquetil preguntó a Jahel si no sería más agradable ir todos juntos en el interior, y supuse que aquél era el primer efecto de la intimidad que acababa de gozar con Jahel y que la plena satisfacción de todos sus deseos le hacía menos placentero estar a solas con ella. Mi buen maestro había tenido la precaución de sacar de la bodega de *El Hombre Armado* cinco o seis botellas de vino blanco que colocó bajo los asientos y que nos fuimos bebiendo para soportar las molestias del viaje.

A mediodía llegamos a Joigny^[203], que es una localidad bastante agradable. Previendo que me quedaría sin dinero antes de terminar el viaje y no pudiendo soportar la idea de dejar que el señor de Anquetil pagara mi parte sin verme reducido a la más extremada necesidad, decidí vender una sortija y un medallón que me había dado mi madre, y recorrí la población en busca de un orfebre. Descubrí uno en la plaza mayor, frente a la iglesia, que tenía una tienda de cadenas y cruces, con la enseña de *La buena Fe*. Cuál no sería mi extrañeza al encontrar allí a mi buen maestro, quien, delante del mostrador, sacando de un cucurucho de papel cinco o seis pequeños diamantes, que reconocí como los que el señor de Astarac nos había enseñado, preguntó al orfebre qué cantidad podía darle por esas piedras preciosas.

El orfebre los examinó; después, observando al abate por encima de sus antiparras, le dijo:

—Señor, estas piedras tendrían gran valor si fuesen verdaderas. Pero son falsas; y no es necesaria la piedra de toque para asegurarlo. Son cuentas de vidrio, y están bien

para que los niños jueguen con ellas, a menos que vayan a adornar la corona de una Virgen de pueblo, donde harían buen efecto.

Al oír esta respuesta, el señor Coignard recogió sus diamantes y volvió la espalda al orfebre. En ese momento se percató de mi presencia y pareció bastante confuso por el encuentro. Concluí mi gestión en poco tiempo y, hallando a mi buen maestro en el umbral de la puerta, le advertí del perjuicio que podía causar a sus compañeros y a sí mismo robando unas piedras que, para su desgracia, hubieran podido ser verdaderas.

—Hijo mío —me respondió—, Dios, para conservarme inocente, ha querido que sólo fueran apariencia y falsedad. Os confieso que cometí un error al robarlos. Me habéis visto arrepentido, y ésta es una página que quisiera arrancar del libro de mi vida, en el que algunas hojas, todo hay que decirlo, no son tan limpias e inmaculadas como convendría. Lamento vivamente lo que en este punto mi conducta ofrece de reprehensible. Pero el hombre no debe abatirse demasiado cuando incurre en falta; y éste es el momento de decirme a mí mismo con un ilustre doctor: «Considerad vuestra gran fragilidad, de la que dais abundantes pruebas en los menores trances; y, sin embargo, estas cosas u otras semejantes os llegan para vuestra salvación. Todo no está perdido para vosotros si con frecuencia os encontráis afligidos y duramente tentados, e incluso si sucumbís a la tentación. Sois un hombre y no Dios; sois de carne y no un ángel. ¿Cómo podríais permanecer siempre en un mismo estado de virtud, si esa fidelidad ha faltado a los ángeles en el cielo y al primer hombre en el Paraíso?»^[204]. He aquí, Tournebroke, hijo mío, los únicos sustentos espirituales y los verdaderos soliloquios que convienen al estado presente de mi alma, Pero, ¿no sería ya hora, después de esta desgraciada gestión, sobre la cual no insisto, de volver a nuestro albergue para beber en compañía de los postillones, que son gentes sencillas y de trato fácil, una o dos botellas de vino de la tierra?

Me adherí a esta opinión, y regresamos a la hostería de la posta, donde encontramos al señor de Anquetil, que, volviendo como nosotros del pueblo, traía unos naipes. Jugó al *piquet* con mi buen maestro, y, cuando nos pusimos de nuevo en marcha, ambos continuaron jugando en el carruaje. Esa pasión del juego que dominaba a mi rival me permitió algunas libertades para con Jahel, que hablaba conmigo de mejor gana desde que notaba que la habían dejado de lado. Encontraba yo en estas conversaciones una amarga dulzura. Reprochándole su perfidia y su infidelidad, aliviaba mi pena con quejas, a veces débiles, a veces violentas.

—¡Ay de mí, Jahel! —decía—. El recuerdo y la imagen de nuestras caricias, que eran no hace mucho mi más caro placer, se me han convertido en cruel tormento cuando pienso que sois con otro lo que fuisteis conmigo.

Ella respondía:

—Una mujer no es la misma con todo el mundo.

Y cuando yo prolongaba excesivamente las lamentaciones y los reproches, decía:

—Comprendo que os he causado pena. Pero eso no es una razón para darme la lata veinte veces al día con vuestros inútiles gemidos.

El señor de Anquetil, cuando perdía, se ponía de un humor insoportable. Molestaba sin cesar a Jahel, quien, no teniendo paciencia, le amenazaba con escribir a su tío Mosaïde para que viniera a recogerla. Esas disputas me daban al principio algún atisbo de alegría y de esperanza; pero, después que se repitieron varias veces, las veía nacer, por el contrario, con inquietud, pues había descubierto que eran seguidas de impetuosas reconciliaciones que estallaban bruscamente en mis oídos en forma de besos, susurros y suspiros lascivos. El señor de Anquetil sólo me soportaba a duras penas. Sentía en cambio una viva ternura por mi buen maestro, a la que éste era merecedor por su humor constante y risueño y por la incomparable elegancia de su ingenio. Jugaban y bebían juntos con una simpatía que aumentaba sin cesar. Juntando las rodillas para sostener el tablero sobre el que echaban sus cartas, reían, bromeaban, se hacían carantoñas y, aunque algunas veces se tiraban los naipes a la cara, intercambiando injurias que harían enrojecer a los cargadores del puerto de San Nicolás y a los barqueros del Mail^[205], y aunque el señor de Anquetil jurase por Dios, la Virgen y los santos que no había visto en su vida, ni aun colgando de una cuerda, ladrón más vil que el abate Coignard, se notaba que sentía un gran cariño por mi buen maestro, y daba gusto oírle poco después exclamar riendo:

—Abate, seréis mi capellán y jugaremos al *piquet*. También será preciso que vengáis a nuestras cacerías. Buscaremos hasta en el último rincón del Perche^[206] un caballo lo bastante fuerte para llevaros y se os hará un equipo de montería parecido al que viste el obispo de Uzès. Es hora, por otra parte, de haceros ropa nueva; pues, sin ánimo de ofender, abate, vuestros calzones no aguantan ya por detrás.

Jahel también cedía a la irresistible propensión que inclinaba las almas hacia mi buen maestro. Decidió reparar, en la medida de lo posible, el desaliño del abate. Hizo trozos de uno de sus vestidos para recomponer el hábito y los calzones de nuestro venerable amigo y se desprendió de un pañuelo de encaje para hacerle una gola. Mi buen maestro recibía estos pequeños presentes con una dignidad llena de gracia. Varias veces tuve la ocasión de advertirlo: se mostraba muy galante hablando con las mujeres. Les testimoniaba un interés que nunca era indiscreto, las alababa con la ciencia de un entendido, les daba los consejos propios de una larga experiencia, vertía sobre ellas la infinita indulgencia de un corazón dispuesto a perdonar todas las debilidades y, sin embargo, no perdía ocasión alguna de hacerles oír grandes y útiles verdades.

Cuando llegamos el cuarto día a Montbard^[207], nos detuvimos en una altura desde la que se descubría toda la ciudad en un pequeño espacio, como si estuviera pintada en un lienzo por un hábil artífice, cuidadoso de señalar todos los detalles.

—Ved —nos dijo mi buen maestro— esas murallas, esas torres, esos campanarios, esos techos que sobresalen de entre el verdor. Es una ciudad y, sin conocer su historia ni su nombre, nos conviene reflexionar sobre ella como el más digno tema de meditación que se nos pueda ofrecer sobre la faz del mundo. En efecto, una ciudad, cualquiera que sea, da materia a las especulaciones del espíritu. Los

postillones nos dicen que es Montbard. El lugar me es desconocido. Sin embargo, me atrevo a afirmar, por analogía, que los seres que viven ahí, nuestros semejantes, son egoístas, cobardes, pérfidos, glotones, libidinosos; de otro modo, no serían hombres ni descenderían de este Adán, a la vez miserable y venerable, en quien todos nuestros instintos, hasta los más innobles, tienen su augusto origen. El único punto sobre el que se podría dudar es saber si esas gentes son más aficionadas al alimento o a la reproducción. Pero no es una duda permisible: un filósofo juzgará sensatamente que matar el hambre es, para estos desgraciados, una necesidad más apremiante que el amor. En mi lozana juventud, creía que el animal humano se hallaba sobre todo inclinado a la conjunción de los sexos. Lo juzgaba por mí mismo. Pero, considerados en masa, vemos que los hombres tienen más interés en conservar la vida que en darla. Es el hambre quien los gobierna; por lo demás, como es inútil discutir aquí, diré, si se quiere, que la vida de los mortales tiene dos polos: el hambre y el amor. ¡Y aquí es donde hay que abrir los oídos y el alma! Esas criaturas feroces que sólo tienden a devorarse entre sí o a abrazarse unas a otras, viven juntas, sometidas a leyes que les impiden satisfacer esa doble y fundamental concupiscencia. Les prohíben apoderarse de los bienes ajenos por la fuerza o la astucia, lo que es una coacción insoportable, y gozar de todas las mujeres, a pesar de los impulsos naturales que sienten, sobre todo si aún no las han poseído, pues la curiosidad excita el deseo más que el recuerdo del placer. Así pues, ¿de dónde viene que, reunidos en las ciudades, soporten unas leyes contrarias a sus instintos? No se concibe cómo tales leyes han podido imponerse. Se dice que los hombres primitivos las aceptaron para no verse inquietados en la posesión de sus mujeres y de sus bienes. Pero encontraban sin duda más atractivos en los bienes y en las mujeres de los demás, y la idea de conseguirlos violentamente no les amedrentaba; tenían valor, aunque carecían de reflexión. No imagino a salvajes dictando leyes justas. Por eso busco su fuente y su origen, no en el hombre, sino fuera del hombre; y creo que vienen de Dios, que ha formado con sus manos misteriosas, no sólo la tierra y el agua, la planta y el animal, sino también los pueblos y las sociedades. Los hombres no han hecho más que alterarlos y estropearlos. No temamos reconocerlo: la ciudad es de institución divina. De donde resulta que todo gobierno debe ser teocrático. Sería necesario restablecer las leyes humanas en su pureza primitiva.

»Un obispo famoso por su participación en la declaración de 1682, monseñor Bossuet^[208], no cometía un error al trazar las reglas de la política según las máximas de la Escritura, y si fracasó miserablemente, hay que acusar de ello a la debilidad de su talento, que se ciñó prosaicamente a ejemplos extraídos de los libros de los *Jueces* y de los *Reyes*, sin ver que Dios, cuando trabaja en este mundo, se acomoda al tiempo y al espacio y sabe advertir la diferencia que hay entre los franceses y los israelitas. La ciudad, restablecida bajo su autoridad, única verdadera y legítima, no será la ciudad de Josué, de Saúl y de David, sino más bien la ciudad del Evangelio, la ciudad del pobre, donde el artesano y la prostituta ya no serán humillados por el fariseo. ¡Oh,

señores, convendría sacar de la Escritura una política más hermosa y más santa que la que fue extraída penosamente por el áspero y estéril señor Bossuet! ¡Qué ciudad, más armoniosa que la elevada por Anfión^[209] a los acordes de su lira, se construirá basándose en las máximas de Jesucristo el día en que sus sacerdotes, no hallándose vendidos a los reyes y al emperador, se manifiesten como los verdaderos príncipes del pueblo!

A unas tres leguas de Montbard, habiéndose roto un tirante, como los postillones no tenían cuerdas para arreglarlo y aquel punto del camino estaba lejos de cualquier lugar habitado, nos quedamos allí detenidos. Mi buen maestro y el señor de Anquetil mataron el aburrimiento de aquel descanso forzoso jugando a las cartas con la pendenciera simpatía de la que habían hecho costumbre. Mientras el joven señor se extrañaba de que su compañero sacara el rey con más frecuencia de la prevista por el cálculo de probabilidades, Jahel, bastante emocionada, me llevó aparte y me preguntó si no veía un carruaje detenido detrás de nosotros en un recodo del camino. Mirando hacia el punto que me indicaba, descubrí efectivamente una especie de calesa gótica de forma ridícula y extraña.

—Ese carruaje —añadió Jahel— se ha detenido al mismo tiempo que nosotros. Así pues, nos seguía. Me gustaría distinguir los rostros de quienes viajan en ese vehículo. Estoy inquieta. ¿No tiene una capota alta y estrecha? Se parece al carruaje en el que mi tío me llevó a París, siendo yo muy pequeña, después de matar al portugués. Había estado, según creo, en una cochera del palacio de los Arenales. Me lo recuerda por completo, y es una imagen horrible, pues aún veo a mi tío echando espumarajos de rabia. No podéis imaginar, Jacques, hasta qué extremos es violento. Yo misma comprobé su furor el día de mi partida. Me encerró en mi habitación vomitando injurias espantosas contra el señor abate Coignard. Temblé pensando en qué estado se pondría cuando encontrara mi habitación vacía y mis sábanas atadas a la ventana por la que había escapado para reunirme y huir con vos.

—Jahel, queréis decir con el señor de Anquetil.

—¡Qué puntilloso sois! ¿No vamos todos juntos? Pero esa calesa me inquieta, tanto se parece a la de mi tío.

—Tened la seguridad, Jahel, de que es el carruaje de algún buen borgoñón que va a sus quehaceres sin pensar en nosotros.

—No sabéis nada —dijo Jahel—. Tengo miedo.

—Sin embargo, no podéis temer, señorita, que vuestro tío, en el estado de decrepitud al que se ve reducido, corra por los caminos en vuestra persecución. Sólo se ocupa de la cabala y las fantasías hebraicas.

—No lo conocéis —me respondió, suspirando—. Sólo se ocupa de mí. Me ama tanto como odia al resto del universo. Me ama de una manera...

—¿De qué manera?

—De todas las maneras... En fin, me ama.

—Jahel, tiemblo al oírlo. ¡Santo cielo! Mosaïde os ama sin ese desinterés que es

tan noble en un anciano y tan conveniente en un tío. ¡Decidlo todo, Jahel!

—¡Oh!, vos lo decís mejor que yo, Jacques.

—Estoy desconcertado. A su edad, ¿es posible?

—Amigo mío, tenéis la piel blanca y el alma también. Todo os asombra. En ese candor reside vuestro encanto. Se os engaña a poco que uno se esfuerce. Se os hace creer que Mosaïde tiene ciento treinta años cuando no tiene más de sesenta, y que ha vivido en la gran pirámide mientras que, en realidad, se dedicaba a la banca en Lisboa. Y sólo disponía de mí para hacerme pasar a vuestros ojos por una Salamandra.

—¡Cómo, Jahel! ¿Decís la verdad? Vuestro tío...

—Sí, y ése es el secreto de sus celos. Creía que el abate Coignard era su rival. Lo odió por instinto, a primera vista. Pero es diferente desde que, habiendo escuchado algunas palabras de la conversación que este buen abate tuvo conmigo entre los espinos, lo odia como causa de mi huida y mi raptó. Porque al fin y al cabo he sido raptada, amigo mío, y eso no debería dejar de darme cierto valor a vuestros ojos. ¡Oh, he sido muy ingrata abandonando a un tío tan bondadoso! Pero no podía soportar la esclavitud a la que me tenía sometida. Y además yo tenía un ardiente deseo de llegar a ser rica, y es natural, ¿no?, desear grandes riquezas cuando se es joven y bonita. Sólo tenemos una vida, y es corta. A mí nunca me enseñaron hermosas mentiras sobre la inmortalidad del alma.

—¡Ay de mí, Jahel! —exclamé con un ardor amoroso provocado por la dureza de su corazón—. ¡Ay! Nada me faltaba junto a vos en el palacio de los Arenales. ¿Qué os faltaba allí a vos para ser feliz?

Me hizo señas de que el señor de Anquetil nos escuchaba. Habían arreglado el tirante, y la berlina estaba dispuesta a rodar entre los viñedos.

Nos detuvimos en Nuits^[210] para cenar y dormir. Mi buen maestro bebió media docena de botellas de vino de la tierra, lo que enardeció maravillosamente su elocuencia. El señor de Anquetil, con el vaso en la mano, le seguía la corriente; llevarle la contraria en la conversación era algo de lo que este gentilhomme era completamente incapaz.

La cena había sido buena; el lecho fue malo. El señor abate Coignard se acostó en la habitación inferior, bajo la escalera, en un colchón de plumas que compartió con el posadero y su mujer y donde los tres creyeron asfixiarse. El señor de Anquetil ocupó con Jahel el cuarto de arriba, en el que el tocino y las cebollas colgaban de las vigas. Yo subí por una escalerilla al desván y me tendí sobre la paja. Habiendo pasado la parte más intensa de mi sueño, la luna, cuya luz se colaba por las grietas del techo, filtró un destello entre mis pestañas y abrió oportunamente mis ojos para que viese a Jahel, que aparecía con gorro de dormir por la trampilla del suelo. Solté un grito, y ella puso un dedo en su boca.

—¡Chitón! —me dijo—. Maurice está borracho como un villano y como un marqués. Duerme aquí abajo el sueño de Noé.

—¿Quién es Maurice? —pregunté, frotándome los ojos.

—Anquetil. ¿Quién queréis que sea?

—Nadie. Pero no sabía que se llamara Maurice.

—No hace mucho que lo sé yo. Pero no importa.

—Tenéis razón, Jahel. Eso no importa.

Estaba en camisa, y la claridad de la luna resbalaba como gotas de leche sobre sus hombros desnudos. Se deslizó a mi lado y me prodigó los nombres más tiernos y los más espantosamente groseros, que brotaban de sus labios en suaves murmullos. Luego se calló y comenzó a darme los besos que sólo ella sabía dar y que, comparados con ellos, todos los besos de las demás mujeres parecían insípidos.

La premura y el silencio aumentaban la furiosa tensión de mis nervios. La sorpresa, el placer del desquite y, tal vez, unos celos perversos avivaban mis deseos. La elástica firmeza de su carne y la dócil violencia de los movimientos en que me veía envuelto pedían, prometían y merecían las más ardientes caricias. Conocimos aquella noche voluptuosidades que, por su exceso, lindaban con el dolor.

Al bajar por la mañana al patio de la posada, encontré al señor de Anquetil, que me pareció menos odioso, ahora que yo lo engañaba. Por su parte, parecía ser más amable conmigo de lo que había sido al comienzo del viaje. Me habló con simpatía, familiaridad y confianza, reprochándome tan sólo que mostrara poca solicitud y atención con Jahel y que no le prestara esos cuidados que un hombre honrado debe ofrecer a toda mujer.

—Se queja —dijo— de vuestra descortesía. Tened cuidado, querido Tournebroche; me molestaría que hubiera dificultades entre ella y vos. Es una muchacha muy guapa y me ama con locura.

La berlina rodaba desde hacía una hora cuando Jahel, asomando la cabeza por la ventanilla, me dijo:

—La calesa ha reaparecido. Me gustaría distinguir el rostro de los dos hombres que van en ella. Pero no puedo conseguirlo.

Le respondí que, estando tan lejos y con la bruma de la mañana, no se podía ver nada.

Me replicó que su vista era tan penetrante que los distinguiría bien, a pesar de la neblina y la distancia, si fueran verdaderamente rostros.

—Pero —añadió— no son rostros.

—¿Qué queréis, pues, que sean? —le pregunté, echándome a reír.

Me preguntó a su vez qué ridícula idea se me había venido a la cabeza para hacerme reír tan estúpidamente, y dijo:

—No son rostros, son máscaras. Esos dos hombres nos persiguen, y van enmascarados.

Advertí al señor de Anquetil que, al parecer, nos seguían en una extraña calesa. Pero me rogó que le dejara tranquilo.

—Aunque cien mil diablos estuvieran pisándonos los talones —exclamó—, no

me preocuparía, pues bastante tengo que hacer vigilando a este granuja de abate, que maneja las cartas de forma sutil y me roba todo mi dinero. No me sorprendería incluso que haciendo pasar una extraña calesa a través de mi juego, vos, Tournebroche, no estuvierais conchabado con este viejo bribón. ¿No puede un carruaje marchar por el camino sin daros un sobresalto?

Jahel me dijo en voz baja:

—Os aseguro, Jacques, que esa calesa nos traerá desgracias. Lo presiento, y mis presentimientos no me han engañado jamás.

—¿Queréis hacerme creer que tenéis el don de profecía?

—Lo tengo.

—¡Vaya, sois profetisa! —exclamé sonriendo—. ¡Eso sí que es raro!

—Os burláis —me dijo— y tenéis dudas porque nunca habéis visto una profetisa tan de cerca. ¿Cómo queríais que fuesen?

—Yo creía que era necesario que fuesen vírgenes.

—Eso no es necesario —respondió con seguridad.

La calesa enemiga había desaparecido en un recodo del camino. Pero la inquietud de Jahel se había apoderado, sin que él lo confesara, del señor de Anquetil, que dio a los postillones orden de avivar el galope, prometiendo pagarles una buena propina.

Por un exceso de celo, entregó a cada uno de ellos una de las botellas que el abate había puesto a buen recaudo en el interior del carruaje.

Los postillones transmitieron a los caballos el ardor que les daba el vino.

—Podéis estar segura, Jahel —dijo el señor de Anquetil—, de que, con la marcha que llevamos, esa vieja calesa, tirada por los caballos del Apocalipsis, no nos alcanzará.

—Marchamos como gatos sobre ascuas —dijo el abate.

—¡Con tal que esto dure! —dijo Jahel.

Veíamos pasar a nuestra derecha las vides ahorquilladas^[211] en los viñedos. A la izquierda, fluía mansamente el Saona. Pasamos como un huracán ante el puente de Tournus^[212]. La ciudad se elevaba al otro lado del río, sobre una colina coronada por los muros de una abadía altanera como una fortaleza.

—Es —dijo el abate— una de esas innumerables abadías benedictinas que están sembradas como joyas sobre la piel de la Galia cristiana. Si hubiera agradado a Dios que mi destino se acomodara a mi carácter, habría llevado una vida oscura, alegre y dulce en una de esas casas. No hay orden que, por la doctrina y las costumbres, aprecie yo tanto como la de los benedictinos. Tienen bibliotecas admirables. ¡Dichoso quien viste su hábito y sigue su santa regla! Sea por la incomodidad que ahora siento al verme rudamente sacudido por este carruaje, que no dejará pronto de volcar en alguno de los baches que tanto abundan en este camino, o sea más bien a causa de mi edad, que es la del retiro y los graves pensamientos, deseo con más ardor que nunca sentarme ante una mesa, en alguna venerable galería donde libros numerosos y escogidos se hallen reunidos en silencio. Prefiero sus palabras a las de los hombres, y

mi mayor deseo es esperar, inmerso en un trabajo espiritual, la hora en que Dios me retire de este mundo. Escribiría historias, y preferentemente la de los romanos en el ocaso de la República. Porque está llena de grandes acciones y enseñanzas. Compartiría mi celo entre Cicerón, san Juan Crisóstomo y Boecio, y mi vida modesta y fructífera se asemejaría al jardín del anciano de Tarento^[213].

»He conocido diversas formas de vivir, y estimo que la mejor es entregarse al estudio, asistir en paz a las vicisitudes humanas y prolongar, contemplando el espectáculo de los siglos y los imperios, la brevedad de nuestros días. Pero esto requiere perseverancia y continuidad. Es lo que me ha faltado más en mi existencia. Si, como espero, consigo salir del mal paso en que me hallo, me esforzaré en encontrar un refugio honorable y seguro en alguna docta abadía donde las buenas letras sean veneradas y estén vigentes. Ya me veo allí, gozando de la ilustre paz de la ciencia. Si pudiera recibir los buenos oficios de esos Silfos auxiliares, de los que habla el viejo loco de Astarac y que aparecen, según dice, cuando se les invoca por el nombre cabalístico de *Agla*...

En el momento en que mi buen maestro pronunciaba esa palabra, un choque inesperado nos sumergió a los cuatro bajo una lluvia de vidrios rotos, en tal confusión que me sentí de repente cegado y sofocado bajo las faldas de Jahel, mientras el abate Coignard se quejaba con voz ahogada de que la espada del señor de Anquetil le había roto los dientes que le quedaban, y Jahel, sobre mi cabeza, soltaba gritos que desgarraban el aire de los valles borgoñones. Entre tanto, el señor de Anquetil, como si estuviera en un cuerpo de guardia, prometía hacer ahorcar a los postillones. Cuando pude liberarme, él ya había saltado a través de un cristal roto. Mi buen maestro y yo lo seguimos por el mismo camino y, luego, los tres sacamos a Jahel del carruaje volcado. No había sufrido daño alguno, y su primer cuidado fue arreglarse el peinado.

—¡Gracias al cielo! —dijo mi buen maestro—. Me he librado de un diente que no estaba intacto ni era blanco. El tiempo, maltratándolo, había preparado su pérdida.

El señor de Anquetil, estirando las piernas y con los brazos en jarras, examinaba la berlina volcada.

—En buen estado la han dejado los tunantes —dijo—. Cuando levanten los caballos, caerá en pedazos. Abate, ya sólo sirve para jugar a los palillos^[214].

Los caballos, caídos unos sobre otros, se coceaban mutuamente con sus cascos. Bajo un confuso montón de grupas, crines, ancas y vientres humeantes, uno de los postillones estaba sepultado patas arriba. El otro escupía sangre en la zanja donde había sido arrojado. Y el señor de Anquetil les gritaba:

—¡Bribones! ¡No sé qué me impide ensartaros con mi espada!

—Señor —dijo el abate—, ¿no convendría primero sacar a ese pobre hombre de entre los caballos, donde está sepultado?

Nos pusimos todos a la tarea, y, cuando los caballos estuvieron desenganchados y en pie, reconocimos la extensión de los daños. Había una ballesta rota, una rueda partida y un caballo cojo.

—Haced que venga un carretero —dijo el señor de Anquetil a los postillones—, ¡y que todo esté listo en una hora!

—Aquí no hay carretero —respondieron los postillones.

—Un herrador.

—No hay herrador.

—Un guarnicionero.

—No hay guarnicionero.

Miramos a nuestro alrededor. Hacia poniente, los viñedos llevaban hasta el horizonte sus largos y apacibles surcos. En un altozano, una chimenea humeaba cerca de un campanario. Al otro lado, el Saona, velado por brumas ligeras, borraba lentamente la estela de una barcaza que acababa de pasar. Las sombras de los álamos se alargaban sobre la orilla. El grito agudo de un pájaro atravesó el vasto silencio.

—¿Dónde estamos? —preguntó el señor de Anquetil.

—A dos leguas largas de Tournus —respondió, escupiendo sangre, el postillón que había caído en la zanja— y, por lo menos, a cuatro de Macon.

Y, señalando la chimenea que humeaba en la ladera, añadió:

—Ese pueblo, ahí en lo alto, debe de ser Vallars^[215]. Tiene pocos recursos.

—¡Así os reviente la ira de Dios! —dijo el señor de Anquetil.

Mientras los caballos, agrupados, se mordisqueaban el cuello, nos acercamos al carruaje, tristemente tumbado sobre un flanco.

El postillón que había sido rescatado de entre los caballos dijo:

—Lo de la ballesta se podrá remediar con un pedazo fuerte de madera colocado en la suspensión. La marcha del carruaje será sólo un poco más dura. ¡Pero tiene la rueda rota! Y lo peor es que mi sombrero está debajo.

—Tu sombrero me importa un bledo —dijo el señor de Anquetil.

—Vuestra señoría no sabe quizá que ese sombrero era completamente nuevo —dijo el postillón.

—¡Y los cristales están rotos! —suspiró Jahel, sentada sobre su equipaje, al borde del camino.

—Si no fueran más que los cristales —dijo mi buen maestro—, podríamos reemplazarlos bajando las cortinas; pero las botellas deben de estar precisamente en el mismo estado que los cristales. Es preciso que lo compruebe cuando la berlina esté levantada. También estoy preocupado por mi buen Boecio, que dejé colocado bajo los cojines con algunas otras buenas obras.

—¡No importa! —dijo el señor de Anquetil—. Tengo las cartas en mi bolsillo. Pero ¿no vamos a cenar?

—En eso pensaba —dijo el abate—. No en vano Dios ha dado al hombre, para que se sirva de ellos, los animales que pueblan la tierra, el cielo y el agua. Soy un excelente pescador de caña; la tarea de acechar a los peces se amolda particularmente a mi espíritu meditativo, y el Orne^[216] me ha visto con frecuencia tendiendo el insidioso sedal y meditando sobre las verdades eternas. No sintáis inquietud por

vuestra cena. Si la señorita Jahel tiene a bien darme uno de los alfileres que sujetan sus atavíos, lo convertiré muy pronto en un anzuelo para pescar en el río, y os aseguro que, antes de la noche, os traeré dos o tres carpas que asaremos en un fuego de zarzas.

—Bien veo —dijo Jahel— que estamos reducidos a un estado salvaje. Pero no os puedo dar un alfiler, señor abate, sin que me deis algo a cambio; de otro modo, nuestra amistad correría el riesgo de romperse. Y eso es lo que no quiero.

—Haré entonces —dijo mi buen maestro— un trato ventajoso. Os pagaré vuestro alfiler con un beso, señorita.

Y en seguida, cogiendo el alfiler, posó sus labios en las mejillas de Jahel con una cortesía, una gracia y una decencia inconcebibles.

Después de haber perdido mucho tiempo, se adoptó la solución más razonable. Se envió al mayor de los postillones, que ya no escupía sangre, a Tournus, con un caballo, para que trajera un carretero, mientras su camarada encendía fuego en un lugar abrigado; porque el tiempo era cada vez más fresco y el viento arreciaba.

Divisamos sobre el camino, a cien pasos del lugar donde habíamos volcado, una montaña de piedra clara en cuya base había varias cuevas. Decidimos guarecernos en una de esas cuevas y esperar el regreso del postillón enviado como recadero a Tournus. El segundo postillón ató los tres caballos restantes, uno de ellos cojo, al tronco de un árbol, cerca de nuestra cueva. El abate, que había conseguido hacer una caña de pescar con una rama de sauce, una cuerdecilla, un corcho y el alfiler, se fue a pescar, tanto por inclinación filosófica y meditativa como por el propósito de traernos pescado. El señor de Anquetil, que permanecía con Jahel y conmigo en la gruta, nos propuso una partida de hombre^[217], en el que participan tres jugadores y que, según decía, siendo un juego español, convenía también a personajes aventureros, como lo éramos nosotros en aquel momento. Y es cierto que, en aquella cueva, al anochecer, en un camino desierto, nuestro pequeño grupo no hubiera sido indigno de figurar en alguno de esos lances de don Quigeot o don Quichotte^[218] que tanto divierten a los criados. Jugamos, pues, al hombre. Es un juego que requiere seriedad. Hice muchas faltas, y mi impaciente compañero empezaba a enfadarse cuando el rostro noble y sonriente de mi buen maestro apareció iluminado por la lumbre. Desliando su pañuelo, el señor abate Coignard sacó cuatro o cinco pececillos que abrió con su navaja adornada con la imagen del difunto rey, vestido de emperador romano, sobre una columna triunfal; y los limpió con tanta facilidad como si sólo hubiera vivido entre los pescaderos del mercado, de tal modo sobresalía en sus menores empeños y en los más considerables. Mientras colocaba los pececillos sobre las brasas, nos dijo:

—Os confiaré que, yendo río abajo en busca de un ribazo favorable para la pesca, he visto la calesa apocalíptica que asusta a la señorita Jahel. Se ha detenido a cierta distancia detrás de nuestra berlina. Habéis debido verla pasar desde aquí, mientras yo pescaba en el río, y el alma de esta señorita ha debido sentirse muy aliviada.

—No la hemos visto —dijo Jahel.

—Será, pues, preciso —respondió el abate— que se haya puesto en marcha cuando ya era noche cerrada. Al menos la habréis oído.

—No la hemos oído —dijo Jahel.

—Entonces —dijo el abate— esta noche es ciega y sorda. Porque es increíble que esa calesa, que no tiene una rueda rota ni un caballo cojo, se haya quedado parada en medio del camino. ¿Por qué lo haría?

—Sí, ¿por qué lo haría? —dijo Jahel.

—Esta cena —dijo mi buen maestro— recuerda por su sencillez esas comidas de la Biblia en las que el piadoso viajero compartía con un ángel, a la orilla del río, los peces del Tigris^[219]. Pero carecemos de pan, de sal y de vino. Voy a intentar sacar de la berlina las provisiones que se han quedado allí y ver si, por suerte, alguna botella se ha conservado intacta. Pues hay ocasiones en que el vidrio no se rompe a causa de golpes que han roto el acero. Tournebroche, hijo mío, dadme por favor vuestro encendedor; y vos, señorita, no dejéis de dar la vuelta a los peces. Volveré en seguida.

Partió. Sus pasos, un tanto pesados, se fueron amortiguando poco a poco sobre la tierra del camino, y pronto dejamos de oírlos.

—Esta noche —dijo el señor de Anquetil— me recuerda la que precedió a la batalla de Parma. Pues no ignoráis que yo serví a las órdenes de Villars en la guerra de Sucesión^[220]. Yo estaba entre los batidores. No veíamos nada. Ésa es una de las grandes sutilezas de la guerra. Para reconocer al enemigo se envían gentes que vuelven sin haber conocido ni reconocido nada. Pero se hacen informes, después de la batalla, y ahí es donde triunfan los tácticos. Así que, a las nueve de la noche, fui enviado como explorador con doce maestros...

Y nos contó la guerra de Sucesión y sus amores en Italia; su relato duró un buen cuarto de hora, y después exclamó:

—Ese granuja de abate no regresa. Apostaría que se está bebiendo ahí abajo todo el vino que quedaba en la caja del coche.

Pensando entonces que mi buen maestro podía estar en apuros, me levanté para ir en su ayuda. Era una noche sin luna y, aunque las estrellas resplandecían en el cielo, la tierra estaba sumida en una oscuridad que mis ojos, cegados por la luz de la lumbre, no podían traspasar.

Habiendo recorrido a lo sumo cincuenta pasos por el camino, oí ante mí un grito terrible, que no parecía salir de un pecho humano, un grito distinto a todos los que había oído hasta entonces, que me dejó helado de horror. Corrí en la dirección de donde venía aquel quejido de angustia mortal. Pero el miedo y la oscuridad entorpecían mis pasos. Cuando por fin llegué al lugar donde reposaba el carruaje, deformado y agrandado por la noche, encontré a mi buen maestro sentado al borde de la cuneta, doblado en dos. No podía distinguir su rostro. Le pregunté, temblando:

—¿Qué os pasa? ¿Por qué habéis gritado?

—Sí, ¿por qué he gritado? —dijo con voz alterada, de una tonalidad desconocida—. No sabía que hubiera gritado. Tournebroche, ¿no habéis visto a un hombre? Me

ha golpeado en la oscuridad con mucha fuerza. Me ha dado un puñetazo.

—Venid —le dije—, levantaos, mi buen maestro.

Habiéndose levantado, volvió a caer pesadamente al suelo.

Me esforcé por levantarlo, y mis manos se mojaron al tocar su pecho.

—¿Sangráis?

—¿Sangro? Soy hombre muerto. Me ha asesinado. Creí al principio que sólo era un golpe muy fuerte. Pero es una herida de la que siento que no habré de reponerme.

—¿Quién os ha herido, mi buen maestro?

—El judío. No lo he visto, pero sé que es él. ¿Cómo puedo saber que es él, si no lo he visto? Sí, ¿cómo? ¡Qué cosas tan extrañas! Es increíble, ¿no es cierto, Tournebroche? Siento en la boca el sabor de la muerte, que no se puede definir... ¡Era necesario, Dios mío! Pero, ¿por qué aquí y no allí? ¡Ése es el misterio! *Adjutorium nostrum in nomine Domini... Domine, exaudi orationem meam...* [221]

Rezó unos momentos en voz baja; después me dijo:

—Tournebroche, hijo mío, coged las dos botellas que saqué del coche y traedlas aquí. No puedo más, Tournebroche, ¿dónde creéis que tengo la herida? En la espalda es donde más me duele, y me parece que la vida se me escapa por las piernas. Se me van los ánimos.

Murmurando estas palabras, se desvaneció plácidamente en mis brazos. Intenté llevarlo a cuestras, pero sólo tuve fuerza para tenderlo en el suelo. Abrí su camisa y encontré la herida; estaba en el pecho, era pequeña y sangraba muy poco. Desgarré los puños de mis mangas y apliqué los jirones sobre la herida. Llamé, grité pidiendo ayuda. Pronto creí que alguien venía a socorrerme por la parte de Tournus, y reconocí al señor de Astarac. Pese a lo inesperado del encuentro, no me sorprendió, tan abrumado estaba por el dolor de tener al mejor de los maestros expirando en mis brazos.

—¿Qué es esto, hijo mío? —preguntó el alquimista.

—Venid a ayudarme, señor —le respondí—. El abate Coignard se muere. Mosaïde le ha asesinado.

—Es cierto —repuso el señor de Astarac— que Mosaïde ha venido hasta aquí en una vieja calesa, en persecución de su sobrina, y que yo le he acompañado para exhortaros, hijo mío, a que volvierais a ocupar vuestro empleo en mi casa. Desde ayer seguimos de cerca vuestra berlina, a la que no hace mucho vimos volcar en el camino. En ese momento, Mosaïde bajó de la calesa y, ya porque fuera a dar un paseo, ya porque deseara hacerse invisible, pues tiene poder para ello, no lo he vuelto a ver. Es posible que se haya acercado ya a su sobrina para maldecirla, pues tal era su propósito. Pero no ha asesinado al abate Coignard. Son los Elfos, hijo mío, quienes han matado a vuestro maestro para castigarlo por haber revelado sus secretos. Nada es más cierto.

—¡Ah, señor —exclamé—, qué importa que hayan sido los Elfos o el judío! Hay que auxiliarle.

—Al contrario, hijo mío, importa mucho —replicó el señor de Astarac—. Porque, si hubiera sido herido por una mano humana, me sería fácil curarlo mediante una operación mágica, mientras que, habiéndose atraído la enemistad de los Elfos, no podrá escapar a su infalible venganza.

Cuando acababa de pronunciar estas palabras, el señor de Anquetil y Jahel, atraídos por mis voces, se acercaban con el postillón, que llevaba una linterna.

—¡Vaya! —dijo Jahel—. ¿Se encuentra mal el señor Coignard?

Y, arrodillándose junto a mi buen maestro, le levantó la cabeza y le hizo respirar sales.

—Señorita —le dije—, vos sois la causa de su desgracia. Su muerte es la venganza por vuestra fuga. Es Mosaïde quien le ha matado.

Apartó del de mi buen maestro su rostro pálido de horror y brillante de lágrimas.

—¿Creéis también vos —me dijo— que es fácil ser joven y guapa sin ocasionar desdichas?

—¡Ay! —respondí—. Lo que decís no es más que la pura verdad. Pero hemos perdido al mejor de los hombres.

En ese momento, el señor abate Coignard exhaló un profundo suspiro, puso los ojos en blanco, pidió su libro de Boecio y volvió a desfallecer.

El postillón creyó conveniente llevar al herido al pueblo de Vallars, situado a una media legua por la orilla del río.

—Voy —dijo— a buscar el más dócil de los tres caballos que nos quedan. Sujetaremos sobre él sólidamente a este pobre hombre y lo llevaremos a paso lento. Creo que está muy enfermo. Tiene la misma cara que un correo que fue asesinado el día de san Miguel, en este camino, a cuatro postas de aquí, cerca de Senecy^[222], donde vive mi prometida. Aquel pobre diablo parpadeaba y ponía los ojos en blanco como una golfa, con perdón sea dicho, señores. Y vuestro abate ha hecho lo mismo cuando la señorita le ha cosquilleado la nariz con su frasco. Es mala señal para un herido; porque las golfas no se mueren por poner los ojos en blanco. Bien lo saben vuestras señorías. Hay diferencia, ¡a Dios gracias!, entre las agitaciones del placer y las de la muerte. Pero los ojos se ponen igual... Quedaos aquí, señores, voy a buscar el caballo.

—El palurdo es gracioso —dijo el señor de Anquetil— con lo de los ojos en blanco y la golfa pasmada. Yo vi en Italia soldados que morían con la mirada fija y los ojos fuera de sus órbitas. No hay reglas para morir de una herida, ni siquiera en la profesión militar, donde la exactitud se lleva a sus últimos límites. Pero os ruego, Tournebroche, que, a falta de persona mejor cualificada, me presentéis a este gentilhomme enlutado que lleva botones de diamante en su traje y que supongo que es el señor de Astarac.

—¡Ah, señor! —respondí—, tened por hecha la presentación. Yo sólo tengo ánimos para atender a mi buen maestro.

—¡Sea! —dijo el señor de Anquetil.

Y, acercándose al señor de Astarac, le dijo:

—Señor, os he quitado a vuestra amante; estoy a vuestra disposición.

—Caballero —respondió el señor de Astarac—, no tengo, gracias al cielo, relación con mujer alguna, y no sé lo que queréis decir.

En ese momento, el postillón volvió con un caballo. Mi buen maestro había recobrado un poco el conocimiento. Lo levantamos entre los cuatro y, con grandes esfuerzos, conseguimos colocarlo sobre el caballo y sujetarlo bien. Luego nos pusimos en marcha. Yo le sostenía por un lado; el señor de Anquetil, por el otro. El postillón tiraba de la brida y llevaba la linterna. Jahel nos seguía llorando. El señor de Astarac había regresado a su calesa. Avanzábamos lentamente. Todo fue bien mientras seguimos por el camino. Pero, cuando tuvimos que subir por el estrecho sendero entre las viñas, mi buen maestro, escurriéndose a cada movimiento del animal, perdió las pocas fuerzas que le quedaban y de nuevo se desvaneció. Juzgamos oportuno bajarlo de su montura y llevarlo en brazos. El postillón le cogió por las axilas y yo por las piernas. La subida fue dura, y yo creí desplomarme más de cuatro veces, con mi cruz viviente, sobre las piedras del sendero. Al fin, la pendiente se suavizó. Enfilamos una vereda bordeada de hayas, que flanqueaba los viñedos, y pronto descubrimos a nuestra izquierda los primeros tejados de Vallars^[223]. Al verlos, depositamos nuestra infeliz carga en el suelo y nos detuvimos un instante para recobrar el aliento. Luego, volviendo a tomar nuestra carga, llegamos hasta el pueblo.

Un resplandor rosado se alzaba hacia oriente por encima del horizonte, y la estrella matutina se despertaba y brillaba tan blanca y tranquila como la luna, cuyos esbeltos cuernos palidecían por occidente. Los pájaros se pusieron a cantar; mi buen maestro lanzó un suspiro.

Jahel corría delante de nosotros, llamando a las puertas, en busca de un lecho y un cirujano. Cargados de cestos y cuévanos, los vendimiadores iban a los viñedos. Uno de ellos le dijo a Jahel que Gaulard, en la plaza, admitía viajeros a pie y a caballo.

—En cuanto al cirujano Coquebert —añadió—, podéis verlo ahí, debajo de la bacía que le sirve de enseña^[224]. Ahora sale de su casa para ir a su viña.

Era un hombrecillo muy educado. Nos dijo que, como hacía poco tiempo que había casado a su hija, tenía en su casa una cama donde podía instalarse el herido.

Siguiendo sus órdenes, su mujer, gruesa señora tocada con una cofia blanca coronada por un sombrero de fieltro, puso las sábanas en una cama situada en una habitación de la planta baja. Nos ayudó a desvestir al abate Coignard y a acostarlo. Luego, se fue a buscar al cura.

Entretanto, el señor Coquebert examinaba la herida.

—Ya veis —le dije— que es pequeña y sangra poco.

—Eso no es bueno —respondió— y no me gusta, mi joven señor. Prefiero una herida grande y que sangre.

—Veo —le dijo el señor de Anquetil— que, para ser rapabarbas y sangrador de pueblo, no tenéis mal gusto. No hay nada peor que esas pequeñas heridas profundas

que apenas se ven. Habladme de una buena cuchillada en el rostro. Da gusto verla y se cura en seguida. Pero sabed, buen hombre, que este herido es mi capellán y que juega conmigo a las cartas. ¿Sois capaz de ponérmelo en pie, a pesar de que vuestro aspecto es más bien el de alguien que pone lavativas?

—A vuestro servicio —respondió, inclinándose, el cirujano-barbero—. Pero también recompongo los miembros rotos y curo las heridas. Voy a examinar ésta.

—Hacedlo pronto, señor —le dije.

—¡Paciencia! —dijo—. Primero hay que lavarla, y espero que hierva el agua.

Mi buen maestro, que se había reanimado un poco, dijo lentamente con voz bastante fuerte:

—Con la lámpara en la mano visitará los rincones de Jerusalén, y lo que estaba oculto en las tinieblas saldrá a la luz del día.

—¿Qué decís, mi buen maestro?

—Dejadme, hijo mío —respondió—, me entretengo con los sentimientos propios de mi estado.

—El agua está caliente —me dijo el barbero—. Sostened esta jofaina cerca de la cama. Voy a lavar la herida.

Mientras éste pasaba por el pecho de mi buen maestro una esponja empapada en agua tibia, el cura entró en la habitación con la señora Coquebert. Traía en la mano un cesto y unas tijeras.

—Aquí está, pues, este pobre hombre —dijo—. Iba a mis viñas, pero hay que cuidar ante todo las de Jesucristo. Hijo mío —añadió, acercándose al herido—, ofreced vuestros males a Nuestro Señor. Quizá no sean tan grandes como se cree. A fin de cuentas, hay que cumplir la voluntad de Dios.

Después, volviéndose al barbero, preguntó:

—Señor Coquebert, ¿es un caso muy urgente? ¿Puedo ir a mi huerta? La uva blanca puede esperar, no hay peligro de que se eche a perder, e incluso un poco de lluvia haría que el vino fuera más abundante y mejor. Pero el tinto hay que recogerlo en seguida.

—Estáis en lo cierto, señor cura —respondió Coquebert—; en mi viña hay racimos que se cubren de moho y que no se han librado del sol más que para perecer con la lluvia.

—¡Ay! —dijo el cura—, la humedad y la sequía son los dos peores enemigos del vendimiador.

—Nada es más cierto —dijo el barbero—; pero voy a explorar la herida.

Diciendo esto, oprimió la herida con un dedo.

—¡Ah, verdugo! —exclamó el paciente.

—Recordad —dijo el cura— que el Señor perdonó a sus verdugos.

—No eran barberos —dijo el abate.

—Ésas son palabras mayores —dijo el cura.

—No hay que criticar a un moribundo por sus bromas —dijo mi buen maestro—.

Pero sufro atrocemente: este hombre me ha asesinado, y muero dos veces. La primera vez fue a manos de un judío.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el cura.

—Lo mejor, señor cura —dijo el barbero—, es no preocuparse por eso. No hay que intentar nunca comprender las palabras de los enfermos. No son más que fantasías.

—Coquebert —dijo el cura—, no tenéis razón. Hay que oír a los enfermos en confesión, y, a veces, un cristiano que no ha dicho nada bueno en su vida, pronuncia finalmente las palabras que le abren las puertas del paraíso.

—Yo sólo hablaba de lo temporal —dijo el barbero.

—Señor cura —dije a mi vez—, el señor abate Coignard, mi buen maestro, no delira, y es muy cierto que ha sido asesinado por un judío llamado Mosaïde.

—En ese caso —dijo el cura—, debe ver un favor especial de Dios, que ha querido que perezca a manos de un descendiente de aquellos que crucificaron a su Hijo. La conducta de la Providencia en el mundo es siempre admirable. Señor Coquebert, ¿puedo ir a mi viña?

—Podéis ir, señor cura —respondió el barbero—. La herida no es buena; pero tampoco es de las que uno muere en el acto. Es, señor cura, una de esas heridas que juegan con el enfermo como el gato con los ratones, y en esta clase de juego se puede ganar tiempo.

—Eso está bien —dijo el señor cura—. Agradecemos a Dios, hijo mío, que os deje vivir; pero la vida es precaria y transitoria. Hay que estar siempre preparado para abandonarla.

Mi buen maestro respondió serenamente:

—Hay que estar en la tierra como si no se estuviera; poseer como si no se poseyera. Porque la hechura de este mundo es transitoria.

Volviendo a coger sus tijeras y su cesto, el señor cura dijo:

—Más que por vuestro hábito y vuestras calzas, que veo encima de ese taburete, por vuestras palabras, hijo mío, reconozco que sois hombre de iglesia y lleváis una vida ejemplar. ¿Recibisteis las órdenes sagradas?

—Es sacerdote —dije—, doctor en teología y profesor de elocuencia.

—¿Y de qué diócesis? —preguntó el cura.

—De Sééz, en Normandía, sufragánea de Rouen.

—Insigne provincia eclesiástica —dijo el señor cura—, pero muy inferior en antigüedad e ilustración a la diócesis de Reims, de la que soy sacerdote.

Y salió. El señor Jérôme Coignard pasó el día apaciblemente. Jahel quiso quedarse por la noche junto al enfermo. Hacia las once de la noche dejé la casa del señor Coquebert y fui a buscar alojamiento en el albergue del señor Gaulard. Encontré en la plaza al señor de Astarac, cuya sombra, a la luz de la luna se extendía de un lado a otro entre las casas. Puso la mano en mi hombro, como tenía por costumbre, y me dijo con su gravedad habitual:

—Es hora de que os tranquilice, hijo mío; sólo he acompañado a Mosaïde por eso. Os veo cruelmente atormentado por los Duendes. Esos pequeños espíritus de la tierra os han asaltado, han abusado de vos con toda clase de fantasmagorías, os han seducido con mil mentiras y finalmente os han impulsado a huir de mi casa.

—¡Ay, señor! —respondí—, es cierto que me fui de vuestra casa con una aparente ingratitud por la que os pido perdón. Pero me perseguían los guardias, no los Duendes. Y mi buen maestro ha sido asesinado. Eso no es una fantasmagoría.

—No lo dudéis —repuso el gran hombre—; ese desdichado abate ha sido mortalmente herido por los Silfos, cuyos secretos había revelado. Ha robado de un armario algunas piedras que son obra de esos Silfos y que éstos habían dejado aún imperfectas y muy distintas del diamante en cuanto a brillo y pureza.

»Es esa codicia y el nombre de *Agla* indiscretamente pronunciado lo que más les ha molestado. Ahora bien, sabed, hijo mío, que es imposible para los filósofos detener la venganza de ese pueblo irascible. Me enteré por vía sobrenatural y también por testimonio de Gritón del robo sacrilego cometido por el señor Coignard, que se jactaba insolentemente de haber descubierto el arte por el que las Salamandras, los Silfos y los Gnomos hacen madurar el rocío matinal y lo transforman insensiblemente en cristal y en diamante.

—¡Ay, señor!, os aseguro que él no pensaba así y que ha sido ese horrible Mosaïde quien le ha herido en el camino con un estilete.

Estas palabras desagradaron mucho al señor de Astarac, que me invitó de forma apremiante a no pronunciar otras semejantes.

—Mosaïde —agregó— es lo bastante buen cabalista para atacar a sus enemigos sin tomarse la molestia de correr tras ellos. Sabed, hijo mío que, si hubiese querido matar al señor Coignard, lo habría hecho cómodamente desde su habitación, por medio de la magia. Veo que aún ignoráis los primeros elementos de la ciencia. La verdad es que este sabio, informado por el fiel Critón de la fuga de su sobrina, tomó un carruaje para alcanzarla y, si era preciso, traerla a su casa. Es lo que sin duda habría hecho por poco que hubiera discernido en el alma de esta desgraciada algún destello de pesadumbre y de arrepentimiento. Pero, al verla totalmente corrompida por el desenfreno, prefirió excomulgarla y maldecirla invocando los Globos, las Ruedas y las Bestias de Eliseo^[225]. Eso es precisamente lo que acaba de hacer ante mis ojos, en la calesa donde se halla retirado para no compartir el lecho ni la mesa de los cristianos.

Me callé, asombrado por tales fantasías; pero este hombre extraordinario hablaba con una elocuencia que no dejó de turbarme.

—¿Por qué —decía— no os dejáis instruir por los consejos de un filósofo? ¿Qué sabiduría, hijo mío, oponéis a la mía? Considerad que la vuestra es menor en cantidad, sin diferir en su esencia. A vos, así como a mí, la naturaleza se os aparece como una infinidad de figuras que es necesario reconocer y ordenar, y que forman una serie de jeroglíficos. Distinguís fácilmente algunos de esos signos, a los cuales

atribuís un sentido; pero estáis demasiado inclinado a conformaros con el sentido vulgar y literal, y no buscáis suficientemente el ideal y el simbólico. Sin embargo, el mundo sólo es concebible como símbolo, y todo lo que se ve en el universo no es más que una escritura hecha de imágenes que la mayoría de los hombres deletrea sin comprenderla. Evitad, hijo mío, chapurrear y rebuznar esa lengua universal, como hacen los sabios que llenan las academias. Es preferible que recibáis de mí la clave de toda ciencia.

Se detuvo un momento y reanudó su discurso en un tono más familiar:

—Os persiguen, mi querido hijo, enemigos menos terribles que los Silfos. Y vuestra Salamandra no tendrá dificultad en libraros de los Duendes, tan pronto como se lo pidáis. Os repito que no he venido hasta aquí, con Mosaïde, más que para daros estos buenos consejos y pedirlos que volváis a mi casa a continuar nuestros trabajos. Comprendo que queráis asistir hasta el final a vuestro desdichado maestro. Os doy licencia para ello. Pero no dejéis de volver cuanto antes a mi casa. ¡Adiós! Esta misma noche regreso a París con ese gran Mosaïde del que tan injustamente habéis sospechado.

Le prometí todo lo que quiso, y fui arrastrándome hasta la maldita cama del albergue, donde caí agobiado por el cansancio y el dolor.

AL día siguiente, muy temprano, volví a casa del cirujano y encontré a Jahel a la cabecera de mi buen maestro, sentada en una silla de paja, con la cabeza envuelta en su capa negra, atenta, seria y dócil como una monja de la caridad. El señor Coignard, con el rostro muy encendido, dormitaba.

—La noche —me dijo ella— no ha sido buena. Ha parloteado, ha cantado, me ha llamado sor Germana y me ha hecho proposiciones. No me he ofendido; pero eso demuestra su trastorno.

—¡Ay! —exclamé—. Si no me hubierais traicionado, Jahel, para andar por ahí corriendo con ese gentilhombre, mi buen maestro no estaría en esta cama con el pecho atravesado.

—Es la desgracia de nuestro amigo —respondió— la que me causa profundo pesar. Pues no merece la pena pensar en lo demás, y no comprendo, Jacques, que eso os preocupe en un momento como éste.

—Siempre pienso en eso —respondí.

—Yo apenas lo pienso —dijo—. Sólo vos sois, mayormente, la causa de vuestra desgracia.

—¿Qué queréis decir, Jahel?

—Quiero decir, amigo mío, que si yo pongo la tela, vos ponéis el bordado, y que vuestra imaginación enriquece demasiado la simple realidad. Os juro que, en este momento, ni yo misma recuerdo la cuarta parte de lo que os entristece; y que meditáis tan obstinadamente sobre este asunto que vuestro rival se hace más presente para vos que para mí. No penséis más en ello y dejadme dar la tisana al abate, que está despertándose.

En ese momento, el señor Coquebert se acercó a la cama con su estuche, hizo una nueva cura y dijo en voz alta que la herida iba camino de curarse. Después, llevándome aparte, me dijo:

—Os puedo asegurar, señor, que este buen abate no morirá de la herida que ha recibido. Pero, a decir verdad, temo que no escape de una pleuresía bastante fuerte causada por la herida. Ahora tiene mucha fiebre. Pero aquí viene el señor cura.

Mi buen maestro lo reconoció muy bien y le preguntó cortésmente como se encontraba.

—Mejor que la viña —respondió el cura—, que está llena de mohos y gusanos, contra los cuales, sin embargo, el clero de Dijon hizo una hermosa procesión con cruces y pendones. Pero será necesario hacer otra más hermosa, el año que viene, y quemar más cera. Será también necesario que el juez eclesiástico excomulgue de nuevo a las moscas que destruyen las uvas.

—Señor cura —dijo mi buen maestro—, se dice que retozáis con las muchachas en vuestras viñas. ¡Vaya!, eso no es propio de vuestra edad. En mi juventud, yo era, como vos, aficionado a las mujeres livianas. Pero el tiempo me ha corregido mucho, y hasta he dejado escapar a alguna beata sin decirle nada. Vos actuáis de otra manera con las doncellas y las botellas, señor cura. Pero hacéis más daño aún no diciendo las

misas que se os han pagado y traficando con los bienes de la iglesia. Sois bigamo y simoníaco.

Al oír estas palabras, el señor cura experimentó una dolorosa sorpresa; se quedó con la boca abierta, y sus mejillas cayeron tristemente a ambos lados de su largo rostro.

—¡Qué indignas ofensas a la dignidad de que estoy revestido! —suspiró finalmente, mirando al techo—. ¡Qué cosas dice, estando tan cerca del tribunal de Dios! ¡Oh, señor abate! ¿Sois vos quien habla de ese modo, vos, que llevasteis una vida ejemplar y estudiasteis tantos libros?

Mi buen maestro se incorporó sobre un codo. La fiebre le devolvía triste y paradójicamente ese aire jovial que tanto nos agradaba ver en él.

—Es verdad —dijo— que he estudiado los autores antiguos. Pero sería preciso que yo hubiera leído tanto como el segundo vicario del señor obispo de Sééz. Aunque era un asno por fuera y por dentro, fue más lector que yo, porque era bizco y, mirando de soslayo, leía dos páginas a la vez. ¿Qué dices a eso, cura bribón, viejo verde que anda de picos pardos a la luz de la luna? Cura, tu querida es como una bruja. Tiene pelos en la barba: es la mujer del cirujano-barbero, que es un completo cornudo. Y eso está bien para un homúnculo cuya ciencia médica sólo alcanza a poner lavativas.

—¡Dios mío! ¿Qué dice? —exclamó la señora Coquebert—. Debe tener el diablo en el cuerpo.

—He oído a muchos enfermos hablar en su delirio —dijo el señor Coquebert—, pero ninguno pronunciaba tan malas palabras.

—Presiento —dijo el cura— que tendremos más dificultades de las que había imaginado para llevar a este enfermo a un buen fin. Hay en su naturaleza un humor agrio y unas impurezas que al principio no había advertido. Sus palabras son impropias de un eclesiástico y de un enfermo.

—Es por efecto de la fiebre —dijo el cirujano-barbero.

—Pero —replicó el cura— esta fiebre, si no se contiene, podría llevarle al infierno. Acaba de faltar gravemente al respeto debido a un sacerdote. Sin embargo, volveré mañana a exhortarle, pues, a ejemplo de Nuestro Señor, siento hacia él una infinita misericordia. Aunque, por otra parte, tengo ciertas preocupaciones. La mala suerte ha querido que haya una grieta en mi lagar, y todos los trabajadores están en las viñas. Coquebert, no dejéis de avisar al carpintero, y de llamarme junto al enfermo si su estado se agrava de repente. ¡Hay muchos problemas, Coquebert!

El día siguiente fue tan favorable para el señor Coignard, que concebimos la esperanza de conservarlo entre nosotros. Tomó un caldo y se incorporó en la cama. Nos habló a todos con su gracia y su dulzura habituales. El señor de Anquetil, que se alojaba en el albergue de Gaulard, vino a verlo y le propuso inoportunamente que jugaran al *piquet*. Mi buen maestro prometió, sonriendo, que lo harían la próxima semana. Pero la fiebre volvió a atacarle al anochecer. Pálido, con los ojos bañados en un terror indescriptible, tiritando y castañeteando los dientes, gritaba:

—¡Ahí está ese viejo judío! Es el hijo que Judas Iscariote engendró en una diablesa con forma de cabra. Pero será ahorcado en la higuera paterna, y sus entrañas se esparcirán por la tierra. Detenedlo... ¡Me mata! ¡Tengo frío!

Un instante después, destapándose, se quejaba de tener excesivo calor.

—Tengo mucha sed —decía—. ¡Dadme vino! Y que esté fresco, señora Coquebert, apresuraos a ponerlo a refrescar en la fuente, porque el día promete ser muy caluroso.

Era de noche, y las horas se confundían en su cabeza.

—Daos prisa —siguió diciendo a la señora Coquebert—, pero no seáis tan simple como el campanero de la catedral de Séz, que, cuando fue a sacar del pozo las botellas que había puesto allí, vio su sombra en el agua y se puso a gritar: «¡Eh, señores, venid pronto a ayudarme! Porque ahí abajo hay unos antípodas que se beberán nuestro vino si no se lo impedimos».

—Es un hombre jovial —dijo la señora Coquebert—. Pero hace poco me ha dirigido palabras muy indecentes. Si yo hubiera engañado a Coquebert, no habría sido con el señor cura, teniendo en cuenta su estado y su edad.

El señor cura entró en ese momento.

—Y bien, señor abate —preguntó a mi maestro—, ¿con qué ánimos os encontráis? ¿Qué hay de nuevo?

—Gracias a Dios —respondió el señor Coignard—, no hay nada nuevo en mi espíritu. Pues, como dijo san Juan Crisóstomo, hay que evitar las novedades. No avancéis por caminos que no hayan sido recorridos; se avanza sin llegar al fin una vez que se ha comenzado a avanzar. Yo he conocido esa triste experiencia. Y me he perdido por haber seguido caminos no explorados. He escuchado mis propios consejos, y éstos me han conducido al abismo. Señor cura, soy un pobre pecador; el número de mis iniquidades me oprime.

—Ésas son unas hermosas palabras —dijo el señor cura—. Es el mismo Dios quien os las dicta. Reconozco en ellas su inimitable estilo. ¿No queréis que adelantemos un poco la salvación de vuestra alma?

—Con mucho gusto —dijo el señor Coignard—. Porque mis impurezas se elevan contra mí. Veo alzarse a las grandes y a las pequeñas. Veo a las rojas y a las negras. Veo a las ínfimas cabalgando sobre perros y cerdos, y veo a otras, gordas y completamente desnudas, con tetas como odres, vientres con grandes pliegues y nalgas enormes.

—¿Es posible —dijo el señor cura— que tengáis una visión tan clara? Pero, si vuestras faltas son tal como decís, hijo mío, más vale no describirlas y limitaros a detestarlas interiormente.

—¿Querriais, señor cura —replicó el abate—, que todos mis pecados estuvieran hechos como Adonis? Pero dejemos eso. Y vos, barbero, dadme de beber. ¿Conocéis al señor de la Musardière?

—No, que yo sepa —dijo el señor Coquebert.

—Sabed, pues —respondió el abate—, que era muy aficionado a las mujeres.

—Por ese lado —dijo el cura—, el diablo le saca gran ventaja al hombre. Pero, ¿adónde queréis ir a parar, hijo mío?

—Pronto lo veréis —dijo mi buen maestro—. El señor de la Musardière dio cita a una doncella en un establo. Ella acudió, y él la dejó salir como había venido. ¿Sabéis por qué?

—Lo ignoro —dijo el cura—. Pero dejémoslo.

—De ningún modo —repuso el señor Coignard—. Sabed que se abstuvo de copular con ella por temor a engendrar un caballo, lo que hubiera dado lugar a un proceso criminal.

—¡Ah! —dijo el barbero—. Más temor debía tener a engendrar un asno.

—¡Sin duda! —dijo el cura—. Pero veo que no avanzamos por el camino hacia el paraíso. Convendría que siguiéramos la buena dirección. ¡Hace poco pronunciabais palabras tan edificantes...!

En vez de responder, mi buen maestro se puso a cantar con voz bastante fuerte:

*Para animar al rey Luisón
hubo más de un mirlitón,
tralarí,
y asaron un escobón,
tralará^[226].*

—Si queréis cantar, hijo mío —dijo el señor cura—, será mejor que cantéis algún hermoso villancico borgoñón. Así regocijaréis vuestra alma, santificándola.

—Con mucho gusto —respondió mi buen maestro—. Hay algunos de Guy Barozai^[227] que yo tengo, a pesar de su aparente rusticidad, por más finos que el diamante y más preciosos que el oro. Éste, por ejemplo:

*Cuando en el tiempo de que hablo
vino Jesucristo al mundo,
asno y buey lo calentaron
con su aliento en el establo.
Que de asnos y bueyes sé,
en este reino de Galia,
que de asnos y bueyes sé
que no tienen tanta fe^[228].*

El cirujano, su mujer y el cura repitieron juntos:

*Que de asnos y bueyes sé,
en este reino de Galia,
que de asnos y bueyes sé*

que no tienen tanta fe.

Y mi buen maestro siguió con voz más débil:

*Lo más bello de la historia
fue, pues, que el asno y el buey
pasaron los dos la noche
sin comer y sin beber.
Que a asnos y bueyes he visto
de paño y muaré vestidos.
¡Que de asnos y bueyes sé
que no tienen tanta fe!*^[229].

Luego, dejó caer su cabeza sobre la almohada y no cantó más.

—Hay mucho bueno en este cristiano —nos dijo el señor cura—, mucho bueno; e incluso hace poco me edificaba con hermosas sentencias. Pero no deja de inquietarme, porque todo depende del final, y no se sabe lo que quedará en el fondo del cesto. Dios, en su bondad, quiere que un solo momento pueda salvarnos; pero es necesario que ese momento sea el último, de manera que todo depende de un solo minuto, después del cual el resto de la vida no vale nada. Eso es lo que me hace temblar por este enfermo cuya alma los ángeles y los diablos se disputan furiosamente. Pero no hay que desesperar de la misericordia divina.

TRANSCURRIERON dos días entre crueles alternativas. Después, mi buen maestro cayó en una debilidad extremada.

—No hay esperanza —me dijo en voz baja el señor Roquebert—. Ved cómo se hunde su cabeza en la almohada y observad cómo se ha afilado su nariz.

En efecto, la nariz de mi buen maestro, antes gruesa y colorada, no era más que una lámina curva, lívida y de color plomizo.

—Tournebroche, hijo mío —me dijo con voz aún clara y fuerte, pero cuyo sonido no había escuchado nunca—, siento que me queda poco tiempo de vida. Id a buscarme a ese buen sacerdote, para que me oiga en confesión.

El señor cura estaba en su viña, adonde fui corriendo.

—La vendimia está hecha —me dijo— y es más abundante de lo que yo esperaba. Vayamos a asistir a este pobre hombre.

Le conduje hasta el lecho de mi buen maestro, y le dejamos solo con el moribundo.

Salió al cabo de una hora y nos dijo:

—Puedo aseguraros que el señor Jérôme Coignard muere con admirables sentimientos de piedad y de humildad. Voy a darle, a petición suya y en consideración a su fervor, el santo viático. Mientras me pongo el alba y la estola, os ruego, señora Coquebert, que me enviéis a la sacristía al niño que me ayuda cada mañana en la misa rezada, y que preparéis la habitación para que reciba a Dios.

La señora Coquebert barrió la habitación, puso una colcha blanca en la cama, colocó junto a la cabecera una mesita, que cubrió con un mantel, y encima, dos candeleros, cuyas velas encendió, y un cuenco de loza con una rama de boj empapada en agua bendita.

Pronto oímos la campanilla que agitaba el acólito por el camino, y vimos entrar la cruz en manos de un niño y al sacerdote, revestido de blanco, llevando las especies sacramentales. Jahel, el señor de Anquetil, el señor y la señora Roquebert y yo nos arrodillamos.

—*Pax hoic domui*^[230] —dijo el sacerdote.

—*Et omnibus habitantibus in ea*^[231] —respondió el ayudante.

El señor cura cogió después la rama con agua bendita y roció al enfermo y al lecho.

Se ensimismó un instante y dijo con solemnidad:

—Hijo mío, ¿tenéis alguna declaración que hacer?

—Sí, señor —dijo el abate Coignard con voz firme—. Perdono a mi asesino.

Entonces, el oficiante, sacando la hostia del copón, dijo:

—*Ecce agnus Dei qui tollit peccata mundi*^[232].

Mi buen maestro respondió, suspirando:

—¿Hablaré a mi Señor, yo, que no soy más que polvo y ceniza?^[233] ¿Cómo me atreveré a llegar hasta Vos, yo, que no siento en mí ninguna virtud que pueda darme valor? ¿Cómo os introduciré en mi casa después de haber herido con tanta frecuencia

vuestros ojos llenos de bondad?

Y el señor abate Coignard recibió el santo viático en medio de un profundo silencio, roto por nuestros sollozos y por el gran ruido que la señora Coquebert hacía sonándose las narices.

Después de que el viático le fuera administrado, mi buen maestro me hizo señas para que me acercara a su lecho y me dijo con voz débil, pero clara:

—Jacques Tournebroche, hijo mío, rechaza, con mi ejemplo, las máximas que he podido proponerte durante mi locura, que ha persistido, ¡ay de mí!, tanto como mi vida. Teme a las mujeres y a los libros por la molicie y el orgullo que proporcionan. Sé humilde de corazón y de espíritu. Dios concede a los humildes una inteligencia más clara que los doctos no pueden propagar. Es Él quien otorga toda ciencia. Hijo mío, no escuches a quienes, como yo, discurrieron sutilezas sobre el bien y el mal. No te dejes tentar por la belleza y la finura de sus discursos. Porque el reino de Dios no se funda en las palabras, sino en la virtud.

Se calló, agotado. Cogí su mano, que reposaba sobre la sábana, y la cubrí de besos y de lágrimas. Le dije que era nuestro maestro, nuestro amigo, nuestro padre, y que yo no sabría vivir sin él.

Y permanecí largas horas abrumado por el dolor al pie de su cama.

Pasó una noche tan apacible que llegué a concebir algo así como una esperanza desesperada. Al día siguiente continuaba en ese estado. Pero al caer la tarde comenzó a agitarse y a pronunciar palabras tan confusas que siempre constituirán un secreto entre Dios y él.

A medianoche cayó en un profundo abatimiento, y sólo se oía el ligero roce de sus uñas arañando las sábanas. Ya no nos reconocía.

Hacia las dos comenzó el estertor de la agonía; el soplido ronco y precipitado que salía de su pecho era lo bastante fuerte para que se oyera de lejos, en la calle del pueblo, y llenaba mis oídos de tal modo que creí escucharlo incluso durante los días que siguieron a aquel desdichado día. Al amanecer, hizo con la mano una señal que no pudimos comprender y lanzó un gran suspiro. Fue el último. Su rostro adquirió, en la muerte, una majestad digna del genio que le había animado y cuya pérdida no será jamás compensada.

EL señor cura de Vallars hizo al señor Jérôme Coignard solemnes exequias. Cantó la misa de difuntos y dio la absolución.

Mi buen maestro fue llevado al cementerio contiguo a la iglesia. Y el señor de Anquetil convidó a cenar en el albergue de Gaulard a todos los que habían asistido a la ceremonia. Se bebió vino nuevo y se cantaron canciones borgoñonas.

Al día siguiente fui con el señor de Anquetil a dar las gracias al señor cura por sus piadosas atenciones.

—¡Ah! —dijo el santo varón—, este abate nos ha dado un gran consuelo con su fin edificante. He visto a pocos cristianos morir con sentimientos tan admirables, y convendría recordarlo sobre su tumba con una hermosa inscripción. Los dos, señores, sois lo bastante instruidos para redactarla, y yo me comprometo a hacer grabar en una gran lápida blanca el epitafio del difunto, en la forma y el orden en que lo hayáis compuesto. Pero recordad que, cuando hagáis hablar a la piedra, sólo debéis hacer que proclame alabanzas a Dios.

Le rogué que creyera que pondría en ello todo mi celo, y el señor de Anquetil prometió, por su parte, dar a la cosa un giro galante y gracioso.

—Quiero —dijo— intentarlo en versos franceses, siguiendo la pauta de los del señor Chapelle^[234].

—¡Magnífico! —dijo el señor cura—. Pero ¿no tenéis ganas de ver mi lagar? El vino será bueno este año, y he recolectado suficiente cantidad para mi consumo y el de mi sirvienta. ¡Ay!, sin las plagas habríamos tenido mucho más.

Después de cenar, el señor de Anquetil pidió recado de escribir y empezó a componer versos franceses. Luego, impacientándose, tiró la pluma, el tintero y el papel.

—Tournebroche —me dijo—, no he hecho más que dos versos, y aún no estoy seguro de que sean buenos. Esto es lo que me ha salido:

Aquí debajo yace el señor Coignard.

Hay que morir más pronto o más tarde^[235].

Le respondí que lo que tenían de bueno era que no requerían un tercero.

Y me pasé la noche dándole vueltas a un epitafio latino que redacté de esta forma^[236]:

D. O. M.
HIC JACET
IN SPE BEATAE AETERNITATIS
DOMINUS HERONYMUS COIGNARD
PRESBYTER
QUONDAM IN BELLOVACENSI COLLEGIO
ELOQUENTIAE MAGISTER ELOQUENTISSIMUS
SAGIENSIS EPISCOPI BIBLIOTHECARIUS SOLERTISSIMUS
ZOZIMI PANOPOLITANI INGENIOSISSIMUS

TRANSLATOR
OPERE TAMEN IMMATURATA MORTE INTERCEPTO
PERIIT ENIM CUM LUGDUNUM PETERET
JUDAEA MANU NEFANDISSIMA
ID EST A NEPOTE CHRISTI CARNIFICUM
IN VIA TRUCIDATUS
ANNO AET. LIIº

COMITATE FUIT OPTIMA DOCTISSIMO CONVITU
INGENIO SUBLIMI
FACETIIS JUCUNDUS SENTENTIIS PLENUS
DONORUM DEI LAUDATOR
FIDE DEVOTISSIMA PER MULTAS TEMPESTATES
CONSTANTER MUNITUS
HUMILITATE SANCTISSIMA ORNATUS
SALUTE SUAE MAGIS INTENTUS QUAM VANO ET FALLACI HOMINUM JUDICIO
SIC HONORIBUS MUNDANIS
NUNQUAM QUAESITIS
SIBI GLORIAM SEMPITERNAM
MERUIT

Lo que viene a decir:

*AQUÍ REPOSA,
en la esperanza de la bienaventurada eternidad,
el SEÑOR JÉRÔME COIGNARD,
presbítero,
antaño elocuentísimo maestro de elocuencia
en el Colegio de Beauvais,
muy celoso bibliotecario del obispo
de Sééz,
autor de una hermosa traducción de Zósimo
el Panopolitano,
que dejó desgraciadamente sin terminar
cuando sobrevino su muerte prematura.
Fue atacado en el camino de Lyon,
a los 52 años de edad,
por la mano alevosa de un judío,
y pereció así víctima de un descendiente de los verdugos
de Jesucristo.*

*Era de trato agradable,
de docta conversación,
de ingenio elevado,
lleno de agudezas y hermosas máximas,
y alababa a Dios en sus obras.
Conservó a través de las tormentas de la vida*

*una fe inquebrantable.
Con su humildad verdaderamente cristiana,
más atento a la salvación de su alma
que a la vana y engañosa opinión de los hombres,
así honores mundanos
nunca reclamó
y para sí la gloria eterna mereció.*

TRES días después que mi buen maestro hubiera entregado su alma, el señor de Anquetil decidió ponerse en camino. El carruaje estaba reparado. Ordenó a los postillones que estuvieran preparados para el día siguiente por la mañana. Su compañía nunca me había resultado agradable. En el estado de tristeza en que me hallaba se me hacía odiosa. No podía soportar la idea de seguirle con Jahel. Resolví buscar un empleo en Tournus o en Macon y vivir allí escondido hasta que, pasada la tormenta, me fuera posible regresar a París, donde sabía que mis padres me recibirían con los brazos abiertos. Di cuenta de mis propósitos al señor de Anquetil y me disculpé por no seguir acompañándole. Al principio, se esforzó por retenerme, con una simpatía a la que yo no estaba acostumbrado; luego, me dejó libre de buena gana. Jahel sintió más pena; pero, siendo razonable por naturaleza, comprendió las razones que tenía para dejarla.

La noche que precedió a mi partida, mientras el señor de Anquetil bebía y jugaba a las cartas con el cirujano-barbero, Jahel y yo nos dirigimos a la plaza para respirar el aire embalsamado por las hierbas y saturado del canto de los grillos.

—¡Qué hermosa noche! —dije a Jahel—. Este año no habrá muchas semejantes; y tal vez, en mi vida, no vuelva a conocer otra tan suave.

El florido cementerio del pueblo extendía ante nosotros sus inmóviles olas de césped, y la claridad de la luna blanqueaba las tumbas esparcidas sobre la hierba negra. A ambos nos vino, al mismo tiempo, la idea de ir a decir adiós a nuestro amigo. El lugar donde reposaba estaba señalado por una cruz cubierta de flores cuyo pie se hundía en la tierra blanda. La piedra que debía contener el epitafio aún no había sido colocada. Nos sentamos muy cerca, en la hierba, y allí, por un impulso espontáneo y natural, caímos el uno en brazos del otro, sin temor a ofender con nuestros besos la memoria de un amigo cuya profunda sabiduría hacía ser indulgente con las debilidades humanas.

De pronto, Jahel me dijo al oído junto al que tenía su boca:

—Veo al señor de Anquetil, que, desde el muro del cementerio, mira atentamente hacia este lado.

—¿Puede vernos en medio de esta oscuridad? —pregunté.

—Seguramente ve mis enaguas blancas —respondió—. Eso es bastante, supongo, para darle ganas de ver más.

Pensaba ya sacar la espada y estaba completamente decidido a defender dos existencias que en aquel momento estaban aún, o casi, entremezcladas. La calma de Jahel me asombraba; nada en sus movimientos ni en su voz revelaba temor.

—Idos —me dijo—, huid, y nada temáis por mí. Es una sorpresa que ya esperaba. Comenzaba a cansarse, y esto es excelente para reanimar su deseo y sazonar su amor. ¡Idos y dejadme! El primer instante será duro, porque tiene un carácter violento. Me pegará, pero después me querrá más que antes. ¡Adiós!

—¡Ay de mí! —exclamé—. ¿Así que sólo me utilizáis, Jahel, para aguzar los deseos de un rival?

—Me sorprende que queráis regañarme, ¡también vos! Idos, ¿no os lo he dicho?

—¡Cómo! ¿Dejaros así?

—Es necesario. ¡Adiós! Que no os encuentre aquí. Quiero darle celos, pero con delicadeza. ¡Adiós, adiós!

Apenas había dado yo algunos pasos por el laberinto de tumbas cuando el señor de Anquetil, habiéndose acercado lo suficiente para reconocer a su amante, empezó a proferir gritos y juramentos capaces de despertar a todos los muertos del pueblo. Yo estaba impaciente por librar a Jahel de su furia. Pensé que iba a matarla. Me deslicé para ayudarla entre las sombras de las tumbas. Pero, tras algunos minutos durante los cuales les observé atentamente, vi que el señor de Anquetil la sacaba a empujones del cementerio y la conducía a la posada de Gaulard con unos residuos de furor que ella sería muy capaz de aplacar por sí sola y sin ayuda.

Volví a mi cuarto cuando ellos hubieron entrado en el suyo. No dormí en toda la noche, y, al amanecer, espiándolos por la abertura de las cortinas, los vi atravesar el patio del albergue con grandes muestras de intimidad.

La marcha de Jahel aumentó mi tristeza. Me tendí boca abajo en medio de mi cuarto y, con el rostro entre las manos, lloré hasta la noche.

EN este punto, mi vida pierde el interés que sólo debía a las circunstancias, y mi destino, ajustándose de nuevo a mi carácter, no ofrece ya nada que no sea vulgar. Si prolongara estas memorias, mi relato parecería insípido. Lo terminaré en pocas palabras. El señor cura de Vallars me dio una carta de recomendación para un comerciante de vinos de Macon, en cuya casa estuve empleado durante dos meses, al cabo de los cuales mi padre me escribió diciéndome que había arreglado mis asuntos y que podía volver a París sin peligro.

Inmediatamente tomé la diligencia e hice un viaje agotador. Mi corazón latió con fuerza cuando volví a ver la rue Saint-Jacques, el reloj de Saint-Benoît-le-Bétourné, la enseña de las *Tres Doncellas* y la *Santa Catalina* del señor Blaizot.

Mi madre lloró al verme; yo lloré. Nos abrazamos y seguimos llorando. Mi padre acudió presuroso desde el *Pequeño Baco* y me dijo con una dignidad conmovida:

—Jacquot, hijo mío, no te oculto que estaba muy enojado contigo cuando vi a los guardias entrar en la *Reina Pie de Oca* para detenerte, o, si tú no estabas, llevarme en tu lugar. No querían oír nada, alegando que me sería posible explicarme en la prisión. Te buscaban por una denuncia del señor de la Guéritaude. Me hice una idea horrible de tus desórdenes. Pero, cuando supe por tus cartas que no eran más que pecadillos, sólo deseaba volver a verte. Consulté muchas veces al tabernero del *Pequeño Baco* sobre los medios de echar tierra al asunto. Siempre me respondía: «Maese Léonard, id a ver al juez con una bolsa llena de escudos, y él os devolverá a vuestro mozo blanco y puro como la nieve». Pero aquí son raros los escudos, y en mi casa no hay gallinas, oca ni pata que ponga los huevos de oro; todo lo más sería que los volátiles bastasen para pagar hoy el fuego de mi chimenea. Por fortuna, tu santa y digna madre tuvo la idea de ir en busca de la madre del señor de Anquetil, que sabíamos que trataba de favorecer a su hijo, perseguido al mismo tiempo que tú por el mismo asunto. Pues reconozco, Jacquot mío, que has hecho picardías en compañía de un gentilhombre, y tengo suficiente corazón para percibir el honor que por ello recae en toda nuestra familia. Tu madre pidió, pues, audiencia a la señora de Anquetil, en su hotel del barrio de Saint-Antoine. Se había vestido convenientemente, como para ir a misa; y la señora de Anquetil la recibió con benevolencia. Tu madre es una santa mujer, Jacquot, pero no tiene mucho trato social, y habla de buenas a primeras sin ton ni son. Y dijo: «Señora, a nuestra edad sólo nos quedan, después de Dios, nuestros hijos». Eso no era lo que había que decir a una gran dama que aún tiene galanteadores.

—Callaos, Léonard —exclamó mi madre—. Desconocéis la conducta de la señora de Anquetil, y debí de hablar bastante bien a esta dama, puesto que ella me respondió: «Estad tranquila, señora Ménétrier; haré por vuestro hijo los mismos esfuerzos que por el mío; contad con mi afán». Y bien sabéis, Léonard, que, antes de que pasaran dos meses, recibimos la garantía de que nuestro Jacquot podía regresar a París sin ser molestado.

Cenamos con buen apetito. Mi padre me preguntó si pensaba continuar al servicio

del señor de Astarac. Le respondí que, después de la muerte para siempre deplorable de mi buen maestro, no deseaba volver a encontrarme con el cruel Mosaïde en casa de un gentilhombre que sólo pagaba a sus servidores con bellos discursos. Mi padre me invitó afablemente a dar vueltas a su espetón, como antes.

—En estos últimos tiempos, Jacquot —me dijo—, había dado ese empleo al hermano Ángel; pero lo desempeñaba peor que Miraut, e incluso peor que tú. ¿No quieres, hijo mío, volver a sentarte en el taburete, en el rincón de la chimenea?

Mi madre, que, pese a todo lo simple que era, no carecía de entendimiento, se encogió de hombros y me dijo:

—El señor Blaizot, el librero de la *Imagen de Santa Catalina*, tiene necesidad de un dependiente. Ese empleo, Jacquot mío, te sentará como un guante. Eres de costumbres tranquilas y tienes buenos modales. Es lo que conviene para vender Biblias.

Fui inmediatamente a ofrecerme al señor Blaizot, que me tomó a su servicio.

Mis desgracias me habían hecho prudente. No me desalentó la humildad de mi trabajo y lo desempeñé con pulcritud, manejando el plumero y la escoba a gusto de mi patrón.

Creí mi deber hacer una visita al señor de Astarac. Me dirigí a casa del gran alquimista el último domingo de noviembre, después de comer. Es larga la distancia entre la rue Saint-Jacques y la Cruz de los Arenales, y el almanaque no miente cuando anuncia que los días son cortos en noviembre. Cuando llegué a Roule era ya de noche, y una bruma negra cubría el camino desierto. Medité con tristeza en medio de las tinieblas.

—¡Ay de mí! —me decía—. Pronto hará un año que recorrí por primera vez este mismo camino, sobre la nieve, en compañía de mi buen maestro, que ahora reposa en un pueblo de Borgoña, junto a un viñedo. Se durmió con la esperanza de la vida eterna. Ésa es una esperanza que conviene compartir con un hombre tan docto y tan sabio. ¡Dios me libre de dudar alguna vez de la inmortalidad del alma! Sin embargo, uno debe confesarse que todo lo que atañe a una existencia futura y al otro mundo es un conjunto de verdades intangibles en las que se cree sin haberlas palpado y que no tienen gusto ni sabor alguno, de modo que uno se las traga sin darse cuenta. Por mi parte, no me consuela pensar que algún día volveré a ver al abate Coignard en el paraíso. Seguramente no será ya reconocible y sus discursos no tendrán el encanto que les prestaban las circunstancias.

Mientras hacía estas reflexiones, vi ante mí un gran resplandor que se extendía por el cielo; la niebla se había enrojecido sobre mi cabeza y el fulgor palpitaba en medio de ella. Una densa humareda se mezclaba con los vapores del aire. Temí en seguida que se hubiera incendiado el palacio de Astarac. Apreté el paso y no tardé en reconocer que mis temores estaban justificados. Descubrí el calvario de los Arenales, negro y opaco, entre llamas polvorientas, y vi casi al mismo tiempo el palacio, cuyas ventanas flameaban como en una fiesta siniestra. La puertecilla verde estaba hundida.

En el parque se agitaban sombras que emitían murmullos de horror. Eran habitantes del burgo de Neuilly, que habían acudido para curiosear y prestar auxilios. Algunos lanzaban con una bomba chorros de agua que, al llegar a su ardiente destino, se convertían en vapor. Una espesa columna de humo se elevaba por encima del palacio. Una lluvia de pavesas y cenizas caía a mi alrededor, y pronto me di cuenta de que mis ropas y mis manos estaban ennegrecidas. Imaginé con desesperación que aquella polvareda que llenaba el aire eran las cenizas de tantos hermosos libros y valiosos manuscritos que habían sido el mayor placer de mi buen maestro, los restos, tal vez, de Zósimo el Panopolitano, en el que habíamos trabajado juntos durante las horas más nobles de mi vida.

Había visto morir al señor abate Jérôme Coignard. Esta vez era su misma alma, su alma chispeante y tierna, la que creí reducida a polvo con la reina de las bibliotecas. Sentí que, al mismo tiempo, se destruía una parte de mí mismo. El viento, cada vez más fuerte, avivaba el incendio, y las llamas rugían como fauces voraces.

Viendo a un hombre de Neuilly, más ennegrecido aún que yo y que no llevaba más que su ropa, le pregunté si se habían salvado el señor de Astarac y sus criados.

—Nadie ha salido del palacio —me dijo—, excepto un viejo judío al que se vio huir con paquetes hacia las ciénagas. Vivía en el pabellón del guarda, junto al río, y era odiado por su origen y por los crímenes que se le atribuían. Unos muchachos le persiguieron. Y, huyendo, cayó al Sena. Lo han repescado muerto, apretando contra su corazón un libro de magia y seis tazas de oro. Podréis verlo a la orilla del río, con su túnica amarilla. Es horrible, tiene los ojos abiertos.

—¡Ah! —respondí—, es el final que merecían sus crímenes. ¡Pero su muerte no me devuelve al mejor de los maestros, a quien él ha asesinado! Decidme, ¿no se ha visto al señor de Astarac?

En el momento en que hacía esta pregunta, oí cerca de mí que una de las sombras que se agitaban en el parque profería un grito de angustia:

—¡El techo va a hundirse!

Reconocí entonces con horror a la gran figura negra del señor de Astarac corriendo por el canalón del techo. El alquimista gritó con voz estentórea:

—Me elevo con las alas de las llamas hasta la mansión de la vida divina.

Eso dijo; y de pronto el techo se hundió con un ruido espantoso, y llamas tan altas como montañas envolvieron al amigo de las Salamandras.

No hay amor que resista a la ausencia. El recuerdo de Jahel, al principio mortificante, se dulcificó poco a poco, y no me quedó más que una vaga irritación de la que ella no era siquiera la única causa.

El señor Blaizot iba envejeciendo. Se retiró a Montrouge, a su casita de campo, y me vendió su establecimiento a cambio de una renta vitalicia. Convertido, en su lugar, en librero jurado^[237] bajo la *Imagen de Santa Catalina*, hice que mi padre y mi madre se retirasen, pues en el asador no había ya lumbre desde hacía algún tiempo. Me sentía a gusto en mi humilde tienda, y me ocupé de adornarla. Colgué en las puertas antiguos mapas venecianos y tesis adornadas con grabados alegóricos que sin duda ofrecen un ornato barroco y anticuado, pero que agrada a los amigos de serios estudios. Mi cultura, a condición de ocultarla con cuidado, no me fue demasiado perjudicial en mi negocio. Habría sucedido lo contrario si yo hubiera sido librero-editor, como Marc-Michel Rey^[238], y me hubiera visto obligado, como él, a ganarme la vida a expensas de la imbecilidad pública.

Tengo, como suele decirse, los autores clásicos, y éste es un género que circula bien por la docta rue Saint-Jacques, de la que me gustaría escribir algún día las antigüedades y personajes. El primer impresor parisiense estableció en ella sus venerables prensas. Los Cramoisy^[239], a quienes Guy Patin^[240] denomina los reyes de la rue Saint-Jacques, editaron una recopilación de nuestros historiadores. Antes de que se construyera el Colegio de Francia, los lectores del rey, Pierre Danès, François Vatable y Ramus^[241], dieron sus lecciones en un cobertizo desde el que se oían las riñas de los ganapanes y las lavanderas. ¿Y cómo olvidar a Jean de Meung, que en una casita de esta calle compuso el *Roman de la Rose*?^[242]

Tengo el usufructo de la casa, que es vieja y data por lo menos del tiempo de los godos, como parece por las vigas de madera que se cruzan sobre la estrecha fachada, los dos pisos con saledizos y el techo pendiente, cubierto de tejas mohosas. No tiene más que una ventana por piso. La del primero está florida todo el año y provista de bramantes por los que trepan en primavera las enredaderas y las capuchinas. Mi buena madre las siembra y las riega.

Es la ventana de su habitación. Desde la calle se la ve leyendo sus oraciones en un libro impreso con letras grandes, sobre la imagen de Santa Catalina. La edad, la devoción y el orgullo materno le han dado una noble apostura, y, viendo su rostro de cera bajo la alta cofia blanca, se la tomaría por una rica burguesa.

Mi padre, al envejecer, ha adquirido también cierta majestuosidad. Como le gustan el aire libre y el movimiento, le tengo ocupado en llevar libros por la ciudad. Al principio había empleado en esta tarea al hermano Ángel; pero pedía limosna a mis clientes, les hacía besar reliquias, les robaba el vino, acariciaba a sus criadas y dejaba tirada la mitad de los libros en todas las cunetas del barrio. Lo retiré del empleo lo antes posible. Pero mi buena madre, a la que hace creer que tiene secretos para ganar el cielo, le da la sopa y el vino. No es un mal hombre, y ha terminado inspirándome cierta clase de afecto.

Varios sabios y algunos hombres instruidos frecuentan mi tienda. Y es una gran ventaja para mi oficio estar en contacto con personas de mérito. Entre los que vienen más a menudo a hojear aquí los libros nuevos y a conversar familiarmente entre ellos hay historiadores tan doctos como Tillemont^[243], oradores sagrados que igualan en elocuencia a Bossuet e incluso a Bourdaloue^[244], poetas cómicos y trágicos, teólogos en los que la pureza de sus costumbres se une a la solidez de su doctrina, estimados autores de relatos españoles^[245], geómetras y filósofos, capaces, como el señor Descartes, de medir y pesar los universos. Los admiro, disfruto de sus más mínimas palabras. Pero ninguno, a mi entender, iguala en genio al buen maestro que tuve la desgracia de perder en el camino de Lyon; ninguno me recuerda la incomparable elegancia de su pensamiento, su dulce sublimidad, la asombrosa riqueza de un alma siempre expansiva y torrencial, como el cauce de esos ríos que se ven representados en mármol en los jardines; ninguno me proporciona esa fuente inagotable de ciencia y de moral donde tuve la suerte de beber en mi juventud; ninguno me da siquiera la sombra de la gracia, de la sabiduría, de la fuerza del pensamiento que brillaban en el señor Jérôme Coignard. Lo tengo por el espíritu más gentil que haya florecido jamás sobre la tierra.

Notas

[1] *Le Temps*, París, 17 de agosto de 1895. <<

[2] M. Le Goff, *Anatole France à La Béchellerie. Propos et souvenirs*, París, Delteil, 1924, pág. 230. <<

[3] A. France, *La Vie en fleur*, cap. xv, París, Calmann-Lévy, 1923. <<

[4] E. Leduc, *Anatole France avant l'oubli*, París, Publibook, 2004, págs. 57-58. <<

[5] Veinte años después, *Noces corinthiennes* subió al escenario de la Opéra-Comique, con música de Henri Busser. La pieza se mantuvo en cartel hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. <<

[6] C. Maurras, *À propos d'un jubilé*, París, Pión, 1924. <<

[7] L. Carias, *Anatole France*, París, Rieder, 1931, pág. 49. <<

[8] *L'Univers Illustré*, París, 9 de octubre de 1892. <<

[9] Gyp (1849-1932): seudónimo literario de Sybille Gabrielle Marie-Antoinette de Riquetti de Mirabeau, condesa de Martel de Janville, escritora reaccionaria y antisemita muy leída en su tiempo y hoy prácticamente olvidada. <<

[10] *Anatole France en pantoufles* (París, Crès, 1924) fue publicado al año siguiente en España por la editorial Biblioteca Nueva en excelente traducción de Margarita Nelken, diputada socialista y, posteriormente, comunista de la Segunda República. <<

[11] E. Leduc, *op. cit.*, pág. 108. <<

[12] *Le Temps*, París, 9 de octubre de 1892. <<

[13] Véase al respecto P. Vandier, *Anatole France et l'antisémitisme*, París, Les 2 Encres, 2003. <<

[14] Manon Lescaut: protagonista de la novela homónima del abate Antoine-François Prévost, publicada en 1733 y llevada a la ópera por Jules Massenet, con libreto de Henri Meilhac, en 1884. Ed. española: trad. Javier del Prado, Madrid, Cátedra (col. Letras Universales, 7), 1984. <<

[15] Ed. Española: trad. José Mayoralas, Madrid, Cátedra (col. Letras Universales, 158), 1991. <<

[16] La mayoría de estos datos cronológicos procede de las notas y variantes de Marie-Claire Bancquart en su magnífica edición de *Oeuvres* de Anatole France, París, Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade, vol. II, 1987. <<

[17] François Villon es mencionado en la nota a pie de página que Anatole France inserta al final de la novela. <<

[18] *L'Univers Illustré*, París, 4 de febrero de 1893. <<

[19] *L'Univers Illustré*, París, 14 de noviembre de 1891. <<

[20] A. France, *Le Petit Pierre*, cap. xxxiv, París, Calmann-Lévy, 1919. Véase también: Gabriel des Hons, *Anatole France et Jean Racine, ou la clé de l'art francien*, prólogo de Charles Maurras, París, A. Colin, 1927. <<

[21] Es decir: «Hay que cultivar nuestro jardín»: última frase del *Candide* de Voltaire.

<<

[22] Cfr. n. 10. <<

[23] A comienzos de 1892, en presencia de Leconte de l'Isle, Anatole France arrojó por la ventana de su casa un maniquí de mimbre que reproducía fielmente las medidas corporales de Valérie para uso de su modista. <<

[24] Marcel Schwob (1867-1905): extraordinario escritor de gran originalidad y prodigiosa erudición, que frecuentaba el domicilio de France en Villa Saïd. Admirador de Robert Louis Stevenson, viajó en 1901 a Samoa para conocerlo personalmente; pero el escritor escocés había fallecido en 1894. <<

[25] Maurice Farman (1877-1964): campeón ciclista y automovilista, pionero de la aviación, junto con su hermano Henri creó una floreciente empresa aeronáutica. <<

[26] *Carnets intimes*, 8 de octubre de 1910. En la Bibliothèque Nationale. <<

[27] El *Libro de Henoc*, compuesto por un centenar de capítulos dedicados a formular exhortaciones y profecías sobre el fin de los tiempos, es una de las más grandes apocalipsis judías, en la que tiene notable importancia la demonología. <<

[28] *Trente ans de vie sociale*, t. III, Ginebra, Cercle du Bibliophile, 1970, pág. 159. <<

[29] *La Guerre sociale*, París, 22 de septiembre de 1914. <<

[30] *Trente ans de vie sociale, op. cit., t. IV, pág. 159.* <<

[31] *Ibid.*, pág. 175. <<

[32] M. Le Goff, *op. cit.*, pág. 247. <<

[33] G. D. Painter, *Marcel Proust. 1871-1922*, París, Tallandier, 2008, pág. 768. <<

[34] E. Leduc, *op. cit.*, pág. 292. <<

[35] *L'Humanité*, París, 12 de octubre de 1924. <<

[36] Adviértase que la amistad de France y Charles Maurras se había ido a pique con ocasión del *affaire Dreyfus*, en el que ambos ocuparon posiciones enfrentadas. Por otra parte, Moscú había excluido del partido y de las publicaciones comunistas a los intelectuales «amateurs», disidentes de la política de Stalin. La difusión del libelo únicamente supuso que el diseñador de moda y mecenas artístico Jacques Doucet (1853-1929) suprimiera la ayuda económica que suministraba, como «consejeros culturales» a Breton y Aragon. En la portada del libelo aparecía una foto de Breton con corona de espinas y el rostro cubierto de sangre. <<

[1] «El manuscrito original, con una bella escritura del siglo XVIII, lleva por subtítulo: *Vie et opinions de M. l'abbé Jérôme Coignard*. (NOTA DEL EDITOR)». Esta nota, debida a Anatole France, no se encontraba ni en el manuscrito ni en *L'Echo de Paris*. Aparece por vez primera en la edición de Calmann-Lévy (marzo de 1893). <<

[2] La isla de los Cisnes era un islote alargado junto a la orilla izquierda del Sena que se extendía frente al actual port de la Bourdonnais. En 1676, Luis XIV lo pobló de cisnes. A partir de 1773 quedó unido a la ribera. <<

[3] «Esto fue escrito en la segunda mitad del siglo XVIII. (NOTA DEL EDITOR)». La nota es, por supuesto, de Anatole France. La sociedad Rosacruz, dedicada al estudio de las ciencias naturales y de la alquimia, fue al parecer fundada por el erudito alemán Christian Rose-Croix (1378-1484). Posteriormente, su interpretación de la Biblia la llevó al luteranismo y al antipapismo. <<

[4] Aunque, entre los judíos, la Cabala constituye una forma tradicional de interpretación del Antiguo Testamento, aquí se trata de un arte supersticioso basado en la combinación de las letras hebraicas y las palabras de la Biblia. <<

[5] «Esta opinión es sostenida especialmente en un librito del abate Montfaucon de Villars: *Le Comte de Gabalis ou Entretiens sur les sciences secrètes et mystérieuses suivant les principes des anciens mages ou sages kabbalistes* [El Conde de Gabalis o Conversaciones sobre las ciencias secretas y misteriosas según los principios de los antiguos magos o sabios cabalistas]. Hay varias ediciones. Me contentaré con señalar la de Amsterdam (en casa de Jacques Le Jeune, 1700, en 18.º, ilustrada). Contiene una segunda parte que no está en la edición original. (NOTA DEL EDITOR)». En realidad, es una nota de A. France. El abate Montfaucon de Villars fue un personaje pintoresco y controvertido del siglo xvii. Estuvo preso en la Bastilla en 1661, se inició en el ocultismo, frecuentó a los rosacruces y en 1760 publicó, con gran éxito, *Le Comte de Gabalis*. El abate Viliars fue asesinado en 1673 en el camino de Lyon, no se sabe cómo; según Voltaire, de un pistoletazo. <<

[6] Charles Rollin (1661-1741): jansenista radical, profesor en el Colegio Real de Plessis, rector de la Univesidad de París en 1694, restauró el Colegio de Beauvais. A causa de sus opiniones religiosas, no se le dedicó ninguna oración fúnebre. <<

[7] Aulo Gelio (c. 125-175): escritor latino, autor de la obra enciclopédica en veinte libros *Noctes Atticae*. <<

[8] Lucio Apuleyo (c. 124-170): escritor políglota de origen africano, filósofo platónico, iniciado en los antiguos misterios, autor de las *Metamorfosis*, más conocidas como *El asno de oro*. <<

[9] En el original: *Pédauque*. Cfr. «Esta edición», al final de la Introducción. <<

[10] Saint-Benoit-le-Bétourné: iglesia situada en la rue Saint-Jaques, así llamada porque su estructura era inversa (*bétourné*) a la de la mayoría de los templos cristianos, ya que su entrada estaba abierta al este y su tabernáculo orientado hacia el oeste. Desafectada en 1812, fue demolida en 1854 para abrir la rue des Écoles. Anatole France incluye una nota final al respecto (cfr. n. 242). <<

[11] El diácono san Lorenzo fue martirizado en Roma a mediados del siglo III; según la leyenda, asado en una parrilla. Era lógico que se convirtiera en santo patrón de los asadores. <<

[12] En el original, *vielleuse*; es decir, tañedora de *vielle*, instrumento musical de cuerda accionado por una manivela o manubrio que, en castellano, recibe el nombre de «zanfonía» o «zarrabete». El vocablo original podría, pues, haberse traducido por «zanfoniera» o «zarrabetiera». Dado que estos términos no existen en castellano, se ha preferido traducir, por razones de mera eufonía, *vielleuse* por «vielera». <<

[13] Una Cruz de Dios (o *croix de par Dieu*) era una cruz impresa al comienzo del alfabeto o libro empleado para aprender a leer. El término se aplicaba también al alfabeto mismo y al libro que lo contenía. <<

[14] Hay varias santas que llevan ese nombre. Quizá la más popular en la Europa medieval fue una Margarita que sufrió martirio en Antioquía durante el reinado de Diocleciano, aunque no hay evidencia alguna de que existiera en realidad. En la iglesia de Saint-Germain-des-Prés se conservan supuestas reliquias de dicha santa. <<

[15] En el original: «*Pucelle sage, nette et fine, / Aide des femmes en gésine, / Ayez pitié de nous*». Es posible que Anatole France haya atribuido a santa Margarita una oración dedicada a santa Catalina, originaria de la región de la Meuse y conservada en un manuscrito de la Biblioteca Mazarine, que el novelista utilizó durante su redacción de la *Vie de Jeanne d'Arc*. <<

[16] En el siglo XVIII, los capuchinos eran considerados, al parecer con sobrados motivos, una de las órdenes religiosas más corruptas e iletradas de la época. Así lo admitía expresamente, en un informe de 1763, la propia Comisión General de los Observantes Franciscanos. <<

[17] Se decía que bastaba aplicar sobre el vientre de una parturienta una *Vida de santa Margarita* (que se vendía en opúsculos) para que el parto resultara fácil. Este remedio fue al parecer utilizado por la española María Teresa de Austria, esposa de Luis XIV, con ocasión del nacimiento del Delfín. <<

[18] Luis XIV. <<

[19] En este caso, impuestos sobre el consumo. <<

[20] «Contra el amor no hay ningún remedio, Nikras, ni bálsamo ni polvos, salvo el trato de las Musas» (Teócrito, *Idilios*, XI, 1-3). <<

[21] Vincent Voiture (1597-1648): erudito y ensayista, autor de unas *Lettres de la Brême, de la carpe au brochet* [Cartas del Brême, de la carpa al lucio], tenidas por modelo de buen gusto. Guez de Balzac (1597-1654): rival del anterior, publicó sus *Lettres* en 1624. <<

[22] Tournebroche: es decir, «Da la vuelta al espetón» o «Girabrocheta». Cfr. «Esta edición». <<

[23] Teos, en Jonia, en la costa sudeste de la península de Clazomenes, era la ciudad natal de Anacreonte (siglo VI a. C.), poeta cantor del vino y el amor. El abate Guillaume de Chaulieu (1639-1720) fue llamado el «Anacreonte del Temple» por el tono y temática de sus poemas. <<

[24] Eugenio: retórico galo que floreció en la corte del emperador Valentiniano. Asesinó a éste (392) con ayuda de un cómplice, Arbogasto, y ambos tomaron el poder bajo la titularidad de Eugenio. Tras un corto reinado, fue vencido por Teodosio y decapitado (394). <<

[25] Es decir: «Ejemplo a modo de topo» o «a la manera del topo». O bien: «Sirva el topo de ejemplo». La expresión alude al carácter encubierto o recóndito del objeto o ser utilizado como ejemplo. <<

[26] El Colegio de Beauvais, en la rue Saint-Jean-de-Beauvais esquina a Saint-Jacques, en París, había sido fundado en 1370 por Jean de Dormans, obispo de Beauvais y canciller de Francia. El abate Dugué, el traductor y retórico Francois Guérin, el teólogo Charles Coffin y el abate Baffier desempeñaron altos cargos docentes y administrativos en dicho colegio; todos ellos eran, más o menos abiertamente, jansenistas. Por ello, el Colegio de Beauvais se transformó, bajo la férula de los jesuitas, en Colegio de Clermont; actualmente es el Liceo Louis-le-Grand. <<

[27] Eran llamadas bipónicas o bipontinas las ediciones de autores clásicos impresas durante el siglo XVIII en Zweibrücken (antigua Bipontium, o «Dos puentes»), en Baviera, y por el librero-editor Marc-Michel Rey en Amsterdam. <<

[28] Al final de esta larga nómina de personajes, sobre la mayoría de los cuales parece innecesario, por su importancia universal, proporcionar notas aclaratorias, se incluyen —a continuación de Bossuet— otros menos conocidos. Paul Ferri, teólogo, mantuvo una intensa correspondencia con Bossuet sobre la posibilidad de unión de las iglesias católica y protestante. Lenain es Sebastian Le Nain (El Enano) de Tillemont, historiador eclesiástico. Pierre Godefroy, jurisconsulto y magistrado, mostró una gran tolerancia como inquisidor en el tribunal de Carcassone. Francois Eudes de Mézeray, protegido por Richelieu, escribió a partir de 1643 una monumental *Histoire de France*. Louis Mainburg, jesuita, fue expulsado de su orden a causa de su escandaloso *Traité historique des libertés de l'Eglise de Rome*. Existieron varios «Fabricius»; el más célebre fue el filólogo Jean Albert, autor de una voluminosa *Bibliotheca Greca*. Jacques Lelong, bibliotecario del Oratoire-Saint-Honoré, autor de obras eruditas sobre la Biblia, era considerado personaje políticamente peligroso y sedicioso. El «padre Pitou» podría ser Denis Petau, teólogo y gran polemista del siglo XVII. <<

[29] Hipólito: hijo de Teseo e hijastro de Fedra, al que ésta intentó seducir, provocando su muerte. Belerofonte: hijo de Posidón y Eurímede, injustamente acusado por la reina de Corinto de haber intentado seducirla, fue obligado a luchar contra la Quimera, lo que significaba la muerte; pero, auxiliado por Palas Atenea, que le prestó el caballo alado Pegaso, derrotó a la Quimera. <<

[30] La *chanson à Colas*, popular a finales del siglo XVI, se burlaba de los hugonotes, narrando la peripecia de una vaca que entraba en la iglesia durante el sermón. La canción y la expresión *vache a Colas* estaban casi olvidadas cuando la ópera cómica *Pré-aux-clercs* [El prado de los clérigos] las hizo revivir en 1832. <<

[31] Socinianos: miembros de una secta fundada por Lelio Socin en 1562, que mantenían que la Biblia era la única base de la fe, y Jesucristo, un simple mediador entre Dios y los hombres. Los socinianos fueron atacados tanto por la Iglesia católica como por la reformada. <<

[32] Ulrich von Hutten (1488-1523): humanista y agitador ideológico, autor de *una Ars versificatoria* muy admirada y de unas *Epistolae obscurorum virorum* en las que satirizaba violentamente al clero y sus costumbres. <<

[33] Sééz: sede de un obispado próximo a Alençon, sometido a la jerarquía metropolitana de Rouen. <<

[34] San Pacomio (c. 292-348) instituyó en la Tebaida la regla de los cenobitas, ordenada según las letras del alfabeto griego. <<

[35] Cfr. n. 27. Las actrices mencionadas en este párrafo son absolutamente imaginarias. <<

[36] No se trata de la ópera de Gluck, estrenada en París en 1777 —con posterioridad a los hechos que aquí se relatan—, sino de *Armide et Renaud*, tragedia lírica de Philippe Quinault con música de Jean-Baptiste Lulli, estrenada en 1686. <<

[37] El *intendant des menus plaisirs* (intendente de pequeños placeres) era un funcionario encargado de gestionar y administrar los gastos de la corona en ceremonias y festejos. <<

[38] Severino Boecio (c. 470-525): filósofo y erudito romano, consejero del emperador Teodorico, autor de la célebre *De consolatione philosophiae*, cayó en desgracia y, acusado de alta traición, fue encarcelado, torturado y ejecutado. <<

[39] Casiodoro (siglo v): dignatario del Imperio bajo Teodorico y Amalarico, terminó sus días en el monasterio de Vivarium (Calabria), que transformó en un conservatorio del saber humanista en plena era bárbara. <<

[40] Epicteto de Hierápolis (50-c. 140): filósofo estoico, escribió numerosas *Disertaciones* y gozó de gran prestigio. Había sido esclavo de Epafrodito, secretario de Nerón, que le concedió la libertad. <<

[41] Se trata posiblemente de Pirrón de Elis (siglo IV a. C.), filósofo griego, prosélito de la escuela de Fedón. No escribió nada, y se le tiene por defensor de la indiferencia absoluta como norma de conducta. <<

[42] Alain-René Lesage (1668-1747), autor de la célebre novela picaresca *Gil Blas de Santillana*, escribió más de un centenar de comedias destinadas al popular teatro de la feria de Saint-Germain-des-Prés, donde actuaban saltimbanquis y domadores de animales, y en la que destacó la presencia de Arlequín y los personajes de la *commedia dell'arte* italiana. <<

[43] Se trata de Zenón de Citium (siglo IV a. C.), filósofo de origen fenicio, considerado fundador de la escuela estoica, que propugnaba que la felicidad perfecta consistía en vivir según la naturaleza y la razón. La leyenda dice que se suicidó estrangulándose con sus propias manos. <<

[44] Luis XIV había firmado tratados secretos con los electores de Brandeburgo y de Sajonia para asegurarse sus votos en el caso de una eventual elección al trono del Imperio. <<

[45] En el original, *basin* (fustán o bombasí): tela de algodón que solían usar los burgueses con pocos recursos y que no ejercían oficios manuales. <<

[46] En el original, *béguine* (beguina): especie de religiosa laica con vivienda aislada, propia de los Países Bajos. <<

[47] *Benedicite* (Bendecid): palabra inicial del ruego de bendición de los alimentos que se van a tomar. <<

[48] Olibrius fue, según las canciones y leyendas medievales, el gobernador de Antioquía que, tentado por la presencia de santa Margarita, la hizo sufrir numerosos suplicios. Su nombre se utilizaría para designar a personajes estúpidos y presuntuosos. <<

[49] La Virgen Negra de Chartres era una antiquísima imagen de madera con fama de milagrosa que se había convertido en objeto de innumerables peregrinaciones. Fue quemada durante la Revolución Francesa; o sea, con posterioridad al episodio que aquí se describe. La actual Virgen Negra que se venera en la cripta de la catedral es una réplica de la primitiva. <<

[50] Nombres que solían llevar los criados en las comedias populares de la época. <<

[51] Auneau, a unos 25 km al este de Chartres, era la localidad natal de la abuela y la madre de Anatole France. <<

[52] El Vallée de Misère (Valle de Miseria) era el nombre del actual quai de la Mégisserie (muelle de la Peletería), en la orilla septentrional del Sena, entre el Pont Neuf y el Pont au Change, donde había un mercado de aves, corderos, mantequilla y huevos. <<

[53] Henry Estienne (1528-1598), en su *Apologie pour Hérodote*, cuenta la historia de un viejo médico siciliano que sorprendió a su joven esposa retozando entre los brazos de un fraile cordelero o franciscano. Los adúlteros hicieron pasar los calzones del fraile por reliquias de san Bernardino. <<

[54] Sebastien Le Nain de Tillemont (cfr. n. 28): historiador eclesiástico, autor de las *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles* (1693-1712).

<<

[55] Claude Fleury (1640-1723): abogado, sacerdote, preceptor de los hijos del príncipe de Conti, adjunto de Fénelon, académico, autor de un *Catéchisme historique* y una *Histoire ecclésiastique* impregnados de galicanismo. <<

[56] La leyenda de san Eustaquio, presunto mártir durante el reinado de Trajano, es una amalgama de temas populares. Aun siendo posiblemente un personaje imaginario, gozó de gran fama y devoción durante la Edad Media. La céntrica iglesia de Saint-Eustache, en el distrito 1, es uno de los templos góticos más importantes de París. <<

[57] Este episodio aparece reflejado en todas las hagiografías de santa María Egipciaca y, especialmente, en la famosa *Legenda aurea* de Jacopo della Voragine. <<

[58] En la rue de la Jussienne, esquina a la rue Montmartre, existía una capilla dedicada a santa María Egipcíaca, que fue demolida durante la Revolución Francesa; una de sus vidrieras reproducía la escena de la santa ofreciendo su cuerpo a un barquero. Adviértase que Jussienne es una deformación fonética de «Egyptienne». <<

[59] Publio (o Publilio) Siro (siglo I a. C.): poeta satírico latino. Los escolares aprendían de memoria las sentencias procedentes de sus comedias. <<

[60] Este episodio reproduce casi exactamente el vivido por el orfebre Benvenuto Cellini a los cinco años de edad. Para que recordara que había visto una salamandra —no una criatura fantástica, sino el auténtico batracio— entre los tizones del hogar, su padre le dio un gran bofetón (B. Cellini, *Vita*, IV. Ed española: *Vida*, trad. S. R. Santerbás, Madrid, Cátedra, 2007, pág. 55). <<

[61] Gerolamo Cardano (1501-1576): astrólogo italiano, autor de tratados filosóficos, médicos y científicos, publicó la fórmula general de las ecuaciones cúbicas. <<

[62] Como es sabido, los ícubos son demonios que, bajo apariencia humana, tienen comercio carnal con una mujer; los súcubos serían demonios con apariencia femenina. Siguiendo la opinión de san Agustín (*Civitas Dei*, libro x, cap. xxiii), la existencia de tales criaturas era admitida por algunos jesuitas tan insignes como Belarmino, Suárez y Maluenda. <<

[63] Este episodio procede de una obra del clérigo italiano Sinistrari d'Ameno (1662-1701), traducida al francés en 1875 (*De la Démonialité*). <<

[64] El *Sueño de Escipión* —relato que atribuye ideas pitagóricas a Escipión el Africano— está incluido en el libro VI de la *República*, de Cicerón. <<

[65] La *Tabla de Esmeralda* era un tratado de alquimia atribuido a Hermes Trismegisto, o Hermes Toth, divinidad del antiguo Egipto que, en los siglos III y IV, inspiró numerosas obras esotéricas. <<

[66] «No es por efecto de hechizos, sino del rostro de mi bien amada, de sus brazos delicados y sus cabellos rubios» (Tíbulo, *Elegías*, I, 44). <<

[67] En el original: *on ne me prend pas sans vert* (literalmente: «No se me coge sin verde»). La expresión alude a un juego medieval en el que las personas que deseaban participar debían llevar visible en su ropa una hoja verde o un vegetal de dicho color.

<<

[68] Clemente de Alejandría, *Stromates* [Tapices], libro v. Tito Flavio Clemente (siglo II-III). tras haber viajado por diversos países mediterráneos, se acercó en Alejandría, se convirtió al cristianismo y fue ordenado sacerdote. Poseedor de una cultura enciclopédica, concedió gran importancia a la simbología y a las ciencias ocultas. La persecución anticristiana de Septimio Severo (202) le hizo huir a Asia. <<

[69] A. France comete, por boca del abate Jérôme Coignard, un error ordinal: no fue Benedicto XI (1303-1304) quien excluyó a Clemente de Alejandría del catálogo oficial de los santos, sino Benedicto XIV (1740-1758). <<

[70] Cf. n. 51. <<

[71] Deucalión: legendario rey de Tesalia que, junto con su esposa Pirra, se salvó del diluvio universal ordenado por Zeus. Repoblaron la tierra lanzando piedras a sus espaldas: las arrojadas por Deucalión serían varones, y las de su esposa, hembras. <<

[72] El camino de Saint-Germain-en-Laye pasaba junto al Bois de Boulogne, cercado por muros y no abierto aún al público, y atravesaba la planicie de los Sablons (Arenales). La Croix des Sablons se hallaba en una encrucijada que actualmente conserva su nombre. <<

[73] El Château de Madrid, ya abandonado y ruinoso en el siglo XVIII, se encontraba en el Bois de Boulogne, separado de París por «el pueblo de Passy» (J. Neimetz, *Séjour de Paris*, Leyden, 1727). <<

[74] Cicerón poseía una lujosa villa en Tusculum, localidad del Lacio cercana a Roma. En ella escribió sus famosas *Tusculanae disputationes*. <<

[75] La encrucijada de las Pastoras (rond-point des Bergères) estaba situada aproximadamente a un kilómetro al oeste del actual rond-point de La Défense. <<

[76] Enoch (o Henoch), padre de Matusalén y abuelo de Noé, fue tenido por autor de un libro que trataba de las estrellas y los planetas y de los amores de los ángeles con las hijas de los hombres. Descubierta en el siglo XVIII en versión etiópica, fue depositado en la Biblioteca Bodleiana de Oxford y traducido al inglés en 1838. (Cfr. Introducción, n. 27). <<

[77] Mont-Valérien: pequeña colina situada al oeste de París, dominada por un fuerte construido en 1842, en el que, durante la ocupación alemana (1940-1945), fueron fusilados centenares de patriotas franceses. <<

[78] En una de sus varias acepciones, el vocablo latino *humanitas* significa refinamiento de costumbres, cortesía, delicadeza, etc.... <<

[79] Critón (siglo v a. C.): filósofo, discípulo y amigo de Sócrates, autor de varios diálogos sobre moral, política y literatura. Platón dio el título de *Critón* a uno de sus diálogos. <<

[80] Francis Bacon (1561-1626), barón de Verulam, canciller de Inglaterra en 1618, fue acusado de venalidad y condenado a prisión; liberado en 1621, no volvió a ocupar cargos públicos. Su *Novum Organum* le hace ser considerado fundador de la física experimental. <<

[81] Lucio Licinio Lúculo (106-56 a. C.): patricio, político y general romano, erudito y mecenas, famoso gastrónomo, trajo el cerezo de Asia. <<

[82] Suetonio, en sus *Vidas de los doce Césares*, cap. XIII, indica que el voraz emperador Vitelio (15-69 d. C.) denominaba «escudo de Minerva protectora» a una gigantesca torta rellena de acedías, sesos de faisán y pavo, lenguas de flamenco y huevas de lamprea. <<

[83] Michel Lambert (1610-1696): cantante, intérprete de laúd, compositor y pedagogo, maestro de música de la cámara del rey. Jean-Baptiste Lulli (1630-1687): compositor nacido en Florencia, yerno del anterior, su música dominó los gustos de la corte de Luis XIV. <<

[84] Valais: región situada entre la cuenca del Ródano y las cadenas montañosas de los Alpes Apeninos y Berneses, compartiendo territorios de Francia, Italia y Suiza. Abunda en pastos de montaña. <<

[85] La Biblioteca Mazarina, propiedad del cardenal homónimo, fue abierta al público en 1643 y se halla en el palacio del Instituto de Francia, sede de la Academia. La Biblioteca Real, actualmente Biblioteca Nacional, ocupa un amplio edificio entre las calles de Richelieu, Colbert, Vivienne y Petits-Champs; cuenta con más de seis millones de volúmenes impresos y varios miles de manuscritos. <<

[86] La Bodleiana es la biblioteca de la Universidad de Oxford. La Ambrosiana se encuentra en Milán. La Laurenziana Medicea, en Florencia. Y la Vaticana, obviamente, en el palacio del Vaticano. <<

[87] Nicolas Peiresc (1580-1637): además de bibliófilo, fue naturalista, filólogo, astrónomo y consejero del Parlamento de Aix-en-Provence. Jean Groslier de Servier (1479-1563): protector de las artes y las letras, poseía una riquísima biblioteca. Demetrius Canevarius (1559-1625): genovés, estudió filosofía y ciencias naturales, viajó por Europa y fue médico del papa; su gran biblioteca contenía primordialmente obras de medicina. <<

[88] Gabriel Naudé (1600-1657): médico, bibliotecario de los cardenales de Bagni y Mazarino, creador de la Biblioteca Mazarina. Jean-Paul Bignon (1662-1743): orador sagrado, miembro de la Academia, bibliotecario del rey. <<

[89] *La Poderosa Mano*: tratado de Maimónides (siglo XII), compilación del Talmud. *La Mesa cubierta* (o *Tabla de esmeralda*): cfr. n. 65. *El Fiel Pastor*: libro perteneciente a la filosofía del Zohar, impreso por primera vez en Cremona en 1668. *Fragmentos del Templo*: título plausible, pero no identificado. *La Luz en las tinieblas*: obra atribuida al taumaturgo Apolonio de Tiana, fundada en las vías de iniciación pitagóricas. *Aguas lentas*: título no identificado; podría referirse al tratado *De aquis mineralibus*, de Raimundo Lull, impreso en Colonia en 1567. <<

[90] Zósimo nació en Panópolis (Egipto) el siglo III d. C. Se conservan en diversas bibliotecas algunos de sus posibles manuscritos. En la Biblioteca Nacional de París se encuentran unas *Memorias auténticas* que tratan sobre fórmulas mágicas, alambiques y composición de las aguas. <<

[91] Serapis: divinidad egipcia, soberana del mundo de los muertos. <<

[92] Sofar (o Sephy): jeque persa, autor del *Karajamea* (Colección de revoluciones futuras). <<

[93] Juan: patriarca de Constantinopla, hábil mago que procuró, con sus ensalmos, una victoria al emperador Teófilo. <<

[94] Sinesio: alumno de Hipada en Alejandría, fue elegido contra su deseo obispo de Tolemaida y dio pruebas de bondad y tolerancia. Olimpio doro: filósofo neoplatónico que impartió sus doctrinas en el siglo VI d. C. en Alejandría. Estéfano: geógrafo bizantino del siglo VI. <<

[95] Teodosio el Grande: emperador romano, se hizo bautizar en 380 y, desde entonces, persiguió ferozmente a arrianos y paganos. <<

[96] M. Berthelot, editor en francés de Zósimo (*Collection des anciens alchimistes grecs*, 1888), menciona un libro de *Imouth* (es decir, en honor del dios egipcio Imhotep) dedicado a su hermana Theosebia. <<

[97] El retórico de Madaura es Apuleyo, autor de las *Metamorfosis* o *El asno de oro*, nacido en esa pequeña localidad africana; cfr. n. 8. <<

[98] El título de conde de Astarac correspondía hasta el siglo XVIII a los segundones de los duques de Gascuña. Saint-Avit es un pueblo de Dordogne, a unos 30 km de Bergerac. Y Sainte-Eulalie es una comuna de la Gironde, a 12 km de Burdeos. <<

[99] Se trata de la denominación hebrea *Iaveh Sabaoth*: «Señor Dios de los ejércitos».

<<

[100] Leandro: personaje de la *commedia dell'arte* italiana, joven y atildado, que Corneille llevó al teatro francés. En el siglo XVIII era ya considerado un personaje ridículo, a causa de sus modales amanerados. Jacinto Benavente da el nombre de Leandro al galán de su comedia paródica *Los intereses creados*. <<

[101] Cfr. n. 87. <<

[102] La pintoresca historia que el abate Coignard declara haber leído en un manuscrito del siglo XVII procede originariamente del *Comentario a la Ciudad de Dios de San Agustín*, libro XIII, cap. XXV, del humanista valenciano Juan Luis Vives (1492-1540). <<

[103] *Thelema*, del griego Θέλημα (voluntad): para los alquimistas, representaba el deseo, la voluntad vital del universo. Recuérdese que la utópica abadía creada por Rabelais en *Gargantúa* se llama *Thélème*, y su lema es: «Haz lo que quieras». <<

[104] El Espíritu del Mundo es el nombre alquímico del azufre. La Flor del Cielo representa el principio mineral de la planta criptógama que los alquimistas denominan «nostoc». La Fuente de la Juventud es el nombre alquímico del mercurio.

<<

[105] Siguen los términos alquímicos. El Águila volante es el nombre dado al azufre del cinabrio. El Pájaro de Hermes, o Pollo de Hermógenes, también llamado Oca o Cisne, es el mercurio filosófico, símbolo de la resurrección. La Cabeza de Cuervo designa el grado final de la putrefacción. El León Verde es el oro obtenido mediante operaciones alquímicas también llamadas «águilas volantes». El Fénix, que se alimenta de fuego, es el emblema de la resurrección. Anatole France —racionalista y escéptico, pero dominado por la curiosidad intelectual— pudo encontrar estos términos en las obras de Paracelso y Raimundo Lull traducidas y editadas por A. Poisson en *Cinq traités d'alchimie des plus grandes philosophes* (París, Chacornac, 1890). <<

[106] Aquiles y Tersites: personajes contrapuestos en la *Ilíada*. Frente al apuesto y valeroso Aquiles, Tersites es el más cobarde, feo y vil de los combatientes en la guerra de Troya. <<

[107] Sobre Olimpiodoro, cfr. n. 94. Focio: patriarca de Constantinopla en el siglo IX, promotor del cisma de la Iglesia griega. <<

[108] Manéthon («amado del dios Thot»): sacerdote e historiador egipcio (siglo III a. C.). Imhotep: o sea, el dios Imouth, a quien Zósimo el Panopolitano menciona en el título de un tratado (cfr. n. 96). <<

[109] Gerard Vossius (1577-1649): filólogo y erudito holandés, autor de numerosas obras sobre gramática, etimología y retórica. <<

[110] Rueil-Malmaison: vasta comuna, cabeza del cantón de Hauts-de-Seine, a unos 8 km al oeste de París. Sobre el Mont-Valérien, cfr. n. 77. <<

[111] Como es sabido, la mandrágora, planta solanácea usada como narcótico, tiene una raíz con forma de pequeño cuerpo humano. Según las leyendas, la mandrágora da la riqueza a quien la desarraiga con ayuda de un perro negro y, posteriormente, la viste y alimenta; esa prosperidad proviene, naturalmente, de Satanás. También se dice que esta planta nace del esperma de los ahorcados. <<

[112] Carlo Giuseppe Imbonati: erudito del siglo XVII, autor de la *Bibliotheca latino-hebraica* (1694). Giulio Bartoloni: contemporáneo del anterior, autor de la *Bibliotheca magna rabbinica*. <<

[113] Atrabis no es un nombre propio, sino un topónimo de Egipto. Filón (siglo I d. C.): judío, pitagórico, uno de los fundadores del neoplatonismo alejandrino. Avicena [o Ibn Sinna] (siglo XI): médico árabe, autor de obras alquímicas, como *Tractatulus alchemiae* y *Liber animae*. Raimundo Lulio [Ramon Llull] (siglo XIII): sabio mallorquín, llamado «doctor iluminado», estudió la lengua árabe, planeó una cruzada contra los infieles y escribió una famosa *Ars Magna* (1275). Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494): erudito toscano, estudioso de la cábala, autor del *Heptaplus* (1489), comentario al principio del Génesis. Rauchelin (siglo XV): sabio alemán, pitagórico y cabalista. Henri Morus [Moore] (1614-1687): filósofo inglés, profesor en Cambridge. Robert Flydd [Fludd] (1574-1637): médico y filósofo inglés, discípulo de Paracelso y miembro de la cofradía Rosa-Cruz. <<

[114] La representación simbólica de la Sinagoga (o del judaísmo) como una mujer con los ojos vendados es frecuente en las artes plásticas cristianas medievales. <<

[115] La Masorah es el conjunto de notas críticas acumuladas durante generaciones sobre la forma externa del texto de la Biblia; se consideró definitivamente formada en el siglo xv. La Mishnah es la base del Talmud: conjunto de la doctrina exegética elaborada y corregida a lo largo del tiempo. <<

[116] Según la leyenda, para evitar que se perdieran los conocimientos astronómicos que poseían, Set y sus descendientes construyeron dos columnas, una de ladrillo y otra de piedra, en las que dejaron grabados dichos conocimientos. Sólo perduró la de piedra. <<

[117] La Biblia no menciona a esta hija de Noé. Anatole France pudo tener noticia de ella en *Le Comte de Gabalis*, de Montfaucon de Villars (cfr. n. 5). <<

[118] El historiador hebreo Flavio Josefo (siglo 1 d. C.) recoge efectivamente dicha leyenda en su *Historia antigua de los judíos*. <<

[119] La puerta de Cours-la-Reine, en la extremidad occidental de las Tullerías —junto al actual Port de la Conférence—, fue demolida hacia 1730. Líneas abajo, Anatole France emplea esta nueva designación. <<

[120] En el original: *est dans les partis*. Es decir: recibe una «parte» de los impuestos o suministros del Estado que arrienda por su cuenta y riesgo. <<

[121] 121Aristarco de Samos (siglo III a. C.): filósofo y astrónomo peripatético, llamado el «Copérnico de la antigüedad» por haber sostenido la teoría heliocéntrica.

<<

[122] 122El Carro de David es la Osa Mayor; al timón, Mizar, Alioth y Achair según sus nombres árabes). Arturo es una estrella de primera magnitud situada en la constelación del Boyero. También lo es Vega de la Lira. La Espiga es la estrella más brillante de la constelación de la Virgen. La Corona está situada entre el Boyero, la Serpiente y Hércules. <<

[123] Sirio: estrella de primera magnitud que forma parte de la constelación del Gran Can. <<

[124] Altair: estrella de primera magnitud de la constelación del Águila. Régulo: de color azul, del León. Aldebarán: de color rojizo, del Toro. <<

[125] Febo: nombre de Apolo que se aplica al Sol. <<

[126] Son nombres, en general, sobradamente conocidos. Erasmo de Rotterdam (1466-1536): máxima figura del humanismo renacentista. Adrien de Turnèbe (1512-1565): erudito filohelénico, gran adversario de los jesuítas. Giulio Cesare Scaligero (1484-1558): filólogo, médico y polemista italiano. Pasquier Quesnel (1634-1719): jansenista, exiliado en Amsterdam. Jacques Bossuet (1626-1704): predicador de la corte de Luis XIV, teórico del absolutismo y del derecho divino de los reyes. <<

[127] Antinoo: joven amado por el emperador Adriano, símbolo de la belleza masculina. Marie-Madeleine de La Vieuville, condesa de Parabère: amante del regente Felipe de Orleans, célebre por su belleza. Demócrito de Abdera: filósofo presocrático, fundador del atomismo y precursor de Epicuro. <<

[128] Esta historia proviene de M. de Vigneul-Marville, *Mélanges d'histoire et de littérature*, vol. II, Rouen, Maurry, 1700, págs. 124-125. <<

[129] Isis: divinidad de origen egipcio, hermana y esposa de Osiris, cuyo culto se extendió por el mundo grecolatino a partir de la fundación de Alejandría (332 a. C.).

<<

[130] Hesíodo describe a los gigantes como descendientes de Urano en la *Gigantomaquia*, poema que formaba parte de su *Teogonia*. La Biblia menciona a los gigantes en diversos libros del *Pentateuco*: Génesis (6, 4), Números (13, 33), Deuteronomio (9, 2) y Josué (12, 4). Según Jámblico (*Vida de Pitágoras*), este filósofo exhibió en los juegos olímpicos un muslo de oro. Olimpia, esposa de Filipo de Macedonia y madre de Alejandro Magno, era adicta al culto esotérico de Dionisos; en sus monedas solía figurar una serpiente mística. El pueblo romano consideraba a Escipión inspirado por los dioses (Polibio, XV, 5). Aristómenes, caudillo de los mesenios en el siglo VII a. C. realizó tales prodigios bélicos que fue situado en el rango de los inspirados (Pausanias, IV, 6-24; Diodoro, XV, 66), Julio César pretendía descender de Venus. Porfirio (siglo III d. C.) escribió una oración en honor de las salamandras (*De Abstinencia ab usu Animalium*). Juliano el Filósofo, llamado Apóstata por los cristianos, era adepto del neoplatonismo y se le consideraba inspirado por los dioses. Según los cabalistas, el mago Merlín era hijo de un Silfo y de la hija de un rey (*Crónica de Nüremberg*, 1493). Se atribuyó a santo Tomás la autoría de varios tratados alquímicos. El famoso médico y alquimista Paracelso pretendía hallarse en comunicación con los muertos y haber conversado con Avicena. Jean-Baptiste Van Helmont (1577-1644), médico y erudito belga, buscó en la química el remedio universal. <<

[131] El lujoso edificio situado en la esquina de la rue de Bac y la de Grenelle fue, en el siglo XVIII, la embajada de España. La casa de Catherine es, pues, imaginaria. <<

[132] En el original, *coutumiers* (literalmente, «acostumbrados»): recopilaciones de normas fijadas por la costumbre y que, por su reiterada aceptación, han adquirido fuerza legal. <<

[133] El Grand Châtelet, originariamente castillo de Luis VI el Gordo (1081-1137), fue después sede del preboste de París. Reformado sucesivamente por Carlos V, Luis XII y Luis XIV, fue demolido en 1810. <<

[134] Santa Pelagia (siglo IV), actriz y cortesana de Antioquía, fue convertida al cristianismo por Nounos, obispo de Edesa, y se retiró, disfrazada de hombre y con el nombre de Pelagio, a una celda en el desierto, donde practicó vida contemplativa. <<

[135] Áyax, derrotado por la elocuencia de Ulises, cayó en un acceso de locura y, durante la noche, atacó a los rebaños del ejército griego, tomándolos por soldados. <<

[136] Antíoco Manilio: poeta sirio, contemporáneo de Augusto, autor del *Astronomicum*, poema en cinco libros sobre astronomía y astrología. <<

[137] Menes: uno de los primeros reyes de Egipto (h. 2400 a. C.), fundó Menfis. <<

[138] Según Marie-Claire Bancquart (ed. La Pléiade, 1987), esta descripción es un retrato —rejuvenecido— de madame Arman de Caillavet. <<

[139] En el Evangelio de san Juan (1, 42), Jesucristo le dice a Simón: «Te llamarás Cefas, que significa Pedro». <<

[140] En el original, en *pierrot*: ropa interior amplia con cuello de grandes pliegues. <<

[141] Según la Biblia, cuando una doncella tenía que presentarse ante el rey persa Asuero, debía seguir durante seis meses un tratamiento cosmético a base de aceite de mirra (Esther, 2, 12). <<

[142] Epitecto (h. 55-135 d. C.): filósofo estoico, originariamente esclavo, tras obtener la libertad difundió sus doctrinas en Roma, de donde fue expulsado por orden del emperador Domiciano. Vivió siempre en la pobreza y con mala salud. <<

[143] Louis-Hector de Villars (1653-1734), diplomático y militar, fue mariscal de Francia desde 1702. La guerra de sucesión a la que se refiere es la que tuvo lugar en Polonia y otros territorios europeos con ocasión de la coronación de Luis XV. La batalla de Parma, en la que participó Villars, acaeció en 1734. <<

[144] François-Timoleon de Choisy (1644-1724): clérigo, literato y miembro de la Academia, llevó desde su infancia vestidos y adornos femeninos, lo que le valió bastantes conquistas masculinas, llegando al extremo de dar la comunión adornado con pendientes y lunares postizos. La iglesia mencionada se encuentra en la rue Saint-Jacques esquina a la rue de l'Abbé de l'Epée. <<

[145] Es decir: «Así hablaron Abraham y sus descendientes para siempre». Se trata de la versión latina, ligeramente abreviada, del *Magnificat* (Lucas, 1, 55). <<

[146] Bernard Le Bovier de Fontenelle (1657-1757): literato enciclopédico, autor de *Entretiens sur la pluralité des mondes* [Coloquios sobre la pluralidad de los mundos] (1696). <<

[147] San Anselmo († 1109): obispo de Canterbury, autor de la llamada prueba «ontológica» de la existencia de Dios. A saber: todos tenemos la idea de un ser perfecto; la perfección implica la existencia; luego el ser perfecto, o sea Dios, existe.

<<

[148] *Piquet*: juego de cartas jugado entre dos personas con una baraja de treinta y dos naipes, excluyendo las cartas de baja puntuación. En castellano, se ha traducido como «juego de los cientos». <<

[149] Es decir: en las salas de juego públicas. <<

[150] Podría referirse a san Francisco de Sales (1567-1655), obispo de Ginebra desde 1602. Pero la imputación de hacer trampas en el juego es una simple calumnia. <<

[151] Élien: se refiere posiblemente a Claudio Eliano (170-235 d. C.), erudito romano que escribió en lengua griega. Sus principales obras, *Sobre la naturaleza de los animales* e *Historia varia*, fueron conocidas y apreciadas en la Edad Media. <<

[152] Esta cancioncilla y las cuatro estrofas siguientes, compuestas en 1724, vienen recogidas en el *Chansonnier historique du XVIII siècle* (París, Quantin, 1881). El original reza: «Pour dresser un jeune courier / Et l'affermir sur l'étrier / Il lui fallat une routièrre, / Laire lan laire». Y alude a las relaciones de Luis XV con madame de La Vrillière. Como puede advertirse, la traducción de estas coplas obedece más a la intención satírica que a la literalidad textual. <<

[153] «Battons le fer quand il est chaud, / Dit-elle, en faisant sonner haut / Le nomme de sultane première, / Laire lan laire». <<

[154] Cfr. n. 96. <<

[155] «Je veux en dépit des jaloux / Qu'on fasse duc mon époux, / Lasse de le voir secrétaire. / Laire lan laire». Efectivamente, el marido de madame de La Vrillière murió en 1725, siendo marqués, cuando anhelaba ser duque gracias a los favores que su esposa otorgaba a Luis XV. <<

[156] 56«Je sais bien qu'on murmurerá, / Que Paris nous chantera; / Mais tant pis pour le sot vulgaire! / Laire lan laire». <<

[157] «Par l'épée ou par le fourreau / Devenir duc est toujours beau, / Il n'importe la manière. / Lare lan laire». <<

[158] La policía de París detenía todas las semanas a las *filles publiques* y las conducía a la prisión de Saint-Martin. Una vez al mes se dictaban las correspondientes sentencias, que podían condenarlas a ser encerradas en el hospital (y centro correccional) de La Salpêtrière. <<

[159] Aceldama: nombre hebreo del campo del alfarero comprado con las treinta monedas de plata recibidas por Judas como pago de su traición a Jesús, también llamado Campo de Sangre (Mateo, 27, 5-8). <<

[160] Las prostitutas reincidentes o de incuestionable mala conducta eran enviadas en barcos penitenciarios a América; concretamente, a la región del Mississippi, que entonces pertenecía a Francia. Así sucede, por ejemplo, con la protagonista de *Manon Lescaut*, la famosa novela del abate Prévost y posterior ópera de Massenet; cfr. n. 14 de la Introducción. <<

[161] Cfr. n. 133. <<

[162] Cfr. n. 148. <<

[163] Agnès Sorel (1422-1450): amante oficial de Carlos VII. <<

[164] Se trata, obviamente, de Juana de Arco. <<

[165] Nicole Gilles: autor de los *Veridiques et copieuses Annales des belliqueuses Gaules* (1525). Étienne Pasquier: autor de *Des recherches de la France* (1560). <<

[166] Henri de Valois, señor de Orcé, publicó entre 1659 y 1673 unas *Histoires ecclésiastiques* sobre supersticiones y hagiografías. <<

[167] Cfr. n. 38. <<

[168] Aludel (en francés y en castellano): olla o vaso usado para sublimar. El Diccionario de la RAE lo define también como cañería de barro cocido empleada en Almadén para condensar los vapores del mercurio. <<

[169] El señor de Astarac se anticipa varias décadas a los acontecimientos. El globo Montgolfier se elevó por primera vez por los aires en julio de 1783. <<

[170] El profeta Eliseo maldijo a unos niños que se burlaban de su calvicie; y Jehová envió a dos osos, que dieron muerte a cuarenta y dos de aquellos niños (II Reyes, 2, 23-24). <<

[171] Barac: juez de Israel a quien la profetisa Déborah envió a combatir a los cananeos, después de pronunciar una maldición contra Meros (Jueces, 5, 23). <<

[172] Archithariel: denominación aplicable al arcángel san Miguel, caudillo de las milicias celestiales que derrotaron a los ángeles rebeldes. <<

[173] Sardalifón: puede tratarse de «Sandolphon», citado en la *Bibliotheca magna rabinica* (Roma, 1675) como uno de los ángeles que alaban a Dios. <<

[174] Se refiere a los cuatro animales con cuatro rostros y ruedas ante éstos, que subían hacia el globo celeste, según la visión del profeta Ezequiel (Ezequiel, 1, 4-28). <<

[175] Isaac Laquedem era uno de los diversos nombres aplicados desde el siglo XIII al legendario judío errante. <<

[176] Baruch Spinoza (1632-1677): filósofo judío de origen portugués, excomulgado por la sinagoga de Amsterdam en 1656, fue asimismo condenado por los teólogos cristianos. <<

[177] Pierre Bayle (1647-1706): hijo de un ministro reformado, se convirtió en 1669 al catolicismo, volvió al protestantismo un año después, en 1681 fue profesor en la universidad de Rotterdam y en 1693 fue destituido de su cátedra. Anatole France hizo gran uso de su *Dictionnaire historique et critique* (1695). <<

[178] Jean-Baptiste Crevier (1693-1765): abate jansenista, profesor de retórica y sucesor de Charles Rollin (cfr. n. 6) en el Colegio de Beauvais, escribió la *Histoire des empereurs jusqu'à Constantin* (1749-1755). <<

[179] «¿Qué provecho saca el hombre de todo el esfuerzo que realiza bajo el sol?»
(Eclesiastés, 1, 3). <<

[180] Thomas de Kempis, *Imitación de Cristo*, lib. I, cap. XIV. <<

[181] Epístola a los hebreos, 13, 6. <<

[182] La rica abadía de Notre-Dame de Panthémont, transferida de Beau vais a París en 1672, era célebre por la excelente educación que dispensaba a las jóvenes aristócratas. <<

[183] Probablemente se refiere al célebre organista y clavecinista François Couperin (1668-1733), llamado el Grande, compositor prolífico y autor de un afamado *Art de toucher le clavecin* (1717). <<

[184] «Y les concedió lo que pedían» (Salmos, 106, 15). <<

[185] *Les Aventures de Télémaque* (1699), del obispo, teólogo y erudito François de Salignac de la Mothe-Fénelon (1651-1715), gozó desde su publicación de una gran popularidad. <<

[186] La señora Quonian, bella tabernera del barrio del Châtelet, consiguió hacia 1718, bajo la regencia, que su marido fuera deportado para gozar ella de libertad. El episodio se describe a continuación. Su hija, también muy hermosa, siguió sus huellas y fue amante del conde de Clermont y del príncipe de Conti. <<

[187] Roule: enclave al noroeste de París, actualmente en las proximidades de la plaza de l'Etoile. <<

[188] En el original: «Un mari sage et commode / n'ouvre les yeux qu'à demi. / Il vaut mieux être à la mode / que de voir Mississippi» (*Chansonnier historique du XVIII^e siècle*, París, ed. Quantin, 1880). Cfr. n. 160. <<

[189] Semíramis: reina de Asiria o de Babilonia, según la leyenda era hija de un hombre y una diosa, y tuvo comercio carnal con el demonio. Olimpia: esposa de Filipo de Macedonia y madre de Alejandro Magno, era adicta a prácticas ocultas (cfr. n. 130). Silvestre II: Gerberto de Aurillac, coronado papa en 999, considerado mago por sus amplios conocimientos, de quien se dijo que había firmado un pacto con el diablo o que incluso era hijo suyo. <<

[190] En rigor, no debería ser *roi* (rey), como aparece en el original, sino *reine* (reina), mencionada en este mismo párrafo. <<

[191] *Agla* es uno de los nombres de Dios —y, a veces, de los ángeles— utilizados por los cabalistas (Cornelio Agrippa, *La Philosophie occulte*, libro III, cap. XI, La Haya, ed. Alberts, 1727). El ya mencionado conde de Gabalis (cfr. n. 5) alaba el poder del nombre de *Agla*. <<

[192] Cfr. n. 5. <<

[193] Isaías, 47, 11. <<

[194] La palabra *iles* (islas) se utilizaba popularmente para designar las islas del golfo de México y, en general, cualquier país o territorio separado de Francia por el océano Atlántico. <<

[195] «Mi corazón está abatido y se seca como la hierba» (Salmos, 102, 5). <<

[196] «En Ramá se oye un lamento, / un llanto muy amargo: / Raquel llora por sus hijos, / inconsolable, por sus hijos, / porque ya no existen» (Jeremías, 31, 15). <<

[197] En el original: *poupées des modistes* (literalmente, «muñecas de las modistas»).
O sea: «maniquíes». <<

[198] Cfr. n. 49. <<

[199] El mal de los ardientes, llamado también «fuego de san Antonio», era una especie de erisipela gangrenosa, a menudo mortal, derivada de la desnutrición endémica de las clases populares desde la Edad Media hasta el siglo XVIII. <<

[200] Antoine Galland (1646-1715) tradujo al francés *Las mil y una noches* (París, ed. Barbin, 1704). <<

[201] Olibah y Aolibah son dos hermanas, hijas de Sara, la mujer de Abraham, que personifican los reinos de Israel y Jerusalén como cortesanas que se entregan a los idólatras asirios y caldeos (Ezequiel, 23, 4 y II. 22, 36 y 44). <<

[202] Juvisy: localidad de l'Île de France, a unos 20 km al sudeste de París. <<

[203] Joigny: localidad del departamento de Yonne, a unos 50 km al noroeste de Auxerre. <<

[204] Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, libro III, cap. 57. <<

[205] El puerto de San Nicolás se encontraba en el actual quai du Louvre, cerca del pont des Arts. El puerto del Mail es actualmente el quai de Montebello. <<

[206] Perche: distrito del norte de Francia, en el departamento del Orne (Normandía). De esta región son originarios los famosos caballos percherones. <<

[207] Montbard: pequeña ciudad de Borgoña, a unos 80 km al oeste de Dijon. Próxima se encuentra la célebre abadía de Fontenay. <<

[208] Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704): obispo, famoso predicador, preceptor del Delfín, redactó la declaración del clero de Francia (1682) que consagraba las libertades galicanas y la independencia del poder temporal. <<

[209] Anfión: hijo de Zeus y Antíope y marido de Níobe. Los árboles y las piedras obedecían a los sones de su lira; así tuvo lugar la construcción de Tebas. <<

[210] Nuits-Saint-Georges: pequeña localidad a unos 30 km, al sur de Dijon, en la carretera a Beaune. <<

[211] En el original: *vignes en joualles*. Los *joualles* o *jouelles* son una especie de yugos u horquillas que se utilizan para sujetar las viñas. <<

[212] Tournus: pequeña y hermosa ciudad a orillas del Saona, a unos 30 km al norte de Macon. El monasterio e iglesia de Saint Philibert, cuya construcción se remonta al siglo x, es uno de los edificios románicos de Borgoña que mayor influencia ejerció en la arquitectura medieval francesa. <<

[213] Aunque se trate de un evidente anacronismo, Anatole France, por boca de Jérôme Coignard, alude probablemente al escenario de los pasajes finales del *Candide*, de Voltaire, publicado en 1758 (treinta años después de la muerte del abate).

<<

[214] En el original: *jouchets*. Son pequeñas varillas de madera, hueso o marfil que, puestas en desorden sobre una mesa, los jugadores deben coger una a una con un gancho sin que se muevan las demás. <<

[215] Vallars es un topónimo imaginario. En su documentación sobre esta novela, Anatole France había anotado que un pueblo llamado Villars está situado a 32 km de Lyon, en dirección a Bourg-en-Bresse. El autor del *Comte de Gabalis* (cfr. n. 5) lleva su nombre. <<

[216] Orne: río que discurre por Normandía; pasa por Caen y desemboca en Cabourg.

<<

[217] Según el Diccionario de la RAE, *hombre* (acepción 7) es un «juego de naipes entre varias personas con elección de palo que sea triunfo; hay varias especies de él». En este caso, por las razones que a continuación se indican, podría tratarse del juego de naipes llamado «tresillo». <<

[218] Parecen injustificadas las grafías aplicadas al personaje cervantino, ya que, a comienzos del siglo XVII, la traducción francesa de César Oudin ya había adoptado la ortografía española: *Quixote*. <<

[219] Tobías, 6, 2-5. <<

[220] Cfr. n. 143. <<

[221] Es decir: «Nuestra ayuda está en el nombre del Señor... Señor, escucha mi oración...». Son fragmentos de las oraciones rezadas por el sacerdote al comienzo de la misa. <<

[222] Se refiere a Sennecey-le-Grand, pequeña localidad situada en la carretera de Dijon a Lyon, a unos 15 km al sur de Chalons-sur-Saône. <<

[223] Cfr. n. 215. <<

[224] Es sabido que antiguamente los barberos ejercían ciertas actividades sanitarias —hacer sangrías, por ejemplo— sin poseer título de doctor o licenciado en medicina. De ahí la bacía que figura como enseña profesional del cirujano-barbero, tal como es denominado líneas abajo. <<

[225] Cfr. nn. 170 y 174. <<

[226] En el original: «Pour mettre en goût le roi Louison / On a pris quinze mirlitons / Landerinette, / Qui tous le balai ont rôti, / Landeriri». La canción se refiere al viaje organizado en 1724 para «despabilar» al joven Luis XV (1710-1774); acompañaron al rey quince bellas damas de la corte, y se construyeron nuevos puentes que recibieron el nombre de «mirlitons» (*Chansonnier historique du XVIII siècle*, vol. v, París, Quantin, 1881). <<

[227] Guy de Barozai: seudónimo de Bernard de la Monnoye (1641-1728), que publicó en 1700, en Dijon, la recopilación de villancicos borgoñones titulada *Noëi to novea*, que alcanzó varias ediciones. Las estrofas aquí reproducidas pertenecen a dicha obra. <<

[228] 28En el original: «Lor qu'au lai saison qu'ai jaule / Au monde Jésuchri vin / L'âne et le beu l'échaufin / De le leu sofle dans l'etaule. / Que d'âne et de beu je sai, / Dans ce royaume de Gaule, / Que d'âne et de beu je sai / Qui n'en arein pas tan fai». Puede advertirse que en este texto abundan las variantes léxicas dialectales de Borgoña. <<

[229] En el original: «Mais le pu b eo de l'histoire / Ce fut que l' ane et le beu / Ainsin passire t o deu / La nuit sans manger ni boire. / Que d' ane et de beu je sai / Couver de pane et de moire, / Que d' ane et de beu je sai / Qui n'en arein pas tan fai!». <<

[230] «Paz a esta casa». <<

[231] «Y a todos los que habitan en ella». <<

[232] «He aquí el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» (Juan, 1, 29). <<

[233] Génesis, 18, 27. <<

[234] Chappelle: seudónimo de Claude-Emmanuel Lhullier (1626-1686), escritor parisense, autor de prosas y poemas frívolos y libertinos, estimado por la sociedad galante de su tiempo. Como puede apreciarse, no es el modelo literario más adecuado para la redacción de un epitafio. <<

[235] El infame pareado del señor de Anquetil reza textualmente: «Cidessous git monsieur Coignard. / Il faut bien mourir tôt ou tard». <<

[236] Mientras ultimaba la redacción de esta novela, Anatole France escribió a su amigo, el poeta y latinista Henri de Nolhac, mencionando su propósito de incluir un epitafio latino y solicitando su ayuda para componerlo correctamente. Así pues, el texto que aparece en esta página sería la traducción al latín que realizó Nolhac del epitafio escrito en francés por el novelista. <<

[237] Es decir, perteneciente al gremio oficial de librerías de París. <<

[238] Marc-Michel Rey: librero-editor francés, instalado en Amsterdam (cfr. n. 27). Pagó 4.860 libras a Jean-Jacques Rousseau por los derechos de publicación de *La Nouvelle Héloïse*, que obtuvo un gran éxito. Recuérdese que el abate Coignard mostraba escaso aprecio por el género novelesco. <<

[239] Sébastian Cramoisy fue el director de la Imprenta Real creada en 1640 por iniciativa de Richelieu. También fueron impresores sus hermanos Claude y Gabriel.

<<

[240] Guy Patin (1602-1672): erudito francés, en sus *Lettres* menciona elogiosamente a los hermanos Cramoisy. <<

[241] Pierre Danès (1497-1577), helenista, fue el primer catedrático de griego en el College Royal. François Vatable († 1547) fue profesor de hebreo en el mismo colegio. Ramus, seudónimo de Pierre La Ramée (1515-1572), fue profesor de filosofía y elocuencia en la misma institución. <<

[242] Jean de Meung (h. 1280-1345) concluyó la redacción del *Roman de la Rose*, poema narrativo iniciado y parcialmente escrito por Guillaume de Lorris. Asimismo tradujo al francés *De consolatione philosophiae*, de Boecio, tan apreciada por el abate Coignard. Anatole France incluye a pie de página la siguiente nota: «Jacques Tournebroche ignoraba que François Villon habitó en la rue Sant-Jacques, en el claustro de Saint-Benoît, en la casa llamada de la *Puerta Verde*. El discípulo del señor Jérôme Coignard sin duda hubiera sentido placer dedicando un recuerdo a este viejo poeta que, como él, conoció muy diversas clases de gentes». <<

[243] Cfr. n. 54. <<

[244] Louis Bourdaloue (1632-1704): jesuita, sus sermones fueron tan apreciados como los de Bossuet y merecieron las alabanzas de Mme. de Sévigné. <<

[245] Es decir: escritores que, en busca de éxito editorial, seguían el estilo y las pautas narrativas del *Gil Blas de Santillana*, de Lesage. <<